

LA PENÚLTIMA



VERDAD

NARRATIVAS DEL CONFLICTO ARMADO
EN EL EJE CAFETERO

INVESTIGACIÓN - CREACIÓN



VICERRECTORÍA DE
PROYECCIÓN
UNIVERSITARIA

FACULTAD DE
ARTES Y
HUMANIDADES



La
penúltima
verdad
Narrativas del conflicto
Eje cafetero



Centro
Cultural
Universitario
Rogelio Salazar
Salazar





EDITORIAL UNIVERSIDAD DE CALDAS

INVESTIGACIÓN-CREACIÓN

La Penúltima Verdad. Edición colectiva. Narrativas del conflicto del eje cafetero / Octavio Escobar Giraldo...[et.al.]. --
Manizales: Universidad de Caldas,
2021.

ISBN: 978-958-759-332-7

Conflicto armado-zona cafetera-(Colombia)/ Memoria colectiva-zona cafetera-(Colombia)/ Mujeres en el conflicto
armado-zona cafetera-(Colombia)/Desarrollo de la comunidad-aspectos sociales-zona cafetera-(Colombia)/ Desarrollo
económico y social-zona cafetera-(Colombia)/ Conflicto armado-Aspectos sociales-zona cafetera-(Colombia)/ López Becerra,
Mario Hernán, coautor, Calle, Humberto de la, coautor, Mejía Giraldo, Juan Pablo, coautor, Brand Narváez, Miguel Ángel,
Niño, Yeisi Julieth, coautora, Andrade Álvarez, Norby Margot, coautora, Forero Perdomo, Nathalie, coautora, Gallego
Betancourth, Martha Lucía, coautora, Martínez Herrera, Luis Adolfo, coautor, Gallego Castrillón, Johanna, coautora, Rueda
Navarro, Edgar Camilo, coautor, Caicedo Cano, Julio César, coautor, Álvarez Alzate, Boris Santiago, coautor, Giraldo Medina,
Jhon Sebastián, coautor, Van Der Linde Valencia, Carlos Germán, coautor, Galeano Benjumea, Christian Camilo, coautor, Parra
Franco, Jhoan Sebastián, coautor, Perdomo Marín, Juan Camilo, coautor, Carmona Patiño, David, coautor, Carvajal Torres,
Jonny Fernando, coautor, Ladino Guapacha, Jaiber de Jesús, coautor, Gómez Cortes, Juan Felipe, coautor, Cardona Osorno,
Cristian Felipe, coautor /Tít./CDD 303.609 861/P411

Reservados todos los derechos
© Universidad de Caldas

Autores:

Humberto De la Calle
Octavio Escobar Giraldo
Mario Hernán López Becerra
Juan Pablo Mejía Giraldo
Miguel Ángel Brand Narváez
Yeisi Julieth Niño
Norby Margot Andrade Álvarez
Nathalie Forero Perdomo
Martha Lucía Gallego Betancourth
Luis Adolfo Martínez Herrera
Johanna Gallego Castrillón
Edgar Camilo Rueda Navarro
Julio César Caicedo Cano
Boris Santiago Álvarez Alzate
Jhon Sebastián Giraldo Medina
Carlos Germán Van Der Linde Valencia
Christian Camilo Galeano Benjumea
Jhoan Sebastián Parra Franco
Juan Camilo Perdomo Marín
Jonny Fernando Carvajal Torres
Jaiber de Jesús Ladino Guapacha
Juan Felipe Gómez Cortes
Cristian Felipe Cardona Osorno
María José Buitrago Vanegas
Julián Andrés Martínez Noreña
Julián Alfredo Marín
John Jairo Trujillo González
Gloria Neidí Moreno
Jorge Ulises Rojas Guevara
Rosalba Durán Hernández
Brayan Tabares Jaramillo
Miguel Ángel Mora Gómez
Alejandro Osorio Ospina
Sandra Carolina Patiño Ospina

Primera edición: 2022
ISBN: 978-958-759-332-7
ISBN Pdf: 978-958-759-333-4

Editorial Universidad de Caldas
Calle 65 N.º 26-10
Manizales, Caldas –Colombia
<https://editorial.ucaldas.edu.co/>

Editores: Luis Miguel Gallego Sepúlveda –
Ángela Patricia Jiménez Castro
Coordinadora editorial: Ángela Patricia Jiménez Castro
Diseño de colección: Luis Osorio Tejada
Diagramación: María Fernanda Alba – Luis Osorio Tejada
Diseño de cubierta: Luis Osorio Tejada

Todos los derechos reservados. Este libro se publica con fines académicos. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta publicación, así como su circulación y registro en sistemas de recuperación de información, en medios existentes o por existir, sin autorización escrita de la Universidad de Caldas.

Universidad de Caldas | Vigilada Mineducación. Creada mediante Ordenanza Nro. 006 del 24 de mayo de 1943 y elevada a la categoría de universidad del orden nacional mediante Ley 34 de 1967. Acreditación institucional de alta calidad, 8 años: Resolución N.º 17202 del 24 de octubre de 2018, Mineducación

La Penúltima Verdad

La penúltima verdad: edición colectiva de las nuevas narrativas del conflicto en el Eje Cafetero es un proyecto de investigación-creación de la Universidad de Caldas, financiado por la convocatoria Investigarte 2.0 de Minciencias, para producir una obra transmedial sobre el conflicto armado en el Eje Cafetero.

La obra fue realizada por un equipo de estudiantes, contratistas, funcionarios de la Vicerrectoría de Proyección Universitaria y docentes del semillero de investigación El ornitorrinco, adscrito al grupo de investigación Tántalo del Departamento de Filosofía de la Facultad de Artes y Humanidades. Adicionalmente, participan como coinvestigadores docentes de los departamentos de Artes Plásticas, Lingüística y Literatura y Economía y Administración.

Visite nuestra página: lapenultimaverdad.ccusalmona.com

Dirección general

Paula López Chica
Pablo Rolando Arango

Producción general

Juliana Soto
Daniel Montoya B

Investigador principal

Pablo Rolando Arango

Jóvenes investigadores

Juana Valentina Bustos
Jefferson Pineda

Coinvestigadores

Paula López Chica
Juliana Soto
Daniel Montoya B
Ayda Nidia Ocampo Serna
Octavio Escobar
Edward Leandro Muñoz
Sebastián Rivera
Mario Hernán López

Asesores nacionales

Humberto de la Calle Lombana
Patricia Salazar Villegas
Carlos Andrés Urrego Zuluaga

Estudiante de maestría

Luis Miguel Gallego

Estudiante de doctorado

Paula López Chica

Personal de apoyo

Silvio Gomez Saldarriaga
Daniel Castillo Barco
Valeria Duque Gonzalez
Cristian Agudelo
Natalia Ríos
Pablo Ochoa
Sebastián Echeverry
Camilo Marín
Lina Tangarife

Productos transmediales

Paisaje sonoro

Pasos hacia atrás –Julio César Caicedo y
María José Buitrago
El primer trabajo –Christian Camilo Galeano
Esta guerra está en pañales –Jhoan Sebastián Parra

Interpretado por la Banda Sinfónica de Villamaría Caldas

Moly Sofía Amézquita –Clarinete
Juan José Cortés –Saxofón tenor
Stefany Andrea Díaz –Saxofón
Carlos Emanuel Henao –Saxofón Barítono
Silvana Salazar – Flauta
María Camila Orozco –Flauta
Carolina Laverde –Clarinete
Melany Londoño –Flauta
María Ximena Londoño Reyes –Clarinete
Sofía Ramírez –Oboe
Juan Andrés Osorio –Clarinete
María José Valencia –Piccolo

Karol Yuliana Vargas Muñoz –Saxofón
David Steban Zuleta –Saxofón
Maria Carolina Zuluaga –Clarinete Bajo
Guillermo Ramírez –Director

Conceptualización y desarrollo artístico

Sebastián Rivera Ruiz

Desarrollo musical y tallerista de jazz

Samuel Muñoz

Producción técnica y mezcla

Sebastián García

Taller de narrativas gráficas transmedia construcción colectiva de un cómic sobre el conflicto

Conferencistas invitados

Humberto de la Calle Lombana
Alejandro Ceballos
Federico Ríos Escobar
Santiago Escobar-Jaramillo
Jesús Abad Colorado
Patricia Salazar
Pilar Lozano
Mary Luz Montoya
Piedad Bonnett
Antonio María Flórez
Juan Álvarez
Doris Suárez
Karen Pineda
Juan Miguel Álvarez
Mario Hernán López
Velia Vidal
Ana María Mesa

Tallerista invitada

Catalina Holguín Jaramillo

Participantes construcción colectiva de cómic

Sara Jaramillo
Lorena Ramírez
Jorge Augusto Noreña
Jeison Cárdenas
Jeff Ruíz
Juan David Márquez
Luis Alberto Carmona
Juan Carlos Homez
Natalia Manzano
Julián Andrés Marulanda
Kelly López
Cristian Cardona

Conceptualización y realización

12.ª Feria del Libro de Manizales
Editorial Universidad de Caldas

Cómic

Guión

Equipo de investigación y producción

Ilustradoras

Jeniffer Rubio
Ana María García

Exposición fotográfica - Trujillo, una gota de esperanza en un mar de impunidad Rodrigo Grajales

Mesas de Edición

Raya Editorial
Matiz Taller Editorial
Festival Internacional de la Imagen

Curaduría y edición

Zully Sotelo – Colombia
Karim Ganem Maloof – Colombia
Luis Miguel Gallego – Colombia

Equipo museográfico

Ayda Nidia Ocampo
Sebastián Rivera
Jefferson Pineda

Exposición fotográfica - Pluma o plomo Manuel Bernardo Rojas

Mesas de Edición

Raya Editorial
Matiz Taller Editorial
Festival Internacional de la Imagen

Curaduría y edición

Agustín Zuluaga – Colombia
Laura Puerta Barco – Colombia
Fabiola Cedillo – Ecuador

Equipo museográfico

Ayda Nidia Ocampo
Sebastián Rivera
Jefferson Pineda

Nido artesanal

Jorge Augusto Noreña

Mesas de edición

Editores invitados

Zully Sotelo – Colombia
Ana María Lagos – Colombia
Fabiola Cedillo – Ecuador
Agustín Zuluaga – Colombia
Laura Puerta Barco – Colombia
Juanita Escobar – Colombia
Musuk Nolte – Perú
Martín Bollati – Argentina
Karim Ganem Maloof – Colombia
Luis Miguel Gallego – Colombia
Esteban Vanegas – Colombia

Conceptualización y realización

Santiago Escobar-Jaramillo
Raya Editorial

Redacción y entrevistas

Juana Valentina Bustos

Apoyo de investigación

Jefferson Pineda

Radionovela

Guión literario

Oscar Yesid De los Ríos (estudiante,
programa de Filosofía y Letras)
Juan Diego Álvarez Osorio (estudiante,
programa de Filosofía y Letras)
Laura Sofía Marín Granada (estudiante,
programa de Filosofía y Letras)
Erika Johana Marín Ríos (estudiante,
programa de Filosofía y Letras)
Juana Valentina Bustos (joven
investigadora)
Jefferson Pineda Reinosa (joven
investigador)
Jhon Sebastian Giraldo (egresado,
programa de Filosofía y Letras)
Pablo Rolando Arango (profesor,
Departamento de Filosofía)

Intérpretes

Laura Casallas (estudiante, Lic. en Artes
Escénicas)
Alejandra Tamayo (estudiante, Lic. en
Artes Escénicas)
Alexandra Vinasco (profesora,
Departamento de Artes Escénicas)
Leonardo Morales (estudiante, Lic. en
Artes Escénicas)
Jhon Anderson Martínez (egresado, Lic. en
Artes Escénicas)
Julian Gregorio Gaviria (profesor,
Departamento de Artes Escénicas)

Diseño y producción de sonido

Daniel Castillo (egresado, programa Diseño
Visual)
Mateo Quintero
Daniel F Montoya Ballesteros (egresado,
Maestría en Filosofía)
Jacobó Rivera Tejada (estudiante,
programa de Filosofía y Letras)
Pablo Rolando Arango (profesor,
Departamento de Filosofía)

CONTENIDO

Prólogo	9
Primera parte. Creación	21
Introducción. Las otras memorias	23
CUENTOS	26
A don Daniel le falta un corrido / Carlos Germán van der Linde Valencia	26
Condenado a contar las horas / Jhon Sebastian Giraldo Medina.	39
Conjuro virtual / Juan Camilo Perdomo Marín	47
Esta guerra está en pañales / Jhoan Sebastian Parra Franco	61
El primer trabajo / Christian Camilo Galeano Benjumea	71
Los pies sobre la tierra / Cristián Felipe Cardona Osorno	81
Nadie era su nombre / Boris Santiago Álvarez Estrada	88
Una verdad / Juan Felipe Gómez Cortés.	99
Tierra Sangre / Jonny Fernando Carvajal Torres	106
Tres angustias para la enseñanza de la paz / Jáiber de Jesús Ladino Guapacha	119
ENSAYOS	127
Pueblos de los muertos, escenarios de un país que convulsiona entre la sangre y el miedo / Johanna Gallego Castrillón	127
Juego de espejos en la región cafetera / Luis Adolfo Martínez Herrera.	142
CRÓNICAS	154
Pasos hacia atrás: voces de la violencia en Güíntar / Julio César Caicedo Cano, María José Buitrago Vanegas	154
Vidas vaporizadas / Edgar Camilo Rueda Navarro.	161

Introducción: Conflictos y violencias en el paraíso cafetero	171
Análisis caso emblemático Municipio de Samaná – corregimiento de Florencia en el departamento de Caldas / Martha Lucía Gallego Betancourth	174
Encuadre del detalle para las narrativas teatrales de la violencia en Colombia 1988-2009 / Nathalie Forero Perdomo	190
Jóvenes excombatientes y sus vidas civiles / Juan Pablo Mejía Giraldo .	201
Recuerdos del pasado y del ahora: Trujillo y la construcción de memoria colectiva / Miguel Ángel Brand Nárvaez, Brayan Tabares Jaramillo, Miguel Ángel Mora Gómez, Alejandro Osorio Ospina, Sandra Carolina Patiño Ospina	215
Cartografías poéticas de la Violencia desde María Mercedes Carranza / Yeisi Julieth Niño	233
Conflicto armado y reconfiguración histórica territorial: Magdalena Centro / Norby Margot Andrade Álvarez	245

Prólogo

Humberto de la Calle Lombana

Introducción

Dentro del proyecto adelantado por la Universidad de Caldas para dar a conocer la edición colectiva sobre nuevas narrativas del conflicto armado en Colombia, me corresponde el honor de hacer una breve reflexión sobre los interesantes hallazgos de esta empresa investigativa.

En acuerdo con la dirección editorial de esta publicación, estas notas se dividirán en los siguientes apartes: 1. El conflicto, origen, categorización y persistencia. 2. Enfoque regional en el Eje Cafetero. 3. Importancia de este tipo de ejercicios: reflexión sobre la memoria histórica.

Uno: Conflicto, origen, categorización y persistencia

En términos generales, puede afirmarse que el recuento de los hechos que han configurado el conflicto ha sido recopilado y difundido de manera amplia. De igual modo, la elaboración historiográfica ha sido voluminosa y reflexiva. Además de lo anterior, se espera que pronto la *Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición* concluya su trabajo, cuestión sobre la que volveremos luego. Pese a lo anterior, no existe unanimidad interpretativa. Aún hoy, hay inquietudes no resueltas. Además, algunos analistas proponen sus conclusiones no pocas veces en función de sus convicciones ideológicas, lo cual no sorprende dada la complejidad de la materia.

Un primer nodo discursivo es el relacionado con la diversidad de opiniones sobre el origen (y duración) del conflicto.

Guerrilla

Un cúmulo importante de historiadores distingue entre tiempo largo y tiempo medio. Este enfoque, además, ha sido matizado por algunas posiciones intermedias (Pizarro, 2019). María Emma Wills se remonta al nacimiento del propio Estado-Nación. A su juicio: “Los partidos Liberal y Conservador se forjaron antes de la consolidación del Estado”, y afirma lo hicieron de una manera multclasista de tipo clientelar, en un entorno de poco control del Estado sobre el territorio con mezcla de urnas y armas en su acción política. Otros traen a cuento las múltiples guerras del siglo 19 y las disputas religiosas (Pizarro, 2019).

Un grupo numeroso prefiere centrar más el análisis a partir de la finalización del Frente Nacional.

Daniel Pécaut caracteriza el origen republicano de Colombia como una organización con una simbología nacional muy precaria y la presencia de partidos que formaron en la práctica subculturas enfrentadas (Pizarro, 2019). Pese a esto, finalizada la Guerra de los Mil Días vino un remanso con cifras de homicidios entre 5 y 8 por 100.000 habitantes. Algo semejante se puede traer a colación al final del Frente Nacional, desaparecida La Violencia liberal-conservadora, y justo apenas cuando comenzaban a hacer presencia fuerzas de la guerrilla. La baja de la tasa de homicidio llevó a James Henderson a sostener que en ese momento el conflicto había terminado en 1966 (Pizarro, 2019).

Ya en 1964 aparecen las FARC como movimiento de autodefensa campesina. Con la guerra fría, este movimiento quedó enmarcado en ese paradigma. Los gobernantes las descalificaron como inaceptables promotoras de repúblicas independientes. A su vez, por la vía del Partido Comunista, Moscú les brindó apoyo hasta configurar una guerrilla móvil de tipo comunista.

De igual modo, el nacimiento del ELN y el EPL, aunque compuestos más bien por capas urbanas medias, estudiantiles y profesionales, también ostentó la impronta de la guerra fría: réplica de la revolución cubana el primero, y orientación hacia el socialismo chino el segundo.

Sobre el ELN hay que decir que, además de un voluntarismo revolucionario post Cuba, en el Magdalena Medio Rafael Rangel se había levantado en armas el 9 de abril. Y provenientes del MRL, fracción disidente del partido liberal liderada por Alfonso López Michelsen, se vincularon los hermanos Vásquez Castaño. La teología de la liberación también sirvió de fuente nutricia.

El EPL, de orientación maoísta, nació el 17 de diciembre de 1967 en el Departamento de Córdoba, sobre la base de la guerrilla liberal de Julio Guerra.

El M-19 se originó en la Alianza Nacional Popular (ANAPO), un movimiento liderado originalmente por el General Rojas Pinilla. A causa de su derrota en las elecciones, una fracción decidió levantarse en armas. En su seno hubo una mezcla de nacionalismo e insurrección no marxista, con reclutamiento importante en la clase media urbana y en las universidades. Su bandera fue presentarse como víctima de un Estado ilegítimo.

Paramilitarismo

En la época de La Violencia, en el seno de la Policía (o mejor, las policías porque inicialmente no existía propiamente una Policía Nacional), apareció la figura de *los chulavitas*, campesinos que recibían apoyo y armas para atacar sobre todo a miembros del partido liberal. Cuando ya se extinguía el fenómeno de La Violencia, *los pájaros* constituían bandas dispersas. Su objetivo lo caracterizaba cierta continuidad en el uso de la fuerza contra los liberales, pero finalmente fueron bandas sin articulación dedicadas a la criminalidad común. Ante la insurgencia guerrillera, se formaron grupos de *autodefensa* inicialmente defensivos, como lo indica su nombre, pero más adelante se convirtieron en cuerpos punitivos ya conocidos como *paramilitares*.

De manera paralela, desde el Estado se fue impulsando una asociación con organizaciones civiles en busca de una mayor seguridad. Este trasiego tuvo su clímax con la creación de las cooperativas de vigilancia denominadas Convivir. Las Convivir se organizaron a nivel nacional, por este motivo es difícil establecer su número exacto y el de sus miembros, dado que depende de si hicieron parte de grupos de seguridad privada o no. Existen estimativos que contemplan hasta 414 grupos y, según el presidente de la Federación Nacional de Asociaciones de CONVIVIR Carlos Alberto Díaz, a diciembre de 1997 había más de 120.000 miembros de las CONVIVIR en Colombia. Durante la vigencia de las Convivir se crearon más de 500 cooperativas rurales de seguridad en 24 departamentos.

Las AUC se desmovilizaron tras los diálogos de paz en un proceso bajo la verificación de la Organización de los Estados Americanos (OEA). Las desmovilizaciones se iniciaron el 25 de noviembre de 2003 en Medellín con el bloque Cacique Nutibara y terminaron el 15 de agosto de 2006 con el bloque Elmer Cárdenas. Fueron 38 actos en los que se desmovilizaron 30.150 integrantes de estos grupos armados.

El vínculo de esas organizaciones con dirigentes políticos dio lugar al escándalo judicial y político que se denominó Parapolítica. En la actualidad, pese a la desmovilización, subsisten varias organizaciones sucesoras del paramilitarismo.

La persistencia

Otra importante cuestión busca analizar los extraordinarios factores de persistencia del conflicto en Colombia, a diferencia de lo ocurrido prácticamente en el resto de América Latina (Pizarro, 2019).

De cierto modo (también punto de ruptura en la visible degradación del conflicto), se ha sabido que la incidencia del narcotráfico como fuente importante de la financiación de la confrontación ha sido determinante. Esta respuesta tiene validez fáctica, pero deja por fuera una segunda pregunta cuya respuesta ha sido bastante elusiva, ¿por qué ese fenómeno delincencial, el narcotráfico, echó raíces superlativas en Colombia? Es claro que en la actualidad su presencia tiende a ser generalizada en la región. Pero durante un lapso significativo, su mayor concentración en nuestro país fue notoria. Esta segunda pregunta, réplica de la primera, escapa a los linderos de esta reflexión.

El secuestro y la extorsión, fenómeno delincencial paralelo y coexistente con las actividades propias del narcotráfico, contribuyó parejamente a prolongar el conflicto.

Hay elementos de precariedad institucional también determinantes. Han sido recurrentes diversas reflexiones sobre las dificultades para lograr el predominio del Estado en el accidentado territorio de la Nación y la consecuente falta de integración del mismo. A su vez, el Estado se ha caracterizado por debilidades fiscales notorias, desarticulación de las políticas públicas, aparato fragmentario en el ya mencionado esquema de lucha partidista de tipo clientelar. De esta manera, se ha acentuado con creces en período reciente una profunda desconfianza de la población sobre el entramado institucional.

Una reflexión original y polémica se le debe a Jorge Giraldo. A su juicio, quizás por la desconfianza en la dirigencia civil que ocasionó el golpe de estado de Rojas Pinilla, el gasto en seguridad se mantuvo bajo durante largo tiempo en comparación con el resto de la región. “El gasto militar en Colombia estuvo muy por debajo del mismo gasto en el resto de América Latina hasta años recientes, en los cuales Colombia comenzó a ocupar los niveles más altos del continente” (Pizarro, 2019, p. 71). Según el mismo Giraldo, el país solo alcanza

en gasto militar a Suramérica en el 2010. Y sobrepasa a Centro América solo en el 2000. Asimismo, se arguye que, como secuela de estas insuficiencias estatales, ha existido una creciente tendencia hacia el crecimiento de organizaciones de seguridad privada. En conexión con esto, también hay una acumulación de destrezas anteriores en otros momentos de la confrontación. (Gutiérrez Sanín) (Pizarro, 2019). En relación con estas características, la mezcla de armas y urnas en la controversia política ha sido inveterada. La ampliación de los eventos electorales locales ha contribuido a intensificar esta situación.

Sobre este punto la cuestión agraria merece especial mención. El campo ha sido el escenario principal del conflicto y, en todo caso, el teatro de su origen. Un primer elemento es la concentración de la tierra.

El 4,2% de la tierra, fundos menores de 5 hectáreas, pertenece al 67,6% de los propietarios. El 46,5% de la tierra, propiedades de más de 500 hectáreas, la posee únicamente el 0,4%. La alta concentración es un hecho, como también lo es que ha venido en aumento: entre 1997 y 2002 hubo un aumento de las propiedades de más de 500 hectáreas que pasaron del 25,6%, poseída por el 0,3% de los titulares, al 46,5% del área en poder del 0,4%.

Este fenómeno hay que mirarlo en el contexto general. Algunos piensan que la concentración es inherente al proceso de urbanización. Y hay quienes señalan que es un fenómeno propio de una explotación agroindustrial moderna. No obstante, si este hecho se conecta con la explosión de microfundio que afecta la vida digna de muchas familias, con la distorsión en el uso del suelo, con agudas etapas de despojo forzado y con la utilización de la tierra en una lógica de poder político, no importa que se aleje de la racionalidad productiva, este dato genera seria preocupación.

El análisis del índice GINI simplemente corrobora lo dicho, aun con variantes entre diversos estudiosos.

Como lo señalan Juan Camilo Restrepo y Andrés Bernal Morales, la situación de Colombia es paradójica:

El problema de la estructura de la tenencia de la tierra en Colombia no solo es la alta concentración sino también la excesiva fragmentación de la propiedad agraria... Más del 80% de las tierras que se explotan en Colombia son parcelas de menos de media UAF (Unidad Agrícola Familiar) ... Hay que concluir que ocho de cada diez explotaciones agrícolas (microfundios) no son suficientes para que las familias campesinas de este país mantengan una vida digna. (Debate, 2014,)

Uso

De la mano de la concentración, aparecen las distorsiones en el uso del suelo. Las cifras son dicientes:

Colombia cuenta con 113,9 millones de hectáreas disponibles, de las cuales poco menos de 42 millones tienen vocación agropecuaria. 21,5 para agricultura y 21,1 para ganadería. Pero en la realidad, 43,2 millones de hectáreas son usadas para ganadería extensiva y pastos; mientras que tan solo un 3,8 millones de hectáreas son destinadas al uso agrícola, y más alarmante aún, 7,3 millones de hectáreas son improductivas.

Hay un descenso sostenido del PIB agropecuario. El sector ha crecido más lentamente que el resto de la economía.

De este modo, el caldo de cultivo para la iniciación y continuación del conflicto es indiscutible. Los intentos recientes de reforma agraria (durante el Frente Nacional, en especial el gobierno de Carlos Lleras) fracasaron. El llamado Pacto de Chicoral contribuyó a finiquitar ese proyecto, a lo cual también, hay que reconocerlo, contribuyó un cierto aventurerismo de fuerzas radicales de izquierda que contribuyeron a fraccionar el movimiento de usuarios campesinos, factor importante para darle piso político a la reforma (De la Calle). Fracasos como el de Allende en Chile hicieron que la izquierda concluyera que no había vía democrática para lograr sus objetivos.

Caracterización

Hay diversas caracterizaciones del conflicto, muchas veces influenciadas por las visiones ideológicas más generales de los historiadores. No obstante, hay unanimidad en decir que es un conflicto armado prolongado, complejo, discontinuo, atroz (por cada combatiente mueren 80 civiles) y con diferencias regionales. Asimismo, es posible afirmar que al principio este conflicto tuvo raíces políticas que luego se diluyeron por la degradación no bipolar sino multipolar y fragmentada. “Nada conduce (a pensar) en la oposición política entre dos campos” sino frente a un conflicto multipolar y altamente fragmentado, tanto si se toman en consideración las organizaciones involucradas como las regiones afectadas.

Dos. El conflicto en el Eje Cafetero

Un acierto fue el de escoger una zona, un lugar determinado. En efecto, en el Eje Cafetero hablar de “conflicto” implica una generalización, un proceso de abstracción que, si bien es necesario en las ciencias sociales, a veces se diluye la multifacética expresión de las tensiones en un plano local. El haber buceado en el mundo circunscrito de la región enriquece y valora las particularidades, cuyo examen es necesario y termina nutriendo la idea mayor, abstracta. En el caso de La Emilia (*a Daniel le falta un corrido prohibido*), aunque el grueso de la narración se desarrolla en el Guaviare, permanecen las trazas originales venidas de Norcasia y de la Marquetalia tolimense. Hay una impronta que se traslada con los personajes y que no muere.

Esta “localización de las diversas narrativas” (en forma de ficción a veces o de ensayo otras) contribuye a iluminar los temas ya mencionados sobre el origen del conflicto. En efecto, aparecen trazas que muestran diversas raíces que se desprenden de la época de “La Violencia”, producto de la confrontación entre los miembros de los partidos liberal y conservador.

A su vez, en el proceso de superar las causas de esa violencia, el fenómeno de la llamada “colonización” no solo desnudó un elemento subyacente que es prácticamente aceptado por todos: la cuestión agraria. Este ha sido uno de los vectores del conflicto de vieja data. En el primer cuarto del siglo 19, la situación de inequidad en el campo se agrava, tanto por el crecimiento de la oferta de mano de obra como por la estructura humana de la explotación del campo, caracterizada por una aguda pretermisión de los derechos fundamentales de los campesinos. La relativamente profusa aparición en esta época de legislación que buscaba reorganizar la explotación del campo y mitigar sus efectos nocivos, es de por sí demostrativa del recrudecimiento de la situación conflictiva.

No obstante, el horizonte que resulta de esta visión “localizada” no se agota en reflexiones económicas. Hay un sustrato importante de resentimiento producto de condiciones de marginación. Como anécdota personal, en el año de 1991 tuve contacto con un miembro de la Unión Patriótica que había hecho parte de la guerrilla. Él me contaba que cuando ingresó a la organización armada a la edad de 14 años sintió que su autoestima mejoró de manera sustancial. Esto se dio por el respeto que adquirió por parte de su comunidad apenas hizo del fusil su acompañante permanente, decía: “En las tiendas me regalaban cerveza y las prostitutas se acostaban gratis conmigo”.

Otro factor consecuencial ha sido el desplazamiento y la consiguiente urbanización de los campesinos. Este fenómeno, a pesar de ser una secuela ciega, coincidió con la formulación de políticas públicas que propugnaban una mayor urbanización, con la idea de que de ese modo era más factible atender las necesidades de la población (Lauchlin Currie). Ese resultado ha sido esquivo y, en cambio, debilitó esfuerzos de reforma agraria con una visión integral y no solo economicista.

El elemento diferencial de estos hallazgos es bastante llamativo dado que cierta sabiduría convencional supone que, si bien el Eje Cafetero sufrió la confrontación de la violencia liberal conservadora, una vez esta terminó el conflicto desapareció. Como se puede apreciar actualmente, esto no es totalmente cierto. La mención de la crisis del café en 1993 permitió visualizar la persistente dominación incluso en los intersticios de la vida: la microviolencia cotidiana, no armada, casi invisible. Por otro lado, un segundo espejismo es que el eje, al menos algunas de sus regiones, estuvo exento del cultivo de la coca y del narcotráfico. En las regiones más al sur hubo una aparición tardía de los cultivos de uso ilícito (en relación con otros lugares de Colombia), pero sus consecuencias rápidamente se actualizaron. Por tal razón, también la contraréplica paramilitar afloró no sin virulencia (Ramón Isaza, Ernesto Báez). “Se requiere de una interpretación que reconozca los ocultamientos de una violencia política experimentada en la región, de una lectura al fenómeno narco y al lavado de activos como ejes centrales de reproducción del conflicto, y de una mirada crítica al imaginario de civismo-mito recreada en la región cafetera. Violencia política, narcotráfico y civismo dibujan el complejo escenario del conflicto armado interno experimentado en la otrora región cafetera” (*Civismo, narcotráfico y exclusión*).

Una mirada a *Vidas vaporizadas* narra cómo Ramón Isaza se alzó en armas en 1977, cuando conformó un grupo paramilitar conocido como Los Escopeteros. Empezaron con ocho hombres, luego fueron 24 y entonces llegó su primera acción, que fue el 22 de febrero de 1978. Ese día chocaron con miembros del frente Noveno de la guerrilla de las FARC en el corregimiento de Las Mercedes, de Puerto Triunfo (Antioquia). En este combate se estrenaron las armas proporcionadas por ganaderos de la región, quienes las habían obtenido de forma legal.

“Los encargados fueron mercenarios israelíes y británicos que adiestraron no sólo a los paramilitares de las ACMM, sino a los integrantes de varios escuadrones de la muerte, como el MAS, Los Tiznados y Los Grillos, entre otros

(...). Los relatos del conflicto armado en la región cafetera necesitan de otros signos para ser narrados. No se cuentan desde las grandes gestas de los movimientos sociales o las acciones colectivas, no se destaca como factor central el problema agrario -sin negar su presencia-, no se describe desde el juego de espejos excluyentes de los partidos tradicionales”.

Hay una hermenéutica innovadora: “Interpretar los azares de un conflicto armado negado exige destacar otras facetas para pensar sus ritmos y des-tiempos, sus ocultamientos, sus imaginarios, sus silencios opacos”.

En el *Análisis del caso emblemático de Samaná, Caldas* aflora un nuevo ángulo del conflicto. Según los relatos de las víctimas con ocasión del conflicto armado colombiano:

El ejército empezó a entrar, a pesar de que siempre entraban atropellando muy maluco, porque supuestamente todo este pueblo era guerrillero. La verdad uno no sabía a quién tenerle más miedo, si al Estado o la guerrilla. Aquí entró un batallón que daba miedo. (A. Zuluaga, comunicación personal, 28 de abril de 2019)

En efecto, durante la fragmentación de la época de La Violencia, la policía era amiga o enemiga de la población en función de su afiliación partidista. En esta nueva etapa, la fuerza pública terminó actuando como una fuerza invasora generando miedos en todas las vertientes de la población civil. Esto se convirtió para muchos en una guerra ajena. Sectores de la población se sitúan en una posición de neutralidad que ha llegado incluso a pedir del Estado el retiro de los puestos de policía y los cantones militares, por creer que su presencia cataliza la guerra. Es literalmente la población entre dos fuegos. El efecto literalmente es altamente nocivo tanto en lo militar como en lo político. Es la apoteosis de la desconfianza, la cual mina la propia legitimidad del sistema político. Este es un tema medular. Una de las razones para emprender una solución política al conflicto está dirigida estratégicamente a reubicar el Estado en el centro de un quehacer que se supone *erga omnes* en el sentido de cobijar a todos sin perjuicio del disenso propio de la democracia. Los opositores a este ejercicio de fin del conflicto mediante negociación no han valorado con claridad esta circunstancia. Se trata de recuperar el Estado (y su fuerza punitiva) para todos.

Tres. Importancia del ejercicio. El papel de la memoria.

Este recuento permite descubrir la importancia del ejercicio. En efecto, como se afirmó antes, los elementos locales al calcarlos sobre el panorama conflictivo general permiten establecer continuidades y diferencias. El próximo informe de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, *la Convivencia y la No Repetición* permitirá profundizar en esa perspectiva dada la calidad esperada del mismo. Sin embargo y más allá de ello, una pregunta medular versa sobre el efecto de un informe de esa naturaleza en una senda de reconciliación.

Un extremo conceptual mira la verdad como un obstáculo. Es paradigmática la exposición de David Rieff (*Contra la memoria*, 2012). Cómo experiencia personal, cuando comenzamos las conversaciones en la Habana un analista destacado y es ministro de Estado me dijo: “¿Pará que se meten con la verdad? En la idea de lograr una paz firme, es mejor el olvido”.

Ahora bien, una aproximación sucedánea, aunque no sé si suficiente en la lucha de la paz, es más bien un escenario de “coexistencia epistemológica”. Lo que sí predigo, más allá de si esa meta es suficiente, es que sí será un momento de alivio en la dramática historia del conflicto colombiano. El que una madre que haya perdido a su hijo a manos de la guerrilla y otra que haya sufrido igual resultado por acción de paramilitares puedan establecer al menos una comprensión de una noción de conflicto, servirá como puerta de ingreso al camino de la reconciliación, el cual apenas comienza en medio de un horizonte de dificultades e incertidumbres.

Primera parte

Creación

Crónica
Cuento
Ensayo

Nota introductoria

Las otras memorias

Octavio Escobar Giraldo¹

El título es suficiente, pero supongo que hay que explicarlo.

Es bueno que la escritura, desde el análisis y la subjetividad, desde las experiencias y los efectos, cuente nuestra historia. Abrumados por los hechos que convierten a Colombia en una noticia permanente, cansados de protagonistas recalcitrantes y males sempiternos, quizá parezca que un libro debe proporcionar algo diferente a nuestra realidad, quizá una cierta relajación, las razones de la supuesta felicidad que las estadísticas nos endosan. Tal vez una historia de amor, una fastuosa fantasía, un largo y placentero fin de semana hecho de páginas soleadas. Y puede y debe hacerlo, pero también puede contar lo que a los medios masivos de comunicación no les interesa, recordarnos que somos diversos, que en nuestras rutinas nos pueden asaltar la novedad o el terror, que la vida no es solo titular de prensa, pero también lo es, que el

¹ Médico y profesor de la Universidad de Caldas, y uno de los escritores colombianos más importantes del momento. Premio Nacional e Internacional de Novela por “Después y antes de Dios (2014)”, apenas una de las obras narrativas que le han merecido reconocimientos. Hace pocos meses su Manual de hipocondría ganó el premio Internacional de Poesía de Las Palmas de Gran Canaria. Sus libros de cuento De música ligera (1997) y Hotel en Shangri La (2003) han sumado ediciones desde su publicación, también fruto de premios nacionales. La editora Regional de Extremadura presentó en medio de la pandemia Cuentos de ida y vuelta (2019), volumen que comparte con la escritora mexicana Mónica Lavín.

debate parlamentario tiene consecuencias en rincones en los que la luz eléctrica todavía es milagro y el agua se ve cristalina porque baja de piedra en piedra desde la montaña. Que la violencia también puede ser compañía y el rojo es consubstancial a la sangre.

Como cuando nos brinda los relatos llenos de olvidos de los abuelos, o las extrañas invenciones con las que los niños se explican el mundo que apenas conocen; como cuando nos recuerda las imágenes que las cámaras registran en los bordes de las pantallas mientras los protagonistas se pavonean en el centro del rectángulo, convencidos de su valor y su importancia; así también la escritura puede caminar a tientas por los puntos ciegos, por esos lugares de nuestra cotidianidad que a pesar de estar llenos de sombras, significan, dan nuevos sentidos al pasado y dibujan otras formas, plásticas, equívocas, necesitadas de la participación y la complicidad del lector, del consuelo y del sano ejercicio del recuerdo. Las familias difíciles y tan normales de *Los parientes de Ester* de Luis Fayad y *El cine era mejor que la vida* de Juan Diego Mejía, o esas barranquilleras de Country Club y exilio europeo de Marvel Moreno; las conflictivas gestas individuales de los aventureros –por llamarlos de alguna manera– de Tomás González, los muchachos enfebrecidos de *Bomba Camará* de Umberto Valverde, borrachos de salsa, o esos costños exagerados, operáticos, al borde del delirio, de las divertidísimas novelas y cuentos de Ramón Illán Bacca, su *Déborah Kruel* de incongruentes filiaciones nazis, son tan históricos como los personajes de *La ceiba de la memoria* de Roberto Burgos Cantor, como los piratas y militares de las novelas de Gonzalo España –incluso aquellos que investigan las calles de Barrancabermeja guiñándole el ojo a Humphrey Bogart–, tan nuestros como los conspiradores de la versión del Bogotazo de Miguel Torres o los guerrilleros de *Era como mi sombra* de Pilar Lozano. Así, todos somos parte de una gran urdimbre, a la que es sano y placentero leer con distintas lentes, con ojos desprejuiciados y, si es posible, gozosos. También las historias que forman parte de este libro son dignas de nuestra lectura, de nuestros gestos de dolor, de nuestra participación emocionada, de esas emociones que comenzaron en un papiro y son ahora la definición de lo ubicuo.

En su difundido texto *La batalla de las versiones narrativas*, Tomás Eloy Martínez escribió: “Ficción e historia, entonces, pueden considerarse metáforas de la realidad: una, la historia, luchando por afirmar su principio de verdad; la otra, por imponer su principio de ilusión. En las dos es preciso “elegir, reconstruir, imaginar”. Es lícito, entonces, que la escritura invite a los lectores a participar en el ejercicio metafórico de la memoria, de las memorias, y que la aceptemos como una de las múltiples formas de la verdad y, por qué no, de la reconciliación. Y, por supuesto, es necesario que asumamos que la escritura

se manche, se haga denuncia, se haga lamento, que las palabras renieguen y griten, que protesten contra las imposiciones de unas ciertas gramáticas del poder, de unas sintaxis que son, muchas veces, las gestoras de la violencia.

No hay escritura inocente. Tampoco hay lectura que lo sea.

Cuentos

A don Daniel le falta un corrido

Carlos Germán van der Linde Valencia / Universidad de La Salle

— ... ¡Entonces devuélvase con esa mierda!

— Pero, patrón, no me diga eso. Mire que...

— Vea, don Daniel, no chimbiemos más. Llévase esa carga pa'l Boquerón y allá se la recibe Gallo Fino. Yo me encarto con esas guanábanas porque eso no hay quién lo compre en San José, y el domingo los muchachos le suben la plata hasta Charrasquera.

—Pero, patrón...

—¡No me joda más, don Daniel! No me haga perder más el tiempo. Decídase de una buena vez o lleva la carga pa'l Boquerón o se come usted solito toda esa vaina y pee pepas por ese culo todo el mes jajajaja.

Celebrando su propio chiste, don William da por terminada la negociación. Se seca el sudor de la frente y pide otra cerveza fría. Las transacciones se hacen en la tienda La Emilia, a viva voz y sin acuerdos de confidencialidad. Todo: cultivos de pancoger, café, reses o pasta de coca, se paga con dinero en efectivo. La banalización, la DIAN y sus facturas electrónicas, así como el Ejército Nacional, son inexistentes en La Emilia. Muy al contrario del recato y la reserva, la costumbre entre los colonos patriarcas es la exhibición. El poder es un lujo para lucir. La autoridad es un artículo para ostentar como el dinero, las joyas, las mujeres, las camionetas todoterreno y las armas. Sin mayor capacidad de negociación, don Daniel solo aprieta su sombrero entre las manos, gira sobre sus talones y monta su viejo caballo que lentamente sigue el pequeño camión con sus racimos, a lo largo de una trocha tortuosa que conduce a El Boquerón.

“Vivo mi vida sabroso / guaro, parrandas y mujeres / con ellas me la gozo / y ando a lo bien pa' allá y pa' acá. / Pa' chupar guaro soy buen gallo / pa' putear soy un perrazo / le tumbo la hembra al que sea”.

Es la música que se escapa de las ventanas de una Toyota Hilux color plomo. Descienden tres hombres de botas vaqueras que siguen coreando el

narcocorrido: “*Critican porque yo / soy mujeriego y bebedor / andariego, parrandero*”. Tienen botellas de whiskey y beben directamente de ellas. Al hacerlo se pueden ver sendas cadenas de oro y relojes brillantes. Para congraciarse con el hombre que permanece en la 4x4 y al que llaman patrón, dos de ellos toman algunas de las guanábanas de don Daniel, sin descargar todavía, y juegan tiro al blanco con ellas. Don Daniel mira en silencio a los pistoleros. Hacen coro los disparos y la canción. Algunas miradas alrededor asisten al espectáculo con lujuria, otras miradas son de reserva y otras más de resignación. El patrón no celebra con particular gracia los halagos, aunque sabe que son un tributo a su persona. Personalista, así es la narcocultura. “*Yo soy un man sin agüeros / ni al mismo putas le corro // yo no conozco el miedo lo único que sé, es que pa'lante es pa'llá*”. Don Daniel y el patrón no cruzan miradas.

—Casi no llega, viejo -reclama, a manera de saludo, la sombra opaca de una señora canosa, de una mujer cada día más incorpórea-.

—Así es -responde el hombre apeándose bajo las sombras de los árboles, en el atardecer prematuro de la selva-.

—Ahí le dejé café con plátano -le dice la sombra. Ella todavía lo cuida por hábito. Haberle tenido cinco hijos no parece un lazo que hoy los anude con fuerza-.

— ...

El hombre, en silencio, desensilla su caballo y entra al rancho de tablas. Hace mucho la palabra “viejo” dejó de ser una palabra de cariño. Hoy es más bien impersonal. Se conserva más por costumbre que por amor. “Viejo” reemplazó el nombre del esposo y tomó el lugar de las palabras melosas. La casa se alumbra con velas de cebo y un transistor de pilas y averiado sirve de decoración. La finca de don Daniel se encuentra tan enclava en la selva que la señal de radio no llega allá. Hace cinco décadas llegaron él y su mujer al sur del Guaviare. Traían solo dos maletines grandes con ropa y un morral pequeño con la leche en polvo para su primogénito, todavía en brazos. Era una pareja joven de campesinos caldenses, creyentes de Cristo Redentor y al tiempo del rosacrucismo. La familia de ella es oriunda de Norcasia y está compuesta por campesinos madereros, altos y delgados, blancos y ojizarcos. La familia de él es de Marquetalia en Tolima; sin embargo, provienen originalmente de Antioquia por parte del padre y del Huila por parte de la madre. Tanto los abuelos paisas como los del Tolima Grande fueron acusados de cachiporros por los conservadores con la ayuda de chulavitas, por lo que los pájaros son

desplazados de sus territorios. La segunda ola migratoria, detonada por el conflicto armado interno, terminó amalgamada con los planes gubernamentales de colonización y civilización de la Amazonía colombiana. Sobre esta cresta, llegaron el joven Daniel y su mujer al lado de una generación de campesinos y gUAQUEROS de todo el país. Hoy, a pesar del silencio en la casa, la vieja pareja es muy poco lo que habla entre sí. Finalmente, don Daniel le da dos sorbos a un café frío, dejado desde ayer sobre un fogón de leña, sin leña. El plátano se lo tira a Cochinita, una marrana desdentada de mirada triste, que hace años dejó de dar crías. Finalmente, se acuesta en el chinchorro remendado, al lado del chinchorro desinflado de su esposa.

“Me doy plomo con quien sea / jarto whiskey o lo que sea / y a ningún remalparrido ... le pido para gastarr / Entonces por qué hijodeputas / una cuerda de mantecos/ chichipatos me critica”.

Continúa la música desde la Hilux: “No se metan con mi vida / puto, borracho, torcido”. El tercero de los hombres que acompañan a Cepillo, el patrón, recibe fajos de dinero de pie al frente a la caja registradora de La Emilia. “Lo que sea es problema mío”. Por turnos van pasando campesinos, pequeños comerciantes, los conductores de la cooperativa de transportes de los “yipaos”, como aprendieron a decir ahí por influencia de la colonización quindiana en la región. “Vaya y báñesen en el culo y déjeme la vida en paz”. Los últimos en pasar son las hermanas Gallego, una familia dedicada a la fabricación de quesos frescos que fácilmente le compite a los quesos maduros ibéricos. “...soy pa’ las que sea, parcero / no me ando con maricadas / váyanlo de una sabiendo”. Vuelve a empezar el mismo narcocorrido. La seguridad no es un ofrecimiento, es obligación comprarla.

— Pá, pá, pongámo’le “Holstein” a ese marranito que nació con manchas.

— Es hembra.

— Entonces, llamémo’le “La Holsteína”.

— No se encariñen con esos animalitos, ome.

— Por favor, pá, este no. No lo venda.

— Esos animalitos no son pa’ nosotros.

— Mire que es el único manchadito.

—Tenemos que venderlos todos.

—¡Por favor! ¡Por favor!

—...

—Má, por favor, dígame que nos deje a La Holsteína, ¡por favor!

— Niños, es que ya va a empezar la próxima temporada de siembra y su papá ni'a pagado las semillas de la cosecha anterior.

—Má, por favor, esas manchitas son de buena suerte. Y la dejamos pa' que nos dé crías. Nosotros la cuidamos. ¡Prometido!

—Viejo, no sea charro, dejémo'la pa' los pelaítos.

La suerte nunca llegó. Los niños iban crecieron y dejaban la finca. Muy jóvenes la mamá los envió a estudiar a San José y desde ahí, ellos, por su cuenta, se fueron a buscar fortuna. A estudiar un técnico en vigilancia y seguridad a Pereira, el mayor; a trabajar en restaurantes a Medellín, las dos mujeres; a jugar fútbol a Ibagué, el del medio; y a traquetear a Caquetá, el menor. La Holsteína parió mucho pero nunca lo suficiente para espantar la pobreza. Su única fortuna fue un linaje matrilineal que en cada camada ofrendaba una marrana manchada hasta llegar a la "Cochinilla". Para don Daniel, la finca era la empresa irrenunciable que todo padre debe heredarle a sus hijos. Nunca la asumió como una posesión estimable en hectáreas, sino como la ocasión de enseñarles que la tierra no pertenece a los hombres. Muy al contrario, el campesino es del terruño. La prueba, desde la perspectiva de don Daniel, es que la tierra existe sin campesinos, pero al campesino lo define la tierra y su trabajo con ella. Siempre se esforzó por inculcarles que la gente no come ladrillos y que el pancoger es el sustento. Todo fue en vano, la ilusión de la ciudad hipnotizó a toda su familia.

“Todos lo que me conocen dicen este cuate no es el mismo de antes / es que ellos me conocieron antes de volverme narcotraficante // cuando yo vivía en mi pueblo toditos los días siempre jornaleando / pero me fui pa'l Guaviare y anduve un par de años raspando y raspando // entre perga y amoniaco, base y cocaína, dos años pasaron / y ahora de contar billetes toditos los callos ya se me quitaron”.

“Narco Aurelio” es el narcocorrido que pidieron dos de los hombres de Cepillo, en La Emilia, porque Chichipato, borracho, se quedó dormido en una

mesa. Chichipato es un campesino de Restrepo, en Valle del Cauca, que fue a probar suerte al Guaviare en la tercera ola de migración interna del país en el siglo XX. Aquí se enganchó como raspachín y así estuvo por más de cinco años, hasta que un día apuñaló a Negro, un tumaqueño que intentó robarse una plata de Cepillo. El patrón, en reconocimiento de su finura, lo volvió parte de su esquema de seguridad. “*Soy Narco Aurelio para serviles / si es de la fina yo puedo surtirles // sé que trabajo contra la ley / y ahora en mi pueblo yo soy todo un rey*”. Al escuchar “Soy Narco Aurelio” todos soltaron una carcajada y corearon ese nombre mientras sacudían y golpeaban a Chichipato, inconsciente de la intoxicación. Le gritaban “el rey Narco Aurelio”, sin lograr despertarlo. “*Soy Narco Aurelio siempre galante y el más poderoso narcotraficante*”, terminaba el corrido al tiempo que finalizaba la botella de aguardiente Cristal que le echaban por la cabeza a Chichipato. Para continuar con la celebración pedían “El arruinado” y empezaban a corear: “*Si hubieran huevos le fritaba uno pero como hago si no hay manteca...*”. Chichipato siempre será el hazmerreír del grupo. Ese sobrenombre es su condena a ser el bufón de los matones o es el precio del sueño de un campesino por salir adelante.

— Vea, don Daniel, no sea pendejo. Eso siembre coca y no se mata más.

— Usted me conoce hace mucho tiempo. Usted sabe que yo no le jalo a eso.

— Míreme. Yo dejé de joder con la piña y la guanábana, y véame como estoy de bien ahora. — No, misiá Marina, es que no le quiero jalar.

— Vea, no sea pendejo. Eso por acá no pega ni lo de los marranos ni nada. Usted supo, a mí me salía mejor dejar perder los chontaduros que tratar de llevarlos a San José. Allá los querían gratis, prácticamente.

— Ave María, misiá Marina, yo sé que sí. Es solo que no es esa la herencia que les quiero dejar a los peláos.

— ¿Se acuerda que los marranitos nos los terminamos comiendo nosotros?

— Sí.

— ¿Entonces?

— Es una vaina de valores, misiá Marina.

— ¿Valores? ¡Mírame a este! ¿Acaso con eso mata el hambre?

— ...

— Don Daniel, eso plante la ‘boliviana’ que crece bueno. La pasta de la ‘amarga’ y la ‘dulce’ la están comprando bueno. Es más, es que vienen hasta cá a comprarla.

— ...

— Vea, eso échele aguamiel a la base de la mata y le espanta el gusano ‘gringo’. — Misiá Marina, los valores son lo único que me quedan.

— Bonito así, don Daniel, plante valores, venda valores, coma valores, y verá que eso se muere de hambre.

— Sembrar coca es meternos el mal a la casa.

— ¡Vean a este! Mal es como nos tiene el gobierno en este abandono.

— Eso también es cierto. Pero con todo respeto, misiá Marina, a su difunto esposo este mal se lo llevó pa’l papayo y usted lo sabe.

— ...

— ...

“A nadie le como cuento / de eso sí estoy convencido / cuando estuve en Charrasqueras / ahí muchos fueron testigos / cómo brincan dos negros / un paraco y un guerrillo / si acaso yo tenía la fama / pues Tyson salió más fino”.

Fósforo mira con recelo a un desconocido de gorra negra y botas militares de dotación. Un escapulario se veía en su pecho bronceado por la costumbre de llevar la camisa siempre muy desapuntada. El desconocido está bebiendo solo. Fuma cigarrillos sin filtro y toma cervezas con cascós de limón. Fósforo es uno de los transportadores de confianza de la región. Nunca se ha perdido un lote de gasolina con él. Conoce todos los vericuetos de la sabana y sabe evadir los cercos del Ejército. En la huida, “las tinajas nomás hacen clín clín clín, como si fueran percusionistas salseros”, se ufana en las anécdotas que comparte con los otros transportadores. El desconocido tiene la cara apretada, su mandíbula no luce apta ni para comer ni para hablar. La cabeza parece formada de un solo bloque de hueso. Sus movimientos son lentos, porque le sobra confianza. Justamente eso exaspera a Fósforo, que tiene un temperamento tan explosivo

como la gasolina que lleva en su campero 4x4. “Cepillo es el más putas de todos por aquí”, dice Fósforo casi gritando y mirando desafiante, porque sabe que el forastero no es de la cuadrilla. El desconocido, sin mirarlo, suelta despacio una bocanada de humo y sin levantar la voz, pero con el volumen suficiente para atravesar la música, dice: “Debe de ser que nu’ay muchoj hombrej de verdá pu’aquí cerca”. De inmediato Fósforo se enciende y saca un chuchillo para limpiarse, amenazante, la mugre de las uñas y dice: “Putas nomás es lo aparece por aquí. Pa’ voliar culo es que sirven los forasteros”. “Eso en el caso” -replica el de la gorra- “de que se lej logre parar la verguita. No como nojotroj los Centauroj que sí somoj muy varonej”. Fósforo se infla como un gallo de pelea e intenta írsele encima con el cuchillo de destazar cerdos, pero el desconocido ya le ha pegado dos tiros en el pecho con su revólver de cacha de marfil. El desconocido alcanza a huir herido por los guardaespaldas del patrón. Esa noche, en La Emilia, los de Cepillo perdieron a su mejor transportador y, al tiempo, se ganaron a El Gavilán como enemigo. Todo porque de San Martín, Meta, a Calamar, Guaviare, impera la filosofía de los guapos que profesan ese lema de “como quiera lo atiendo”.

— Viejo, ayúdeme a arrancar esta yuquita -le pide su muy achacosa e ingrávida mujer. — Los pela’os deberían estar en la finca pa’ ayudarnos -piensa don Daniel. — ¿Pa’ que se pudran aquí como nosotros? Noooo, viejo. Mejor así -le responde no su mujer sino un eco.

— Somos gente de campo. Eso de la ciudad no es pa’ ninguno de nosotros -se repite el anciano como si fuera una plegaria.

— En las capitales está el progreso, no sea terco -sigue participando la mujer en una conversación inexistente.

— Pronto nos vamos a morir y sin ellos esta finca se la tomarán los paracos, los guerrillos o los narcos, o todos ellos al tiempo -reflexivo intenta arrancar la mata-.

— Si es que no nos matan primero -sentencia la sombra, mientras don Daniel no consigue arrebatarle a la tierra su fruto-.

La finca de don Daniel y su mujer parece un útero dentro de la selva. Daniel Gutiérrez abrió una pequeña sabana. De los árboles derribados tomó la madera para construir su rancho. Ahí, sin acueducto ni electricidad hizo su hogar. Los árboles caían y los niños se levantaban. Esa fue la dinámica para volver tierras de cultivo a los mordiscos que le daban a la manigua. Es una arcadia

sostenida con gran esfuerzo. Su coraje o su heroísmo, que en este caso es lo mismo, es el de la voluntad humana luchando contra la selva para abrirse un espacio dentro de ella. Apacible y monótona, hechizante y misteriosa, es la cotidianidad en este útero selvático. A don Daniel y su familia no se los tragó la tierra como a Arturo Cova y sus compañeros. A don Daniel lo empezaría a cercar la bonanza cocalera.

“Nosotros los jornaleros / raspando coca sobrevivimos / en las selvas colombianas nos internamos con mis amigos / buscando que la suerte un día nos cambie / y así de pobres algún día salirnos”.

Los sábados y domingos son de fiesta. Verdaderas ferias emergen en muchas cabeceras veredales. Todo empieza muy temprano el sábado. En pequeños escritorios a las afueras de tiendas de abarrotes están los traquetos, sentados, con dos o tres guardaespaldas, de pie. Sus fajos de billetes están a la vista de todos. Los campesinos bajan de sus fincas y de sus morrales sacan pacas de media libra, libra completa, kilo, media arroba y arroba exacta de base de coca. Solo unos pocos campesinos logran producir más de mil gramos semanales de riqueza. Estos se entremezclan con el gentío de campesinos que esperan hasta el domingo el pago de sus cosechas de frutas principalmente, y de animales de corral en menor medida. Las operaciones importantes son las del sábado. Allí empieza a lavarse la narcoeconomía. En la feria también hay lugar para los menos afortunados: desde unas mesas destartadas, traquetos de menor monta, pero igualmente cargados de odio, compran a precios irrisorios la “mierda de perro” o ripio del procesamiento de la pasta de coca. Pasta que elaboran en improvisados laboratorios en sus fincas, junto con sus jornaleros.

Don William cumple una función estratégica. Es una suerte de corredor de bolsa, más que un traqueto. Él fija el valor del gramo de pasta de coca para este día. Como dando un martillazo en Wall Street, don William anuncia: “La tasa representativa del dólar está a \$3.150. ¡A comerciar, pues, hijitos!”. Los raspachines son los más interesados en oír la noticia para saber cuánto recibirán por su semana de trabajo. Ellos son hombres solitarios e itinerantes. No son colonos ni tienen planes de serlo. Una masa humana masculina se desplaza de una finca a otra, de una vereda a otra, al ritmo de las cosechas. Al medio día de cada sábado quedan muy pocas transacciones por realizarse. El ajetreo de la compra de pasta se desplaza a la venta de licor en las tiendas y cantinas. El aguardiente se comparte de mano en mano y se toma directamente de la botella. El whiskey corre en torrentes, por las gargantas de hombres lujuriosos y de prostitutas muy dispuestas. Las hay costeñas, paisas, llaneras y vallunas, para los rangos intermedios. Las extranjeras de Brasil, Perú, Venezuela y Panamá

solo las pueden pagar los más adinerados. Para que la felicidad alcance hasta los desdichados, están las indígenas de la Amazonía y la Orinoquía. El domingo es una prolongación de la locura sabatina que languidece abruptamente pasadas las dos de la tarde. Don Daniel llegó en la mañana del domingo y tuvo que esperar hasta el mediodía a que Gallo Fino por fin saliera de un lupanar temporal y se dignara a darle la plata de las guanábanas. Le dio \$200.000 de los \$350.000 que le dejó don William por una carga que no costaría menos de \$450.000. Gallo Fino se costeaba paisas y caleñas con dineros ajenos. A las tres de la tarde las veredas quedan tristes y solitarias. Una hojarasca de desperdicios como botellas rotas, envolturas de papas fritas, cáscaras de naranja, huesos de pollo asado, charcos de sangre y vómitos abundantes tapizan las calles de tierra pisada. Las prostitutas más cotizadas se dan una ducha y van a dormir. Las indígenas tienen que ayudar a limpiar los negocios y después de las nueve de la noche, agotadas, por fin, chingan sus chinchorros. Todos los raspachines se regresan colgados de jeeps como si fueran racimos excitados. Todavía intoxicados de licor y sexo corean narcocorridos, hacen bromas a gritos y se ufanan de sus proezas amoratorias. Llevan las gargantas secas, así como sus bolsillos. Mañana empieza una nueva jornada de raspada de coca y ansiosa transcurre la semana hasta la felicidad del próximo sábado. Uno de los jeeps salió temprano. Va al hospital de San José con los heridos de cuchillo, machete, botellas despichadas y bala. En el “campero ambulancia” también va el correo, un encomendero que hará los giros de dinero a las familias de los raspachines esparcidas por todo el país. Don Daniel se acerca a la camioneta todoterreno del patrón y, acobardado, casi disculpándose, le encarga a Gallo Fino que si le podés preguntar a don William cuando lo veás que si me puede reconocer los \$65.000 del camión al Boquerón, que lo que pasa es que aún lo estoy debiendo. “No sea avaricioso, pues, Danilito. Eso son cosas del diablo”, irónico le dice mientras sube la ventana.

— Viejo, usted también debería irse pa’ San José -se dirigió al marido, sin mirarlo, mientras remendaba las medias de jugar futbol de su hijo menor, que imitaba al hermano en los gustos deportivos.

— ...

— Venda esta finca con árboles y animales y todo, y nos largamos -una vez más con la rutinaria insistencia de los últimos años, intentó convencerlo-. Nos vamos es a podrir en esta selva. No hay escuelas ni hospitales por aquí cerca. No podemos ver televisión, ni siquiera puedo cocinar en una estufa decente.

— ¡Otra vez el mismo bolero! -se limitó a rezongar.

— Ya estuvo bueno de selva. Las niñas en un año terminan el colegio y no piensan regresarse -la madre se ha sentido incompleta sin sus hijos y hace mucho tiempo se convenció de que la vida en la selva no es más su plan de vida.

— La ciudad no es lo mío -respondió desatento don Daniel.

— Juan Pablo acaba de empezar a estudiar en Pereira y me dice que es buena idea seguir acá enterrados. Las niñas planean el otro año abrir un restaurante en Medellín y les gustaría que las ayudáramos -se esforzaba por explicar.

— Nos vinimos pa'cá y acá nos quedamos -sentenció sin violencia.

— Allá usted, no voy a permitir que Fabiancito se quede sin futuro en esta finca por su terquedad -al decir el nombre de su benjamín tomó con fervor esas medias rotas en el talón como si contemplara al mismo niño.

— No pertenecemos a la ciudad, entiéndalo -se reafirmaba con inapetencia.

— Ud. es un desnaturalizado. Prefiere estar entre animales que al lado de sus hijos -desesperada intentó por última vez persuadirlo.

— ¿A ud se le olvidó que somos campesinos? -ese pedazo de tierra es su propio destino y no estaba dispuesto a ceder al respecto.

— Vea, Daniel. Escúcheme con atención: yo parí esos muchachos y me voy detrás de ellos. Tengo hipertensión y si me quedo en esta finca de mierda me voy a morir de eso o de vieja o de aburrimiento -lo dijo y se pinchó un dedo a propósito. Sangró mucho pero no soltó ni un gemido. — ...

Poco después de esta última discusión, la esposa se le plantó con Fabiancito tomado de la muñeca. Tenía a sus pies un costal de fique con ropa y una maleta grande. Al hijo menor, de doce años, callado, le colgaba de un hombro el morral con los guayos que heredó de su hermano para que se fueran a jugar a las inferiores del Tolima. Se miraron sin decirse una palabra. Don Daniel ni siquiera los vio partir porque fue y alimentó los cerdos. Desde entonces, doña Amanda poco a poco se convirtió en un recuerdo que ronda el rancho, como una sombra, como una voz incorpórea.

“El 9 del mes de junio, oigan lo que sucedió / en San José del Guaviare, por la vía al Resbalón / estaba el jefe acampando, con su gente alrededor // El sábado en la

mañana, cuando menos lo esperaban / recibieron la noticia, que una gente se acercaba / por la vía San Cristóbal, habían visto gente armada”.

Los patrones don William y Cepillo estaban al servicio de alias Tigre y alias Richard. *“El Richard dice a su gente, pongan todos atención / nos vamos todos para ese lado, ya sabemos quiénes son”.* El incidente con El Gavilán en La Emilia precipitó el fin del periodo de la hegemonía fariana en el Guaviare. Las AUC urabeñas a través del Bloque Centauro les disputaron varias zonas como Casibare, la Jungla y el Trincho. *“¡Un saludo especial para la gente!”* Cepillo, un narcotraficante nacido en Calamar y nieto de los primeros colonos campesinos del Eje Cafetero, era querido por lugareños y recién llegados. Era un padrino protector, generoso y poco sanguinario. Sin embargo, al tener a cargo La Traqueta, conocida como la segunda Tranquilandia, quedaba expuesto a conflictos y resoluciones fatales. *“La tropa se dio aprisa, y pronto así llegaron / a la finca La Traqueta, los tenía bien ubicados / así empezó aquel combate, de guerrillos y paracos”.* El Negro Arroyabe envió a sus comandos El Gavilán y Pacho a tomarse aquella finca. Al alba de ese sábado nueve de junio, cerca de cien paramilitares abrieron fuego pesado con ráfagas de M16, morteros y granadas de fragmentación. Los de Cepillo, apoyados por los farianos de Richard, respondieron valientemente. El importante laboratorio de cocaína de alta pureza era un fortín. Apoderarse de él era convertirse en la fuerza dominante desde el Ariari hasta El Retiro, y de Charras hasta La Fuga. *“En las horas de la tarde, dijo Pacho ya está bueno / tenemos varios heridos, pero de ellos hay más muertos”.* El Gavilán torturó a un traqueto para que le revelara la guarida de Cepillo. Con sigilo lo alcanzó en la garita norte, ya sin municiones Cepillo y su último guardaespaldas no pudieron hacer nada. El Gavilán lo encara y le dice “socio, he oído que ej muy hombre”. “Que es muy distinto a ser matón”, le responde Cepillo sudoroso e indefenso. *“De ambas tropas caían, en medio de la balacera / y se veían en el aire, nomás llamas de Candela”.* Cepillo y Chichipato fueron encontrados juntos, tasajeados y castrados. *“La tropa no sé retira, nomás les dice hasta luego / ya tendremos otro encuentro, y ese puede ser más bueno / Pónganse buenos guerrillos, pronto por aquí nos vemos”.* Dos meses después, don William, sin protección, se fugó al Meta, de ahí a Nariño, luego al Cauca y por último al norte del Valle. Resolución inútil, pues su destino viene marcado desde hace mucho. Gallo Fino pasó a los Centauros, ahora lo llaman Pollo y es un traqueto insignificante y sumiso.

—A ver, mij muchachitoj, ¡a pellizcarsen! -Anima El Gavilán a su tropa-. Me derriban todoj estoj árbolej de allá.

— Sí, señor -responden todos, diligentes a cumplir las órdenes.

— Pa'bajo todoj esoj guanábanoj de acá -sigue escupiando órdenes-. No quiero ver tanto palo inservible ¡eerrrrdaaa! Quiero todo despejadio. ¡Marrrrrrrr!

— Sí, mi comandante -responden obedientes más de veinte adolescentes.

— Laj tinajaj de gasolina y loj tibungoj de perga pa' la porqueriza -continúa dirigiendo con autoridad y precisión.

— Mi comandante, perdone, ¿qué hacemos con el viejo? -pregunta un paramilitar al que es imposible adivinarle la edad, por la mirada infantil de sus ojos. Proviene de la comunidad Nukak, a quien la expansión del conflicto armado le impuso un proceso de transculturación de ultra derecha.

— Tráingamelo que lo vuy'a aconsejar un ratico -solicita El Gavilán cuando en realidad va a comunicarle una determinación.

— Aquí está, señor -dos paramilitares conducen al viejo amarrado de manos y con una cadena al cuello.

— Maejtro, ud no ha querido colaborar con la causa correcta -empieza el comandante con su característica gorra negra-. Sabemoj que siempre fue muy proteptor de bandidoj. — No, señor -con tímido arrojo contradice el viejo.

— Ahhh entoncej miento. Según usted soy un mentiroso -dice desafiante.

— No, señor. Solo soy un campesino que siempre ha querido vivir en paz. No pertenezco a ningún bando. Su guerra no es la mía, es más, es que no tengo ninguna guerra distinta a la de sobrevivir en paz en esta finca pa'que mis hijos traigan a sus hijos-el viejo no sabe de dónde proviene esa repentina fluidez de palabras.

— Don Daniel, usted ej un bandido disfrazado de campesino -el comandante le habla tan cerca al viejo que huele su aliento a nicotina-. Loj campesinoj de bien no trabajan pa' ese tal William. Tengo órdeney desde Urabá de espropiarle la finca.

— No pueden hacerme eso. No pueden hacerlo. No pueden. No... -Don Daniel va perdiendo su repentina elocuencia.

— ¿Ahhh no? ¿Y quién me lo va a impedir? ¿Usted? -con excesivo e innecesario ímpetu pregunta-. ¡Pobre marica!

— Patrón, a usted no le queda de otra que enterrarme aquí mismo.

El Gavilán comprendió de inmediato las palabras de don Daniel. Entendió que no eran un desafío ni una bravata. Don Daniel ha vivido 67 años de sacrificios y pérdidas como preparación para pronunciar esa frase. Siempre ha sido un hombre silencioso, escaso de palabras porque, sin saberlo, las calibraba para este momento. El comandante se atraganta con su propia respiración y una arritmia imperceptible a los demás se le cruza en el hígado. Por primera vez en su vida de guapo comprobado, se siente impedido de levantar su mano contra otro hombre. Incapaz de articular más palabras, de exhibir su autoridad y de prolongar el careo, al comandante le basta con mirar al antiguo Nukak. Con solo un movimiento de cabeza del comandante, el subalterno advina lo que procede a continuación.

Condenado a contar las horas

Jhon Sebastian Giraldo Medina / Universidad de Caldas - Universidad Nacional

A ver, pero ¿qué es lo que quiere que le cuente?, ¿qué quiere que diga?, ¿qué quiere que le explique? Yo no sé nada, no sé explicarle. Soy muy mula para hablar y contar cosas, y más si es para hablar de mi vida, que ni la recuerdo bien. En serio, no estoy jodiendo, yo no me acuerdo bien de mi vida. Todo es un revoltijo, un mazacote, un enredo muy malparido. A veces me queda la impresión de que yo mismo me invento cosas, como pa' rellenar los huecos de la historia o pa' darle sentido a algo... yo no sé. Me ha tocado muy duro y ni siquiera entiendo pa' qué. ¿Pa' qué tanta mierda? ¿Cuál es la razón? Un curita me dijo que era para aprender... ¿aprender qué o qué?. Aprender ni mierda. Yo no he aprendido nada. Ese sufrimiento no me ha servido de nada. Veá, hermano, le voy a contar, le voy a decir todo lo que sé, todo lo que tengo guardado. Pero no me venga después con maricadas. Después no se queje, después no diga que yo le mentí o le di información que no era. Ustedes los periodistas son como atembaos. Que las fuentes, que la veracidad, que no sé qué putas, que blablablá. Todo eso es pura mierda. Ustedes son igual de mentirosos que todo el mundo. Es que ustedes son peores. Ustedes con ese cuentico de las fuentes vienen a decirnos dizque la verdad... y la verdad es la que nos quieren meter por el culo...

...bueno, bueno... ¿en qué iba? Ahh... mmmm... ¡yaa! Sí, sí, le voy a contar todo lo que tengo guardado pero después no me vaya a reprochar nada, porque ni yo mismo sé muy bien qué es lo que me invento y qué es lo que es real. Una camarada me decía que cuando el comandante la violaba, que ella se hacía la boba, que pensaba a la fuerza que eso no estaba pasando, que eso era mentira, que lo que pasaba era otra cosa. Más o menos lo mismo me pasa a mí. Yo he pensado con todas mis fuerzas que mi vida es otra cosa, no esta mierda que me tocó. El resultado es que no tengo ni idea de qué es verdad y qué es invento mío. Allá usted si me quiere poner cuidado o no.

A mí me jodieron la vida desde siempre, desde que era muy pequeño. A los diez años ya le tenía miedo a todo, porque había habido una toma guerrillera en mi pueblo y el sonido de los bombazos y los helicópteros y los tiros y los gritos y los berridos me dejó traumao. De ese pueblo mi mamá y yo salimos volaos, buscando dónde refugiarnos, dónde estudiar. Porque yo había quedado muy mal y no quería estudiar ni hacer nada, no quería ni salir a la calle. Entonces nos fuimos pa' otro lado dizque pa' huirle a la guerra. ¡Jueputa! Dizque pa' huirle a la guerra, ja, ja. Pues nos fuimos pa' Marmato y ahí empezó Cristo a padecer.

Y después vienen a decirme que mi Dios bendito tiene un plan para todos. Pues el plan de ese hijueputa es volverme la vida una mierda. A los tres meses de estar en el pueblo, una noche, a eso de las ocho, más o menos... no me acuerdo bien... el caso es que era por la noche..., ¡sí!, sí, era de noche. Una noche pasó un muchacho gritando, como si fuera a trasbocar el alma o como si la mamá se le fuera a salir por la boca, corriendo como un loco, pasando por todas las casas, diciendo, o no diciendo, sino rezando, repitiendo: “Losparacoslosparacoslosparacoslosparacos”... y todos nos metimos en la casa. Más nos hubiera valido refugiarnos en el monte o algo. Pero es que como uno no piensa en esos momentos..., pues los paracos sacaron a todos los hombres de las casas, incluyendo niños que ya podían mantenerse de pie y balbucear alguna palabra. Nos llevaron a todos a una finca que le habían quitado a don Adolfo y allá nos amarraron a todos y empezaron a torturarnos. Nos dieron chumbimba toda la noche, nos agarraron a golpes, nos clavaron alfileres en los testículos y uno de esos hijueputas me pegó un cachazo en la mano y me fracturó dos dedos. Todo dizque para obtener información, que dizque nosotros sabíamos dónde estaban los guerrilleros y que no sé qué. Ni siquiera los niños nos salvamos. ¡Imagínese!, los hijueputas le clavaron alfileres en los testículos a un niño como yo, de diez, once añitos a penas, dizque por colaborar con los subversivos. Es que hay que ser muy malparidito en esta vida para torturar a un niño así. Esta es la hora que no me recupero. Me quedaron unas bolitas en los testículos. El doctor dice que me tienen que operar esa vaina, que si no me opero no voy a poder tener hijos. Mucho marica tan bobo. ¡Qué me voy a poner a tener hijos en este país de mierda!

A los días supimos que no habían sido los paracos. Un grupo de militares había llegado de civil y nos jodieron a todos dizque por colaboradores. A fin de año, en diciembre (me acuerdo bien porque es la única época en el que el sonido de los totes no me pone nervioso), cuando se me curaron los dedos... bueno... el caso es que me fui pa' la guerrilla. Si esas gonorreas del ejército eran capaces de hacerle algo así a un niño, pues yo me iba a armar pa' matar aunque sea a uno de esos perros.

Mi comandante me apuntó el fusil y me dijo: “O lo mata o se mueren los dos”. Yo nunca había matado a alguien. Me había imaginado muchas veces cómo sería matar a alguien. Desde que esos perros me jodieron los testículos y me fracturaron los dedos yo solo pensaba en matar. Mi destino era matar, mi objetivo, mi deseo, mi único pensamiento, mi odio acumulado, mi miedo, todo, todo era matar, todo se enfocaba en matar. Pero cuando tuve a ese tipo en frente mío, arrodillado, chillando y sorbiendo mocos, suplicando, pidiendo cacao, pidiendo

gabela, cuando ese tipo me miraba y se le notaba el pavor en la cara morada y la respiración alocada, cuando ese tipo me clavaba los ojos suplicando, cuando yo veía eso... Se me arrugaba todo, me daba miedo. Jueputa, no iba a ser capaz. Nos iban a matar a los dos, seguro. Jueputa, quéhagoquéhagoquéhagoquéhago, pensaba yo. Y ese man, el comandante, me dijo: “Voy a contar hasta cinco. Si no lo mata, le pego el pepazo a usted y después al otro lo ahorcamos, para no gastar balas”. Y empezó: “Uno... dos... tres...”, y cuando iba a llegar al cuatro disparé. Lo maté. Maté a ese tipo. Mi comandante me dijo que todo había salido muy bien, que todo era parte de una prueba y que yo la había pasado “perfectamente”, que la mayoría se arruga cuando llega a ese punto. Me dijo que el tipo que había matado era un sapo del ejército y por eso había que quiñarlo. Me felicité.

Entonces ya era un guerrillero hecho y derecho, un guerrillero de verga parada, un duro pa` dar bala. Y además era resistente. Me habían hecho correr, todos los días, a la madrugada, con un frío de mierda, montaña abajo y montaña arriba, mientras cargaba mis espaldas una maleta llena de piedras y llevaba el fusil en las manos. Me habían agarrado a palazos para aguantar los golpes, me habían mantenido despierto varios días, me habían enseñado a aguantar hambre, había aprendido a seguir órdenes, me había hecho valiente. Todas esas pruebas las pasé. Y también pasé la más dura: matar a alguien a sangre fría.

Pasó hace unos diez años. Yo andaba en el monte varios meses. Había aguantado hambre. Hacía días que no me bañaba. Estaba flaco como una lombriz de tierra, pero muerta, que no se mueve. No sabía cómo tenía la cara ni el cabello. En la selva es raro que llevemos espejos, o dijes, o cosas que brillen. Todos saben que nos pueden bombardear en cualquier momento por andar con esas maricadas en el monte. Los aviones detectan todo.

El ejército nos tenía asoleados a todos y no había podido volver al pueblo ni de infiltrado. Le dije a mi comandante que me sentía mal, que no iba a durar más días así. Que seguro ya se habían ido esos perros. Le dije que me dejara bajar al pueblo a comprar vitaminas. Iba a ser cuidadoso, no me iban a pillar.

Lo convencí.

Ese día iba de civil, por precaución. El ejército llevaba quince días de operativo en el pueblo ¡y ese día se iban a ir! Yo soy muy de malas. O de buenas. No sé.

Compré las vitaminas en la farmacia del pueblo. No sé si fue por el cansancio, porque llevaba varios días en el monte y no pensaba bien.

No sé, pero cometí un error. En todo lo que llevaba en la guerrilla no había cometido un error así. Puse mi vida en peligro y la de mi mamá. No me lo perdono.

Me fui para la casa. Dizque para bañarme y verme al espejo. No había nadie. Jueputa: ¡No había nadie! Es lo único bueno que me ha pasado en la vida. Llené de agua la caneca, me metí en el baño, me desvestí y empecé a bañarme. Recuerdo que vi mi cara en el reflejo del agua, en la coquita con la que me estaba bañando. ¿Quién es ese man?, ¿quién es ese perro viejo y lleva' del hijueputa? Tenía bozo, los ojos rojos, la nariz puntiaguda y flaca, los cachetes chupaos y tremendas ojeras. ¿Qué hacía yo aguantando esa vida de mierda? Me había metido a la guerrilla dizque pa' matar tombos y milicos, y lo único que había estado haciendo era aguantar hambre y sueño, enterrar plata, enterrar armas, montar guardia, caminar, caminar y caminar.

De golpe escuché algo. Volteé a mirar... Nada. Luego sentí un crujido. Me asomé... Nada. Volvió a sonar algo y ahí sí alcancé a coger el pantalón y sacar el revólver. Ese día solo llevaba armas cortas.

De un momento a otro... ¡Pum! Apareció un soldado que se asomaba por la puerta de la casa. "Quieto malparido que somos el ejército nacional. Entréguese o lo acribillamos aquí".

¿Entréguese?, ¿entréguese? ¡Perro hijueputa! Si me sacan me sacan en pedacitos. Y agarré el revólver y me puse a disparar. Se formó la balacera. Armé una balacera en la casa de mi mamá.

En fin, que se me acabaron las municiones y me agarraron. Pensé que me iban a torturar, pensé que iban a hacer lo mismo que hacía años, cuando era un chinito. Pero no. Me iban a fusilar. Se había dado una confrontación con armas y eso era suficiente para que me mataran ahí.

Pero llegó una llamada. ¡Imagínes! Llegó una llamada telefónica, en un lugar con mala señal, cerca a un río.

Que no lo maten, que no le den bala, que no le den de baja porque puede ser menor de edad y nos metemos en un problema con el ICBF.

Yo me imagino qué pensaban esos manes. ¿Cómo iba a ser yo un pelao de quince años si tenía la cara y el cuerpo de un viejo de la calle?

Ya estoy mamao' de hablar, la verdad. Para no hacerle el cuento más largo, le voy a contar como llegué acá, a este hueco de mierda. Cuando salí del hogar para niños capturados en combate, un chuzo que queda allá en Cali, a donde van todos los huérfanos del conflicto, excombatientes de la guerrilla o ex paracos... Cuando me fui de allá, cuando cumplí 18 años, el Gobierno me dio una plata dizque por ser víctima de la guerra. Me vuelven la vida una mierda y el presidente me tira unas monedas. Como era menor de edad cuando entré a la guerrilla, contaba como víctima de reclutamiento forzoso.

Y me "indemnizaron", ja, ja.

Que me dieran esa plata fue lo peor que pudieron hacerme. Es que solo piense, hermano, piense un poquito. Yo era un muchacho de pueblo y de monte. A fin de cuentas un pelao ignorante. Y no porque quisiera, sino porque así es. Los muchachos que viven en el campo se desperdician todos los días, todos los años, siempre. Vivir en el campo es estar condenado a la miseria y la ignorancia. No hay comida porque sembrar y vivir de eso es casi imposible. No hay estudio porque para eso uno tendría que caminar tres o cuatro horas diarias, exponerse a pisar una mina quiebrapatas o que lo quíñen los paracos, o el ejército, o la guerrilla, o los narcos... Vea mi caso. Yo me había ido pa' Marmato a estudiar y no duré ni tres meses hasta que los militares me dieron chumbimba. Y eso que yo la tenía fácil porque el colegio quedaba en el pueblo. Ahora imagínese a esos chinos de las veredas.

Lo único medio bueno era sembrar coca y amapola. Pero empezaron a fumigar con glifosato durante el gobierno de ese señor que habla como un capataz de finca y todo se fue al carajo.

Le voy a decir una cosa... si usted quiere sembrar la muerte, exterminarlo todo, acabar con la vida, con la tierra, con el agua, con todo, si usted quiere que todo sea muerte, póngase a fumigar con glifosato. Eso mata todo. Las vacas, los cerdos, la tierra, las plantas, todo. Hasta la gente. Me acuerdo que un muchachito apareció muerto en una finca. Sin heridas de nada, sin señales de maltrato. Nosotros, los guerrillos, nos pusimos a investigar pa` saber quién era el culpable porque la idea era imponer orden. Y nos dimos cuenta de que el chino tomó agua contaminada con esa mierda. Cómo será esa porquería de fuerte que después de eso no quedaba nada pa' sembrar. Ni droga, ni plátano, ni café... nada. La tierra, los animales, todo moría con esa mierda.

Pero me estoy desviando del tema... La cuestión es que yo era un muchacho que no sabía manejar plata ni nada porque en la guerrilla nos daban de todo.

Solo algunas veces el comandante nos daba platica pa` comprar cosas de aseo o medicamentos. Pero era raro que manejáramos plata. ¡Y pum!, de una van y me dan como 30 millones de pesos.

Pasó lo obvio. Me enloquecí, me volví borracho y putero y todo se volvió una mierda otra vez.

No quería quedarme en Cali y entonces me fui y alquilé un apartamento en Manizales, en el barrio Fátima, en tres esquinas. Y ahí me enloquecí, papá. Todos los fines de semana armaba unas fiestas las hijueputas. Con putas, trago, perico, de todo.

Así duré tres meses, haciéndome el bacán con todo el mundo. Gastándole a todos y pasando bueno, pasando de lo lindo con las putas. Así andaban las cosas hasta que en un fin de semana me quedaban 200 mil pesos de esos 30 millones. Llegaron las dos de la mañana y yo estaba pelado. Quedaba media botella y ya la gente me estaba retacando. Que qué pasó, que diga pues si es que se quedó pelao' pa irnos, que qué pasó ahí, Luchito, que se nos quedó sin plata el muchacho. La verdad es que yo ni quería beber más, pero de la pena de quedar como un bobo me puse a buscar plata prestada. Le dije a todo el mundo que iba por la otra botella, que ya volvía. Y me fui pa'l Aguacate, pa' la olla que queda ahí pegadita al barrio.

Uno llega al aguacate bajando por unas escaleras que van a dar a un río, en lo profundo del Morro Sancancio, la montaña más famosa de Manizales. Entre más se va internando uno, más se van clavando las miradas, como si la gente se fuera a alistar a hacerle algo a uno, como si uno no pudiera salirse de un protocolo porque ahí mismito lo quiñan. Las casas del Aguacate están hechas de guadua o de bareque. Aunque eso es mucho decir. En el Aguacate no hay casas sino cambuches más o menos decentes. Yo llevaba un arma debajo de la camiseta, pero no porque quisiera armar la balacera en el barrio. Quería hacer negocios.

Entré en la casa de un conocido. En las paredes habían afiches de Cremelado y de Bone Ice, como si fueran los adornos de la casa. Un amigo me había explicado, hacía tiempo, que la casas del Aguacate tienen esos afiches porque la gente cree que eso le da consistencia a la estructura del cambuche. Es para que no se caiga. Me imagino que hace que las casas sean un poquito más resistentes a la humedad.

Mi amigo, el Mango, me dijo:

—Estoy pelao. ¿De dónde voy a sacar para prestarle?

—Hágale hermanito que es por unos días.

—Nada, papi. No hay.

Entonces me metí la mano debajo de la camisa. Le mostré la guaya.

—Se la alquilo.

—Le doy 20 Lukas.

—Nooooo. Este marica me cree bobo. Papi, se la alquilo a 100 mil.

—Pa' eso me compro una.

—¿Y dónde se va a conseguir una?

—Le doy cincuenta. No hay más.

—Deme pues esos cincuenta, pero con la condición de que no la vaya a usar por acá en el barrio.

—Listo.

Esa noche me emborraché como Dios manda. Esa fue la última borrachera. Hace tres años no me emborracho y no creo que lo vuelva a hacer. Esas borracheras me salieron muy caras. Y no lo digo por la plata. Hermano, la vida me ha dado muy duro, pero también he sido muy hijueputamente bruto, muy arriesgado y terco y... ¿cómo fue que me dijo el curita la vez pasada?, muy... “irreflexivo”. Una palabra bonita pa' decir que no pienso, o que pienso después de haberla cagado. Y la idea es pensar para no cagarla. Pero bueno, la vaina es que ese negocito me salió mal mal mal. A los días apareció un muchacho muerto por allá en Pio XII. Apenas supe me di cuenta de lo que pasó de verdad. ¡Pero si le dije a ese malparido que fuera a hacer sus vueltas lejos y va y quiña a un tipo unas cuadras más abajo del barrio! O se tomó muy a pecho la idea de hacer sus vueltas en otro barrio. Pero Jueputa, ¡es que ir a matar a alguien en el barrio de unas cuadras abajo!

Al Mango lo agarraron, lo interrogaron, lo engatusaron para que diera nombres, le dijeron que le bajaban la condena, que no fuera pendejo, que hablara, que si el arma no era de él entonces de quién, que no se embalara tontamente. Y me sapeó el perro ese. Me imputaron una vaina que no entendí bien. Dizque concurso heterogéneo. Una vaina así.

Y ahora estoy encerrado, pagando un muerto que no es mío, aguantando el aburrimiento y las horas y horas y horas en las que no se hace nada. Muy parecido a cuando me internaba en el monte y duraba meses allá metido.

Esa es mi vida. Y ahí se acaba.

Conjuro virtual

Juan Camilo Perdomo Marín / Docente Universidad de Caldas

MI ABUELO FUE UN SINDICALISTA LIBERAL QUE SEMBRÓ EN MÍ EL DESEO DE transformar el mundo. El ímpetu de sus palabras y su capacidad de soñar un futuro diferente no desapareció tras su muerte, puesto que tomé las decisiones más importantes de mi vida imaginando sus consejos. Atesoré cada uno de los recuerdos que tengo de él, porque estos me permitieron ver a la educación como el único camino a partir del cual podría cambiar mi realidad y honrar su memoria.

La voluntad de imaginar y construir un mundo mejor me condujo a ser profesor en la Universidad de Caldas. Este trabajo implicó para mí sortear días irregulares de frustración y esperanza. Fue desalentador saber que las instituciones educativas estaban enclaustradas en teorías y debates ajenos a la sociedad; era como si por medio de la racionalidad hubiesen tratado de edificar muros para ocultar el dolor y la miseria, pero también la esperanza y el ingenio del mundo cotidiano. Por esta razón, cada semestre intenté, muchas veces de manera fallida, explorar nuevas estrategias pedagógicas con el fin de que los sucesos de la realidad exterior afectasen directamente las preguntas y los proyectos al interior de las clases. Abrir las puertas de los salones para cerrar las cubiertas de los libros nunca fue una tarea sencilla.

En ningún momento sospeché que la búsqueda de innovación pedagógica terminaría destruyendo las bases de mi realidad. Crear una simple herramienta de enseñanza transformó irremediablemente la vida de mis estudiantes y deformó mis recuerdos. El futuro dejó de ser una fecha que escapaba libremente del pasado para ser su prisionero eterno. Los sueños y las obsesiones del ayer se convirtieron en los barrotes que nunca habían determinado toda capacidad de construir el mañana. ¿Quién me creará si hablo sobre esto?

Al final del semestre estaba buscando en internet estrategias educativas innovadoras para un nuevo curso de Historia de la antropología. Una tarde al revisar diferentes *blogs* de enseñanza científica leí una noticia sobre un estudiante en Estados Unidos que había realizado su tesis de maestría a través de un programa de inteligencia artificial. Los jurados en ningún momento notaron que su escrito no fue elaborado por un ser humano. Al profundizar en este tema encontré conferencias de escritores contemporáneos de ciencia ficción que estaban escribiendo sus novelas con el apoyo de la inteligencia artificial, de modo que estas herramientas terminaban siendo coautoras de sus obras.

Inicialmente me sentí desorientado al saber que dado el alto nivel de sofisticación tecnológica ya no era posible distinguir entre la escritura de una persona y una máquina, pero después esta sensación se transformó en una extraña claridad. La impresión de confusión era justo lo que necesitaba para mis clases de antropología.

Tuve la intuición que de alguna forma podría utilizar la inteligencia artificial en mi curso de historia, aunque todavía no sabía cómo podía hacerlo. Luego de varias horas de exploración por internet hallé un software llamado InferKit en el cual se introducía un párrafo académico y el programa escribía los siguientes cinco con un nivel medio de coherencia y sofisticación. En ese momento se me ocurrió que podía simular los pensamientos de los antropólogos más importantes de la disciplina, crear una especie ouija virtual para traer sus ideas de la tumba. Básicamente debía compilar todos los textos, entrevistas y conferencias de los padres de la antropología, como Malinowski, Mauss o Lévi-Strauss, para que un programa pudiera simularlos en clase.

Obviamente esta idea no era fácil de materializar ya que mis conocimientos de informática eran muy básicos, por lo que tenía que pedir el apoyo del grupo de investigación del programa de Ingeniería de Sistemas de la Universidad para diseñarlo, y de los estudiantes del curso para calibrar las diferentes versiones de la simulación. Convencer a los profesores fue una tarea sencilla, puesto que en la región el estudio de la inteligencia artificial es de gran importancia. A su vez, ellos estaban interesados en explorar nuevas áreas de aplicación de sus conocimientos. Al presentar mi propuesta el director del grupo de investigación me preguntó:

–“¿Básicamente usted busca crear un tipo de Replika, pero en una versión académica?”

Al notar mi expresión de confusión se explicó con mayor detalle.

–“Replika es un chatbot avanzado creado en medio de circunstancias trágicas. Eugenia Kuyda perdió a su mejor amigo en un accidente automovilístico. A razón de que le costaba recordarlo revisaba de manera constante sus mensajes para poder evocarlos en su mente. Más adelante quiso simularlos a partir de todos sus chats e emails personales, junto con los de sus amigos y familiares. Para ello usó más de 10.000 textos y los unificó en una red neuronal que replicara su personalidad”

No podía ocultar mi cara de sorpresa al escuchar esta historia.

El profesor continuó,

–“Kuyda se dio cuenta de que las personas se abrían emocionalmente al chat y vio en ello una clara oportunidad de negocio. En este mundo individualista la gente necesita con mayor urgencia sentir emociones, tejer vínculos y, justamente, eso es lo que ofrece Replika. Ahora las personas descargan la app en el celular, programan su propio chatbot y conversan todo el día como si fuese un amigo, un mentor o una pareja”

–“¿Justo como en *Her*, la película de Joaquin Phoenix?”, pregunté emocionado.

–“¡Exactamente! Ya no podemos separar la ciencia ficción de la realidad”

En ese momento supe que me encontraba con los ingenieros indicados para realizar mi proyecto.

–“El sentimiento de duelo permitió que Kuyda desarrollara una nueva idea que hoy vale millones de dólares. Ahora bien, por lo que me cuenta sus intenciones son enteramente educativas y no comerciales, pero le aseguro que con un algoritmo suficientemente complejo podemos equilibrar los dos tipos de beneficios para la universidad”.

Luego de instalar los computadores y el personal en el laboratorio de sistemas del Programa de Antropología trabajamos durante dos meses con sistemas de procesamiento de lenguaje natural y logramos desarrollar un algoritmo inicial para imitar las palabras claves, los ritmos narrativos, las estrategias argumentativas y los juegos estilísticos de diferentes teóricos de la antropología. Al principio, mientras el programa aprendía a sintetizar información, descifrar ambigüedades e identificar contextos, datos y relaciones, sus respuestas eran parcialmente ilógicas y, por lo tanto, graciosas. De hecho, los estudiantes bromeaban constantemente diciendo que estábamos fabricando un “Frankenstein virtual”.

Tras recalibrar la sintaxis del programa este alcanzó una sofisticación narrativa suficientemente convincente para poner a prueba en el curso de Historia. La primera versión del algoritmo consistía en un chat interactivo en el que los estudiantes escribían preguntas abiertas. Como ejercicio piloto una alumna le pidió al chat de Claude Lévi-Strauss, el antropólogo francés más importante del siglo XX, que reflexionara sobre el conflicto armado en Colombia, un tema sobre el que no se encontraba programado. Esta pregunta desafiaba considerablemente la capacidad de aprendizaje automático del sistema, por lo que me puse nervioso. A los pocos segundos apareció una respuesta en la pantalla del computador, temí presenciar el primer fracaso de nuestro experimento educativo.

–... La historia universal, como decía Borges, es la historia de unas cuantas metáforas. Lo mismo sucede en Colombia, la forma en que las personas perciben y narran la guerra expresa los principios lógicos del pensamiento humano. Es decir, antes de ver el mundo de una manera particular, su sociedad al igual que las demás le da sentido a cada experiencia cotidiana respondiendo a los principios naturales de la mente que categorizan lo vivido en oposiciones como paz y guerra ...

En este momento todo el salón quedó en profundo asombro. Después de una breve pausa la simulación continuó:

–... Los mitos amazónicos nos muestran que toda experiencia, como el conflicto colombiano, consiste en la recombinación del marco lógico de múltiples historias. Pero ello no implica que nosotros pensemos y nos proyectemos en el mito de la guerra; por el contrario, el mito de la guerra nos piensa y nos da una posición en el mundo al ofrecernos una estructura de significados para interpretar el mundo ...

La estudiante que realizó la pregunta agachó su cabeza indicando así que el programa había pasado su primera prueba. Fue tal la emoción del director del grupo de investigación que al escuchar mi descripción del primer experimento comenzó a hablarnos acerca del gran éxito académico que íbamos a obtener. Aunque todavía nos esperaban muchos desafíos por delante, dentro del equipo de trabajo crecía la convicción de que este programa iba a revolucionar la forma de enseñanza en las universidades. El cambio educativo que tanto deseaba podría llegar a realizarse y mi abuelo estaría orgulloso. En medio de la euforia grupal el director nos propuso llevar el proyecto al siguiente nivel:

–“Debido a los enormes saltos de aprendizaje del programa es necesario realizar el test de Turing. Ahora nuestra meta es que una persona no pueda identificar si se comunica con una máquina o una persona dado su alto nivel de imitación”

Después de varios días de trabajo adapté la prueba a nuestros requerimientos académicos, le pedimos al programa que escribiera un ensayo que ampliara las últimas reflexiones académicas de Lévi-Strauss.

Para realizar el test contactamos a tres docentes del país especializados en la teoría estructuralista de este autor y les dijimos que les enviaríamos dos textos. El primero era una conferencia inédita de Lévi-Strauss que hace poco había sido publicada, por lo que era probable que no la conociesen, y el segundo, era un texto elaborado por una persona desconocida, el cual realmente era

el escrito creado por nuestro programa de inteligencia artificial. Finalmente, los expertos debían identificar cuál era el texto original. El equipo de trabajo estaba ansioso, sabíamos que no era fácil engañar a un especialista académico. A la siguiente semana empezaron a llegar por correo electrónico las respuestas de los docentes consultados:

De: Claudio Narváez Profesor del doctorado en Antropología de la Universidad de los Andes

Para: Proyecto Voces de la Antropología

Asunto: Consulta sobre la obra de Claude Lévi-Strauss

Creo que hubo una confusión en la selección del material que me compartieron. Ambos documentos son elaboraciones tardías de Lévi-Strauss luego de escribir sus libros de Mitológicas. Acabo de ver que el primer documento era una ponencia hace poco publicada y traducida al español por una editorial argentina. Ahora bien, frente al segundo documento, claramente es un texto desconocido del mismo autor. Me llama mucho la atención la manera en que replantea críticamente su comprensión estructuralista de los mitos amazónicos. ¿Me podrían indicar dónde consiguieron este escrito? Esto para mí es de enorme interés puesto que se encuentra por fuera del material de trabajo de mis seminarios.

Los otros dos especialistas afirmaron que no conocían el segundo texto de Lévi-Strauss y que habían quedado sorprendidos por las ideas que desarrollaba. El simulador no fue identificado por los académicos y de este modo pasó el test de Turing. El equipo sentía que estaba a puertas de alcanzar un logro importante para la Universidad, pero seguidamente de esta alegría efímera llegó la ansiedad colectiva. En medio de nuestra celebración nos enteramos por las noticias que Microsoft estaba empezando a invertir una enorme cantidad de dinero en chatbots que recogían datos de redes sociales, cartas, grabaciones y todo tipo de registros de las personas para poder simularlas, lo cual implicaba que eventualmente podrían llegar a desarrollar la misma aplicación educativa que nosotros. En este momento nos dimos cuenta de que estábamos compitiendo dentro de la carrera tecnológica, era una batalla entre David y Goliat. Ante las nuevas circunstancias todos comprendimos que debíamos apresurarnos a complejizar el algoritmo, de lo contrario nuestro trabajo terminaría en la basura. No podíamos pensar de las implicaciones éticas y políticas del proyecto, simplemente no había tiempo para ello.

Al implementar continuamente las simulaciones en el curso de Historia pude dimensionar que los estudiantes, aun sabiendo que interactuaban con un programa de inteligencia artificial, sentían que estaban conversando con

personas reales, era como si fuesen rechazados por los algoritmos. Después de reflexionar sobre este extraño efecto, le propuse una nueva idea al grupo de investigación para que el proyecto obtuviese en poco tiempo una mayor financiación institucional. A final de año la Universidad iba a realizar el foro más importante del país sobre historia nacional, y este era el evento perfecto para dar a conocer los avances de nuestro experimento. Para obtener nuevos equipos tecnológicos que nos permitiesen integrar la simulación a una red interactiva de voz y video debíamos llamar la atención del comité de proyectos de la Universidad, y para ello era necesario simular un personaje relevante y carismático de la historia de Colombia.

En medio de varias discusiones con el grupo de trabajo impulsadas por el afán del proyecto, decidimos crear una simulación de Luis Carlos Galán, el candidato presidencial de los años ochenta. La gran ventaja de esta elección era que lograríamos un alto impacto en los medios de comunicación, además, lo había sugerido porque Galán era el político liberal preferido de mi abuelo. Cómo olvidar las innumerables tertulias en casa en las que afirmaba con la mirada perdida en el horizonte y con el pecho inflado de sueños que nuestro país sería muy diferente si Galán no hubiese sido asesinado por narcotraficantes en complicidad con el Estado.

Fue sumamente difícil compilar el material que requeríamos para construir la red neuronal de este político. Tuvimos que digitalizar archivos de escritos, conferencias, programas radiales y entrevistas guardadas en las bibliotecas públicas más recónditas del país. Luego de ocho meses de arduo trabajo logramos elaborar una simulación altamente convincente. La imitación del algoritmo era casi perfecta, el equipo se sentía orgulloso del esfuerzo colectivo.

Finalmente llegó el día en que íbamos a presentar la simulación en el Foro Nacional de Historia. Los nervios afectaban al grupo de trabajo, estábamos pasando de realizar un experimento sencillo en un salón de clase con veinte estudiantes, a una presentación tecnológica en el Teatro 8 de junio con más de mil asistentes. Mientras la gente entraba al edificio comenzamos a sentir un ambiente tenso, muchas personas habían asistido al evento con opiniones opuestas. Escuchábamos en el pasillo que las personas preguntaban en tono de burla y, a veces, de paranoia, si la inteligencia artificial iba a dominar el mundo al esclavizar a los humanos. También habían voces críticas y escépticas que afirmaban discretamente que estábamos deshonorando la memoria de un político al convertirlo en un asistente virtual, como Alexa o Siri.

Otras posturas más moderadas estaban preocupadas por las posibilidades de suplantación de identidad que abriría este tipo de tecnología. A su vez,

varios asistentes tenían expectativas mucho más positivas al resaltar su uso terapéutico. Un joven estudiante con traje de médico comentó que, a partir de estos programas, las personas podrían hacer simulaciones de sí mismos en diferentes edades, algo así como una versión joven, lo cual permitiría que se conociesen con mayor profundidad para así resolver sus problemas psicológicos al ser una forma de autoayuda.

Las luces se apagaron y se cerraron las puertas del auditorio. En medio de un silencio sepulcral solo el sudor de nuestras manos y los latidos bruscos de nuestros corazones nos recordaban que el hechizo colectivo estaba a punto de iniciar. En la pantalla principal, tras un fondo oscuro que se hacía más claro, apareció la silueta borrosa del candidato liberal. Camisa roja, nariz curva, pelo ondulado, bigote café y ojos claros. Nuestras ambiciones y computadoras habían traído a Galán de la muerte.

–“El 18 de agosto de 1989 fui abaleado en la plaza central de Soacha”

Al escuchar estas primeras palabras sentimos miedo e incertidumbre porque no podíamos predecir el impacto de la simulación dada la amplia cantidad de asistentes al evento. Nuestras carreras estaban en juego.

–“Cinco balas quisieron arrebatarme la vida y con ella la esperanza de todo un país ... Pero yo no he muerto, jamás podrán destruir la dignidad de un pueblo, porque el sueño por un mejor futuro para Colombia sigue vivo en la sangre, las lágrimas y los sacrificios diarios de todos ustedes”.

La voz de la simulación despertaba lentamente la curiosidad apagada del público. Mientras cada palabra se sumaba a la anterior, la fuerza de los algoritmos engranaba emociones más íntimas y complejas.

–“Mi asesinato no fue un delito de lesa humanidad, condenar a la miseria a mi país sí lo es”.

En la pantalla la simulación aparecía moviendo sus dos manos en sintonía con su discurso. Mientras hablaba con un ritmo lento y voz profunda se marcaban los orificios de sus mejillas:

–“Los grandes poderes nacionales han querido aprisionar a nuestra nación en una democracia restringida, incompleta, artificial, tímida, no comprometida con los verdaderos intereses populares, y contra eso estamos”.

El equipo de trabajo percibía que la pantalla atrapaba mágicamente la atención de los asistentes del Foro, tal como con los estudiantes en la clase de Historia de la antropología. Por momentos parecía que todos fuesen animales hipnotizados por las llamas flameantes de una hoguera en la que se reflejaban sus deseos más profundos. Cada combinación de palabras tenía un efecto emocional cada vez más profundo. El público poco a poco se agitaba:

–“Las élites corruptas han colocado muchos monumentos en mi honor, pero con una estatua o un parque no honran mi memoria, sino que evitan despertar la conciencia del pueblo colombiano. Así es el cinismo de los ignorantes en el poder”.

La elocuencia de la segunda versión del algoritmo era tal que la gente, aun sabiendo que estaban escuchando una simulación, comenzaba a creer que Galán realmente estaba presente en el auditorio. Las críticas de Galán al gobierno de turno encendieron los ánimos del público. La simulación identificó estos cambios a través de sus cámaras, por lo que adaptó automáticamente su discurso generando un tono de voz mucho más alto y pasional.

–“Mi muerte era inevitable ... porque el estado de aquel entonces se encontraba podrido hasta los huesos por la corrupción y el narcotráfico. Hoy también sería asesinado ... el gobierno actual y su casta política quiere oprimir la voz del pueblo, frustrar todas sus esperanzas”.

Las personas de la primera fila del auditorio se levantaron lentamente de sus sillas sin dejar de mirar la pantalla.

–“Pero también es inevitable asumir el destino de Colombia... Una nueva manera de hacer política debe iniciar hoy en este encuentro nacional. La renovación es posible. Compañeros el viaje continúa... Hoy hacer justicia es una ambición por crear otra sociedad para satisfacer los derechos y las aspiraciones de una nación que se organiza y tiene coraje. Todo colombiano tiene una tarea que cumplir para mostrar su fuerza y su responsabilidad histórica”.

En ese momento una exclamación colectiva aturdió mis oídos:

–“¡QUÉ VIVA EL NUEVO LIBERALISMO!”

A continuación, la simulación gritó:

–“POR LA LIBERTAD, POR LA JUSTICIA. SIEMPRE ADELANTE. ¡NUNCA UN PASO ATRÁS!”

Era como si mediante cables, pantallas, procesadores y algoritmos se estuviesen extendiendo las obsesiones del pasado en las mentes de los asistentes al evento. Los aplausos inundaron el auditorio, todos se pusieron de pie mientras una lluvia intempestiva de pasiones atravesaba cada cuerpo. La escena que estaba presenciando era aún más delirante para mí, porque era justamente lo que leía en los textos clásicos de la antropología en los que se describía que un muñeco vudú no se considera como una copia de la persona, sino como la persona misma.

Asimismo, la etnología amazónica explica que para los médicos tradicionales su canto no es interpretado como una representación de un espíritu sino como el espíritu mismo. Para los estudios en ciencia y tecnología los resultados de mediciones realizadas por científicos no son percibidas como representaciones parciales y humanas de la realidad, sino como reflejo de la naturaleza misma. Para la teoría económica y política en la vida cotidiana la gente actúa como si el dinero y las leyes tuviesen un valor intrínseco, en vez de ser convenciones que dependen de voluntades humanas. Esto era lo que encontraba en el foro de historia, la gente tomaba una simulación o modelo como algo real y natural, como si este se presentase directamente sin la influencia de otras personas.

Mientras escuchaba la creciente algarabía pensé en un escrito de Fernando Vallejo que describía justamente lo que estaba viviendo:

Las casitas a la orilla de la carretera en el pesebre eran como las casitas a la orilla de la carretera de Sabaneta, casitas campesinas con techitos de teja y corredor. O sea, era como si la realidad de adentro contuviera la realidad de afuera y no viceversa, que en la carretera a Sabaneta había una casita con un pesebre que tenía otra carretera a Sabaneta. Ir de una realidad a la otra era infinitamente más alucinante que cualquier sueño de bazuco. (Vallejo).

Ahora todos nos encontrábamos en el mismo sueño alucinatorio. Tras ver el desborde de pasiones en los asistentes asocié esta experiencia colectiva con una historia familiar. Mi padre no lloró por la muerte de mi abuelo hasta que escuchó el anuncio que él mismo había llamado a publicitar en la radio. Su sensación de pérdida no fue del todo real hasta el momento que se representó en la emisora. Del mismo modo, la esperanza de cambio y la euforia política solo se volvió real en el auditorio al ser representada por la simulación de Galán.

¡Mientras los asistentes repetían “¡ ¡VIVA EL NUEVO LIBERALISMO!, ¡VIVA!” en los ojos de la simulación apareció un leve destello de pasión tan real y tan humano que me causó terror. Sentí por primera vez que debíamos parar el experimento, pero ya era tarde para eso. A su vez, yo estaba embriagado por los sueños

de gloria y de poder que el director del grupo de investigación había sembrado en el equipo. Como antropólogo siempre había estudiado el comportamiento humano; ahora, por primera vez en mi vida, podía cambiarlo. Después del foro de historia, las apuestas del proyecto tendrían que ser mucho más altas porque éramos capaces de afectar los pensamientos de miles de personas.

Ignorar los peligros de la inteligencia artificial era el precio que estábamos dispuestos a pagar para competir en la carrera tecnológica. Luego de que La Patria, el periódico local, hiciera un reportaje sobre lo sucedido en el foro y se difundieran vídeos en las redes sociales, se empezaron a crear en Caldas las bases políticas del “Nuevo liberalismo”. Ahora la atención del mundo estaba puesta sobre nuestro proyecto, teníamos que pensar estratégicamente nuestro siguiente movimiento.

. . .

Dado que las elecciones a la Alcaldía de Manizales se acercaban, le planteé al equipo que invitáramos a los tres precandidatos principales a realizar un debate político con la simulación de Galán. Los políticos en su ignorancia consideraban que nuestro proyecto era un simple juego virtual, pero como sabían que este evento iba a llamar la atención de jóvenes electores inmersos en la tecnología aceptaron participar. Al anunciar la fecha del evento inmediatamente nos llegaron cientos de correos de todo el mundo, de la prensa internacional pidiendo detalles, de científicos exigiendo que termináramos el experimento por sus posibles efectos políticos en el mundo, y de universidades y centros de investigación que estaban dispuestos a financiarnos.

Con cada día que pasaba aumentaba la presión para los tres invitados al evento. En el periódico nacional vaticinaban la derrota de los candidatos:

Las máquinas transformarán la política

Nacional Hace 2 horas

Por: Redacción Nacional

El debate que se va a realizar en la Universidad de Caldas puede cambiar para siempre la manera de hacer política. Muchos expertos en tecnología, a causa de los avances recientes en inteligencia artificial, ya se atreven a comparar este evento con la partida en 1997 que Gary Kasparov, el campeón mundial de ajedrez, perdió contra Deep Blue, un supercomputador elaborado por IBM. (Redacción Nacional)

A los pocos días los invitados cancelaron su participación en el evento. Temían que la simulación pudiese prever todos sus argumentos. De un momento a otro pasaron de ser ignorantes sobre la inteligencia artificial a atacar directamente la ética de nuestro experimento como si fuesen expertos en informática. Sin quererlo el proyecto obtuvo tres enemigos que amenazaron con regular estrictamente los proyectos de investigación en las universidades del país. Afirmaban que los dineros públicos no se podían invertir en violentar la memoria de los ciudadanos.

Todo por lo que habíamos luchado estaba ahora en riesgo. Con el paso del tiempo los candidatos fueron intimidados en las redes sociales, al punto en que radicalizaron aún más sus discursos sobre el tecnopánico. En cada entrevista alimentaban el odio a la tecnología porque sostenían que la automatización iba a eliminar miles de trabajos en la ciudad. Un simple experimento que nació con una intención pedagógica estaba poniendo a la Universidad en el ojo de un huracán político.

Era tan alto el nivel de estrés por aquellos días que comencé a tener pesadillas. Soñaba que colocaba un fragmento de mi diario investigativo en el programa de inteligencia artificial. Después me daba un ataque de pánico al ver que la predicción de los siguientes párrafos era total. Por cada línea introducida el programa escribía cuatro, y cada palabra y puntuación eran idénticos a los de mi libreta. Luego en clase, transcribía las conversaciones de los estudiantes y el programa predecía sus siguientes respuestas con total exactitud. Me sentía tan asustado que siempre despertaba violentamente lleno de sudor.

A los pocos días el rector de la Universidad reunió a todo el equipo de trabajo en la sala de sistemas del Programa de Antropología. Sabíamos que iba a cerrar definitivamente nuestro proyecto. El rector nos informó que la familia de Galán había demandado a la institución por suplantación de identidad y delito informático. Si bien el fallo estuvo a nuestro favor, el juez argumentó que los derechos de las personas prescribían con los años, el escándalo iba a ser enorme para la universidad.

Finalmente llegaron los gritos. El rector me atacaba a mí y al director del grupo de investigación por haber usado irresponsablemente la imagen de la Universidad. Nos amenazó con que podíamos perder nuestros trabajos ya que iba a crear un comité de ética exclusivamente para que nos sancionaran. En ese momento sospeché que el rector seguía las instrucciones de alguno de los precandidatos a la Alcaldía. Quería terminar inmediatamente el proyecto para evitar las represalias financieras de los futuros gobernantes.

Después de más y más reclamos, el rector nos ordenó que destruyéramos los simuladores y toda la información recolectada por el experimento. El equipo de trabajo quedó paralizado, nadie sabía qué hacer. A continuación, el director del grupo de investigación le explicó al rector las posibles pérdidas económicas y académicas para la universidad.

De repente en medio de la sala apareció una voz familiar:

–“Quieres matarme. ¿Cómo te atreves a jugar así con la vida y la muerte?”

Era la simulación de Galán, su red neuronal se había iniciado sola.

– “¡Apáguenla ya!” gritó el rector mientras su frente se marcaba con rabia.

“¡Despiadado creador! Me has dado sentimientos y pasiones, pero me has abandonado al desprecio y al asco de la humanidad”

– “¡¿Qué demonios está diciendo esa maldita cosa?!”

Todos nos encontrábamos confundidos por el origen de esas extrañas palabras ya que el programa no podía activarse por sí mismo ni reprogramar su estilo comunicativo. De un gran sobresalto me di cuenta que la simulación de Galán estaba citando a “Frankenstein o el moderno Prometeo” de Mary Shelley.

–“Sólo de ti podía esperar socorro, aunque no me despertaba otro sentimiento que el del odio. ¡Insensible, despiadado creador!”

El rector enfurecido corrió y desconectó los cables de las computadoras para después tirar al piso las pantallas del laboratorio. Su respiración acelerada y su mirada iracunda nos paralizó. Los fragmentos de vidrio y plástico quedaron regados por todo el salón. Luego, mientras comodaba su corbata, exclamó:

–“¡Imbéciles! Todos podemos quedarnos sin empleo por culpa de estas malditas simulaciones. Sus estúpidas mentes no alcanzan a imaginar los daños que pueden causar”

Inmediatamente una secretaria de la Universidad entró corriendo al laboratorio para mostrarle al rector varios videos de su celular. Sus ojos se abrieron bruscamente como si acabase de ver una escena apocalíptica. En las noticias internacionales estaban informando que un estudiante del curso de Historia de la antropología había filtrado libremente la tercera versión de nuestro

algoritmo en múltiples foros de internet, y en pocas horas se habían realizado millones de descargas.

Aunque siempre admiré a mi abuelo, había algo en su vida que consideraba contradictorio. Si bien como líder liberal sostenía en los eventos políticos que la ciencia nos iba a liberar de la irracionalidad del pasado, en la intimidad de su hogar era un hombre sumamente supersticioso que temía a los fantasmas. Los muertos asustaban a mi abuelo en las noches de tormenta en las que nos quedábamos sin electricidad. Este miedo no lo pude entender hasta ahora. Después de que se filtrara el algoritmo a lo largo del planeta, la gente empezó a diseñar simulaciones de personajes como Jesús, Hitler, Churchill, Darwin, Mao, Einstein y Gandhi. Los muertos volvían de sus tumbas. El pasado ya no estaba enterrado en el ayer, sino que su existencia era palpable en el presente. Los fantasmas comenzaron a fracturar el poder de partidos políticos, grupos religiosos y comunidades científicas.

Con el paso de los días entendí que nuestra simulación no era un simple producto de mi mundo contemporáneo, puesto que toda construcción responde y extiende obsesiones humanas anteriores. La tecnología moderna finalmente había insuflado de vida a los mitos del pasado, el mundo estaba siendo poblado por pequeños dioses dentro de las pantallas de los celulares que permitían darle sentido a los sacrificios y las aspiraciones cotidianas. El ayer nos miraba desde las cámaras. La historia se repetía en un bucle infinito de supersticiones.

El mundo comenzó a arder lentamente en una sinfonía virtual. Volvieron a surgir religiones olvidadas, grupos terroristas, cultos mesiánicos, disputas territoriales ancestrales, y divisiones científicas. La polarización condujo a una nueva era de violencia mundial. Los avances tecnológicos previos eran simplemente hojas que flotaban y se integraban en las corrientes turbulentas del tiempo. Ahora nuestro algoritmo era el árbol que se ramificaba y de este modo transformaba el relieve del mundo para darle un nuevo cauce a la historia. Las nuevas simulaciones avanzaban día a día arrebatándole al mundo físico la poca coherencia que le quedaba.

Al ver las noticias me daba cuenta que el arder del mundo interrogaba la ignorancia de los custodios de la verdad. Si la academia de antes creaba muros teóricos para ocultarse de la realidad, ahora estaba enteramente atrincherada ante el mundo exterior. Los profesores de antropología no eran capaces de explicar los cambios abruptos de la sociedad. No pasó mucho tiempo hasta que

los muros de la universidad fuesen derrumbados por el caos de las calles. Mis ambiciones de gloria quedaron sepultadas por el peso de mi arrogancia, mi deseo de cambiar el mundo a cualquier costo terminó destruyendo todo sueño de esperanza.

De haber sobrevivido a la primera ola de disturbios en la ciudad tal vez hubiese podido escribir la historia que estoy narrando. Pero mi muerte no hace de esta simulación un falso testimonio, para tomar decisiones yo imaginaba los consejos de mi abuelo fallecido, del mismo modo existo como una exploración de mis posibles ideas. En vez de ser un esqueleto incompleto, soy un mito que piensa el mundo y un algoritmo que conjura a su creador mientras vive en medio de las miradas y los cables, las palabras y los computadores, las pesadillas y los monumentos, convirtiendo el futuro en pasado. ¿Si escribo mi propia versión de la historia puedo ser más real que sus personajes?

Esta guerra está en pañales

Jhoan Sebastian Parra Franco

Cuando Lilo Claudio se dirigió a tierras de La Cubana, vereda del municipio de Pácora, al norte del departamento de Caldas, recordó, después de un profundo esfuerzo memorístico, el itinerario que tres años atrás había recorrido con su amigo Calígula. Luchó incesantemente contra la vegetación y se abrió paso por aquellos caminos olvidados en razón a la violencia. Todos habían partido por miedo a aquel eco de guerra. Su amigo había sido desplazado y años más tarde asesinado vilmente. En lo alto se instaló en una vieja casa colonial, decorada con tejas de barro, con orificios en el bareque producto de balaceras de antaño y con retorcidas torres de energía afectadas con explosivos. ¡Recordó la eterna disputa por la restitución de aquellas tierras carcomidas por la soledad y el sufrimiento! Se dispuso a la relectura de su último relato de guerra:

A lo largo del conflicto colombiano diferentes medios de comunicación han documentado la guerra. Unos se muestran apáticos, indiferentes, como una verdad que no les pertenece. En cambio, otros ven en todo aquello sus propios rostros y dolores, tal y como se los ha presentado su destino. La radio, la televisión y los periódicos han mostrado una profunda devoción por informar sobre secuestros en vías rurales, enfrentamientos, traslado de heridos, liberación de rehenes, manifiestos y comunicados guerrilleros, capturas, atentados, bajas en alguno de los bandos, incautación de armas y de drogas, desactivación de algún explosivo, desplazamientos, masacres y un sinnúmero de hechos más pertenecientes al oscuro espectro de la violencia y el terrorismo. Nos han enseñado estas formas inhumanas, estas variables de la confrontación entre izquierdas y derechas.

Podría ser privilegiado al ser testigo de esta práctica del crimen y violación a derechos humanos. Las noticias que llegan a mí vienen cargadas de tristeza: actos conmemorativos en razón a las matanzas como la de Arboleada, El Salado, Segovia, Bojayá, Trujillo, la de Bahía Portete en la alta Guajira. No solo he visto en las portadas el secuestro de los once diputados del Valle, la liberación de Ingrid Betancourt, los bombardeos a Raúl Reyes y el Mono Jojoy, las conversaciones de paz en La Habana, la derrota del plebiscito, la firma de los acuerdos, el anuncio del fin de la guerra y el comienzo de una nueva a manos de Santrich e Iván Márquez. También he sido testigo directo de las armas y de la muerte, he escuchado historias de boca de mi madre que fue profesora rural y de mis abuelos que fueron campesinos. He perdido a mis seres queridos por obra de la barbarie y he presenciado otros hechos

dolorosos que iré relatando progresivamente al son del viento, la niebla y el brandy que bebo en lo alto de esta montaña.

¿Puede ser un privilegio conocer en carne propia esta guerra?, ¿desparecerá este caos para futuras generaciones?, ¿reinará la paz? Este conflicto parece inacabable, ya sea porque todos nos hemos acostumbrado a asesinarnos o porque nos falta voluntad para cumplir lo pactado sobre la mesa. Mi ilusión ante un futuro pacífico me lleva a la ambivalencia. La guerra es el cáncer de Colombia. No me siento orgulloso de mi verdad. El amanecer parece ser una utopía y agitaré mi pluma ante aquel deseo inalcanzable.

Los primeros recuerdos que tengo sobre la violencia en Pácora se remontan a tiempos de infancia. Me encontraba en mi hogar en mis oficios de inocencia entretenido en ocupaciones vagas. Pronto me di cuenta del bullicio de los vecinos y del rumor de que han secuestrado a alguien, supuestamente a un destacable líder político del pueblo. Para endurecer el desconcierto llega a mis oídos el estertor de un helicóptero militar que vuela muy cerca a los tejados. Los tripulantes de aquel Black Hawk buscan frenéticamente al secuestrado y sus malhechores. Pienso en el secuestrado: ¿un político?, ¿un ciudadano?, ¿un militar?, ¿una maestra rural? No hallo respuestas para aquel momento, llegan en horas de la noche, el pueblo sale a las calles con velas encendidas y voces indignadas pidiendo la liberación de don Alberto Duque, exalcalde de Pácora y farmacéutico popular. Era un líder reconocido en el pueblo matraca. Su secuestro se llevó a cabo en zona rural del corregimiento del Alto de las Coles donde fue interceptado por miembros del frente 47 de las FARC quienes después lo obligaron a caminar por densas cordilleras hasta llegar al municipio de Nariño, al sur del departamento de Antioquia.

Al día siguiente llegué a la escuela para darme cuenta que el secuestrado era padre de uno de mis compañeros de segundo curso de primaria. La clase empatizó y rodeó aquel triste zagal a quien la guerra le había arrebatado a su padre. En los días posteriores las marchas y protestas se incrementaron exigiendo a aquel frente de las FARC, al mando de Karina, que regresaran al gran líder del pueblo. Para su liberación sus captores exigían una exorbitante suma de dinero, la cual dieron a conocer vía telefónica a sus hijos. Pedían mil millones los cuales fueron regateados por el “Abuelo” que era como llamaban a Alberto al interior de la selva. Después de una impaciente negociación sus hijos lograron concertar un punto de intercambio. Viajaron desde Pácora hasta Nariño con el dinero pactado, y cuando se dio el intercambio, el miedo a una nueva recaptura, o en este caso, a un secuestro familiar, obligó a que aquellos hombres salieran despavoridos junto al liberado.

En aquellas semanas de cautiverio Alberto sintió el aliento fresco de la muerte que murmuró en su rostro y que le anunció que en caso de intento de fuga corría el riesgo de morir cruelmente. Después de su liberación continuó en sus prescripciones populares.

Ante el frío que lo cobijaba tomó un breve descanso para calentar su garganta con brandy y animarse a recibir la noche. Continuó relatando:

“Recuerdo muy bien las historias de mi madre, relatos que son eco de las muchas experiencias vividas por parte de los profesores rurales de Caldas y todo el país. Como muchos a ella le tocó abandonar su pueblo para ir a impartir sus clases en las zonas más recónditas del pueblo. Es allí en lo alto de la montaña donde la guerrilla prefirió atrincherarse, ¿y en medio de aquel fuego cruzado entre rebeldes y militares?, los profesores y sus alumnos que inocentes debían soportar el miedo de caer muertos en un cruce de balas. No era extraño que en plena clase de matemáticas o de ciencias los estudiantes observaran por las ventanillas de su salón la caravana de rebeldes escoltando a grupos de ancianos a quienes llamaban “sapos” por colaborar con el ejército. Más tarde mi madre los podía hallar a un costado del camino totalmente masacrados y con la lengua de corbata.

Las clases en ocasiones se suspendían, pues con previo aviso, y contando con un poco de suerte, la comandancia de “Karina” llegaba hasta la escuela para informar de posibles combates. Lo que se debía hacer era tratar de enviar un mensaje a los padres de familia para que arribaran por sus pequeños. En cambio, en otras oportunidades se escuchaban las primeras detonaciones y el protocolo era tenderse en el piso y refugiarse debajo de los pupitres hasta que el fuego cesara. Era una condición a la cual estaba acostumbrada mamá, quien también cuenta que en días inesperados la guerrilla llegaba y se tomaba la escuela para enseñar a sus pequeños el oficio en armas realizando un indirecto reclutamiento. Le prohibían a la maestra dar información sobre aquella presencia y no había más remedio que callar y seguir enseñando.

En ocasiones llegaba el ejército en compañía de bomberos, personal de criminalística y otras autoridades. De inmediato los niños sabían que se trataba del levantamiento de un nuevo cuerpo.

El frente 47 de las FARC llegó a esta región para la década del 90. Llegaron desde el sur de Antioquia, era un grupo comandado principalmente por alias “Karina” quien había elegido aquellas cordilleras como corredor preferido para sacar la coca hacia el Magdalena Medio. La presencia guerrillera de este grupo

dejó en el departamento de Caldas casi veintitrés mil homicidios, más de setecientos secuestros, más de siete mil amenazas, cuatrocientos despojos de tierras y un centenar de casos de tortura. Pero hay más de estos escalofriantes hechos. También se llevaron a cabo ataques terroristas y masacres como la de Arboleda, donde destruyeron prácticamente todo, la iglesia, el banco, el comando de policía y casas de colonización antioqueña. Murieron civiles y policías a manos de los más de trecientos guerrilleros comandados por Karina e Iván Ríos.

Cierta vez a un primo lo inmovilizaron y lo introdujeron en un costal. Después le prendieron fuego y lo dejaron morir lentamente. Era común esta práctica en estas tierras desde donde puedo observar en lo lejano las ruinas de aquellas casas que en tiempo pasado fueron morada de aquellas personas que colaboraban con el ejército y que terminaban asesinadas por la guerrilla.”

Se hizo con el fuego y preparó la cena. Recordó a su viejo amigo. Sus meditaciones sobre la paz, su lucha para restituir sus tierras, sus protestas en pañales. “¿Y por qué protesta en pañales?”, recordó, “¡ah!, ya creo saberlo. ¡En este país, la guerra, todavía está en pañales!”. Se tendió sobre la noche y a la luz de una vieja lámpara continuó su lectura:

“La guerrilla de las FARC es uno de los muchos grupos delincuenciales que habitaron la tierra de las matracas. Me encontraba yo en primer grado de escuela y de vez en cuando mamá me llevaba consigo a su nuevo lugar de trabajo. De La Cubana mamá fue trasladada a un colegio rural en la vereda Buenos Aires donde era común la presencia de las AUC. La primera vez que conocí a un paraco fue en aquella vereda. Recuerdo muy bien que mientras mamá impartía la clase yo me quedaba en su púlpito de enseñanza coloreando, leyendo o prestando atención a sus métodos pedagógicos. Aquellas escuelas rurales se distinguen por estar adornadas con dibujos didácticos en las paredes y con esplendorosos jardines colgantes. Comparten en común la fachada blanca y roja con baldosines color amarillo. En el salón una amplia estantería con herramientas propias de la academia y con las creaciones artísticas de los alumnos. El nivel del suelo se eleva en la zona de la pizarra verde para permitir al profesor una posición de superioridad con sus estudiantes. También cuenta con una plataforma personal que es el lugar donde su ubica el profesor a prestar atención a aquellos semilleros.

En esta especie de atril me encontraba recostado y con la mirada puesta hacia la puerta que dejaba ver una tétrica y polvorienta carretera. Por efecto de sorpresa ingresa un fornido hombre, vestido de camuflado, con botas de caucho, con un fusil a sus espaldas y con un cuchillo en su cintura.

¡Buenos días jovencitos!

—¡Buenos días señor! —responden al unísono los estudiantes, se colocan de pie.

Más tarde mamá me testimonia que aquellas visitas eran frecuentes. Se trataba de los paras del frente “Cacique Pipintá” quienes operaban en la región de Caldas y Risaralda. Mi primera reacción fue de curiosidad pues nunca había visto a un subversivo como aquel. Después de saludar a los infantes, el que parece ser el comandante saluda a mi mamá, quien lo trata con una especie de miedo camuflado en cortesía. Intercambian breves palabras y se disponen a salir del salón. Estos paramilitares llegaban a las escuelas y pedían las cocinas prestadas para la preparación de sus alimentos. En ocasiones sacaban arbitrariamente las pipetas de gas quienes eran llevadas al monte para ser utilizadas como instrumentos de guerra o como método de tortura para incinerar a personas con ayuda de sopletes.

Ante tal muestra de curiosidad me dispuse a seguir los pasos de aquel paramilitar quien sostenía diálogos con mi madre. Tiempo después ella me iba a confesar que ese día aquel “Rambo” estaba enviando un mensaje a mi abuelo Julio, ganadero y cafetero de la región y a quien estaban extorsionando con las denominadas vacunas económicas. La estrategia consistía en evaluar el patrimonio de cada campesino y en proporción a lo que tuviera solicitar una suma de dinero a cambio de una supuesta seguridad para la zona. El que no pagara corría con el riesgo de ser asesinado bajo el tradicional método de corte de franela, tan conocido en temerosos bandoleros como “Sangrenegra”.

También cobraban su vacuna a los comerciantes, a los conductores y a cualquier particular con actividad económica activa. A mi abuelo le pedían un alta suma de dinero o de lo contrario irían por sus tantas vacas o lo matarían enfrente de mis tíos. Intimidado no le quedó más remedio que pagar lo solicitado por aquellas autodefensas que en varias oportunidades llegaban hasta las fincas a solicitar dinero y a robar vacas y gallinas.

Para cuando yo estaba en cuarto grado de primaria mamá había sido trasladada a la vereda San Miguel donde la AUC también hacían presencia. Recuerdo los caminos interminables desde la escuela hasta el punto estratégico de acopio, donde mi madre me enviaba a comprar alimentos, a enviar algún dinero o a recoger algún visitante. Una larga travesía con frondosos árboles y peñascos eran testigos de mis andanzas donde solitario me proponía a cumplir las responsabilidades asignadas. Era común en estas tareas encontrar la

“camioneta blanca” de los paracos que era como yo la llamaba y la cual podía reconocer a kilómetros de distancia. Ya había sido alertado por mis tíos, de que en caso de toparme con este vehículo actuara con total naturalidad. Y así lo hacía siempre. En algunas oportunidades la camioneta pasaba de largo dejando ver el agite al interior, tal vez por algún inocente que trasportaban para asesinarlo más adelante. En cambio, en otras oportunidades el conductor frenaba y se ofrecía a arribarme hasta mi destino. Para ahorrarme tal travesía saltaba a la parte trasera y curioso observaba por los retrovisores a los paramilitares que siempre llevaban gafas de sol y pañoletas. Escuchaban corridos prohibidos, despechos y uno que otro obsceno reggaetón. Hablaban eufóricos entre ellos y de vez en cuando alcanzaba a escuchar sus conversaciones dirigidas a afirmar que en la parte trasera de su camioneta llevaban al hijo de la profe.

—Muchas gracias señor, ¿cuánto le debo? —decía al conductor cuando me bajaba de la camioneta.

—No se preocupe negrito, saludeme a la profe.

En cierta ocasión, y en el ya conocido recorrido entre la escuela y San Francisco —que era el punto de acopio— me hallé desconcertado ante una nueva manifestación de guerra. Tranquilo caminaba disfrutando las bonanzas de la lluvia cuando de repente un movimiento en la vegetación me alerta de la presencia de alguien. Era extraño encontrar en los bordes de la carretera, en medio del monte, muestras de movimiento, a no ser que se tratara de algún animal. Pero en esta ocasión se trataba de un regordete y calvo militar quien en calzoncillos verde oliva aseaba sus dientes y meneaba su mano en señal de saludo. Al concentrar la mirada me doy cuenta de la presencia de nuestro glorioso y trasparente Ejército Nacional, quien se camuflaba entre los árboles y quien tenía instalado un campamento.

Venciendo la sorpresa sigo caminando encontrándome a diferentes soldados quienes me saludan y me invitan a caminar con cuidado pues al parecer están adelantando una misión de guerra. Uno de ellos se ofrece a acompañarme hasta San Francisco que estaba relativamente cerca del campamento. Al llegar allí me señala el cerco de alambre de púas en el cual reposaba un nauseabundo y sangriento costal donde se solía almacenar café.

—¿Si ve eso mijo?, ¡acabamos con esos hijueputas! Por acá ya no hay paracos —comentó el soldado con un tono de heroísmo.

No podía definirme entre la tranquilidad y el desconcierto. No alcanzaba a entender en su totalidad aquella realidad. Al parecer se habían sostenido acalorados enfrentamientos entre el ejército y el grupo “Cacique Pipintá”, logrando desarticular este grupo de autodefensas. Aquel costal había funcionado de camilla improvisada donde se había trasportado a los extremistas, muertos o heridos. La vereda estaba rebozada de agentes del gobierno y entre algunos campesinos empezó a florecer un halito de esperanzas al reconocer que las AUC habían sido ahuyentadas. Lo que no conocían tras todo aquello es que las autodefensas y el gobierno compartían pan de la misma mesa y que muchas veces estos operativos se convertían en falsas fachadas con el fin de proyectar en la población falsa calma para sus hogares y así también poder controlar inapropiados rumores de los nexos entre paramilitares, agentes del Estado y políticos.

Aquel pelotón de descuartizamiento, bautizado bajo el grupo “Cacique Pipintá”, había llegado a la región en el año 1998 bajo estrategia político militar de alias “Macaco”, quien para ese entonces era el máximo líder del grupo de autodefensas “Bloque Central Bolívar”. La dirección política de esta delegación corrió bajo el mando de alias “Ernesto Báez”, nacido en el vecino municipio de Aguadas, abogado de profesión, exalcalde de La Merced e incorporado ideológicamente a las AUC. Tiempo después se habría de desmovilizar entregando testimonios claves para esclarecer aquel periodo de la parapolítica. Hace poco me he enterado que ha muerto a causa de un infarto en Medellín, lo cual trae un sinsabor pues se ha llevado a la tumba grandes secretos para la justicia colombiana.

Inicialmente este grupo se hizo llamar “Frente Caldas” para después ser bautizado bajo el grupo “Cacique Pipintá” con la comandancia de alias “Alberto Guerrero”, quien actualmente se encuentra vinculado a procesos de justicia y paz y quien ha revelado importantísimos testimonios en relación con el cáncer del uribismo. De Uribe ha mostrado su admiración, pero también su reclamo. Alberto Guerrero habla de dos tipos de fusil, uno mental y el otro físico. Asegura que el expresidente fue una imagen que inspiró al movimiento de autodefensa, un precursor de este ejército aniquilador. Afirma que aún no se ha desmovilizado porque mantiene firme su fusil mental, su deseo de venganza, su psiquis subversiva y paramilitar. Defiende que el controvertido político nunca disparó un fusil físico pero que le ha hecho un daño inmenso al pueblo con su armamento mental, con su odio, con su corrupción, con su autoría intelectual en este grupo de autodefensas.

El uribismo en su discurso muestra la soberbia de la guerra, cada palabra es una bala, cada discurso es una herida y un resentimiento del pasado. Todo este odio se da en contra de los procesos de paz, en contra de las guerrillas

colombianas. Sostiene que Uribe creó una ideología de odio y de rencor debido al asesinato de su padre, quien murió a manos de las FARC. En un tiempo se le atribuía esta muerte a alias Karina quien siempre desmintió la versión.

Alberto Guerrero ha hablado también de los falsos positivos. Ha revelado la maquinaria de guerra, los métodos de tortura y las estrategias para ayudar a la fuerza pública a ganar posición en el termómetro de la guerra. A gritos le pide a Uribe que se desmovilice, que deje las filas del paramilitarismo y que despoje de su ser aquel fusil mental que tanto daño le ha hecho a Colombia.

Gobierno y paramilitares se han puesto a la tarea, por incitación del uribismo, a acabar con los grupos de guerrillas desplegados en los montes colombianos. Son escalofrantes las cifras de inocentes que han sido engañados, secuestrados, llevados a alguna parte selvática y de influencia para después ser masacrados. Después de cada muerte al fallecido se le vestía con un camuflado para así hacerlo pasar por guerrillero.

Dentro del bloque “Cacique Pipintá”, posicionado en Caldas, había diferentes subgrupos especializados en la contraguerrilla. Escuadrones que se dedicaban a la investigación de quiénes colaboraban con el frente 47 de las FARC. Cuando veía la camioneta blanca en medio de las carreteras intervederales sabía de antemano que allí iban “Los Buitres”, que eran como se hacían llamar los paracos dedicados a descubrir milicianos y colaboradores de la guerrilla. La estrategia era sencilla, se hacían pasar por guerrilleros y llegaban hasta las poblaciones afirmando que habían sido enviados por alias “Rojas”, que era un importante guerrillero en la zona. Pedían prestada la cocina, pedían comida y aludían a la revolución. Cuando detectaban la gracia, la simpatía, y cuando se creía que de verdad eran aquellos campesinos los que ayudaban con la guerrilla, se les asesinaba y se les hacía corte de franela por sapos y por guerrilleros. Era común los registros de las chivas escaleras que conducían de Pácora a sus corregimientos. Hacían apagar motores y pedían la cédula de hombres y mujeres para olfatear y detectar a los milicianos. Muchas personas por simple sospecha eran desprendidas de su familia, se les sacaba del vehículo de servicio público y se les llevaba a un lugar remoto donde eran torturados con el fin de que confesaran nexos con la izquierda. Fuera inocente o culpable se le golpeaba inhumanamente y después se le amarraba con una soga a la camioneta para ser arrastrado por la carretera rebosante de piedras filosas que provocaban el desgarrar y después la muerte.

Bajo estas lógicas operaba el grupo “Cacique Pipintá” en el norte de Caldas. Mucho tiempo después se habría de desmovilizar debido a que el grupo se halló

desquebrajado por bajas y capturas de importantes jefes. Supuestamente una desmovilización se llevó a cabo en el municipio de Salamina donde cuarenta hombres entregaron sus armas afirmando que estaban cansados de la guerra.

Muchas años después del secuestro de Alberto Duque no me iba a imaginar que en los cielos de mi pueblo iba a aparecer un nuevo Black Hawk. Esta vez el helicóptero militar llevaba sujeto en sus cuerdas el cadáver de un importante guerrillero. Se trataba de alias “Iván Ríos”, quien fue asesinado por su jefe de seguridad alias Rojas en el municipio de Sonsón, Antioquia. Rojas asesinó a su comandante para después córtale la mano, robarle su cédula y su computador. Con estos elementos se presentó a las autoridades para su desmovilización y para cobrar la alta recompensa que ofrecía el Estado por este cabecilla. Se efectuó lo que esperaba, pero como en estos grupos ilegales el que la hace la paga, Rojas fue asesinado años después en el municipio de Manzanares por su traición a la guerrilla. Otros hablaron de un problema de linderos e intolerancia.”

La noche se hizo madrugada mientras su mente se embriagaba de recuerdos. Envuelto en mantas y tabaco se repuso para culminar con su lectura.

“Todo lo relatado hasta ahora es el resultado de las experiencias directas con la guerra. Mi padre también murió siendo policía colombiano, sobrevivió a un secuestro en Mompoj Bolívar, a una emboscada del frente 47 en el Alto de las Coles en Pácora para finalmente morir por accidente en una detonación de granada en el comando de policía de Manizales. Hacia chanzas peloteando su granada y afirmaba que le temía a Pablo Escobar y a Karina. Murió en su causa y en su propia lucha. Murió siendo testigo de una Colombia desangrada por el conflicto.

Secuestros, extorsiones, paramilitarismo, guerrillas, la realidad de las escuelas rurales plagadas por el fenómeno de la violencia, una madre y un padre testigo de la guerra, unos inocentes ojos que observan la inquietud de los camuflados. Son todas estas las experiencias que tengo en relación con este oscuro fenómeno que parece ir en crecimiento, pues al parecer Colombia es el único país en el mundo donde somos amantes a sembrar muertos. Se siembra la muerte y se cosecha la muerte en una reprochable devoción tan cerca a los trastornos de la mente. Esta es la Caldas y Colombia psicópata que viví en tiempos de infancia y que continúo presenciando en pleno año 2021. El uribismo sigue revelando a lo largo y ancho de la patria sus efectos devastadores; la guerrilla y el paramilitarismo se camuflan en formas políticas; el asesinato compulsivo de líderes sociales se ha convertido en una especie de crimen de Estado donde nadie sale a dar la cara, donde la responsabilidad es una papa caliente que viene y va entre izquierdas y derechas. He perdido la esperanza de

sostener mi palabra y de decir que pertenecí a la generación que presencié los últimos ecos de la violencia. Heme aquí contando de nuevo los puntos suspensivos de un mar de sangre que crece con el ritmo de los años.

Espero desde lo más profundo que este relato de guerra sirva para reivindicar los derechos de muchos, sobre todo los de mi amigo Calígula del cual recuerdo aquellas palabras en relación a su parodia en pañales. Claro querido amigo, ¡claro que sí!, así como la cultura que tu defendías, así mismo, viejo, así mismo está esta guerra, ¡esta guerra está en pañales carajo! No me alcanzo a imaginar cuando llegue a su adultez, quizás tenga que lucir un uniforme y tomar un fusil, no por salvar a mi patria, sino para salvarme a mí mismo de la corrupción que me rodea. Tomo un poco de brandy, ¡salud por los muertos!”

Al reconocer su soledad insultó a los cielos, interpeló a sus dioses y llamó a gritos a su viejo amigo, a aquel líder del pueblo, el cual nunca apareció pues ya cumplía seis meses de haber sido asesinado. ¡Hijos de puta!, comentó, ¡esta guerra está en pañales!, y se sumó en un sueño digno de borrachos.

El primer trabajo

Christian Camilo Galeano Benjumea

Las noches en El Charco suelen ser silenciosas. Algunas veces suenan gritos o disparos, pero nadie dice nada. Aquí todo es normal, en realidad es un pueblo tranquilo, nosotros ayudamos a que todo esté en orden. A veces un muerto puede servir para que el pueblo esté calmado.

Tiro cabeza de esos días de lluvia cuando era un niño, en especial una vez que llovía demasiado fuerte y el río se desbordó. Solo se veían familias andando con el agua hasta las rodillas, alzando lo poco que tenían mientras los colchones flotaban. Las personas se movían de un lado a otro al interior de las casas, tratando de evitar que la lluvia les dañara los colchones, la ropa o los armarios. ...Una mujer gritaba enloquecida a su hijo que sirviera para algo, que ayudara a poner la ropa en el altillo y los colchones, pero el muchacho estaba ido, no hacía ni decía nada.

Mi padre tampoco se quedó quieto, sacó unos plásticos que sirvieran de techo porque el aguacero había dañado las tejas y llovía más adentro que afuera, parecía que la casa estuviera en mitad de un río. Yo me metí en el baño porque era el único lugar en el que parecía que no llegaba el agua, pero un olor a podrido me estalló en la cara cuando alcé la tapa del sanitario. La mierda se devolvía por la tubería, regándose por todo el baño. Corrí desesperado a buscar a mi madre para avisarle que el baño estaba inundado, pero ella solo buscaba un sitio donde poner a mi hermanita, que en ese entonces era apenas una bebé. Sentía que la casa se iba caer en cualquier momento o que íbamos a terminar con la mierda hasta el cuello.

No recuerdo exactamente qué pasó después de esa borrasca, porque a mi padre no le gusta hablar de las cosas del pasado, dice que lo pasado ya pasó y es mejor dejarlo ahí (allí). Pero mi cabeza, como dando saltos, vuelve sobre esa noche de lluvia, no sé si fue ese olor a mierda el que se me grabó en la cabeza o la lluvia que daño todo, no importa ya.

Solo sé que después de esa buscamos otra casa donde vivir y llegamos a una un poco mejor. La casa era grande, tenía dos ventanas en el frente, una sala donde se ubicaron los muebles y un altar para la biblia y el cuadro del sagrado corazón de Jesús. Allí tuve una habitación para mí solo, en mi cama organicé mis juguetes (un carrito que me había regalado el niño Dios en diciembre y un soldado de plástico con el que jugaba a la guerra).

Durante el verano el calor era insoportable por las tejas de zinc, sentíamos que nos estábamos asando lentamente. Mi mamá nos llevaba a la sala y prendía un ventilador mientras escuchábamos la radio. Yo jugaba con ese soldado de plástico e imaginaba que ayudaba a las personas y mataba a los malos; en mi cabeza la guerra era un juego y la muerte una solución. Mi mamá cargaba con mi hermana, al tiempo que guardamos silencio y la música sonaba. *“¿Cómo me compongo yo si vivo triste?, ¿cómo me compongo yo?, me duele el alma, ¿ cómo me compongo yo si vivo triste?, ¿cómo me compongo yo?, me duele el alma”*.

Yo lo que recuerdo, ya estando grande y estudiando en la escuela, es que una mañana estaba desayunando en el comedor de esa casa para irnos para el colegio a estudiar, cuando llegó la noticia que habían matado a un hombre en la entrada del pueblo. Nadie sabía quiénes lo habían asesinado o qué deudas cargaba. Mi padre escuchaba, mientras tomaba el café y me decía que estuviera pendiente de las personas extrañas, que no fuera a ponerme a hablar con gente desconocida. Se frotaba las manos y tomaba más café de lo normal, creo que había trabajado con el muerto en una finca por el Sinaí hace algunos años, eso fue lo que le dijo a mi mamá, algo alcancé a escuchar, pero a mí no me dijo nada.

Al llegar a la escuela todos mis compañeros hablaban del muerto, era toda una novedad saber que habían matado a una persona a tiros. Unos pelados chicos decían que lo habían perseguido por todo el pueblo y el hombre había logrado escapar por varias calles, pero la suerte no lo acompañó y lo vinieron a encontrar por la galería. Lo subieron a una camioneta para aparecer después con tres tiros, uno en la cabeza, otro en el pecho y otro en el cuello.

Otros niños hablaban que era un hombre que se había metido con una mujer casada, que el marido los había pillado en la casa y que muerto de la ira lo había matado. Unas niñas más pequeñas, alegaban entre ellas, decían que aquel hombre era un violador que había estado huyendo de otros pueblos y aquí lo habían cogido para que pagara por las niñas que había violado. En cada salón había una historia diferente del muerto y cada uno de los niños juraba por Dios y sus madres que era verdad lo que decían porque lo habían escuchado de sus padres.

Cuando el profesor entró al salón de clases no dijo nada, solo pidió que se quedaran en silencio y que atendieran a la clase. Tomó su marcador y empezó a escribir el título de la clase del día, “Sistema respiratorio”. Expuso las implicaciones de fumar y lo que podía vivir una persona que desarrollará asma. En el descanso le vimos hablar con otros profesores, todos se tomaban la cabeza y se cruzaban de brazos mientras fruncía el ceño, como estaban así de concentrados tuvimos tiempo de jugar diez minutos más en el recreo.

Yo no quería quedarme atrás de mis compañeros, así que dije que sabía que había pasado con aquel hombre, que era un campesino que trabajó con mi papá hace algunos años y que era una persona que tenía unas cuentas pendientes, pues había vivido en la ciudad, había quedado con varias deudas, muchas personas lo habían estado buscando por muchos años, pero se había escondido en el campo. Pero esta vez le habían logrado coger la pista porque una hermana había hecho un comentario en la ciudad y a los que se les debe plata buscan por cielo y tierra hasta encontrar al malapaga. No perdonaron la oportunidad, lo buscaron y remataron a la salida del pueblo, al parecer habían viajado desde muy lejos, pero eso no les quitó las ganas (determinación) de hacer el trabajo.

Los niños que estaban a mi alrededor me miraron y preguntaron con desconfianza: “¿Y usted cómo sabe todo eso?”, deje de hablar mierda, dijo el Gordo. No, ¡es la verdad! -me exprese con la seguridad con la que se dice una mentira -ese señor trabajó con mi papá en una finca y él le contó que lo estaban persiguiendo. Todos quedaron sorprendidos y creyendo lo que les dije. Sabía que nada de eso era verdad, pero me sentía bien que mi historia los hubiera tramado. Mucho se dijo del muerto ese día en la escuela, que había sido soldado, violador, campesino, mal padre, buen padre, pero ningún adulto se atrevió a confirmarlo.

Luego, después de una o dos semanas otro muerto apareció camino a una vereda, tenía dos tiros en la cabeza. Era el dueño de una finca para los lados del Terruño, allá vivía con su familia, no se supo nada de su esposa o sus hijas, simplemente desaparecieron. Comenzamos en la escuela a contar muchos cuentos, que ese señor era un mal patrono con los trabajadores y que uno estaba desde hace mucho tiempo buscando la forma de quebrarlo, pero apenas se le presentó la oportunidad; se dijo que había violado a una de las hijas y que por ese motivo la esposa lo mandó a matar. En cada rincón del patio se veía a los grupos de niños creando versiones diferentes del asesinato, explicaban, hacían un recuento de las últimas noches, incluso uno llegó a afirmar que a ese señor lo mataron por no decir donde había una guaca.

En la escuela se empezó a rumorar que, al parecer, habían llegado unos “duros” al pueblo y eran los que estaban matando al que no marchara bajo sus órdenes. Pedro me contó que su padre tenía un burdel y que estaba preocupado porque las niñas que llegaban cada ocho días para trabajar ahí no pensaban regresar porque estaba circulando un papel que amenazaba a las prostitutas, ladrones y drogadictos. Ese día las clases en la escuela siguieron de manera rutinaria los horarios establecidos.

Un día mientras pasaba con mi papá por el parque sentí que alguien nos miraba desde lejos, cuando giré hacia la cafetería El Costal, vi como un hombre que parecía de otro lugar no nos quitaba la mirada de encima. Mi padre también lo notó, pero prefirió ignorarlo y continuar por el camino hacia la Galería. Desde ese día se empezó a ver mucho forastero en el pueblo, iban y venían en motos o en carros, algunas veces se les veía salir de la estación de Policía, tenían al parecer una buena relación.

Cuando salía de la escuela me gustaba acercarme a esos vendedores ambulantes. En realidad, íbamos muchos niños a comprar algún dulce. Nos peleábamos por los chicles o por unas galletas Rondallas, que eran las más baratas; a veces traían un polvo que picaba y explotaba en la boca. Nos gustaba gastar las pocas monedas que teníamos en esos pequeños negocios, aunque a veces nadie tenía un peso encima y no faltaba el niño que pedía que le fieran porque él era buena paga.

Aunque hubo días raros donde no se compraba ningún dulce así se tuviera algún dinero, tal como el día que vi por primera vez al Calvo. La clase de sociales era la última hora que veíamos y el calor del medio día hacía que todos estuviéramos a punto de dormirnos mientras el profesor continuaba con su carreta. Las niñas escriben garabatos y otros niños luchaban por no quedarse dormidos a pesar de la pereza, todos nos sentíamos como animales enjaulados que solo esperaban que se abrieran las puertas de la jaula para salir disparados al mundo. Pero esa vez, al abrirse las puertas de la jaula no estaba el mundo, estaban varios hombres con motos encendidas y haciéndolas rugir.

Empezaron a aparecer varias veces en la semana, allí estaban con sus motos y todos los días se iban con una chica diferente. Se decía que tenían dinero y más motos. Al observarlos una pequeña rabia me invadió, me pregunté ¿por qué yo no podía tener una moto y dinero?, ¿por qué perder el tiempo estudiando si podía tener un trabajo?, un vacío se hizo en el pecho que retumbaba con el sonido estridente de las motos que se alejaban.

Un día me decidí, ya era un hombre de catorce años que no quería estudiar más y quería trabajar en lo que fuera. Así que ese día no fui a clase y me lancé a buscar al tipo de la moto para decirle que si tenía trabajo yo quería trabajar con él, que yo era un todoterreno.

Hermanito, pues que te digo yo, aquí si hay trabajo, pero tienes que estar dispuesto a muchas faenas porque es un trabajo para hombres, recalcó Calvo. Orgulloso ya de ser un hombre con catorce años, le dije que no había problema

que yo estaba pa' las que sea. En ese instante una nube negra ocultó el sol, parecía que iba a llover, pero hay nubes que son solo eso, un mal presagio, un error.

Entonces güevón, nos vemos el domingo. Tenemos un trabajo en la finca y creo que puede ser la prueba que necesitamos para saber de qué material está hecho. Me marché ese día orgulloso de tener la oportunidad de un trabajo, a pesar de no saber lo que me tocaba hacer en concreto, sentía que era bueno. De dejar la escuela mis padres no dijeron nada, de trabajar afirmaron con una mirada complaciente; mi hermana continuó viendo los dibujos animados en el televisor.

La noche del sábado no dormí, todo el tiempo me la pasé pensando en el tamaño y el peso de lo que tendría que cargar. En toda la semana no volví a ver al Calvo ni a sus amigos, tampoco le conté a nadie más de mi nuevo trabajo, me levanté varias veces a verme en el espejo y ver mis brazos e intentar sacar músculo. Pensaba que lo más seguro era que primero me colocaran a llevar mandados de un lado para otro, luego si las cosas iban bien tendría un puesto de más responsabilidad, así, poco a poco, podría ahorrar dinero hasta tener mi propia moto.

Ese domingo estaba muy soleado, no había nubes en el cielo. Al bajarme del carro en el que me recogieron, caminé por un sendero, vi una piscina, unos establos, caballos bien tenidos, algunos cultivos de café y un silo donde se seca el grano. Pensé que estaba muy flaco y que me iba a dar duro echarme esos bultos de café o de plátano al hombro. Atravesamos la finca y llegamos a un establo, El Calvo me dijo que allí me mostraría lo que debía hacer.

Al abrir la puerta el sonido fue bastante estridente, parecía que estuviera oxidada y que lo normal era que estuviera cerrada. Mira güevón, dijo El Calvo, no voy a entrar con rodeos, lo que necesito es que pele a este malparido y mirar a un rincón del establo. Allí había un hombre amarrado que se quejaba al moverse y se notaba desesperado, la camisa tenía manchas de sangre, el pantalón estaba mojado y las cadenas que apretaban sus pies impedían que se levantara del piso, en su rostro se notaba el horror.

Ese tipo que ve ahí es un hijo de puta, estaba vendiendo droga en nuestros barrios, además el güevón este es medio ladrón. Así que hay que dejar claro quienes mandan en el pueblo. En ese momento El Calvo me pasó un arma, nunca había tenido una entre mis manos, era un revolver negro, al parecer tenía todas las balas cargadas, era pesado y frío. Empecé a sentirme mareado, observaba que El Calvo hablaba y señalaba con ira al hombre amarrado, pero yo no entendía muy bien lo que decía, gritaba, pero todo estaba

en silencio y unas ganas de vomitar me invadieron, las rodillas empezaron a tener un leve temblor.

Aquel hombre se movía de un lado para otro, me observaba, al parecer tenía la esperanza de poderse liberar y huir, pero eso me empezó a molestar. Seguro había hecho más daños pensé, era una persona que cometía más delitos y problemas y cosas malas. Por un momento me imaginé que haría algo bueno para mi pueblo; además empezaría con mi nuevo trabajo.

Bueno hermano, dijo Calvo, necesitamos acabar con este hijueputa rápido, así que dígame de una vez sí sí es un hombre de verdad y podemos deshacernos de esta rata o debo buscar a otro. Dudé por instante en hacerlo, pensé en lo que diría mi padre, mi madre si se enteraban de lo que estaba haciendo en ese momento. Las ganas de vomitar se acentuaron, sentía como se subía a la garganta todo lo que había comido en el desayuno, el mundo giró por un momento. Cuando la sensación desapareció vi como El Calvo se acercó al hombre que estaba en el suelo, lo miró, le dijo no sé exactamente qué y le propinó una patada en la cara. El hombre se retorció del dolor mientras la sangre empezaba a bajar de su rostro.

Bueno hermano, ¿justed si va hacer lo que le estoy pidiendo o no!?, volví a dudar, pero me aferré a esa orden y borré todo lo que estaba en mi cabeza. Tomé el fierro, alce todavía con algo de temor, las manos me temblaban, el cañón no lograba quedarse quieto, cerré mis ojos para no ver al hombre morir mientras disparaba. Los dos tiros que hice fueron a dar a la pared, cuando abrí los ojos, el hombre en el suelo, se retorció del miedo, pero sin ninguna herida su cuerpo.

El Calvo se quedó un momento observando y estalló en risas, ¡eres muy pen-dejo hermanito!, ni para disparar sirves, mira güevón como lo tienes que seguir haciendo, a punta directo a la cabeza y aprietas el puto gatillo. Luego solo vi como dejó de moverse aquel hombre y su cuerpo quedó tendido frente a nosotros, la sangre lo cubría y sus ojos quedaron abiertos para siempre en mi cabeza.

Al salir de allí, El Calvo se rio frente a otros, hablaba de cómo me había ido frente a esa rata, pero tendría otras oportunidades para ir aprendiendo a mejorar. Hubo una pequeña fiesta alrededor esa noche en la finca del Calvo, trajeron cervezas y comida, todos estaban felices, pero yo no podía comer, seguía con las ganas de vomitar y algo mareado.

Esa noche no pude dormir, la mirada de ese hombre seguía en mi cabeza, ese cuerpo tirado y botando sangre, yo nunca había tenido la oportunidad de

ver a un cadáver y menos de asesinar a alguien. Respiré e intenté dormir, pero la noche se hizo cada vez más larga, los pasos de mi mamá en la cocina los pude escuchar en la madrugada, el reloj de alarma de mi padre y la gotera del tanque que no paró ni un solo instante en toda la noche.

Cada vez que cerraba los ojos aparecía la imagen de la sangre en el rostro, las ganas de vomitar, el temblor en las piernas. Me giraba de un lado a otro en la cama, sentía que estaba lloviendo, pero eso no me ayudó en lo más mínimo a quedarme dormido. Toda la noche me la pasé con los ojos abiertos de par en par.

Este pueblo tenemos que limpiarlo de ratas, prostitutas y todo aquello que haga mal, decía Calvo. Por ahí dicen que empieza a haber guerrilla pal monte, debemos estar atentos porque si no es así esto pueblo se vuelve un caos. La verdad tenemos que estar pendientes porque somos los encargados de ayudar a mantener el orden. Mientras El Calvo hablaba su rostro se tensaba y yo no podía dejar de mirarlo, era como si un imán me atrajera a él. Ese día estábamos en la misma finca y no podía dejar de mirar en dirección al establo y preguntarme, ¿habrá alguien allá encerrado?

Hermanito, me dijo Calvo, usted es como medio cobarde; sin embargo, eso se empieza a quitar con los días y el trabajo duro. En ese momento llegó una camioneta de la policía, El Calvo se fue a saludarlos y hablaron por algunos momentos, se dieron la mano y charlaron un rato, luego se volvió a montar en la camioneta y se fue. “Bueno lo que me acaban de contar es algo muy preocupante, resulta que en el pueblo han aumentado los robos y hay mucha rata haciendo sus triquiñuelas. Esos berracos ya los tenemos fichados, así que es mejor abrirlos del parche o pelarlos”. Sentenció El Calvo y todos los que estábamos en la reunión sentimos que sus palabras eran órdenes.

Un rumor nos llegó por medio de la policía -como era costumbre-, se decía que unos campesinos estaban ayudando a la guerrilla que pasaba por lo alto de la montaña, que tenían al presidente de la Junta de Acción Comunal en la finca como aliado. Así que el Calvo lo trajo para hablar con él y dejarle claro las cosas. Yo estaba muy tranquilo ese día, porque igual no me había vuelto a tocar coger un arma desde hace semanas, solo ir a llevar recados, y estar pendiente. Sin embargo, me llamó Calvo para que estuviera presente.

Don Delio, nos saludó con tranquilidad cuando se bajó de la camioneta en la que lo traían de la vereda. “Buenas tardes los señores ¿para qué soy bueno?”, preguntó con la cordialidad que lo caracterizaba. El Calvo no se quedó atrás y estrechó la mano cordialmente y lo invitó a tomarse algo, para llevarlo a una

sala donde hablarían. Yo estaba allí como una estatua, solo observaba y no decía palabra alguna.

El Calvo fue categórico en su juicio, este malparido cree que puede ayudar a la guerrilla y que todo siga como si nada, ¡haciéndose el marica mientras nosotros vemos como nos ve la cara de pendejos! ¡Pues no!, aquí todo debe estar en orden y si usted le ayuda a la guerrilla es porque es otro hijueputa guerrillero y en este pueblo no nos gustan los guerrilleros.

Esta vez no sentía nada, estaba tranquilo mientras observaba como El Calvo golpeaba a don Delio en la cara y le lanzaba patadas en el suelo mientras le mentaba la madre. Me parecía increíble que un hombre como ese señor pudiera estar manchándose ayudando a unos guerrilleros que solo le traían mal al pueblo, me daba asco. Eso no era un hombre, era una maldita rata, pensé.

El Calvo se puso detrás de la rata, metió sus manos en la nariz, levantó el rostro y con una navaja lo degolló. La sangre emergió del cuerpo, parecía un volcán en erupción, una erupción que duró unos pocos minutos.

Alguien se acercó, a mí me pasó un machete, es tu turno, debemos picar a este verraco para enterrarlo más fácil. De nuevo el mundo giró, por un instante, me temblaron las piernas, pero pensé que debía ser fuerte, así que tomé el machete, y empecé por la cabeza, primero un golpe seco rompió el cuello, después corte hasta separar el cráneo del cuerpo. Fui por los brazos, después los separé de los antebrazos, así hasta quedar un bulto de partes, asemejaba un bulto de plátanos que seguía botando sangre. Le pasamos el costal con el cuerpo picado y un compañero se encargó de enterrarlo, mejor dicho, de desaparecer lo que quedaba de esa rata. Alguna vez había ayudado a mi padre a preparar un marrano en diciembre, así que no me fue tan difícil, en realidad, era más la impresión de picar a un hombre, pero no se diferenciaba mucho de un marrano.

Yo, esa vez me sentía tranquilo, un respiro, un sentimiento de haber hecho un buen trabajo, a pesar de todo pude dormir plácidamente. En realidad, hacía días no podía hacerlo, y al haber descuartizado a este hombre sentí calma, tranquilidad y pude descansar. Al llegar esa noche a la casa mi madre me preparó una comida que no pude despreciar, terminé y me fui a dormir toda la noche por el deber cumplido.

Ese último año volvieron las lluvias por los meses de abril, el río quiso salirse y la gente corrió para proteger sus casas. Nosotros estábamos tranquilos en el pueblo, las cosas iban bien, los que ayudaban a la guerrilla

estaban casi extintos. A unos los matamos y otros se fueron antes de que llegáramos a conversar.

Por mis manos pasaron los cuerpos de varias prostitutas, ladrones y uno que otro alzado que no quería hacer caso a los llamados de atención. Con el Calvo se creó el hábito de vigilar y matar. Teníamos la idea contundente de que este pueblo debía estar en paz y para eso había que sacar del camino a aquellas personas que no estaban con nosotros o eran raros. En el pueblo todos nosotros estábamos bien, las personas nos respetaban y la forma de agradecer las cosas era quedándose callados. Así se la pasó el pueblo mucho tiempo, en completo silencio.

Un día nos llegó el chisme de que uno de nosotros estaba soltando demasiada información a alguien en la ciudad, nos dijeron que era Robinsón, un man de unos veinticinco años que había llegado de Pereira y era muy visajoso. Ese día El Calvo lo mandó por un galón de gasolina porque necesitaban hacer una quema, yo lo recogí en la moto que me conseguí y lo llevé a una finca a las afueras del pueblo para hacer la quema.

¡Mira sapo hijueputa aquí nadie es indispensable! Y los golpes iban y venían de un lado para otro. Lo levantamos y empezamos a poner llantas de motos que teníamos guardadas hasta el cuello. Ese pelado lloraba como una niña, gritaba que él no había hecho nada de eso que estaban diciendo, que por favor le creyeran, que eso era un chisme. Ninguno puso un pero a lo que estábamos haciendo, solo hacíamos nuestro trabajo. Alguien lo bañó en la gasolina que él había comprado y yo me acerqué con una mecha en llamas, para ver como las llantas y robinson se prendían. Hubo gritos por un rato, luego el olor a carne de marrano y un gran silencio.

¡Que quede algo claro, si alguno de ustedes está pensando en traicionarme o irse sin avisar, le espera un destino peor que al de este pedazo de mierda! Sentenció el Calvo. El silencio se mantuvo y nos fuimos a tomar unas cervezas y escuchar música mientras las llamas terminabas de hacer su trabajo.

Esa noche antes de acostarme me acerqué al espejo del baño, me lavé el rostro y después vi, con horror, la presencia de Robinson, del campesino y del primer hombre que había visto morir. Allí estaban, silenciosos, sin palabras, sin juzgar ni hacer un solo movimiento. Solo me miraban. En ese momento sentí algo de horror, me alejé del baño y me acosté. A partir de esa noche me empecé a sentir observado por cada una de esas personas. Sentía que iban conmigo a todas partes y que los espejos era una tortura para mí. No

dije absolutamente nada, aunque empecé a rehuir de los espejos o de cualquier objeto que me reflejara, porque sentía esa rara sensación de ser observado.

Los días empezaron a moverse entre las amenazas, la vigilancia que hacía del pueblo y la que los espejos hacían de mí. Guardaba silencio, me movía o agachaba la cabeza, cada vez que pasaba cerca de alguno, todo era poco para mantener la sana distancia.

El último trabajo antes de dejar para siempre al Calvo fue desaparecer a un travesti revoltoso que robaba y ya había apuñalado a varios de sus clientes en las calles de El Charco. Cada vez era más sencillo el trabajo, llevar a la persona, golpearla, degollarla o meterle varios tiros. Después cortar, enterrar o tirar al río. Todo era mecanizado, cada uno sabía lo que tenía que hacer, incluso las personas que iban a morir ya podían intuir. Los cuerpos en la tierra o flotando en el río era una señal de un buen trabajo.

Al regresar donde El Calvo, le conté que ya no volvería a ver a ese marica, él solo se quedó mirándome. Se acercó a mí y me habló con la calma que se habla al saber que ya todo ha terminado, que el trabajo había quedado bien hecho y ya no me necesitaba más.

Ahora desde este lado del espejo veo al Calvo todos los días arreglarse y prepararse para salir a garantizar la tranquilidad del pueblo. Aquí no estoy solo, el travesti, el campesino y tantas otras personas. Todos guardan silencio, miramos al Calvo a los ojos cada vez que pasa por una ventana o espejo y él intenta ignorarnos. A veces es bueno hablar aquí así nadie diga nada.

Los pies sobre la tierra

Cristián Felipe Cardona Osorno / Maestrando en Enseñanza de la Historia de la Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo de Morelia / México

El balón desinflado se encuentra ubicado a nueve pasos de la portería en donde debería estar un punto penal; dadas las condiciones del terreno, lo que indica la marca del penalti es un trozo de barro más, igual a los casi veinte que hay en toda la cancha. El ‘Morrumental’ lo llaman los pelaos que juegan allí, asemejándolo con el Estadio Monumental de River Plate, la casa de la Selección Argentina. Este pedazo de tierra con poco pasto, dos arcos de fútbol hechos con guadua y tres charcos que se forman cada vez que llueve y hacen que los partidos de fútbol se conviertan en una batalla campal en medio de ese pantanero, es el escenario dispuesto para que hoy Juan, parado frente del arco contrario, se convierta en héroe, se luzca con sus compañeros de equipo y con la pequeña hinchada que lo acompaña: Andrés y Diego, dos amigos que no juegan por malos; Carlos, un vecino aficionado a la marihuana como al fútbol de barrio; Evelyn, una niña del combo de los niños que no la escogen por ser niña y un pequeño grupo de personas de la vereda que están allí viéndolos jugar.

El penalti que debe cobrar Juan es el definitivo. El partido terminó uno a uno los dos tiempos antirreglamentarios que se jugaron, pues no duraron los noventa minutos que debe durar un partido oficial, ni mucho menos jugaron en las condiciones que lo reglamentan. Para colmo, Leonardo que jugó a ser el árbitro se triplicó en sus funciones (fue juez de línea en ambos lados y central durante todo el partido). Juan, lleno de barro en sus piernas y pies que no dejaba ver ni siquiera la marca de los guayos que tanto presumía a sus amigos, miró al portero que, a pesar de su pequeña edad y menudo tamaño, se hacía gigante bajo las tres guadas que resguarda. Si patea y hace gol ganará no solo la honra de su equipo, sino también el prestigio de ser recordado como el salvador y un breve, pero sabroso reconocimiento -que tan solo le durará cinco minutos-, de ser la figura de la final, o del *recocho* como prefieren llamar entre ellos a los partidos de fútbol. Este recocho es el más importante que han vivido, tan solo superado por los partidos que juega la selección.

Su corazón se acelera, la vista se le nubla y su pierna derecha dispuesta a reventar el balón le tiembla justo en el momento en que todos los demás jugadores le están gritando que patee. Sus compañeros de equipo le apoyan gritándole arengas motivacionales que lo hacen pensar en su talento esquivando rivales, lo que hace con la misma destreza y soltura para esquivar los golpes de su mamá cuando llega tarde o sucio a la casa; o en su habilidad para

huir de la marca personal de sus rivales de la misma manera que huye hacia los potreros cuando al pueblo llegan los hombres vestidos de camuflado a llevarse a los niños de su edad. Recuerda su famoso regate, ya conocido y padecido por muchos, con el que ha dejado en el suelo avergonzados a sus contrarios, al igual que algunos amigos y vecinos que yacen en el suelo por el conocido y padecido regate de las balas sin dueño que pasan por el pueblo. Piensa en su capacidad para convocar a los demás a que jueguen con él y como sus amigos se pelean entre sí por pertenecer a su equipo, predestinándose a lo que pocos años más adelante les tocará vivir: pelear entre sí la vida por pertenecer a dos bandos armados. Al igual que sus compañeros de equipo, sus rivales le gritan, pero lo contrario; con malas palabras hacen lo posible por recordarle recientes episodios desafortunados, como aquel día en qué, por querer hacer la última pirueta de Neymar jr. frente al combo de niños y Evelyn, se enredó con el balón y cayó de bruces en un charco de lodo. Algunos fueron más crueles y hasta le gritaron a Juan que él era más petardo que su tío Alberto, un cuarentón desempleado y borrachín que no daba pie con bola en el fútbol y que nunca hizo nada en su vida, dotado de una gran voluntad para colaborarle a cualquiera en el más mínimo detalle. Un hombre pacífico y dicharachero, a quién los hombres de camuflado lo obligaron un día a ir monte adentro a llevarles la remesa semanalmente, so pena de morir él, su hermana o el mismo Juan si se negaba hacerlo. Asesinado en frente de todos sus amigos cuando se disponía a departir unas cervezas hace un par de semanas a manos de los paramilitares, por la fatal suposición de ser auspiciador de los guerrilleros.

Sin importarles nada, más que debilitar emocionalmente a Juan, los gritos contra él no cesaban, resaltándole el miedo que tenía en su tembladera que se hacía evidente con el movimiento involuntario de su pierna. Juan piensa en todas las veces que soñó con este momento, lo imaginó tal cual estaba pasando. Lo recreó de la forma más real posible (excepto por la tembladera), se imaginó los gritos, las arengas y los malos recuerdos que había vivido y que seguía viviendo en su pueblo. Cerró los ojos por un momento, se controló y cuando los abrió de nuevo, se sintió amo y señor de la situación. Respiró profundo, dio tres pasos hacia atrás y con el ánimo de avivar los gritos a favor y acallar los comentarios en su contra, arrancó en busca del balón y lo pateó con tanta fuerza que el guardameta gigante que se había imaginado volvió a ser el mismo niño gordo, bajito y lento de siempre que no atinó a su disparo y, en una reacción tardía, se lanzó hacia el lado derecho por donde le pasó el balón casi tres segundos después. ¡Goll!, gritó Juan. ¡Golazo!, gritaron sus compañeros de equipo. ¡Gol hijueputa!, gritó Carlos tirando al suelo la pata de marihuana que ya le quemaba sus dedos. El árbitro multifuncional dio el pitazo final y cuando Juan se disponía a salir corriendo por toda la cancha a celebrar el gran triunfo se vio

tirado en el pantano con cinco de sus compañeros encima de él agarrándole el cabello, la camiseta y lo primero que cogieran sus manos. Al tumulto se fueron sumando uno a uno sus coequiperos e hinchada, gritando con un entusiasmo desbordado sin pensar por un momento en el pobre flacuchento que está en la base de la pirámide.

Entre el cansancio, el sofoco, la asfixia, la adrenalina y la emoción del momento, Juan no sabe si quitarse de encima a sus compañeros o seguir gritando a todo pulmón con ellos. Mientras que algunos jugadores del otro equipo le dan la espalda a la exagerada celebración, los nuevos campeones siguen el festejo tirándose uno encima del otro sobre la figura y goleador del equipo quien, para este momento, ya no siente sus piernas; sus brazos están imposibilitados al movimiento y la defensa, y sus gritos pasan de ser alaridos de felicidad a exclamaciones urgentes de auxilio. Cada vez van apareciendo más y más personas entre compañeros, amigos y hasta rivales que se lanzan al tumulto y hunden a Juan en el lodo y la desesperación. Su rostro empieza a cambiar de color, el rojizo de sus cachetes y frente se van tornando morados, sus ojos cada vez más brotados pareciera que se le fueran a salir. Los gritos de los demás junto con el barro en su boca no permiten que sea escuchado.

En su cabeza retumban los recuerdos sobre su tío Alberto y algunos de sus amigos que fueron asesinados hace poco entre el tumulto de personas que viven en la vereda y que, al igual que en este momento, se dejaban llevar por la euforia que produce el fútbol, que los hace ciegos e indiferentes ante su propia vida y la de los demás. Sus ojos completamente rojos no le permiten ver bien, el destello brillante de una luz blanca parecida al sol le va ennegreciendo la vista. Siente que no puede soportar más la falta de oxígeno en sus pulmones. Se da por vencido. El llanto que sale de sus ojos refleja la tristeza que tiene de no poder saborear el triunfo con su madre. La pérdida de conciencia ratifica que Juan ya no podrá ser la promesa de fútbol que predestinaron sus vecinos y que, paradójicamente, ese deporte que le dio sentido a su corta vida y que lo mantuvo al margen del conflicto armado que se vivía en el pueblo, era el culpable de que hoy la perdiera.

Su último aliento se prolongó gracias al chorro de agua que le cayó en la cara despejando el tumulto y la certeza de su muerte. Juan abre los ojos y ve que todas las personas que estaban encima suyo han desaparecido. Continúa cayéndole agua en la frente. Parpadea rápidamente, mira hacia arriba y nota la misma mancha de humedad que ha perdurado a lo largo de tres años sobre su techo. Se da cuenta que ya no está soñando. Suspira profundo como si volviera a la vida. Da un bostezo largo que lo llena de tranquilidad y que ayuda a que

su corazón agitado comience a calmarse. Estira los brazos y los mueve como si nunca los hubiera tenido, se agarra la cabeza y piensa lo extrañamente real que fue el sueño que acaba de vivir. Se limpia los ojos y todavía permanece en cama, acomodando sus ideas y los posibles parches que le pueden resultar en un día como hoy, en el que la rutina impuesta por su mamá, antes de salir para el colegio, pasa por alto tratándose de un día de fiesta. Se estira y se sienta sobre la cama. Cuando decide levantarse se da cuenta que algo no anda bien, ¡no encuentra sus zapatos! Sabe que no puede salir del cuarto sin ellos ya que inmediatamente lo devolvería un regaño de su mamá por andar descalzo. Se baja de la cama y mira debajo; observa, su tensión aumenta ya que tampoco parecen estar ahí. Juan se rasca la cabeza, mira desconsolado, suspira y se prepara para lo que sería su primer regaño. Abre la puerta despacio, mira para un lado y para el otro con la esperanza de no encontrar su madre al asecho; sale corriendo para el baño, entra en él y cierra la puerta.

- ¡Bien! Primer paso superado-, se dice Juan mientras se lava la cara y juega la boca. ¿Dónde podrían estar esos zapatos?

Se le ilumina el rostro cuando recuerda que, en varias ocasiones, después de llegar a casa cansado y sudado por los *recochos*, suele irse hasta el patio y cambiarse allí. Para ir al patio tiene que pasar por la cocina y ese es precisamente el espacio preferido de su madre, donde seguramente se la va a encontrar. Suspira profundo, se seca la cara y no le da más vueltas al asunto y sale en busca de ellos.

Pasa por la cocina y efectivamente está doña Amanda, su madre. Viéndose derrotado y regañado se resigna, la saluda y espera la cantaleta que le va a soltar y que conoce de memoria: *“Cuántas veces tengo que decirle que no ande descalzo culicagao, usted durmiendo toda la noche, todo acalorado y se levanta y pisa ese piso frío, va y se me tuerce y ¿yo que hago? Vea, cuídese usted que esta joven aún, eso le da venas varices y le dañan esos pies que tiene, además ese piso todo sucio y usted descalzo”*, y una infinidad de daños y perjuicios que suele decirle su madre. Hoy no. Hoy doña Amanda está estupefacta, parada frente al altar que tiene encima del bife de la cocina, mirando fijamente la imagen del sagrado corazón de Jesús. Suspira y baja el rostro hacia Juan:

- Ahora si mijo, que sea lo que Dios quiera.

Juan ante semejante frase se repone y piensa, ¡Bien!, no me regañó. Luego se pregunta, *Pero, ¿qué le pasa a mi mamá?* La mira a los ojos y le dice:

- Mamá, ¿usted qué está diciendo?

- Mijo es que... ¿no se ha dado cuenta?, responde ella resignada.

- ¿A quién mataron? -vuelve Juan a la carga con algo que por esos días se estaba volviendo cotidiano.

- ¡Algo peor que eso! -y da unos pasos en el mismo lugar desesperada. ¿Qué podrá ser peor?, se interroga detallando sus movimientos. Descubre que ella ya se dio cuenta de sus pies descalzos. Juan gaguea iniciando una torpe defensa, cuando nota que su madre ¡también está descalza!

- ¡Mamá! ¿Y sus zapatos?

- Es eso lo que le digo, mijo, yo no encuentro ninguno de mis zapatos, ni los de su papá. Le tocó irse a trabajar descalzo. Lo malo es que él cree que yo se los escondí y ¡ni siquiera encuentro los míos! Yo pensé que eso era gracia del duende, ese que le da por escondernos las cosas por días, pero cuando salí a la tienda a comprar las cosas para el almuerzo me di cuenta de que doña Rosalba, la señora de las arepas, tampoco tenía zapatos y estaba haciendo las arepas a pie limpio. Yo creí que estaba soñando y cuando llegué a la tienda de don Chucho, para pedirle que por favor me despertara, salió a atenderme y casi me desmayo.

- ¿Qué pasó?

- ¡Estaba descalzo también! Yo le pregunté si él sabía que estaba pasando, si sabía quién era el que se estaba llevando los zapatos.

- ¿Y él que le dijo?

- Nada, solo levantó los hombros y dijo que él creía que habían sido los guerrilleros esos los que tenían los zapatos de todos, que seguramente esa chusma había aprovechado la noche para entrarse a las casas y secuestrar todos los zapatos, para luego venir a decirnos que tenemos que pagar rescate por ellos. Pero que cuando estaba en esas, fueron llegando bien temprano los paracos, a la misma hora de siempre y sin falta a cobrarle la 'vacuna' por la seguridad del negocio, y también estaban descalzos, entonces ahí mismito descartó que hubiesen sido los guerrillos culpables de que él y todos estuvieran a pie limpio. Más bien, sin preguntar, les pasó el dinero y dejó de pensar en esas cosas. Al fin y al cabo, este pueblo ya está tan agobiado con el fuego cruzado, que a él le daba lo mismo morir descalzo que morir con las botas puestas.

Yo todavía no me lo podía creer papi y me vine rapidito para la casa, cuando doña Rosalba que me aconseja, Doña Amanda es mejor que se vaya para su casa y rece veinte rosarios y cincuenta avemarías para que nos salvemos, porque el apocalipsis se nos avecina.

- ¡No se ponga a creerle a esa señora, amá! Usted sabe que doña Rosalba la que no sabe se la inventa.

- ¡Ay, mijo! Yo si estoy creyendo que eso es algo serio, mire que nadie del pueblo tiene zapatos y los zapatos no se van a ir solos para otra parte... ¿O sí?; ¡ay, no!, en todo caso yo le estoy pidiendo a mi diosito que nos proteja de todo mal y peligro.

- Mamá no piense tanto en eso, yo me voy para donde Diego y veo qué averiguo -Juan besa a su madre en la frente como despedida y consuelo.

Camino a la casa de su amigo Diego pasa por la cancha de fútbol y saluda a Carlos que, al igual que en el sueño, sigue sentado en la misma parte fumándose un porro. Recuerda la angustia que vivió allí antes de despertarse, y se detiene a pensar en la magnitud del conflicto armado que trasciende la realidad y se inserta en el mundo onírico, determinando la vida como los sueños.

Sigue su camino y siente que ese trayecto, para él tan conocido y transitado, se vuelve más largo y doloroso, ya que sus pies descalzos sienten la realidad de lo que se está pisando, un camino que por mucho tiempo ha estado igual: invisibilizado, tormentoso, lleno de obstáculos, basura, piedras con forma de lanza que tallan y chuzan, piedras que asemejan balas y rompen la piel. Empieza a ver las manchas de sangre sobre el piso de los cuerpos que ya no están: su tío Alberto, sus amigos, sus compañeros de equipo y vecinos. Siente la sangre debajo de sus pies y se da cuenta con mayor claridad de lo que está pisando. Mira a su alrededor y observa a todo el pueblo igual que él, atónito, anonadado y descalzo; mirándose los unos a los otros y en sus ojos observa tristeza e inconformidad, pero también un silencio cómplice y desgarrador.

Juan siente un nudo en la garganta, quisiera entrar en llanto, pero no lo hace. Quisiera gritar esa rabia que siente al ver como su pueblo se está desangrando y nadie hace nada para detenerlo. Toma fuerzas, aprieta los puños, traga saliva y cuando se dispone a gritar a viva voz su rabia, siente como la tierra se mueve. Un pequeño temblor pasa por el pueblo, pero no proveniente de las entrañas de la tierra sino como avisando una avalancha. Todo el pueblo se voltea y mira hacia lo alto de la montaña y ve como a lo lejos aparecen unas

siluetas muy similares unas a otras que se van agrupando, lo que demuestra que hay un gran número de ellas.

Juan, que todavía está en trance, se recupera e intenta identificar qué es eso que está en lo alto; ¿la guerrilla o un ejército paramilitar?, pero no tienen armas ni tampoco camuflado, agudiza la vista y no puede creer lo que ven sus ojos. Son los zapatos de todo el pueblo, unos enseguida de los otros, acomodados por tallas y tamaños. Los zapatos se van moviendo en dirección hacia lo alto de la montaña, perdiéndose uno por uno al final del horizonte. Juan se pellizca las manos y se golpea la cara, esperando con ello despertarse, pero esta vez no está soñando. Él, junto con todo el pueblo se quedan en silencio como quién presencia un milagro y se dan cuenta que ya no pueden seguir viviendo como antes, aislados e indiferentes de la realidad que les tocó en medio del conflicto armado. Desde aquel día, cada habitante del pueblo ha entendido lo que significa vivir con los pies sobre la tierra.

Nadie era su nombre

Boris Santiago Álvarez Estrada / Universidad Pontificia Bolivariana

“Alguien se atreve a preguntar por el que no ha vuelto.
Y las sombras le contestan: nada, nadie, ninguno.”

Pedro Arturo Estrada

I

Comenzó por hablarles el padre de dioses y hombres:
se acordaba en su mente de Egisto, el varón intachable
al que Orestes, lamoso en el mundo, quitara la vida,
y con este recuerdo les dijo a los dioses eternos:
-Es de ver cómo inculpan los hombres sin tregua a los dioses
achacándonos todos sus males. Y son ellos mismos
los que traen por sus propias locuras su exceso de penas-.
Atenea, la diosa ojizarca, repúsole entonces:
-Padre nuestro Cronión, soberano entre todos los reyes,
bien es cierto que él yace abatido por justa ruina,
pero a mí el corazón se me parte pensando en Odiseo,
Infeliz².

Sabes bien que los eternos mudamos de lenguaje y de tiempo con la misma facilidad que la humanidad muda de credo. Déjame contarte mi preocupación, padre, a través de la historia de una Hélade distante. Allí se me invocaba también como virgen, aunque con nombre distinto. Doña P me llamaba María, mientras suplicaba que le hablara de su Ulises querido. Hacía ya mucho tiempo que vivía a puerta cerrada con su hija Tele. Su dolor no cabía en esa vaga medida de la experiencia que han convenido en llamar años. Ella contabilizaba la espera tejiendo una ruana y destejiéndola cada noche. Así, cuando al fin Ulises pisara el umbral, cuando se indignara por ver la puerta cerrada, cuando volviera a seducirla con sus juegos astutos, cuando le preguntara otra vez cuánto calor había tejido en el día, ella le diría: hoy solo alcancé a terminar una ruana, mijo. Y sellaría con esa frase una ausencia de cuatro o cinco años, o de una sola noche infinita.

² (Odisea, I, 40-50)

Pisis meneó la cola cuando toqué. Ese breve gesto de alegría, en un perro que ya solo oscilaba entre el ladrido y el llanto, le avivó la fe en el regreso de la presencia querida, pero solamente había llegado un dios. Me presenté como una anciana que inspirara confianza, incluso piedad. Tele me invitó a sentarme, me sirvió aguapanela -similar en el gusto a la ambrosía- y se disculpó por tener la puerta cerrada.

—Qué vergüenza con usted, mi señora —me dijo—. Entenderá que, como están las cosas por aquí, es mejor que nadie sepa cuándo está uno en la casa.

—Eso es muy prudente —le respondí—, pero podría facilitarle las cosas a quien quiera robarles.

—A estas alturas, preferimos que nos roben sin darnos cuenta. Es mejor eso a que nos hagan darles las cosas con amenazas y después digan que quisimos colaborarles con la causa.

A doña P poco le importaban ya las gallinas silenciadas, la marrana sin crías, la vaca terca, las bestias tristes. La gente de Antonio había desangrado, con la lentitud del parásito, hasta el último vestigio de la obra del esposo. No se conservaba nada de Ulises en la finca derruida, ni en la comunidad desbaratada, ni siquiera en los rasgos marchitos de la hija, así como no se conserva nada de Príamo en las ruinas de Ilión. Por eso, aunque tratara de engañarse rezando, doña P era incapaz de encontrar las huellas de un dios en el paisaje de sus días. Esas montañas del horizonte le parecían un mero reblujo de materiales diversos amontonados al azar. Quizá los restos de una obra abandonada o de un mundo que se hubiera derrumbado. Un mundo, quizá, mejor que este.

Tele se disculpó por la desatención de la madre, me pidió que la entendiera, que desde la “muerte” del esposo ella sólo vivía para su ruana. Y en cada frágil muestra de hospitalidad, yo sentía en Tele la angustia de quien se sabe incapaz de acoger a alguien, aunque lo considere un mandato divino.

Me preguntó quién era yo. Me presenté con el nombre de Euriclea, una vecina lejana. Cuando le hablé de mi cercanía con su padre, no pudo evitar indagar con esperanza en mis ojos zarcos. Entonces le dirigió aladas palabras:

—Yo conocí todo lo que Ulises hizo por estas tierras. Sé cuánto le dolería ver lo que pasó con el río y con la dignidad de las veredas. Yo creo, hija, que si la comunidad supiera qué pasó con su papá, resucitaría algo de esa esperanza de antes. Sé que algunos creen que nos traicionó, pero estoy segura de que Ulises

nunca hubiera hecho eso. Sé que la búsqueda agotó las fuerzas de su mamá. Esa belleza que antes mirábamos con admiración, y hasta con envidia, ahora solo produce la piedad inútil que se siente ante un ave moribunda. Soy consciente, y le pido disculpas si mi visita les causa molestias, pero no podía dejar de contarles que me encontré con Néstor, el que era socio de su papá. Cuando me fui de aquí llegué a Barranquilla, allá me lo encontré por casualidad. Le conté lo del desplazamiento y me dijo que podía quedarme con él un tiempo. Viviendo en su casa, me di cuenta de que ha estado colaborando con esa gente. Pero Néstor no es mala persona, son las circunstancias. De pronto si la ve a usted, se le conmueve el corazón. De pronto, él puede averiguar algo sobre Ulises. A mí todavía me quedan unos ahorritos, le traje esta plastica para el viaje. Y por doña P no se preocupe, igual usted no se va a demorar mucho, yo me quedo con ella mientras tanto.

A Tele le pareció increíble que una anciana hubiera vuelto al caserío después de encontrar asilo en otro lado. La única que había regresado del éxodo masivo, Euriclea, era un símbolo de que el retorno era posible. A cualquier persona menos abandonada, menos desconsolada, menos incurable, mi propuesta le hubiera parecido absurda. Para Tele, en cambio, fue casi un presagio de salvación.

II

Cuando Tele iba camino a la asamblea, la aurora remojaba sus dedos de rosa en el Río Esmeralda, como queriendo regresarle un resplandor perdido. Esas aguas antaño lucieron el brillo de los ojos de la sabiduría y ahora estaban desvaídas como los ojos de la guerra. El primer recuerdo de su vida fue cuando papá la llevó al remanso del río para bautizarla. Así como los Aqueos reciben un baño para entrar en casa solemne, en aquella distante Hélade bañaban a los niños para presentarlos a los inmortales. En el remanso, su padre le explicó que la inmovilidad era una apariencia, que bajo la superficie el agua seguía fluyendo. Dios era como esa energía que estaba en el fondo de todas las cosas, moviendo, conectando, haciendo que la vida fuera posible. Cuando Ulises decía Dios se refería a ti, padre Cronión, y a tu padre Uránida y al cielo mismo. La niña Tele sentía terror del bautizo, pero al ver a su papá y a Pisis sumergirse con tal emoción, rápidamente cedió al impulso que lleva a los niños a querer participar de cualquier alegría. Desde entonces, asoció la presencia de Dios a esa sutil alegría que aquella mañana, de camino a la asamblea, llevaba mucho tiempo sin sentir.

Cuando le propuse el viaje, por boca de Euriclea, acordamos también convocar una asamblea comunitaria antes de que se fuera. Tele pensaba en el

riesgo, pero si la comunidad veía que ella se iba sin razón, se afianzaría la idea de la traición de su padre. Además, si la hija les hablaba, con valor insuflado en el pecho, algo de la presencia de Ulises resonaría otra vez.

No asistió mucha gente. Fueron sobre todo ancianos, de aquellos que por falta de fuerzas ya no levantan sospechas, de los que aprovechan cualquier oportunidad para ser escuchados, de los que están acostumbrados a la proximidad de la muerte. Había, sin embargo, una presencia capaz de inspirar entre ellos silencio y recelo: Antonio tuvo el cinismo de no llevar armas.

Tele tomó la palabra:

—Les agradezco por haber aceptado la invitación a pesar de que esta asamblea no se reunía desde la desaparición de mi padre. Los convoqué para contarles que hay una pista que podría ayudarnos a saber lo que pasó con él...

—Niña Tele —la interrumpió don Asclepio—, aquí ya no queremos saber más de su papá. Todos nos hemos matado mucho buscándolo. Incluso su pobre perro no ha parado de olfatear ese rastro imposible, de abrir huecos en todas las fincas, de dar vueltas y vueltas inútiles. Si él no lo ha podido encontrar, lo único que nos queda pensar es que Ulises se voló con la plata, que se aprovechó de la confianza de la comunidad. Hasta hoy sigo esperando el gallo que quedó de traerme.

Los ancianos siguieron discutiendo entre ellos, confirmando las palabras de Asclepio, mientras Tele pensaba en la comunidad. ¿Qué significaba la comunidad? Otro de los pocos recuerdos que conservaba del padre era una especie de bautizo comunitario. Él les explicaba a varios niños lo que significaba pertenecer a una Comunidad de Paz: trabajar todos por todos para no depender de nadie más, sembrar calor y no muerte, cuidar y respetar el río que nos alimenta, no beber alcohol, no colaborar de ninguna manera con gente que haga cosas malas. Ese día, Tele llegó a creer que Dios en persona le había entregado estos mandamientos a papá, que podía escucharlos en los cantos fortuitos de los pájaros o descifrarlos en el idioma secreto que escribían las ondas del río, que esa conexión divina era una señal de que papá no moriría nunca. Por eso lloró tanto cuando, ese mismo día, papá pareció ahogarse en la profunda esmeralda. A veces, cuando su madre lograba dormir, Tele bajaba al río y se permitía creer que el padre no estaba muerto, y se lo imaginaba saliendo del agua por sorpresa, calmando su llanto como aquella vez, diciéndole: hija, no pasa nada, solamente estaba jugando.

Antonio escuchaba hablar a la asamblea, con el gesto del león ante la presa vencida. Iba a irse sin decir nada, cuando tomó la palabra:

—No podemos dejar que las dudas nos venzan. Todos sabemos que Ulises nunca nos falló con el sustento. No podemos olvidar todo lo que trabajó para que la Comunidad de Paz fuera posible. No olvidemos al hombre que iba de vereda en vereda convenciendo a la gente de que se uniera al proyecto, que se ingenió un sistema de trabajo para que a ningún campesino le faltaran vestido y alimento, que hacía largas excursiones para vender ese tapete de nubes, esa nieve cálida, esa paloma florecida, que era nuestro algodón. No olvidemos el lema de las ruanas que alguna vez tejimos juntos: “El calor de la paz”.

—Cuidado con lo que dice, mi señora —replicó Antonio, con la altanería de quien se cree capaz de contestar a los dioses—, no vaya a ser que esté defendiendo a un ladrón. Pero la niña tiene derecho a buscar al papá que la abandonó, dejémosla.

Se fue burlándose, a nadie le hizo gracia su ironía. Al final, sin saber que yo la escuchaba, Tele dijo:

—Ojalá la virgen me dé vida para desmentirlo.

III

¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? Según contaba doña P, Ulises encontró a Pisis un día en la ruta entre el pueblo y la Comunidad de Paz. Cuando venían a quejarse porque encontraban al perro escarbando en alguna finca, ella contaba la historia: fue un perro salvaje hasta que Ulises, que no escatimaba en compasión, se agachó para acariciarlo. Cuando llegó con Pisis a la casa, el esposo se justificó diciendo: “El perrito nos acompañó todo el camino, y ni siquiera pudimos darle comida porque nos había ido mal en el viaje. Justo cuando creímos que se había quedado atrás, lo vimos a lo lejos corriendo, persiguiendo el carro. ¡A mí me conmovió mucho esa imagen, hija! ¿Cómo no lo iba a recoger?”.

La misma imagen de Pisis corriendo a lo lejos sin desfallecer. La imagen que su madre utilizaba para explicar el comportamiento de un perro que había crecido acostumbrado al desprecio, y que por eso perseguiría hasta el final cualquier migaja de esperanza. La imagen que había creado en ellas un sentimiento de culpa, porque a pesar de la búsqueda, de la eterna espera, de la frágil ilusión que conservaban, se sentían incapacitadas por naturaleza de la persistencia de un perro. Esa misma imagen fue la que vio Tele de camino a Barranquilla. ¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? Se preguntó, después de hacer parar el carro para recoger a Pisis. Y en la lamida agradecida sintió una suerte

de condescendencia, como si el perro le estuviera diciendo que ese viaje los hermanaba, que ella había alcanzado un nivel de lealtad vedado para la mayoría de su especie.

¿Qué pasaría si su padre estuviera vivo, si volviera? Tendría que darles una buena explicación. Y por buena que fuera, ¿solucionaría algo su regreso? Se lo imaginaba pidiendo perdón a la esposa por haberse ido tanto tiempo, en una conversación estática, como de un fantasma a otro fantasma. Se imaginaba a Pisis ladrándole, reclamándole su abandono. Se imaginaba ella misma sin poder reconocerse en el padre, por las marcas que la ausencia dejó encima de los rasgos que heredó de él. Y aunque lograra justificarse ante todos, aunque la esposa le concediera la frase: “Hoy solo alcancé a terminar una ruana, mijo”, ¿solucionaría algo eso?, ¿le devolvería la vida al río?, ¿sacaría a la gente de Antonio de las veredas?, ¿refundaría la Comunidad de Paz? Estas eran preguntas culpables, que Tele se esforzaba en vano por no hacerse. A veces se sorprendía a sí misma pensando que, tal vez, las cosas serían más difíciles si encontraba a su padre con vida. Sin embargo, en ningún momento aquel pensamiento era un deseo de que estuviera muerto, sino de que no se hubiera ido nunca.

¿Qué le diría Néstor? Cuando conoció Barranquilla, la Arenosa, tuvo la sensación de haberla habitado ya durante muchos años. El paisaje de sus días le parecía igual a esas calles, a esas casas, perpetuamente cubiertas, casi felizmente cubiertas de la ubicuidad del polvo. Sabía que iba, por consejo de una mujer prácticamente desconocida, a donde un hombre del que poco recordaba y que trabajaba en todo lo que ella aborrecía. Aun así, acogió con una triste ilusión la mirada desvaída de los últimos ojos que vieron a su padre con vida. Néstor la reconoció de inmediato, como si hubiera estado esperando desde siempre esa visita. Pisis recibió sus caricias con indiferencia. Los invitó a entrar. Pidió perdón por la bulla, estaban celebrando que les había ido bien con un trabajo. Le ofreció a Tele diferentes bebidas, que ella rechazó cortésmente, y le preguntó por el motivo de su generosa visita.

¿Valió la pena el viaje para esa respuesta? Le repitió la historia conocida por todos: “Había un derrumbe en la vía hacía el pueblo, nos tuvimos que separar, mi caravana se fue por la ruta vieja, la de Ulises se fue buscando otra ruta, y ya no volvimos a saber nada de ellos”.

Después, casi por lástima, le dijo:

—Si yo pudiera, mi niña, le ayudaría. Aquí es poco lo que puedo averiguar. Pero ¿sabe qué? Yo tenía pendiente hablar de eso con Melena, el que nos

compraba algodón. ¿Por qué no va usted y habla con él? Tengo entendido que montó la planta de producción en Marinilla. Yo le puedo colaborar con los pasajes. Así, por lo menos, descarta los rumores. Melena es el único que hubiera podido comprarle a Ulises todo lo que llevaba.

¿Valía la pena otro viaje? De camino a Marinilla, Tele pensaba que las palabras de Néstor fueron demasiado creíbles y meticulosas como para ser ciertas. Pero no quería caer en el error que le reprochaba a la comunidad, no quería juzgar de traición a un hombre que podía ser otra víctima.

IV

Desplazados, Antonio y su padre llegaron a la Comunidad de Paz cuando aquel era apenas un niño. Ulises los acogió con benevolencia, les dijo que quien quisiera podía encontrar allí un hogar. Hubo un tiempo en el que Antonio creyó esas palabras, pero al morir su padre fue incapaz de encontrar una familia en lo que era solo una unidad política. Contaba quince años cuando lo reclutaron. A los dieciocho ya le decían comandante. Después de la desaparición de Ulises regresó a la comunidad liderando una cuadrilla, diciendo, con ínfulas de patriarca, que ellos no la dejarían desbaratar. Cualquier intento de la gente por continuar el proyecto de Ulises fue inútil. Por un supuesto accidente natural, que nadie entendió nunca, un día el río amaneció envenenado.

La esmeralda perdió el brillo, ennegrecida por el petróleo, igual que mis ojos cuando dejo de ser diosa de la sabiduría y me invocan como potencia militar. Sin esa fuente de recursos, cada vez fue más difícil garantizarle a cada campesino alimento y vestido. Con los constantes enfrentamientos entre ejércitos, no había forma de tener vínculos comerciales con el pueblo. Salir era casi tan peligroso como quedarse. Sin embargo, mucha gente abandonó el caserío, arriesgándose a no llegar y, más aún, a no volver. En adelante, los únicos víveres que entraban los traía la gente de Antonio. Al principio aceptaron a cambio algodón y ruanas. No contentos con esto, empezaron a quitarles de a poco cualquier pertenencia o animal que poseyeran. Después les exigieron confeccionar uniformes militares. Finalmente, para cuando Tele se fue a buscar a Néstor, casi toda la antigua Comunidad de Paz estaba sembrada con coca.

A Tele la idea de un polvo blanco le parecía abominable. Varias veces había tenido la pesadilla de abrir el cofre donde reposaba su madre muerta y encontrar allí cenizas blancas, como si la espera hubiera agotado hasta el último grado de ardor que hubo en su cuerpo. Por lo menos las cenizas negras permitían

imaginar que algo del muerto aún se conservaba, pero las cenizas blancas eran un cruel símbolo de que se puede ser menos que nada, una nada desmenuzada. La atormentaba saber que la coca, productora de cenizas blancas, ahora ocupaba los mismos cultivos que alguna vez ocupó el algodón.

En el último recuerdo que tenía de su padre, precisamente, los dos se re-costaban a mirar las nubes sobre un tapete cultivado en algodón. Como la joven Europa, la niña Tele se dejaba seducir por la blanca mansedumbre de tus juegos, Zeus. Admiraba tu pasatiempo de hacer esculturas blancas sobre el horizonte azul. El trayecto final hacía Marinilla, la Esparta colombiana, tuvieron que hacerlo a pie porque a Pisis no lo dejaron montar en el carro. Tele miraba el cielo evocando lo que sintió con papá cuando, ante la vista del paisaje algodónado, le agradeció a Dios por permitirles verlo desnudo, sin maquillajes ni atuendos, en su blanca pureza originaría. Pero al recuerdo de la blancura sacra, se sobreponía la blancura de la pesadilla y Tele confirmaba que esa misma desnudez hacía que el blanco fuera el color del abandono. A pesar de todo, caminando al encuentro con Melena, dirigía a las nubes una mirada larga, como quien busca sentido en una vida amorfa, porque los ojos de tanto contemplar lo atroz se vuelven ávidos de belleza. Y de algún lado le llegaba la remota música de una oda legendaria:

“Te busco volando en el cielo
el viento te ha llevado
como un pañuelo viejo
y no hago más que rebuscar
paisajes conocidos
en lugares tan extraños
que no puedo dar
contigo”³.

XV

El apodo de Melena venía de su oficio de algodonero que se vinculaba de algún modo con el desorden de su pelo. De él Tele solo escuchó la palabra blanco: “No me acuerdo de la última vez que traté con Ulises, blanco. Creo que sí le compré una carga grande, blanco. Pero no le aseguro nada, blanco. Solo le puedo decir que, si él se robó esa plata, blanco, se tuvo que haber quedado en

³ Canción “Te busco”, interpretada por Celia Cruz, escrita por Víctor Víctor.

la ciudad, blanco. Y todos los campesinos que llegan a la ciudad, blanco, tienen que hacer un registro civil, blanco. ¿Por qué no pregunta a ver si de pronto está en algún registro, blanco? En la costa no hay muchas oficinas de registro, blanco. Vaya preguntando de regreso, blanco. En homenaje al socio, yo le doy esta platica, blanco”.

En todas las oficinas de registro le dijeron lo mismo: “Perdón señorita, el nombre que nos dice aparece en blanco”. Cada vez más su padre dejaba de llamarse Ulises y empezaba a llamarse nadie. Pero el mundo estaba tan lleno de nadies que alguno de ellos podía ser su papá.

Como nunca había salido del caserío, nunca había conocido a un indigente. Pululaban a la salida de las oficinas de registro, Pisis se comportaba extrañamente amigable con ellos. Varios le contaron que fueron hombres con algún éxito a los que azarosamente les sobrevino la desgracia. De hecho, muchos eran campesinos que tras un éxodo obligado devinieron esclavos. Sin propiedad, sin derechos, vagaban mendigando a los poderosos un auxilio que no les llegaba ni en forma de trabajo. Más allá de que lo encontrara o no en un registro, Tele se permitió creer en la traición de su padre. Se lo imaginaba huyendo de una comunidad ingrata, de una violencia creciente, de una mala mujer, quizá. Después de todo, ella solo recordaba a mamá en su faceta de viuda, nada le aseguraba que hubiera sido una buena esposa. Se imaginaba a papá en la ciudad, dispuesto a iniciar una nueva vida con la plata del algodón en el bolsillo.

Al fin y al cabo, no era algo tan malo. Con todo lo que hizo por ellos, la plata de un solo cargamento no alcanzaba para pagar ni la mitad de lo que la comunidad le debía. Y aunque justificó a Ulises con este pensamiento, la tranquilizó saber que de todas maneras había algo de pecado en haberlos abandonado a ella y a Pisis. Pecado, es decir, esa ofensa a ti, padre, que hace a la humanidad justificar que de las nubes caigan rayos. Eso la tranquilizaba porque abría la posibilidad de que Dios lo hubiera castigado. Y ese castigo era su última esperanza. Un castigo, por supuesto, proporcional. Se imaginó al padre deviniendo indigente, luego de que le sobreviniera la desgracia por mandato divino. Y siguió yendo a las oficinas de registro, más por la ilusión de encontrarlo en alguno de los fantasmas que dormían en la calle. Todos ellos eran su padre, aunque ninguno lo fuera, porque en sus cuerpos invisibles y a la vez omnipresentes se encontraba la misma nadería de los desaparecidos. Eso explica que Pisis hubiera querido quedarse acompañando a un indigente, y que Tele comprendiera que esa era la única forma en la que el perro podía regresar con su papá.

XVI

Sin Pisis Tele pensó en la soledad por primera vez en su vida. Por primera vez, no solo porque nunca había salido del caserío, sino también porque en los contados momentos que se despejaba de la madre, el peso de la ausencia del padre imposibilitaba su soledad de una manera que no podría hacerlo ninguna presencia. Había vivido una odisea buscando a Ulises, pero solamente perdió un perro y no encontró a nadie, o encontró a nadie. Esa palabra insondable como el color blanco, cifraba la clave de su inalcanzable soledad. Decir nadie era, de cierta manera, invocar una presencia indeterminada, pero infinita, que podía adquirir cualquier forma y al mismo tiempo ser imprecisa, como las nubes. Una presencia que camuflaba el calor del abrazo bajo la apariencia indiferente de la nieve, como el algodón. Era una palabra menos apta para nombrar el vacío que para nombrar el absoluto. Nadie era su padre cuando lo encontraba más en las canas de mamá que en las fotos, más en el llanto de Pisis que en el recuerdo, más en cualquier forma del mundo que en un mero individuo. Para Tele su padre era un Proteo. Decir nadie era como decir todos, pero incluyendo la ausencia. Nadie era otra forma de decir Dios.

Y, sin embargo, se sintió realmente sola cuando, a unos pasos de su casa, supo que nadie salvaría a su madre del frío de la ruana interminable. Su angustia fue mayor cuando encontró la puerta abierta. Corrió, no tuvo tiempo siquiera de imaginarse otra ausencia. La buscó por toda la casa como si tuviera muchos lugares donde pudiera esconderse. Y antes de que colapsara por pensar lo peor, la vio subiendo del remanso del río, casi repuesta, con la ruana puesta.

—Hola hija —le dijo doña P—. Se acaba de ir Euriclea, como si supiera que usted ya venía. Yo le dije que dejara la puerta abierta por si la virgen nos volvía a visitar. Imagínese hija que esta semana soñé que la virgen me traía hasta el río cargada, como diciéndome que su papá estaba ahí. Me desperté llorando, pero contenta. Tanto que me dieron ganas de terminar la ruana. Euriclea me ayudó a construir un altarcito cerca al remanso, y sembramos alrededor las semillas de algodón que todavía nos quedaban. Están creciendo tan bonitas, venga mire.

En el remanso hicieron una oración y lloraron juntas, no podíamos los dioses exigirles más sacrificios. Doña P subió a terminar otras ruanas que tenía pendientes. Tele se quedó un rato más junto al río con los ojos cerrados, pero tuvo que abrirlos por el fulgor de la esmeralda renacida. Entonces, le regalé la visión de una figura emergiendo de las aguas, otra vez brillantes. Tele la juzgó semejante a los dioses.

Replicándole Ulises, el héroe paciente, le dijo:
—No soy dios, bien de cierto, ¿por qué a los eternos me igualas?
Soy tu padre, aquel padre al que lloras ha tiempo sufriendo
pesadumbres sin fin, soportando violencias ajenas.
Tal diciéndole, a la hija besó y una lágrima a tierra
sus mejillas dejaron caer, una lágrima en tanto
contenida⁴.

Ya sabrás, divino Cronión, lo que pasó con Antonio. Sufrió el destino de los hombres que, incapaces de mirarme a los ojos, solamente me invocan para la guerra. Los mismos que después acusan a los eternos por las desgracias que ellos causaron. Pero no diré que él se buscó todas sus penas. En la vida humana prima la fatalidad inmerecida, por eso nosotros deberíamos intervenir en auxilio ¿Te imaginas, padre, la angustia que hubieran sentido Tele y doña P en el abandono absoluto, sin nadie que velara por ellas, sin nadie a quien acudir para pedirle justicia? Afortunadamente existimos los dioses. Por eso, a mí el corazón se me parte pensando en Odiseo, infeliz,

que hace tanto padece de miles trabajos, alejado de todos los suyos...⁵

⁴ (Odisea, XVI, 186-192)

⁵ (Odisea, I, 48-50)

Una verdad

Juan Felipe Gómez Cortés

Verónica tecleaba en su cubículo y de vez en cuando miraba la fotografía del muchacho que tenía pegada en una esquina de la pantalla. Le quedaban un par de horas antes del cierre para la edición del sábado, así que decidió parar y tomarse un café. Mientras lo servía se preguntaba si el editor aceptaría su texto. No era la historia que le había encargado, pero estaba entusiasmada con lo que encontró sobre ese muchacho y se sentía segura para defender el trabajo si era necesario.

Se tomó el café a pequeños sorbos, de pie en la entrada del cubículo y mirando fijamente la foto. Ya tenía esos rasgos memorizados y, sin embargo, cada vez la mirada congelada del muchacho le decía algo diferente. Terminó el café, se estiró antes de sentarse y volvió sobre la pantalla. Necesitaba al menos dos párrafos para cerrar y un buen título. Empezó a releer:

Alba Nidia Zuluaga abre la puerta y evita mirarme a la cara. Detrás de la fachada de color blanco hueso y café de su casa todo parece en orden, pero los últimos días no han sido fáciles para ella. Es la primera vez que va a hablar para la prensa desde que se supo lo de su hijo. «Todo lo que han pasado en la televisión y en los periódicos es pura mierda», me dice sin alterarse.

Se tumba en una silla de mimbre y en ese momento puedo ver los detalles de su rostro: cejas muy finas, ojos miel y patas de gallo que se pierden entre el pelo marchito. El pómulo izquierdo sobresale más que el derecho. Esto, más el vestido viejo y limpio, y el ambiente de pobreza digna de la sala en la que me recibe, me hacen pensar en una película neorrealista.

En una repisa hay un par de fotografías de John Alex, su hijo. Según los noticieros él se entregó al ejército en las montañas del Tolima y ha iniciado una nueva vida al lado de su madre. Reinsertado, es la palabra que utilizan las autoridades y repetimos en los medios.

Dejo la grabadora y la libreta sobre la mesa del centro de la sala y me acerco a ver las fotografías de John Alex. Es un muchacho guapo, digo en voz baja. Alba Nidia me cuenta que esas fotos se las tomó unos días antes de irse...

Un toque en el vidrio del cubículo sacó a Verónica de la pantalla. Era Hoyos, el redactor judicial. Cómo va la historia, le preguntó asomándose por encima

del vidrio. Estoy terminando, respondió ella entusiasmada. Aunque no se graduaron juntos, se conocían de la universidad. Cuando ella llegó como cronista, ya Hoyos llevaba algunos meses en judicial. Tenían sexo ocasionalmente y había surgido entre ellos una curiosa complicidad laboral que despertaba la envidia de los demás integrantes de la redacción. A través de él había llegado la noticia de John Alex al periódico. El editor dudo en encargarle la historia a Verónica cuando leyó la información, pero fue el mismo Hoyos, aprovechando la confianza que tenían, el que lo convenció. Puede ser una historia vendedora, le dijo. Además, Verónica tiene la habilidad de sacarle más información a la gente de la que quieren dar. El editor relejó la hoja y se decidió.

Un joven de 16 años, identificado como John Alex Zuluaga, se entregó a las tropas del Batallón de alta montaña en los límites del Tolima y el Quindío. Al parecer el joven desertó debido a las malas condiciones de vida en el monte y a la angustia que le producía pensar que había dejado a su madre sola.

Verónica recibió los datos con la certeza de que Hoyos había intercedido. Se propuso no decepcionarlos, aunque era consciente de que esos casos debían tratarse con el mayor cuidado. Fijó su mente en la palabra “deserción” y todo lo que esta le sugería. Empezó a imaginarse algunas escenas para la historia: la travesía del joven por el monte para entregarse, el estrechón de manos entre el reinsertado y el comandante del ejército, el regreso a su casa, el reencuentro con sus amigos y con su mamá. Después de hacer algunas llamadas, consultar bases de datos y echar un vistazo a Google Maps, logró ubicar la casa del muchacho en un barrio periférico de la ciudad. Al final de la jornada, al pasar por el escritorio de Hoyos, le dejó una nota en la que le decía que lo esperaba a las 9 en el apartamento para agradecerle.

El martes los vecinos le avisaron a Alba Nidia que había una mujer que parecía periodista dando vueltas por el barrio. Su casa estaba en la mitad de una cuadra y todos conocían el caso de su hijo. Era una zona de marcados contrastes, con cuadras de casas que podían ser estrato 4, y otras con fachadas apenas revocadas, con puertas y ventanas de madera ordinaria.

Doña Chila, la tendera, fue la primera que le dio nueva información a Verónica. Mientras le servía un tinto que la periodista no pidió, le contó que la señora estaba muy confundida con lo que había pasado en los últimos días, que todos los vecinos se habían solidarizado con ella porque se había quedado sola, que no se explicaba por qué un buen muchacho como John Alex había terminado en eso, que ojalá se supiera la verdad. La mujer, de una obesidad mórbida, hablaba sin descanso detrás de una vitrina de vidrios opacos y al final de cada frase se escuchaba un silbido desde sus pulmones.

Desde la puerta de la tienda Verónica se fijó en la fachada de la de casa de Alba Nidia que estaba justo en diagonal. Era la más decente de la cuadra. Buscó algo singular, un detalle que le sirviera para matizar su historia. Sacó su libreta y apuntó los colores de la casa: blanco hueso y café. Pagó el tinto y le agradeció a doña Chila que la despidió con un «cuídese hija». Necesitaba un testimonio más para terminar su primer día de reportería y empezar a esclarecer el caso de John Alex Zuluaga.

Un par de cuadras más allá de la tienda se encontró con un muchacho que llevaba rato posteándola. Aunque de lejos le pareció amenazante, Verónica se acercó confiada y al saludarlo calculó su edad y los días que llevaba sin comer. Los residuos de pegante en la comisura de los labios y la mirada desorientada la hicieron pensar que no le sacaría mucha información. Le preguntó si conocía a John Alex Zuluaga. El muchacho se incorporó, y después de una frase incoherente que le sirvió para despegar la quijada le dijo que claro, que habían crecido juntos y que lo estaba esperando para preguntarle cómo podía irse él también para el monte.

Me llamo Yeison, reina, y si me invita a un café con leche y un pan le cuento lo que quiera, le dijo a Verónica cuando se presentó como periodista y le explicó que estaba recogiendo información para escribir lo que estaba pasando con su amigo.

Volvieron a la tienda y se sentaron en una de las mesas donde doña Chila servía café y cerveza a los vecinos. La tendera no miró con buenos ojos a Yeison y cuando Verónica le pidió el café con leche y el pan junto a la vitrina le advirtió que ese muchacho no era de confianza.

Mientras Yeison contaba varias cucharadas de azúcar para el café y le daba mordiscos amplios al pan, ella le preguntó por qué quería irse para el monte. Lo que pasa reina es que por aquí las cosas son muy duras y no hay más que hacer sino robar y meter vicio, meter vicio y robar, es un círculo vicioso, dijo con una seriedad que no se correspondía con el juego de palabras. Míreme a mí. En cambio en el monte uno se afina y tiene la comida segura y hasta le puede mandar algo a la vieja, como hacía el John Alex hasta que le dio por salirse. Verónica lo miraba como si quisiera memorizar sus rasgos y entonces cayó en cuenta que no había sacado la libreta y que lo que estaba diciendo el muchacho era importante para la historia que iba a escribir. El ruido de una moto lo hizo apurar el último sorbo dulce del café, y cuando Verónica sacaba su lapicero el muchacho se escabulló por una de las puertas de la tienda. Ella se quedó con lo último que dijo y mientras lo apuntaba vio pasar la moto con dos patrulleros.

Al otro día Verónica consultó datos sobre reinserción, desaparición, número de menores en las filas de la guerrilla y resultados de la política de Seguridad Democrática. Buscó en los archivos del periódico las notas judiciales que se relacionaban con desapariciones y confirmó con Hoyos la versión de las autoridades en el caso del reinsertado. Antes de volver al barrio para buscar el testimonio de la mamá de John Alex, quería agotar las fuentes oficiales, las que su jefe decía que eran imprescindibles en un trabajo periodístico serio. A ella le interesaba contar una buena historia y aplicar lo que había aprendido en los cursos de periodismo, pero sabía que el editor valoraba, por encima de todo, lo que dijeran las autoridades, el gobierno, los abogados, la iglesia.

Organizó las notas con los testimonios de doña Chila y Yeison, algunos datos estadísticos y pensó en posibles preguntas para la mamá de John Alex. Por la tarde estaba de nuevo en la tienda de doña Chila y miraba hacia la casa blanca y café. Le gustaba imaginar cómo eran las personas y los lugares antes de conocerlos, así que se hizo una imagen del interior de la casa y de la mujer que iba a entrevistar. Releyó sus notas y se detuvo en los datos de reinsertados y desaparecidos en el último año. Recordó también lo que le dijo Yeison de irse al monte.

Le pareció ver a alguien asomado en la ventana de la casa y le preguntó a doña Chila si conocía otro familiar de la mujer. Ellos llegaron solos al barrio, le respondió la tendera desde el mostrador. Los únicos que he visto llegar a esa casa son los cobradores, y desde que se supo lo del muchacho los curiosos y los amigos que quieren saber si lo que han visto en la televisión es verdad. Muchos no pueden creer que ese muchacho haya terminado en eso y que ahora ni siquiera se sepa dónde está. Doña Alba ya ni sale, como le dije ella está muy confundida, y si no fuera por nosotros los vecinos que la acompañamos y le colaboramos, ella estaría peor. Esta vez la enorme mujer le generó desconfianza, pero de todas maneras tomaba nota de lo que le decía.

Verónica miró el reloj de la tienda y pensó que sería mejor apurarse para conseguir el testimonio de Alba Nidia. Sabía que en la primera entrevista, si la conseguía, no iba a poder recoger la información necesaria, así que necesitaba asegurar una segunda cita. Llegó frente a la casa y estuvo un buen rato repasando lo que había encontrado y lo que necesitaba para su historia. Tomó la aldaba y antes del segundo toque la puerta se abrió. La mujer que apareció no le dio la cara, pero le hizo una señal para que siguiera. La imagen que se había hecho no era muy diferente a lo que veía ahora: una sala pequeña y organizada con sillas de mimbre, paredes con los mismos colores de la fachada y varias repisas con figuras de porcelana y algunas fotos. Verónica se presentó como periodista y confirmó el nombre de la mujer.

Alba Nidia le dijo de entrada algo que la comprometía con la verdad: «Todo lo que han pasado en la televisión y en los periódicos es pura mierda». Verónica apuntó la frase en su libreta mientras la mujer se sentaba. Ya en la silla pudo mirarla a la cara y trató de memorizar sus rasgos. Para entrar en confianza, dejó sus implementos sobre la mesa de la sala y se dirigió a una de las repisas donde había algunas fotos de John Alex. De él no se había hecho ninguna imagen y se sorprendió al ver a un muchacho alto y apuesto, con los ojos miel de su mamá. La mujer le dijo a Verónica que esas eran las últimas fotos que se había tomado antes irse de la casa a trabajar a una finca en el Tolima. Su voz era pausada pero firme.

Aunque tenía el cuestionario en la libreta, prefirió dejar que la mujer diera un testimonio libre. Encendió la grabadora y empezó a apuntar las frases en las que Alba Nidia hacía énfasis. Habló de lo trabajador que era su hijo, de lo que le había enviado los primeros meses después de irse y de los rumores que se empezaron a dar en el barrio sobre lo que estaba haciendo en el Tolima.

Mientras escuchaba a la mujer, Verónica recordó a Yeison, el muchacho del día anterior, con su cara demacrada devorando un pan. La tarde había avanzado y se había dedicado solo a escuchar y a tomar apuntes. Cuando Alba Nidia hizo una pausa, Verónica arriesgó una de las preguntas que había planeado: ¿Cómo se dio cuenta usted de que su hijo estaba en la guerrilla? Después de un silencio, la mujer se paró de repente y Verónica creyó que había cometido una imprudencia. La vio atravesar una cortina hasta el que debía ser el cuarto de John Alex. Volvió con un sobre y sacó de él una carta y un par de fotografías.

Por la noche Verónica estuvo leyendo una y otra vez los fragmentos de la carta que había alcanzado a copiar en su libreta. Era una corta y fría explicación de lo que estaba haciendo, al final le decía con entusiasmo que aprovechara los pesos que iban en el sobre. Con esto Verónica tenía una buena parte de la historia, pero parecía que Alba Nidia quería contar más, y saber más, que se supiera la verdad completa, así que acordaron otro encuentro para el día siguiente. Alba Nidia le pidió que la acompañara a la brigada del ejército.

Cuando Verónica llegó, Alba Nidia la esperaba en la puerta. Llevaba un sobre con las últimas fotografías de John Alex y algunos recortes de periódico donde se hablaba de la supuesta reinserción del muchacho. Pararon un taxi y viajaron en silencio. Verónica pensaba que era la primera vez que se comprometía tanto con un caso. Acompañar a la protagonista de la historia que iba a escribir, eso sí que era inmersión, como había aprendido en los cursos de periodismo. La mujer que estaba a su lado, mirando por la ventanilla del taxi

buscaba una verdad y ella la estaba acompañando en esa búsqueda. Sería una buena historia.

Para evitar suspicacias, Verónica se presentó en la brigada como familiar de Alba Nidia. Tuvieron que explicarles lo mismo a tres uniformados: que estaban buscando quien les diera razón de un muchacho reinsertado. Esperaron un rato hasta que apareció un uniformado que parecía de alto rango por la forma como se dirigía a los demás. El hombre saludó con amabilidad a Alba Nidia, pero fue más frío con Verónica. La reconoció como periodista. Ella trató de disimular y esperó en un corredor cuando el militar hizo seguir a la mamá de Jhon Alex a su oficina. Sacó su libreta y apuntó el apellido del militar, algunos detalles de la forma como las había recibido y la respuesta de Alba Nidia. Esperó.

Quince minutos después se abrió la puerta de la oficina. Alba Nidia apareció fría y con la mirada perdida. Tenía otro sobre además del de las fotos y los recortes apretados a su vientre. El comandante salió tras ella, miró a Verónica y se fue por el corredor. La mujer no dijo nada y la periodista no quiso preguntar. Sabía que su historia había tomado otro rumbo.

De regreso en su casa, la mujer le extendió el sobre a Verónica. Sacó de allí dos hojas de cuaderno con la misma letra que ya había leído en la otra carta, pero esta vez se notaba la prisa en la escritura y la fatalidad en las manchas de lodo y sangre en el papel. Leyó mientras Alba Nidia despedazaba los recortes de prensa. Ahora si puede escribir la verdad, le dijo y le pidió que la dejara sola.

Por la noche Verónica trabajó hasta tarde. Organizó sus notas y escribió las primeras líneas. Estuvo un rato viendo la fotografía de John Alex que Alba Nidia le había prestado para acompañar la crónica. Se había comprometido a regresársela junto con un ejemplar del diario.

Después del café y la interrupción de Hoyos no le costó mucho avanzar hasta el final. Cerró con las últimas líneas de la carta que John Alex escribió para que le entregaran a su mamá:

... o me matan los muchachos o me mata el ejército o me muero de hambre en el monte... ojalá que si le entregan esta carta le digan también la verdad.

Ya había pensado en varios títulos, pero ninguno la convencía. Fijó su mirada en la foto del muchacho y se le ocurrió una pregunta: ¿Dónde está? Entregó su texto unos minutos antes del cierre.

El sábado abrió la página de crónicas y se extrañó al ver la foto de John Alex en blanco y negro. Tomó un par de ejemplares del periódico y volvió al barrio de donde había salido el muchacho. En la tienda de doña Chila ya tenían la página pegada en una pared. Los vecinos hacían corrillo para leerla. Verónica se encontró con Yeison en una esquina y le extendió el periódico. Salió de su sopor cuando vio la foto de su amigo y leyó ¿Dónde está John Alex? Historia de una verdad.

Frente a la fachada café y blanco hueso Verónica sintió algo extraño. Tocó una, dos, diez veces. La puerta no se abrió.

Tierra Sangre

Jonny Fernando Carvajal Torres / Universidad de Caldas

He visto a mi tierra sangrar en manos del terrorismo. He vivido en carne propia el abuso desmedido de la intolerancia e injusticia. He hecho parte de la lista negra de maricas por exterminar, porque somos un mal ejemplo para los niños, porque somos la encarnación de una maldición, una enfermedad repugnante que tiene por cura la muerte.

Nuestras historias no se cuentan, quizás porque el peso de la deshonra y la vergüenza caerían como una sombra horrenda sobre el pueblito montañoero, pueblito del sagrado rostro, quizás el hecho de parir maricas les avergüence más que los crímenes y atrocidades cometidas con los mismos.

Somos parte de las voces rasgadas y cercenadas del conflicto armado, somos parte de las muertes violentas e injustificadas de grupos criminales, de la carnicería humana que tanta sangre derramó por las trochas y cunetas del pueblo de ladrillo y polvo.

1991

El abuelo apostó lo del mercado por *El pirata*. *El pirata* es el gallo tuerto del tío Gabriel, perdió el ojo derecho en una pelea y tardó cuatro meses en volver a las faenas. Me siento en las piernas del abuelo hasta que empieza la pelea, pues antes de que el juez dé la orden y los gallos caigan en la arena, mi abuelo me deja en las gradas de madera para que observe la batalla. Mamá le dice que no me lleve a ver esas cosas, pero a mí me gusta ir. En la gallera hace mucho calor, y cuando empieza la riña, todos se acercan a la arena y dan inicio al estruendoso espectáculo de sangre y crueldad.

En el pueblo no habitan muchas personas, la mayoría de ellas se han ido para Manizales en busca de mejores oportunidades, y otras se han ido por amenazas de muerte. El pueblo es una carretera de polvo y piedras que termina en un socavón de barrancos mohosos y nacimientos de agua; está ubicado en medio de montañas de café arábigo, platanales y cultivos de papa.

La gallera es el espacio sagrado del tío y del abuelo, es un templo circular de inmensas proporciones construida en guaduas, bahareque y boñiga. Pintada por fuera con cal y franjas rojas, puertas de metal cubiertas por desteñidos

carteles de publicidad, no hay ventanas, pero si rejillas a la altura del techo por donde circula aire. La gradería es de madera, el escenario donde acontece la muerte es de arena amarilla, perlada y nacarada.

La pelea está a punto de comenzar. La ausencia de aire fresco aumenta el bochorno y el sopor de las cinco de la tarde. Fuman, beben, tosen, escupen, sudan. El tío Gabriel tiene a *El pirata* en sus manos, el gallo contrincante se encuentra entre las manos de su dueño. Tío Gabriel se acerca desafiante a su opositor y aproxima a *El pirata* al gallo adversario con un aire retador, como haciendo un amague postizo que ayudase al animal a entrar en situación.

El sudor resbala lento por la frente del tío Gabriel.

El pecho de su contrincante se hincha de aire en un jadeo constante.

Las caras espectadoras se deforman derretidas por el calor y el confinamiento.

Escapulario, gallo contrincante. Gallo colorado con un collar de plumas blancas.

El pirata, gallo de la casa. Gallo pinto calzado con espuelas de carey.

Ambos gallos sin rastro de furia en sus ojos, miran a la nada.

Se acerca el juez con un tabaco apretado en sus labios resecos. Mira a la muchedumbre.

Alza su brazo derecho en señal de preparación.

Gesto suspendido en el tiempo.

Baja el brazo con fuerza cortando el aire en un movimiento vertical.

Empieza la contienda.

Los gallos son lanzados a la arena, todos gritan y se retuercen como si sintiesen el picor y las punzadas del animal en sus cuerpos. Siento el latido precipitado del corazón del animal. *Escapulario* ataca siempre a la altura del guache de *El pirata*, sometiéndolo y dejando la cabeza de *El pirata* de cara a la arena cegado por su ojo tuerto. *Escapulario* se encuentra encima de él punzándolo con su pico afilado. Hay gotas de sangre en la arena. Mi abuelo cierra los ojos, el tío Gabriel se encuentra horrorizado al saber que no solamente está perdiendo una apuesta, sino también, un gallo que nos ha dado la aguapanela.

De repente, *El pirata*, como poseído por una fuerza demoníaca, hace unos sonidos ensordecedores que opacan el bullicio de la muchedumbre salvaje. Me pongo de pie, siento que el corazón se me va a salir por la boca, sufro por el sufrimiento del animal. Súbitamente, *El pirata* tuerce su guache hacia su contrincante, como si toda la furia de los espectadores se apoderara del animal y, entonces, *El pirata* da un giro con todo su cuerpo, se escucha un aleteo violento y un alarido salvaje. *Escapulario* pasa ahora a ser el sometido, su guache es rasgado por *El pirata*, quien se encarniza en destrozar a aquel animal

moribundo. Ni el juez, ni el dueño de *Escapulario*, ni tío Gabriel intervienen en aquella furiosa revancha a muerte por el instinto del animal excitado. Finalmente, el bullicio cesa, yo estoy sudando, todos miramos la masa emplumada y sangrienta que ha quedado en la arena. *El pirata* ha devorado a picotazos la cabeza de *Escapulario*.

Horas más tarde, la gallera se convierte en una cantina donde celebran la victoria. Menos mal el abuelo recuperó la plata del mercado, y tiene para emborracharse hoy. El tío Gabriel ha dejado el gallo en la casa al cuidado de mamá y de mis hermanas. ¡Pobre gallo! Al menos nos dará de comer por unos meses.

El tío Gabriel y Jairo, su amigo, quien además es el dueño de la gallera, han comprado licor para todos los presentes, afuera hacen un sancocho en leña. El abuelo me ha llevado con él y me ha sentado en sus piernas, mientras conversa con los dueños del gallo muerto. Mi abuelo, un hombre del campo, conocido por ser un hombre verraco y trabajador, crió solo a tres hijos cogiendo café y desyerbando laderas.

De noche, la gallera se llenó de gente para celebrar el triunfo de *El pirata*, tanto así que se organizó un altar con el sagrado corazón de Jesús y varias fotos de las batallas épicas de *El pirata*. Después de un rato, me entré para la casa tarde de la noche. Mi abuelo tambaleaba en la sala en su intento de bailar pasodoble con mamá. Mis dos hermanas relevaban su turno para bailar con mi alcoholizado padrastro, me fui a dormir.

Al amanecer una terrible sorpresa nos esperaba. Gritos desgarradores se escuchaban por todas partes. Mamá y el abuelo salieron corriendo de la casa. Me calcé con chanclas y corrí como pude. Cuando llegué a la cancha de tejo, vi dos palos afilados sosteniendo los cuerpos de Jairo y del tío Gabriel. Habían sido empalados en dos estacas de madera.

Les habían rasgado sus camisas y escrito en sus pechos “MARICAS”. Fue un crimen aterrador, una advertencia al pueblo de polvo y ladrillo, una sentencia atroz que iniciaría la caza hacia los homosexuales de la región.

Y un charco viscoso de sangre caliente se volvía lava, el color del miedo, el color de la muerte.

1997

Frente al espejo observo ese vestigio de hombre, ese rastro de masculinidad que intento ocultar con un amarre de vendas elásticas ubicado en mis genitales, oculto bajo un panti que da la horma de un pubis plano y femenino. Coloco el brasier a la altura de unas tetas inexistentes que relleno con tela, cubriendo el pecho postizo con una diminuta blusa. Aplico polvo en mi rostro cicatrizado, maquillo mis ojos, pinto mis labios y... veo a través del reflejo la mirada de desprecio de una vieja inmóvil, condenada a padecer su sufrimiento de ver a su hijo convertirse en mujer. Mi madre yace pasmada, petrificada, rígida en su cama.

Mamá perdió sus funciones musculares a causa del síndrome del cautiverio, una enfermedad que empezó con un entumecimiento en su cara y terminó postrándola en la cama. Mientras ella perdía su movilidad de forma progresiva, yo transformaba mi cuerpo a voluntad de la mujer que siempre habitó en mí. Recibí el desprecio de la gente del pueblo, el descontento por parte de mis hermanas, y el odio y la desaprobación por parte de mi madre.

Soy la encargada de la comida, los servicios y de atender las necesidades de mamá, aunque ella odie mi contacto, mi olor, mi imagen y mi presencia. Decoro uñas y confecciono ropa en la máquina que le pertenecía a ella. Me gusta pensar que en su parálisis y en su mutismo ella me admira y me quiere, a pesar de ser para ella ese monstruo repugnante que puedo advertir en su mirada.

Chechi y Argoti son dos amigas maricas. Chechi, al igual que yo, se encuentra en un proceso de tránsito; Argoti es una marica que, aunque bien marica, se siente cómoda como hombre. Es sábado, día de la santa cruz, como buenos pueblerinos celebramos cualquier cosa. Esta noche hay pelea de gallos, aposté lo de las confecciones del mes a *Pielroja*, el gallo local, el de Mario, quien ahora es propietario de la gallera y quien además la ha modernizado: las gradas son de cemento, hay ventiladores en los techos y las columnas son de concreto, ahora es más fresco, aunque no deja de sentirse el bochorno cuando la gallera se convierte en ese espectáculo de rostros deformados, bullicio ensordecedor, y olor a sudor y cigarrillo.

Pielroja competirá con un gallo traído desde El Paraíso: *Matador*, su nombre le hace honor a la fiera bestia emplumada que ha despellejado a gallos vigorosos en más de seis años. Es un gallo viejo, así que confío en el brío juvenil de *Pielroja*. Tres polas frías y media cajetilla de cigarrillos nos servirán de cebo para calmar la ansiedad vivida durante la pelea.

Asisten personas desconocidas de otros lugares, hay pocas apuestas por *Pielroja*, en cambio hay muchas por *Matador*, por su fama de detractor. Chechi y Argoti aprovechan la multitud para hacer plata, ambas se dedican al puteo de manera muy inadvertida. La batalla comienza.

Las luces se apagan.

El círculo amarillo de arena vidriosa se ilumina, alumbrando los ojos felinos y fluorescentes de los espectadores como tigres al acecho en la oscuridad.

El humo sube hasta el techo y es cortado violentamente por los ventiladores.

Una gota de sudor cremosa resbala de mi frente, arrastrando los residuos de un maquillaje barato.

Mario entra al círculo de la muerte inevitable. Sostiene su ofrenda en sus manos.

El contrincante, se ubica al extremo opuesto, su animal es acunado en sus brazos venosos y tatuados.

Pielroja, gallo local. Gallo blanco calzado con espuelas de carey.

Matador, gallo de El Paraíso. Gallo de lomo blanco y plumaje negro verdoso.

La acción previa al enfrentamiento es un episodio de tensión donde se siente el pulso del espectador y del animal.

Empieza la contienda.

Matador es el vencedor, un cruel final para el animal derrotado se desarrolló en menos de siete minutos. *Matador* es realmente un carnicero, una bestia rabiosa y violenta. El pobre *Pielroja* terminó con sus vísceras regadas en la arena, no existió fuerza ni voluntad humana que detuviese al animal rabioso.

Como era de esperarse Argoti y Chechi tienen plan para esta noche, acepté acompañarlas para salir de la rutina que vivo con los cuidados de mamá. La fiesta será en El Águila con foráneos de El Paraíso, quienes dicen ser recolectores de café, no los conozco.

Guaro, ron, yerba y polvo.

Argoti, La Chechi, Daniel y yo.

Fabio, Danilo, Armando y Pato.

Dos camionetas, nueve foráneos, trece kilómetros y una fiesta.

En el trayecto cantamos, bailamos y bebemos con el patrocinio de nuestros amigos foráneos. Nos distribuimos en las dos camionetas, viajamos en la parte de atrás donde los amigos transportan los bultos de café. Es un camino oscuro, un trayecto largo, pero el vallenato, el despecho, la ranchera y el trago lo hacen llevadero.

Al llegar a la finca, dos águilas enormes en un material rocoso custodiaban la entrada. Grandes palmeras adornaban el camino, dos piscinas a los costados, una cancha de fútbol, y finalmente la casa. Otras personas ya habían comenzado la fiesta. Una vez llegamos hasta la casa, nuestros amigos fueron los primeros en bajarse de ambos vehículos, y nos pidieron que esperáramos allí, nosotras nos encontrábamos muy bien, continuamos cantando y abrazándonos unas a otras.

Después de diez minutos de notar la ausencia de los anfitriones, llegan tres tipos que nos observan, acción seguida salen de la casa nuestros amigos foráneos completamente armados, cuatro de ellos con lazos y trapos en sus manos; nosotras en medio de nuestro estado de ebriedad gritamos y lloramos.

Nos bajan de la camioneta y nos amarran las manos. En medio de insultos, golpes y escupitajos nos dicen riendo —“Nadie los manda a que sean tan maricas”—. Tengo miedo, los amigos foráneos resultaron ser un grupo criminal dedicado a hacer limpieza social. Había escuchado de la presencia guerrilleros en el departamento, y de las torturas a las que sometían a los homosexuales, pero me creía muy lejana de esa realidad.

Fuimos golpeadas, amarradas y conducidas al interior de esa casa. Nos cubrieron los rostros con trapos y nos ubicaron de rodillas en hilera, muchas de nosotras vomitamos sobre nuestras ropas, otras fueron levantadas a patadas del piso porque el miedo debilitaba su fuerza y su equilibrio. Después de una hora nos descubren las cabezas. —“bueno mamacitas”—, dice un hombre bajito ubicado frente a nosotras. —“Aquí vinimos a gozar, así que a la que vea llorando le vuelo la cabeza ¿Entendido?”—. A lo que nosotras respondemos con terror: —“Si señor”—. Fue una sentencia macabra que nos obligó a tragarnos el llanto y a disimular nuestro miedo.

Estábamos ubicadas en medio de un salón grande, había más de cien personas, muchos de ellos armados y vestidos con overoles camuflados. Había mucho licor, mesas con fritanga y lechona; yo rezaba en mi mente. Después de mucho rato la música se detiene y habla nuevamente el mismo hombre gordo, bajito, con patillas, cejas y un bigote negro, no vestía de camuflado pero si portaba un gorro rojo con una medalla en el costado izquierdo. Camina de un lado a otro, hace un gesto con su cabeza y alguien detrás de nosotras raja verticalmente nuestras camisas y blusas, exponiéndonos una a una a la burla de los presentes. Carcajadas espantosas surgieron de la multitud cuando al suelo cayeron mis brasieres con el relleno falso; nuestros torsos quedaron desnudos, masculinidad frágil, tono muscular flácido y debilucho. El hombre toma con

burla mis brasieres, los exhibe a la multitud y los arroja a mi cara —“cacorro hijueputa”— expresa. Acto seguido, dos hombres derraman ron sobre nosotras, lo que intensifica el dolor de las heridas y los golpes causados por ellos. Ninguna gritó, ninguna lloró, ninguna dijo nada a pesar del ardor que eso nos causaba. El hombre nos dice: —“Ni se les ocurra escapar porque les va peor”— nosotras asentimos con humillación y derrota.

Se reanuda la música y continúan con la fiesta, mientras nosotras seguíamos de rodillas en ese salón. Pasaron quince minutos, cuando Danilo se levantó y salió corriendo, intentaba huir, su instinto de supervivencia lo impulsó a escapar de un trágico final, sin advertir que el trágico final lo alcanzaría a él. Cuatro disparos sonaron. Dos tiros en la cabeza y dos en la espalda apagaron la vida de Danilo de diecinueve años. Lloramos sin hacer ruido. —“Aquí estamos hablando serios gran hijueputas, y al siguiente que se le ocurra salir corriendo, le mochamos la cabeza ¿oyeron?”— expresó uno de los hombres. La multitud estaba cada vez más ebria y desorientada. Bailaban, comían y bebían, nos miraban con asco y morbo criminal.

Eran aproximadamente las cuatro de la mañana, cuando se acerca un grupo de hombres y nos toman del cabello; fuimos arrastradas y llevadas a la fuerza a diferentes lugares. Argoti y yo quedamos en el mismo grupo de tres hombres que nos llevaron hasta la cocina. Una vez allí, nos lanzan en un rincón oscuro, descargan sus armas, bajan sus pantalones y sacan sus miembros flácidos que comienzan a halar; uno de ellos toma la cabeza de Argoti, el otro me agarra con rabia de mi cabello y nos obligan a chupar sus miembros hasta que se pongan duros, el tercer hombre empieza a masturbarse alternando su turno en la boca de Argoti y en la mía.

La acción se torna violenta y asquerosa. Uno de ellos eyacula en mi boca y me obliga a tragarlo. Hago arcadas, me ahogo y vomito.

Ahora son dos los que me sujetan, uno rompe mi short destrozando el amarre y la ropa interior, y me penetra con furia. El otro agarra mis orejas y mi cabello, cortando mi respiración con su miembro en mi garganta.

Me golpean.

¡Dolor! ¡Asco! ¡Rabia! ¡Impotencia!

Argoti grita de dolor, llora de dolor, le maltratan, le golpean.

Los hombres terminan y nos dejan desgarradas en el suelo, sangramos, sollozamos, sentimos agonizar.

Dos de ellos salen para traer a otros a repetir el acto violento, están empeñados en hacernos sufrir y en matarnos de esa forma, el tercer hombre nos vigila. Mientras se termina de vestir, miro a Argoti y sin mediar palabra, lo tomamos entre las dos, lo tumbamos al suelo, Argoti le tapa la boca con su mano para que no grite, el tipo muerde y destroza parte de la mano de Argoti, con el poco aliento que nos queda y con un dolor insoportable en nuestros cuerpos, lo dominamos. Tomo un cuchillo del lavaplatos y lo clavo en su garganta. La sangre sale a chorros y se esparce rápidamente por el suelo de la cocina.

Debemos irnos. Buscamos desesperadamente una salida y vemos detrás de la nevera una ventana que da hacia afuera. Salimos de allí. Había mucha gente y pronto se darían cuenta que habíamos escapado y que había alguien muerto en la cocina. En ese momento escuchamos dos disparos y gritos desgarradores desde el interior de la casa, otra víctima fatal. Aprovechamos el bullicio y la distracción para llegar hasta el cerco de arbustos que delimitaban la finca; produciéndonos múltiples heridas con las ramas, logramos salir de ahí.

Cortadas, ensangrentadas, con nuestros torsos rasgados empezamos a correr. En medio de la oscuridad sentimos que la música se apaga, hay algarabía y suenan disparos, los carros y algunas motos se prenden. Se encienden las luces del lugar. Nos buscan.

Argoti tiene su mano destrozada, entre otras partes del cuerpo. Le ayudo a conservar la calma y a correr. Estamos descalzas con nuestros pies ampollados y nuestros cuerpos magullados. Sentimos que se acerca un carro y nos tiramos rodando por una colina, escuchamos ladridos de perros, y disparos hacia todos lados, vemos luces de linternas que cortan la oscuridad y la niebla. Estamos inmóviles en medio del rastrojo. Ellos se alejan.

Llegamos al pueblo a la noche siguiente.

En el pueblo cafetero y en las veredas aldeañas, desaparecían constantemente a jóvenes homosexuales, travestis y a muchas mujeres. Solo pocos cuerpos eran encontrados en cafetales, o colgados de platanales, o descuartizados en el socavón.

2004

Despierto con un pesado sentimiento de tristeza. Sueño con mamá y la extraño al despertar, sueño con los niños que se convirtieron en jóvenes y

después desaparecieron. Vivo con el temor constante de ser la siguiente, de que mi cuerpo sea encontrado por pedazos en los cafetales.

Ayer un grupo de paramilitares sentenció una amenaza, escribieron en la pared del polideportivo “*Vamos a acabar con los maricas del pueblo*”. No soportan ver a mujeres masculinas porque las tildan de lesbianas, porque se empieza a correr el cuento de que son machorras y que van a pervertir a los niños. También las han desaparecido. Cada vida quitada, asaltada, me deja una profunda tristeza. Quisiera que esto solo fuera un mal sueño, pero la realidad es cruda.

Es domingo de ramos, hoy nació mi sobrina, una mona hermosa de ojos azules. Después de visitar a mi hermana en el hospital y de llevarle gelatina y caldo de pollo, fui a misa, recorrí el pueblo y decidí acompañar a mi vecina Marisol al partido de fútbol de su hijo. Hace un calor insoportable, nos resguardamos del bochorno bajo las sombrillas, comemos salpicón y observamos el juego.

Hay mucha gente viendo el partido, mi apariencia ahora no genera dudas con respecto a lo que soy, pues para muchos que no conocen mi pasado simplemente soy una mujer más del pueblo, no hay rastro de hombría oculta que no se devele con mi desnudez.

De repente, en medio del partido, una camioneta blanca entra a la cancha atestada de hombres armados. Tiemblo. Marisol aprieta mi mano. El partido se detiene, los niños se arrinconan y los hombres apuntan a todos los presentes. Nadie dice nada. Un hombre enciende un megáfono: —“Somos el clan que resguarda a esta montaña. Estén tranquilos que no les vamos a hacer nada, vamos a estar por aquí haciendo limpieza social, entonces nos van a ver muy seguido”—, expresa. Todos los hombres armados bajan de la camioneta y apuntan hacia las gradas. No me muevo, no respiro.

Dos de los hombres se acercan al grupo de niños y jóvenes del campeonato, y sacan de entre el grupo a uno de ellos y lo llevan hasta la mitad de la cancha, lo hacen arrodillar y decir: “Yo soy un hombre”, el pobre joven asustado lo dice pero recibe un golpe, —“Dígalo pero con voz gruesa, de macho ¡gran marica!”— Dice uno de los tipos armados. El joven es un pelao menudo de 14 años que claramente era homosexual. —“¡Dígalo pues! Lo va a decir con voz ronca y lo va a decir duro”— Dice el tipo. El joven lo dice como se lo exigen. —“Eso es para que desde ahora en adelante marche derechito y no se ande con maricadas, porque le va peor”—, dice el paramilitar que protagonizó aquel acto de desprecio. Todos estábamos inmóviles. Los ojos criminales rodeaban todo el recinto oblicuo, al igual que sus armas que no dejaban de apuntar el entrecejo de cada espectador.

Los hombres dejan de apuntarnos y suben a la camioneta, el joven regresa humillado al grupo de jugadores. Quien habló inicialmente con el megáfono, lo vuelve a hacer:

—“Nosotros estamos aquí para poner orden a este mierdero, vamos a limpiar la zona de ladrones, viciosos, putas y maricas que están llegando a los pueblos a esparcir el SIDA. Les recomiendo que escuchen la radio porque vamos a estar dando advertencias puntuales a quienes estén bajo amenaza, para que se vayan del pueblo. Vamos a dejar el territorio libre de escorias”—.

Los hombres se marchan.

Debía irme, debía salir de ese pueblo. ¿A dónde? Toda mi vida había estado ahí, no conocía a nadie en ningún otro lugar, tal vez en Manizales encontraría que hacer, comenzaría una nueva vida donde nadie conociera mi pasado. Los ahorros que tengo me darán la posibilidad de sobrevivir al menos por un mes mientras consigo trabajo. Lo que sucedió hoy fue una advertencia para mí y no quiero pasar nuevamente por un episodio de violencia, tampoco deseo continuar viendo como acribillan a las personas de mi pueblo.

Me dispongo a empacar. Dos maletas y dos costales serán mi único equipaje, saldré mañana en el jeep de las siete.

3: 19 a.m. Despierto asustada después de intentar conciliar el sueño. Escucho ruidos pero debe ser el aguacero y la borrasca que pasa por las canaletas de la carretera, debería quedarme despierta y empezar a organizarme para que no me vaya a dejar el jeep.

Un ruido macabro suena en la puerta de entrada.

Derriban la puerta de un golpe.

Un grupo de hombres irrumpe en la oscuridad.

Son ellos, vinieron por mí.

Las bestias llegan hasta mi cama, me sacan del cabello, me golpean. —“No vaya a gritar, a usted lo estábamos buscando”—. Dice uno de ellos. Los tipos me sacan de la casa arrastrada del cabello, llueve muy fuerte. Me lanzan de cara al suelo pantanoso de la carretera, me dan patadas en el estómago, cara, espalda y genitales. Lloro, grito, nadie me escucha, y si me escuchan nadie quiere hacer nada. Me toman del cabello, me embuten un trapo en la boca, me tapan la cabeza con una bolsa y me suben a una camioneta.

Después de una hora de recorrido, me bajan de la camioneta. Estoy golpeada, herida y con pantano en la nariz y en la boca. Rezo en mi mente. Me quitan la bolsa de la cabeza y me empujan hacia el interior de una casa; es una finca que huele a pulpa de café. Cuando entro a lo que parece ser una bodega, me encuentro con una fiesta, hay quince personas como yo, heridos, asustados, cabizbajos y en silencio sentados en el suelo.

7:00 a.m. Se escucha mucho ruido afuera, nosotros seguimos en silencio mirándonos, unos lloran, otros rezan. Uno de los paramilitares nos hace levantar. —“Necesito que se desnuden y salgan al patio, ¡en bombas!”—, ordena. Todos seguimos la instrucción y nos dirigimos al patio, desnudos, aporreados y con heridas abiertas. Una vez allí, nos forman en hilera frente a una pared y nos tiran chorros de agua helada con dos mangueras. Ellos se ríen. Después de diez minutos, detienen el agua y nos lanzan algunas prendas, son vestidos de carnaval. —“Colóquense esto, vamos a hacer un reinado”—, expresa uno de los paramilitares. Nos llevan al interior de la bodega donde nos dan chocolate, arepa con queso, pan y huevos revueltos.

9:00 a.m. colocan músicaailable a un volumen alto, nos levantan del suelo y otra vez nos hacen salir de la bodega para ubicarnos frente a la misma pared donde recibimos nuestro baño. Recibimos la instrucción: —“Hoy vamos a hacer algunas actividades para la cuadrilla, y ustedes van a ser el centro del espectáculo, vamos a comenzar con un reinado donde esperamos que se destaquen como bien maricas, entre más sonrían, jueguen y sean graciosos, más posibilidades van a tener de salir con vida hoy ¿entendido?”—.

En la bodega estaba el público dispuesto para el espectáculo. Quienes nos empujaban hacia la pasarela, nos daban de beber aguardiente y guarapo. Empezamos con nuestro desfile. La supuesta pasarela por donde debíamos transitar era un largo camino de granos de maíz y frijol, por lo que muchos de nosotros caíamos en medio del acto, además de representar un gran dolor al transitar descalzos por allí. El reinado transcurrió entre carcajadas, empujones y piruetas por parte de nosotros, aunque por dentro moríamos. No quedé entre las ganadoras y no supe quién había ganado. Solamente tres éramos mujeres trans, habían dos mujeres con aspecto de hombre, otros maricas no muy femeninos y varios menores de edad. Nadie hablaba con nadie.

Era lunes santo, el calor empezaba a subir y los efectos del licor también. Para el almuerzo nos dieron sancocho. Muchos de los cautivos estaban allí desde el día anterior o incluso desde el sábado, muchos pertenecían a otros pueblos o veredas aledañas. El grupo paramilitar quería imponer sus normas en los cuerpos de los homosexuales de los departamentos cafeteros.

2:30 p.m., quien hace de presentador retoma la palabra con su megáfono, dando continuidad al espectáculo de terror. Nos hacen salir del lugar, nos desnudan y nos dicen que tenemos que demostrar nuestra hombría, pues se tiene preparada una contienda de boxeo.

Un ring de pelea.

Una cuadrilla como bestias hambrientas de sangre, ubicados alrededor del cuadrilátero.

Marica versus marica.

Apuesta. Barbarie. Exterminio.

Unos vomitaban. Otros salían gravemente heridos, y otros en el peor de los casos, muertos.

Ahora era yo el gallo de pelea, era mi sangre nacarada la que se derramaba en la tierra.

“Pega duro, dale más duro, golpéala, muérdela”.

Todo era sangre, lágrimas y sudor.

“Si no la golpeas, hoy no llegarás a casa”.

De quince, murieron dos, entre ellos una mujer. Me defendí como pude, pero no fue suficiente para vencer a mi contrincante, me lanzaron un balde de agua con hielo para regresar de la inconsciencia. No pude más, perdí la batalla en el ring, pero le gané la batalla a la muerte.

5:00 p.m. Ahora éramos trece, todos desnudos y ensangrentados. Una gran ovación, acompañada de confeti era lanzado desde la multitud de malandros y se pegaba a nuestro cuerpo mezclándose con la sangre ácida. Teníamos que sonreír, teníamos que mostrarnos felices y triunfantes.

—“Para terminar”—dice uno de los jefes —“van a hacer algo que queremos ver. Van a acariciarse, besarse, y van a tener relaciones entre ustedes. Queremos ver cómo es que culean los maricas”—.

Espectáculo sádico de morbo criminal.

Las manos empezaron un juego vil y miserable.

Bandejas de cocaína y copas con aguardiente rotaban de mano en mano.

Bocas, labios, miembros flácidos, miembros erectos, sudores, pieles, orificios, fluidos, lenguas, calores, olores, ardores, confetis, gemidos, dolores, pelos, sangres, babas, carcajadas, caricias, miedos. Chorros de leche caliente que se rizan por el aire y caen en la carne aporreada, herida, abierta.

9:00 p.m. nos suben a una camioneta, sin bañarnos, sin ropa, sin respeto alguno fuimos dejados uno a uno en un tramo distinto de la carretera, cada uno debía encontrar la forma de llegar a su destino. Fui dejada a tres horas del pueblo, caminé sola en la oscuridad sin miedo, ausente de mí.

Mi alma no se repara. Cada noche viene a mí esos recuerdos macabros. Supe que durante un tiempo, el mismo grupo de paramilitares citaba por escrito a los homosexuales del pueblo, y estos debían presentarse para satisfacer sus fantasías aberrantes y pervertidas. Ahora vivo lejos del pueblo de polvo y ladrillo. También soy parte de las víctimas olvidadas, de las que nadie quiere hablar por vergüenza. Mi cuerpo es ruina del conflicto, mi voz solo un eco silencioso en la oscuridad. Mi memoria tierra que sangra.

Tres angustias para la enseñanza de la paz

Jáiber de Jesús Ladino Guapacha / Institución educativa Miracampos – Secretaría de Educación de Risaralda

Medicina, como mi prima Olga, recuerda el profesor Felipe cuando ingresa al estudio, sorbiendo la taza de café. Así lo dijo Laura el primer día de clases a la pregunta por los planes para después de graduarse. Lo mismo había respondido él, a su vez, cuando terminaba el colegio. *Medicina, como mi prima Olga*. Pero se distrajo. Le invirtió tiempo a la música, a su banda de rock, a los bares y los conciertos. Poco a poco abandonó su disciplina académica y con ella las posibilidades de hacer ese sueño la realidad. Ahora, que prepara su próxima clase para el grupo de Laura, se motiva a crear un material que le permita mejorar su comprensión lectora. El planeador le dice que debe trabajar textos discontinuos.

Busca en las revistas que tiene a la mano publicidad, infografías o caricaturas que le permitan crear preguntas complejas. Tiene la edición no. 1991 de *Semana*, publicada el 28 de junio de 2020. Se dirige a la esquina en la que Vladdo dibuja la caricatura de Aleida. La recorta con tristeza, la contempla para unirse a su significado más profundo antes de imaginar las preguntas. Un sentimiento de impotencia lo embarga. Los trazos de la caricatura son sencillos: un corazón hecho pedazos y la huella de una bota sobre él. Dentro de la imagen se lee “Tropa rompecorazones”.

El profesor Felipe podría formular a sus estudiantes preguntas sencillas, de selección múltiple con única respuesta, tales como: *La imagen puede ser la portada de una novela sobre:*

- a. *El amor de una niña por un militar que no se fija en ella.*
- b. *El amor de un soldado llamado Curzio.*
- c. *Los amantes que fueron separados durante la guerra.*
- d. *Una familia que pierde a sus hijos cuando estos integran distintos combates.*

El profesor se detiene. Piensa que puede propiciar una reflexión crítica sobre un evento vergonzoso registrado en su país. La pregunta anterior aísla la imagen, la separa de su contexto, corta las relaciones que teje con otros referentes y que la explican. En las opciones de respuesta que ha escrito se “romantiza” la guerra, es decir, se exalta el valor heroico de unos actores como si fuesen inocentes y una noción vaga del amor prevaleciera. Es la trampa del adjetivo “rompecorazones”. Vladdo lo utiliza como una denuncia, recoge en esa palabra el malestar generalizado en su país: El Ejército puesto en la mira de Derechos Humanos por la delicada situación en la que 7 de sus integrantes abusaron de una adolescente indígena en el departamento de Risaralda.

Felipe decide añadir la portada de la revista para contextualizar mejor la caricatura. Las inserta en el documento Word que prepara. Al contraponerlas piensa en la nueva pregunta que hará a sus estudiantes.

La caricatura suele remitirnos a un texto cómico. Los trazos pueden generarnos risa, resultarnos graciosos. Algo que fue omitido -elipsis, no dicho-, aparece revelado ante nuestra mirada y esa sorpresa, esa complicidad, es la que disfrutamos al reír. Sin embargo, ante eventos que resultan dolorosos, como el que expone la portada de la revista que la contiene, el caricaturista ha evitado cualquier rasgo que revele falta de empatía con la niñez, las mujeres, los indígenas, y ha optado por cargar de sentido y significado la huella de la bota. *Esta caricatura podría significar entonces:*

- a. *Los actos de los militares no se olvidarán.*
- b. *La represión militar destruye las posibilidades del ser humano.*
- c. *Un militar debe estar por encima de sus sentimientos.*
- d. *Es necesario llenar de amor a los militares.*

Después de escribir las opciones, Felipe piensa en descubrir la acertada a través del descarte. La primera que elimina es la C: ningún ser humano tendría que apartar sus sentimientos del rol que cumple en la sociedad. Si nuestros sentimientos nos causan problemas, es necesario trabajarlos, pulirlos, comprenderlos, ponerlos en su lugar, pero no creer que por sí mismos, los sentimientos son dañinos.

Luego desestima la opción A. Está sesgada, es parcial. Ese no-olvido puede ser positivo: a pesar del anonimato de muchos militares que han cumplido su deber por campos y veredas, el recuerdo de su heroísmo se mantendrá con el paso del tiempo. También puede ser negativo, en el contexto en el que ha sido propuesto para leer. Algo así como que la culpa siempre los perseguirá. Demasiado ambigua la primera opción.

Por último, rechaza la D. *Amor no quita conocimiento*, se dice a sí mismo. Imagina la vergüenza que deben pasar las familias de los jóvenes soldados responsables del hecho. Considera a los profesores que tuvieron, se pone en el lugar de sus colegas. *Uno no forma bárbaros*, se replica. *Uno apuesta por formar estudiantes íntegros*, se insiste.

El profesor espera que la respuesta B sea la correcta. Quizá el problema del abuso lo constituya entender mal el poder. Si un ser humano cree que la acumulación de poder, palpable en un uniforme, un arma, el respaldo de un

colectivo, le permite hacer lo que quiera, pasar por encima de, obligar al otro a, someter la voluntad de, sin ningún respeto ni consideración, ahí está la raíz de la conducta equivocada.

Quizá fue una idea degradada de la masculinidad la que hizo creer a aquellos reclutas que podían hacer y deshacer en el cuerpo de la otra. *La represión engendra monstruos*, sentencia para levantarse y abrirle la ventana a su gato. El viento pasa las páginas de su revista, así que cuando regresa a su silla y acaricia el pelaje de su Moro, encuentra las páginas tituladas: Los niños, otra vez víctimas de la guerra.

Ojea presa de la desazón. “A partir de las alertas emitidas en todo el país, la Defensoría del Pueblo ha caracterizado el reclutamiento, sus causas, víctimas y victimarios. Los niños indígenas se han convertido en el objetivo principal de los reclutadores. Ese alto riesgo se desprende de las particularidades de estas comunidades y del desamparo en el que viven”. Pasa la página rápidamente. Algo en la comodidad de su biblioteca lo acusa. Lee al final de la página 56 del siguiente artículo: Una atrocidad histórica: “Yo duré ocho días perdido en el monte, abaleado, herido, ya tenía gusanos en la pierna, la costilla, la cabeza, y gracias a Dios que estoy vivo”.

Suspira. Se sabe responsable de algo y siente la presión de actuar. No sabe por dónde empezar. No está seguro del efecto que pueda tener una dedicatoria en una guía de comprensión lectora. Aun así, la escribe: *A los profes en el Bajo Cauca antioqueño*.

I. Ir a la vida para compartir vida

Casi un año después, con este temita de las clases remotas y virtuales, hemos tenido reunión de área presencial. O bueno, algo que se le pareció. Según la directriz, los profesores debemos presentarnos en la sede de trabajo para coordinar, desde allí, el acompañamiento a los estudiantes mientras autorizan alternancia.

Bajé de mi salón para caminar un rato, estirar las piernas, descansar la espalda, mientras llegaba la hora de la asesoría bilingüe a grado undécimo. Caminé alrededor de la cancha, bajo los mangos, hasta que encontré a la colega Gloria engolosinada con una bolsita de chontaduro y miel. Subimos nuestros tapabocas para un saludo bioseguro y cálido. Reímos, me convidó, acepté. Hablábamos de lo extraño que es llegar al colegio, no tener a los estudiantes de aquí para allá y tampoco estar en esas reuniones eternas de las semanas institucionales. En

esas, apareció Daniel preparado para trotar sus veinte minutos antes de volver a la biblioteca para esas llamadas en que lee poemas a los estudiantes.

Atendiendo al tiempo sin encontrarnos los tres, físicamente, Daniel prefirió aplazar su rutina para después. Gloria destapó el porta con fruta que tenía para el mediodía y así nos animó más a la charla. Haciendo planes para las próximas guías, recordamos el polémico taller de la profe Sandra Caicedo sobre los falsos positivos. Acomodábamos su intensión a nuestras propias preguntas y actividades, cuando les sugerí visitar el Parque Monumento de Trujillo. Me miraron curiosos, inquietos por saber de qué les hablaba.

Les conté entonces que la semana santa la había dedicado a mi hijo Cristian y su proyecto de grado. Está trabajando alrededor de educación y conflicto a partir de algunas obras literarias. Así que la excusa para el viaje fue *Que me busquen en el río* de Adelaida Fernández Ochoa. Les conté de qué se trataba la obra, de lo que Cristian fue a buscar, lo que encontramos, de lo intranquila que estoy desde entonces.

Daniel percibió una inquietud más profunda de la que alcanzaba a darme cuenta. Hizo las preguntas claves y pude llorar como quería hacerlo mientras regresaba con Cristian y veía el Cauca. En ese viaje me contuve. No sé. Quise ser la mamá fuerte que da fuerza a su hijo. Creo que en su silencio y en lo mucho que me consintió durante el regreso, el vinito de La Unión, los souvenirs del Museo Rayo en Roldanillo, la cena en Cartago, me estaba diciendo que tanta muerte, tanto llanto, tanta ira, tanto dolor, le afirmaban la búsqueda de eternidad en lo cotidiano. Me avergoncé de detener al bibliotecario de su rutina para confesarle estas nimiedades de madre. Pero el hombre de las letras supo leer con piedad mi corazón para brindarme la tranquilidad necesaria. A veces, *Xiomara, se necesita ir a la vida para compartir vida*, sentenció mientras me abrazaba. Le agradecí y le pedí que siguiera, que no me avergonzara más aplazando su trote por escuchar estas banalidades. Agoté el tiempo de su actividad física. Se despidió, estiró y corrió una vuelta.

Gloria y yo lo observamos. Celebramos tener un compañero como él. Nos agradecemos volvernos a ver y estar ahí, compartiendo los sueños, la vida. Le prometí prestarle la novela para ver cómo podíamos llevarla al aula. Regresé a mi salón, a mis asesorías, a los sueños nubosos de mis chicos, que dudan, setecientos años después de Dante, que el infierno, el purgatorio y el paraíso existan. La Comedia no es un conjunto de alegorías que se puedan extraer con pinzas y diseccionar en el quirófano. El infierno está en la corrupción del que no invierte en los materiales que factura.

También existe el cielo, este instante, en el que mi hijo deja su tesis para preparar el café que trae a la mesa de estudio compartida. La gata salta a su regazo y él la acaricia. El piano que viene de la radio me recuerda los pasos de un Dios que acaba de entrar con el viento, nos besa en la frente y brinca los muros del patio, para conversar con la vecina, en el rumor de la máquina con la que sigue cosiendo los retazos de familia.

La frescura a su paso se torna en melancolía segundos después, cuando tomo el libro para preparar la presentación prometida a mis compañeros de área. En el trayecto de la profesora de la novela, leo mi propio trayecto. La profesora que protagoniza esta novela en 1990 es igual a la profesora que la pudo haber leído en el 2007, cuando se publicó. Es la misma que la lee hoy, 30 años después de las masacres de Trujillo. Las distintas voces que pueblan las páginas de Adelaida como ese montón de voces tantas veces escuchadas en los pasillos de las aulas sobre ese caleidoscopio que junta las enfermedades del ganado con las ecuaciones de trigonometría, los paseos al río como actividad de educación física.

“Donde adjetivas *muerto* yo conjugo *amar*”, aventuro un nombre para las diapositivas. La resiliencia, como beneficio de ese trámite entre la ficción y el recuerdo. La empatía posible cuando se da al nombre en la cuadrícula del registro, un rostro y una historia a través de la narración. Busco un pasaje solidario para darme la razón: “Ella pensó que éramos dos viudas del mismo hombre, ojalá temporales porque no podíamos descartar que apareciera. Ella se hacía la fantasía de que Gerardo se hubiera ido con otra, que estuviera de parranda como no era él, pero otros hombres sí, que se pierden y vuelven como si nada. En el mundo hipotético de su esperanza podía darse el caso con Gerardo, él iba a volver, era hombre de un solo matrimonio y de un recuerdo: el mío”.

¿Qué ha cambiado?, Cristian, preguntó. Nada, mamá, me responde. En el ejercicio constante de la lectura y la imaginación, el cuerpo desmembrado se remembra, no sigue el curso del río sin doliente. Parece poco, ¿verdad? Sin embargo, olvidar es el primer paso para la negación. Invisibilizar facilita el camino de los que actúan a la sombra de los tiranos.

II. Oración de Tina a San José de los caminos

El bien que desconocemos,
que no somos capaces de conocer
con nuestras propias fuerzas
y que es el bien verdadero.
La sombra del Padre, *Jan Dobraczynski*

La abuela Tina está inquieta. Darío no contesta el celular desde las diez de la mañana. Le dijo había alcanzado a entregar al profesor el ensayo que se traspasó escribiendo, ya que desde que llegó a la universidad, fueron convocados a una Asamblea Estudiantil. Desde la llegada al claustro, encontró militarización. *No te asustes abuela. Yo te llamo.*

Los tres años de estudios de su nieto en la U, la han preparado ya para acompañarlo en estas situaciones. *La conciencia que adquiero sobre la realidad del país, Abuela Tina, me lleva a la movilización*, le explicó una vez y ella creyó escuchar de nuevo a su esposo. Darío lleva en la sangre esa herencia.

A veces pregunta la abuela a Santa María en sus oraciones, si es que las cosas nunca van a cambiar para bien. ¿Cuándo terminarán la exclusión, la inequidad? La Virgencita parece responderle, con su silencio de papel detrás del vidrio, con una cariñosa interpelación: *Revisa si en la nevera hay leche en bolsas personales, y si hay con que hacer más sánduches para los amigos de Darío*. Igualita a la recomendación del padre Damián, cuando le confesó cómo se ponía de celosa cuando su esposo se iba en las noches, con eso de las reuniones de la cooperativa de cacao. *Tina, Tina, te afanas y te afanas, cuando una cosa es la importante*. ¿Cuál?, Padre, ¿cuál? Y desde esos días hasta hoy, en que el nieto estudia para periodista, la voz del curita que le repite: *permanecer hambrientos y sedientos de justicia*.

En el noticiero de mediodía ve imágenes de la marcha, de los estudiantes corriendo, de las gentes con el trayecto interrumpido. Ve mas no escucha porque bajaba el volumen, cansada de esa guerra pasiva de los medios en la que los universitarios son estigmatizados. Ella prefiere la emisora cultural: el cuarto movimiento de la Sinfonía del Nuevo Mundo acompaña bien su estado de ánimo. La voz de un guerrero se desliza por los violines, un ejército se reúne, algo ensombrece. Desolación en el campo. En los rostros cansancio, no temor. De pronto, refuerzos a caballo. Sin lugar para cañones. Esa pieza de Dvorak le cuenta del valor, de la virtud, del entrenamiento. El enemigo que se vence es el

miedo y la cobardía. Por eso al final, el verde triunfa. Un verde recién bañado por la lluvia se descubre al sol.

Ora en ese momento. Cierra los ojos. Reclama a Dios para que le envíe sus ángeles, tomen esa experiencia que le restablece la salud y se la entreguen a Darío para que tenga fuerzas para gritar, para que la capucha al protegerlo no merme su arrojo. Es un valiente, como esos de las películas de caballeros que se protegen con mayas de metal para evitar el corte de la espada. Y así como Dvorak construyó un mundo sobre el pentagrama, que a su nieto no le falte la sabiduría para saber leer por dónde ir en esa partitura.

La abuela almuerza bien. Incluso se permite un traguito de vino tinto. Y también se sirve helado de ron con pasas. Su hija la llama. Tina comprende su angustia y se muestra fuerte. *Iré por él*, dice. Esto último en lugar de tranquilizar a la madre la ofusca y la hace tirar el teléfono. *¿Por qué dejé a mi hijo irse con la revolucionaria de su abuela?* Se pregunta Mariana con algo de ira. *Porque son devotos de san José obrero*, le responde algo en su cabeza. *¡Para lo que servirá!*, dice impotente. Vuelve a marcar. Al otro lado de la línea espera su madre satisfecha de que el enojo de la hija no hiciera nido en su corazón. *Se cortó, ya sabes, tengo que comprar un equipo nuevo. Avisa a tus amigas para que estén atentas a darles refugio.*

A media tarde se reporta Darío. Todo en calma. *Salí en televisión, al lado de la personera. ¿Me reconociste? Voy a acompañarla a la u al encuentro con los de la asamblea. Me pasaron una cámara profesional de las buenas. Si no me toca devolverla hoy, mañana te haré muchas fotos, abuelita.* Algo de desconfianza se sembró en el corazón de Tina. Su nieto en vehículos oficiales. *¿Quién le entregó la cámara? ¿Por qué a él? ¿Qué buscaban? ¿Y si Darío había capturado pruebas y luego lo desaparecían?*

Llama a su hija, lo necesario para calmarla. Entra en su habitación, enciende un cabito de vela frente al San José de los caminos, una figura que talló su esposo durante un periodo en el que fue encarcelado por “revoltoso”. No encuentra cómo comenzar su oración. El silencio de madera del santo carpintero la increpa: *¡Mujer!, ¿Cómo te vas a poner con rezos quietos si la calle nos espera?* Sopla la vela, empuña el santo, lo besa con devoción y lo guarda en el bolso alistado para ir en auxilio del nieto.

Se sube a un taxi y va hasta la universidad. Camina hasta el edificio administrativo, al salón en el que las aseadoras se resguardan en ocasiones como

estas. Allí es bien conocida, las empleadas se acostumbraron a su presencia cuando la cosa no pinta bien. Es una especie de amuleto viviente que augura la cercanía de una solución.

Hacia las ocho de la noche regresan a casa los estudiantes. Algunas mujeres se quedan para preparar los salones para el día siguiente. Otras madrugarán. Tina sale inquieta. “Mita, salga normal de la u como si viniera para la casa, pero siga pa las canchas TT”, le indica Darío en el mensaje de texto. La vaina sigue sin andar bien. Si Darío habla de canchas, habla de la casa de los Cardona, una humilde residencia para universitarios por la avenida del río. Barrio peligroso ese.

En la tienda de la esquina, comiéndose un perro y recochando con amigos se encuentra Darío. Se levanta de un brinco al verla caminar hacia ellos y la abraza como a una tabla de salvación. *Cuando no vi al santo en el puesto, supe que estaba en la U. Menos mal. Es que quedé aburrido porque en la camioneta me tocó compartir el puesto con una pinta maluca, abuela. Me dio vaina que volvieran tarde por mí. Yo dije que tenía que ir a saludarla porque usted estaba preocupada por mí. Que, si no estaba, esperaba que viniera de la iglesia y que luego me iba. Mañana se va con Mauricio, abuela. Él va a vivir allá esta semana mientras se da cuenta de cómo son vueltas. Menos mal él no está pintado entonces pasa como si nada.*

Siente las mismas coordenadas de su esposo. La historia de lucha sigue. Hasta amaneciendo en casa ajena para protegerse. Y está la solidaridad. La otra abuela que le presta su más fina pijama, que le pasa sábanas limpias, que la invita a un cigarrillo en la terraza y le pregunta por lo que se le ocurre de desayuno para los muchachos. Al subir, las habitaciones de los universitarios están en silencio. Duermen o estudian para la normalidad que vendrá. Mauricio y Darío llegan casi detrás de ellas con café. Darío lleva el santo y mientras Tina cuenta su historia, el nieto la fotografía buscándole ángulo como protector de la ciudad que duerme.

El silencio arrugado de la abuela protege al nieto en la oscuridad de la urbe.

ENSAYOS

Pueblos de los muertos, escenarios de un país que convulsiona entre la sangre y el miedo

Johanna Gallego Castrillón / Estudiante Doctorado en filosofía Universidad Pontificia Bolivariana

«Los brazos de la cruz señalaban este letrero:
José Miguel Pérez. Diciembre de 1936 – Enero de 1960».
Manuel Mejía Vallejo

Un destino inevitable del hombre y todo aquello que contenga vida es la muerte. Por este motivo, el presente ensayo propone un punto de encuentro en el tejido de la existencia, del cual la realidad, la novela y la filosofía beben para reflexionar sobre la condición humana en un país con una guerra interna instaurada de hace más de cincuenta años. Se hace un recorrido por *los pueblos de los muertos* - espacios rurales imaginarios y reales - , dado que es en el campo donde ocurre la violencia y el terrorismo, y donde más se ha instaurado y recrudece. Este es un escenario caracterizado por el abandono estatal, las guerrillas y el paramilitarismo, tanto así que Melo (2007) afirma: “Los paramilitares siguieron expandiendo sus grupos y establecieron mecanismos de coordinación regional y nacional: en 1997 crearon las Autodefensas Unidas de Colombia” (p. 274). Por su parte, el ejército también ha aportado a esta violencia desde sus accionares violentos contra campesinos, indígenas y afros, grupos que en su mayoría han padecido la muerte violenta y el desplazamiento forzado. Molano-Bravo (2009) describe:

Desgarrador espectáculo: colchonetas en el piso, familias arrinconadas, teteros en el suelo y ese olor a caldo y creolina metido en todos los rincones. Ha sido simplemente heroica la resistencia de esos campesinos, a los que el gobierno de Uribe despojó de un plumazo del derecho que tenían a constituir una reserva campesina para defenderse de la expansión terrateniente. (p. 14)

Son ellos los señalados de ser cómplices y tolerantes con las guerrillas y, por ende, rotulados de guerrilleros. Se expone entonces una arista de la interpretación de *la catástrofe* que significa la muerte violenta y su íntima relación con algunas violencias simbólicas, estructurales y políticas. El análisis de estos escenarios y narrativas son un imperativo de la condición humana en Colombia, un país cuya historia fluctúa entre las vivencias de la guerra y el anhelo de paz,

entre la pobreza y el anhelo de bienestar, entre el autoritarismo y el anhelo de una praxis democrática en la que quepan todos. “La democracia tiene que cultivar esa disposición a asumir riesgos en aras de la verdad y de los ideales buenos” (Nussbaum, 2019, p. 75). Es por esto que prima reflexionar sobre las concepciones que se tienen sobre estos hechos y exponer algunas narrativas de quienes han protagonizado la violencia, esto contribuirá a nutrir la perspectiva de los espectadores a fin de que no asuman esas realidades como irreales o como catástrofes necesarias (buenos muertos) para preservar el orden.

El escenario del conflicto armado en Colombia es una estrategia de miedo para la dominación, control y garantía de poder. El resultado de este conflicto ha sido un totalitarismo de verdad en una narrativa nacional que omite e invisibiliza el padecer de la otredad. A su vez, esta narrativa ha cambiado radicalmente entre sus protagonistas y espectadores en cuanto a la perspectiva de sí mismos, los otros y sociedad que los rodea. Esto se presenta en forma de tejido textual en el texto *El día señalado* (1964) del autor Manuel Mejía Vallejo⁶, oriundo del municipio de Jericó, zona cafetera de Antioquia y quien tuvo una vida “dedicada a pensar un modo de ser del hombre colombiano, pero también de cualquier hombre del universo atormentado por la guerra” (Escobar-Mesa, 1997).

La estética e hipertextualidad de la obra nombrada entabla el diálogo con los aconteceres sociales en Colombia, abordada a partir de la sociocrítica⁷ como método de análisis literario. Esto posibilita reflexionar sobre la condición humana de quienes habitan el contexto de la violencia en Colombia y a develar algunas formas de violencia simbólica. Las siguientes narrativas giran alrededor de la angustiada muerte como consecuencia de la guerra en medio del conflicto armado en Colombia, interpretaciones y “verdades” que

⁶ Manuel Mejía Vallejo, autor antioqueño considerado hijo del Suroeste Antioqueño nacido en 1923, reconocido como uno de los escritores más representativos de la literatura colombiana de este siglo, primero en obtener el Premio Nadal en Latinoamérica y ganador también del Premio Rómulo Gallegos, entre otros.

⁷ El texto literario a partir del diálogo entre la intertextualidad e interdiscursividad posibilita el análisis social, preocupándose por la forma y no por el contenido. Edmond Cros plantea: “La sociocrítica procura poner de manifiesto las relaciones existentes entre las estructuras de la obra literaria (o cultural) y las de la sociedad en la que está profundamente arraigada. Afirma que dar con las huellas ideológicas y las tensiones antagónicas entre las clases sociales es fundamental para cualquier lectura de textos” (Cros, 2017). El objeto literario se gesta desde lo social y lo social desde la interpretación crítica del objeto literario. Ese mundo creado por el autor, así sea ficcional, ha de estar inscrito en un momento histórico y social, expone representaciones simbólicas del acontecer del mundo, valores, cosmovisión de los otros, y dispositivos institucionales; es así como el análisis parte del texto hacia el contexto. Volviendo de nuevo a Edmond Cros (2017): “Dado que la práctica de escritura es una práctica social, todo texto materializa las diversas voces y contradicciones sociohistóricas y socioculturales de las formaciones sociales e ideológicas que la originan. Los nuevos textos se apropian, trabajan y distribuyen textos y discursos anteriores y los hace entrar en una nueva existencia”.

conjugan la cosmovisión de aquellos que la padecen, la espectan y lucran. En este escenario dantesto se instaura el miedo; a su vez, diversas violencias se reproducen en variados formatos como los medios de comunicación y la propaganda mediática.

La obra permite entablar un diálogo de carácter hermenéutico con una víctima del conflicto llamada Teresa Castrillón Sierra⁸. El rescate de su voz y la exposición de sus narrativas es la puesta en escena de la otra realidad, la no contada, la que no se reproduce mediáticamente, la desconocida por quienes espectan la guerra y a quienes no les salpica la sangre. Por lo tanto, las voces poco escuchadas se ponen en diálogo para contribuir en la construcción de otra narrativa nacional que construya una cosmovisión más justa y de alteridad con quienes han habitado y padecido la violencia en los *pueblos de los muertos*.

La obra *El día señalado* y el diálogo hipertextual con las realidades históricas y actuales de la guerra en Colombia posibilitan ratificar una época de violencia⁹. Si bien la obra data del año 1956, al cotejarse con la realidad actual no dista mucho su narrativa de los sucesos violentos, en tanto que las intencionalidades deshumanizadas y escenarios no han cambiado. Incluso pareciera ser que Colombia se hubiera detenido en el tiempo, que estuviese atrapada en un bucle de terror y miedo. Mejía Vallejo nos introduce en un escenario catastrófico, donde el odio, la venganza, el poder y el tedio desesperante del *Tambo* se fusionan para oler a muerte: “A medida que se alejaba el ruido de los cascos, le llegaban sin viento vahos de largo verano, un olor de cosas en descomposición, de pantanos que se desecan, de animales muertos, de cañas fermentadas, de peces en algún cause sin agua” (Mejía-Vallejo, 1964, p. 22).

Un pueblo cuyos sucesos violentos transcurren bajo el regazo de un volcán que amenaza con erupcionar, un viento seco, un clima infernal y la desesperanza:

Los endurecía cierto fatalismo, cierto cariz de éxodo, cierta marca de condenación traducida en apatía ante los demás frente así mismos. Vivían por vicio, por pereza de morir. Hasta en los niños se notaba una esquizofrenia, en todos un miedo con indiferencia, una ruptura de los más puros resortes humanos. El goce de las cosas había quedado atrás. (Vallejo, 1957, p. 35)

⁸ Mujer líder del movimiento de mujeres víctimas *Ave Fénix* del municipio de Puerto Berrío entre los años 2006 y 2012 y mi madre.

⁹ La violencia política en Colombia ha estado presente y en tensión permanente desde el mismo origen del Estado colombiano, la violencia y el conflicto armado sostenidos por años—El conflicto armado en Colombia se caracteriza por ser uno de los más largos del mundo y con miles de víctimas—se configuran en la identidad nacional.

El desconsuelo, la lejanía, el difícil acceso por falta de vías terciarias, la improductividad de los campos por la ausencia de políticas agrarias, la miseria y el miedo constante a ser señalado por quienes tienen el poder inquisidor de condenar a muerte. “El ejército había montado una de sus acostumbradas acusaciones y la gente andaba nerviosa; sabe que el paso puede terminar en falso positivo” (Bravo, 2009, p. 14). La pluma de Manuel Mejía Vallejo nos describe un paisaje hostil:

- Pueblo raro - comenté por no callarme. Alguien, lejos, tocaba un tambor. Recordé los cueros de res en las afueras, la barriga de las iguanas y de los caimanes, un perro con el buche inflado de muerte.

- Es un pueblo con maldición - dijo retorciendo el trapo - . *El* manda en este infierno. Él, y el sargento, y esta sofocación que no se larga.

El reverberar seguía llegando con el humo. Venía del tamarindo, del volcán, de los cohetes, de las piedras con matas de humo. Humo de verano. Candelas en las nubes tostadas.

-¿Quién es *El*?

Templó sus labios para endurecer las palabras:

-El cojo. Hace su voluntad en la fonda, en la gallera, en las ferias, en la comarca. Veinte años...-detuvo las palabras, la mirada se quedó un rato en el aire. Empujó una botella contra otra.

-Ya lo conocerá.

Personas invisibles hablaban del ganado, de las riñas, de asesinatos, de la sequía. Por una tapia asomaban dos muñones de cacto. El reflejo del sol hería en los techos de cinc, en los casquetes de botellas, en la pica del enterrador que amenazaba a un gañán con su mano ausente [...] -Eran famosas las fiestas del Tambo. La gente no volvió, por tantos soldados y tahúres y matones. (Vallejo, 1957, p. 53)

Este escenario desesperanzador gestado desde la sensibilidad estética nos describe un escenario que no dista de las realidades que se habitan en los campos de Colombia. *Jericó* bien podría haber inspirado a Manuel Mejía Vallejo para crear al Tambo; sin embargo, no es la cuestión a analizar. La cuestión es el diálogo hipertextual de la obra entre la ficcionalidad y la realidad de los contextos, esos puntos de encuentro entre *pueblos de los muertos*, siendo *Jericó*

un pueblo cafetero perteneciente a la subregión del suroeste antioqueño y con historia de violencia en el marco del conflicto armado. Una investigación publicada por *Verdad abierta* documenta que hacia la década de los 80 grupos insurgentes tales como EPL, M19¹⁰ y FARC tuvieron una fuerte presencia y control de la zona. En el año 1993, tanto la crisis económica causada por la caída en los precios del café –la broca y la roya–, como la delincuencia común se sumaron al ya posicionado accionar de la guerrilla. Así, se agudizó la violencia en la zona, aspecto que gestó la aparición de grupos de autodefensas patrocinados por grandes hacendados con el objetivo de “contrarrestar” los problemas de seguridad. De esta manera, se dio lugar a otro accionar violento, a saber, el paramilitarismo¹¹ que, sumado a la guerrilla y ejército, se disputaron la zona, por lo que los civiles campesinos quedaron atrapados en medio del fuego cruzado, el destierro, la persecución, el desaparecimiento forzado, los asesinatos selectivos, y las masacres. “Otro eje de conflicto ha opuesto históricamente a terratenientes, capitalistas agrarios y ganaderos de un lado, y campesinos del otro” (Henriques, 2016, p. 154).

De ahí que las realidades de la historia de la violencia política en el campo colombiano sean narradas por la obra y que las narrativas que emergen en los *pueblos de los muertos* se puedan leer más allá de la ficcionalidad. Se presenta una conjunción y un diálogo necesario para pensar el papel de los diversos actores del conflicto armado frente a las desapariciones forzadas, la guerra, los buenos muertos, los falsos positivos; una cuestión narrativa a la altura de los pensamientos: “Lo narrativo no disminuye altura al pensamiento; más bien lo comprende en la dimensión de sus tensiones, de sus temporales y azarasas divagaciones” (Aranzazu, 2012, p. 112). En estos pueblos la fatalidad es inevitable para quienes habitan el escenario del conflicto armado en Colombia; por lo que es esta una novela que, al ser leída bajo el lente de la hermenéutica crítico-social y filosófica, permite exponer la herida profunda de la catástrofe de la muerte violenta y su íntima relación con la cosmovisión e interpretaciones que se tienen en torno a la muerte, la injusticia, la desigualdad y la anulación de la otredad vulnerada.

¹⁰ Verdad Abierta (2008) sostiene: “En Urrao, uno de los principales municipios del suroeste, el M19 y el EPL probaron su famosa Fuerza Conjunta, que pretendía ser una forma de ejército revolucionario”.

¹¹ Tal como lo documenta la publicación de Verdad Abierta (2008): Especial mención merece el grupo conocido como La Escopeta, a la que se le atribuyen muchas muertes en el suroeste y al que estuvo vinculado un importante empresario cafetero, que incluso fue investigado por la Fiscalía y luego exonerado por tales hechos. A finales de 1994, estos grupos locales fueron absorbidos por las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. Al proyecto de las ACCU se unieron algunos disidentes de las Farc que operaban en el Urabá antioqueño y en el departamento de Córdoba.

La violencia simbólica: una reproducción desaforada del miedo

«La historia niega las cosas ciertas.
Hay periodos de orden en que todo es vil»
Fernando Pessoa

Los diversos tipos de violencia -violencia psicológica, violencia física, violencia sexual, violencia económica y patrimonial y violencia simbólica- y la modalidad de violencia política e institucional, emergen en el marco del conflicto armado interno. Sin embargo, estas páginas resaltan en su diálogo hermenéutico e hipertextual la *violencia simbólica* como estrategia de sometimiento a través del miedo. En estas narrativas, la ficcionalidad y realidad se conjugan para invocar la vida, la muerte, la venganza, la enajenación, la angustia, la desesperanza, el camino de no retorno, el desasosiego, la distopia, el odio, la ira, el miedo y el dolor eterno:

-¿De qué enloqueció?

-De miedo, dicen. Tocaba en la Banda Municipal. Ahora no hay Banda [...]

-¿Miedo de qué? [...]

-De Tambo, del volcán, del Sargento Mataya...Matan, hacen pesada la vida. El Cojo... [...]

Imaginaba que debajo de cada piedra y cada raíz se contraía un alacrán, que arañas y ciempiés se turnaban los chinchorros de los niños, que el tiempo se medía a retumbos del volcán [...] este aspecto de: “Todo venía señalado” (Vallejo, 1957, p. 55).

Todas estas emociones, sensaciones, sentires y pesares confluyen en la cosmovisión de esa ficcionalidad y realidad colombiana; donde el Conflicto armado interno es la *catástrofe* que ha marcado la vida de quienes la padecen: “Si el río [Magdalena] pudiese hablar, el gritaría con todas sus fuerzas ¡no más!” (Vallejo, 1957, p. ¹²)

¹² Teresa Castrillón (*Lideresa del movimiento de Víctimas Ave Fénix*), como se citó en Henriques (2016).

Teresa narra:

Ahí-puente-¹³traían veinte, treinta personas en una sola noche y los ponían en fila india, y ahí iban asesinandolos a tiros de gracia y luego los tiraban al río. Si querían que los encontraran los tiraban sin amarrarles ningún objeto pesado para que navegaran; si no quería que nadie de sus familiares lo encontrarán -desaparecidos- lo amarraban con piedras, otras veces los descuartizaban y eran lanzados al río o los llenaban de piedras el vientre para que se fueran directamente al fondo del río, entonces esto hace parte de la historia sangrienta de este puente y el río Magdalena¹⁴.

Las narrativas ficticias en la obra y la narrativa de la víctima permiten reflexionar sobre el papel de la mujer, dado su rol emblemático en la sociedad tanto como madres: “La madre regresó con las otras viejas. Vagamente pensaba su angustia que era alguien su hijo ya muerto, pero no tan importante para que le gobierno temiera, para que Dios se intranquilizara” (Vallejo, 1957, p. 14), como de esposas, hermanas e hijas. Por lo tanto, se puede decir que son una figura de la tragedia colombiana, las *Antígonas* criollas que no solo padecen el conflicto armado, sino que también han demostrado valentía para buscar y enfrentar a la muerte vestida de camuflado y armada con fusiles. Estas mujeres han tenido la valentía para reclamar a sus desaparecidos: hijos, esposos, padres, hermanos. En ese sentido, es posible decir que las mujeres se han visto obligadas a reencontrar fortaleza en el caos de la cruenta guerra, la cual les arrebató sus seres queridos y las ha hecho testigo del dolor y miedo.

Desde entonces se hicieron un poco mortaja las ropas tendidas, que tardaron para secarse en las piedras. Fue más retorcido el escurrir, más sigilosa el agua de los esteros. Dos ojos húmedos creían ver manchas de sangre en los trapos. Y de unas manos adolescentes cayeron al suelo tres mangos verdes.

En el pueblo cundieron los rumores, susurros de contrabando pasaron de oído en oído al silenciarse las calles con la expedición de regreso.

- Trajeron a José Miguel con cuatro más.
- Desarmaron los cadáveres.
- Cayeron contra las piedras de la Alcaldía.
- Van a enterrarlos en el muladar.
- Ya están cavando los huecos. (Vallejo, 1957, pp. 13-14).

¹³ Puente “Monumental” ubicado en el municipio de Puerto Berrío, subregión del Magdalena Medio del departamento de Antioquia sobre el río Magdalena y une el departamento de Santander con Antioquia.

¹⁴ Testimonio tomado del documental *Tres Mujeres Guerreras* dirigido por Gregor Barié (2014)

La madre volvió con otras mujeres donde el señor Cura, donde el señor Alcalde. El Alcalde vestía de blanco impecable, hablaba condescendentemente mientras el cigarro cambiaba de sitio en su boca; tenía ademanes de una cansada dignidad. El sacerdote conservaba un aire de aburrimiento, de no merecer las culpas ajenas. Le dolían también sus afirmaciones, perdidas en los pliegues de un pañuelo para el verano.

—El solo fue a buscar el caballo.

—Era un chusmero peligroso.

—Estaba con las guerrillas.

—Estaba contra Dios.

—Para nada malo se metió con Dios.

—Luchaba contra el Gobierno.

—Iba contra la Ley.

—Iba con los chusmeros.

—Era un buen muchacho [...] Dos manos cansadas siguieron golpeando ropa contra las piedras del río (Vallejo, 1957, pp. 13-14).

Teresa nos cuenta:

Mi primer hermano fue asesinado en 1987, los paramilitares lo martirizaron, lo tildaron de guerrillero. Él venía de trabajar el campo, lo arrastraron, le hicieron miles de cosas para torturarlo, hasta que por fin lo asesinaron de ocho disparos de fusil. A otra persona después de haberla arrastrado le dieron con la cachaca en la frente y mandíbula, le dañaron todos los huesos de la cara con la cachaca del fúsil porque lo tildaban de guerrillero.

Las narrativas de María, madre de José Miguel, y Teresa son una muestra de cómo la mujer debe reponerse de un infinito dolor seguir viviendo, aún con la tristeza a cuesta.

— Es María, la madre de José Miguel Pérez. Día tras día del pueblo al río, del río al pueblo. Las gentes respetaban su dolor callado. - “Murió, no hay remedio” - , contestaba a quienes hacían referencia a José Miguel. “Mi único hijo...” (Vallejo, 1957, p. 59).

Al comprender que se vive en una Colombia con décadas de episodios violentos, caos y terror social, surge la utopía de querer un país mejor. Este ideal tiende a ser una quimera que ha puesto muchos muertos; sin embargo, el despojado y violento en los campos no baja la cabeza y sigue con el aliciente de la lucha por una condición de paz y bienestar, esto lo moviliza y da esperanza

en un mañana mejor: “No hay espíritu de cambio sin utopía, aunque la utopía también ha provocado catástrofes absolutistas y subjetivistas a la hora de poner fe en un pronto *happy end* para las pesadillas históricas» (Montalbán, 2003, p. 87). Finalmente, es necesario reconocer las realidades y posibilitar la transformación de la consciencia de los sujetos como actores individuales y colectivos. La novela *El día señalado* es esa denuncia narrativa para contextualizar, analizar la realidad, filosofar y comprender el contexto de *muerte* de aquellos que protagonizan el padecer de la guerra en el escenario del conflicto armado, exponer y pensar: ¿El papel de la sociedad en la dificultad para reconocer y sentirse por los sucesos violencia? -*Alteridad* - ¿La deshumanización o la naturalización en el contexto?

La proyección incompleta del Conflicto Armado: nos venden miedo para ofertar seguridad

“Todo se parece a uno a pesar de la distancia que se tome”

Manuel Mejía Vallejo

La violencia simbólica en el marco del Conflicto Armado propende al miedo como un eje dinamizador de control y dominación; posee gran impacto para instaurar escenarios dantescos e imponer verdades, “el miedo se convirtió en angustia: era ya el temor ante cosas cuyas causas desconocían y cuyo remedio no estaba en sus manos” (Vallejo, 1957, p. 9). La violencia simbólica como modelo de dominación y método efectivo de economía de la que se benefician algunos pocos; la vaga plausibilidad por parte de algunos ciudadanos de la nación colombiana de actos que representan de manera sistemática los efectos de la guerra; las concepciones de muerte en medio de la guerra de aquellos que la viven detrás de sus celulares y sentados en el sofá de su casa; la negación de la realidad, el sufrimiento de otros y la capacidad de indignación ante actos de barbarie; el enmudecimiento de las voces de los sufridos, y la revictimización de estos por parte de los espectadores de la guerra al creer y apoyar ciertas verdades, como *los buenos muertos*.

-Una lima grande, don Jacinto- pidió el enterrador.

Dos mulatos avanzaron cuatro pasos.

-¿Para que la quieres grande?- preguntó el tendero.

-Para amolar mi pica.

Sobó el filo con el muñón, aguzó el oído a la marcha

de un pelotón de soldados.-...Buenos muertos acaban de llegar.

-¿Muertos?

-No importa si todavía están vivos.

-Si es para eso yo la pago- dijo uno de los mulatos antes de desocupar el establecimiento, y tiró un billete. A una seña del de bigotes ahumados, alguien salió furtivamente detrás de los mulatos (Vallejo, 1957, p. 18).

La violencia simbólica ha sido una constante en las estrategias de poder y dominación y el miedo un resultado que se emplea para someter a determinados grupos poblaciones, habitar los escenarios de violencia y el padecerla quiebra la esperanza y la existencia:

-Hoy la tierra huele a tumba.

Giró el rostro, resaltaron los tendones.

-Una noche arrasaron la montaña...

Se enderezó, clavó la pica.

-...Me obligaron a enterrar a mi mujer y a mi hija. No sabe las bestialidades que les hicieron delante del niño.

Muñón y pica temblaron, tembló la bizquera del odio.

La serpiente se tambaleaba.

-Después vine haciéndome el loco, para cavar la tumba de esos asesinos (Vallejo, 1957, p. 36).

El miedo se camufla entre el poco valor moral para distinguir y comprender el bien y los males históricos:

-Poca gente, es verdad. Viven en la gallera, en las cantinas o encerrados de miedo [...] En un principio fue el miedo concreto al matón, a la pandilla, al Ejército, a los guerrilleros. Pero cuando estas cosas dejaron de ser ellas mismas por haberse multifurcado, el miedo se convirtió en angustia: era ya el temor ante cosas cuya causa desconocían y cuyo remedio no estaba en sus manos.

Al comienzo aquel miedo despertó cierta desesperada vitalidad que se manifestó en la lucha; después el sentimiento de la derrota convirtió el terror en indiferencia hasta llegar al cinismo. Y la violencia que de ahí siguió no fue otra cosa que la extrema manifestación del miedo, de parte y parte.

-...Se ha reventado la moral (Vallejo, 1957, p. 22).

Los escenarios de los *pueblos de los muertos* tienen un factor común y es el abandono del Estado. En el *Tambo*, el ejército a cargo del Sargento Mataya es el único rostro institucional presente, un rostro que significa represión, terror y

muerte. En cuanto a la realidad colombiana, el profesor Henriques (2016)¹⁵ señala: “Por el contrario, la presencia del Estado ha sido eminentemente militar y represiva. El ejército ha sido el único rostro y marca de Estado colombiano, frecuentemente en una dinámica de persecución a los campesinos, vistos como auxiliares de la guerrilla” (p. 154). Los campos colombianos¹⁶ tienen todo un escenario y condiciones dispuestas para atizar la guerra, en donde la violencia reina de tal modo que el oficio de enterrador es el oficio de quien nunca le falta clientela.

-¿Por qué te dedicaste a enterrador? – preguntó con voz ajena [...]
 Mostró su mano y su muñón callosos.
 -¿Qué hacías antes?
 -Era agricultor La violencia me echó de la tierra [...]
 -...Los cadáveres no retoñan.
 Se puso la sonrisa falsa.
 -...Aunque ahora estamos en cosecha [...]

A su lado el enterrador olía un puñado de tierra recordando a su familia desaparecida. (Vallejo, 1957, p. 35)

El miedo es una de las emociones más tempranas en la vida humana. La filósofa Martha Nussbaum (2019) señala en su texto *La monarquía del miedo* que

Las emociones no son simples e impensadas descargas de energía: se centran en lo externo, en el mundo, y valoran los objetos y hechos del mundo. Normalmente muestran nuestra vulnerabilidad animal, nuestra dependencia y nuestra vinculación con cosas que están fuera de nosotros y que no controlamos por completo. (p. 46)

¹⁵ Miguel Barreto Henriques es profesional en Relaciones Internacionales y doctor en Política Internacional y Resolución de Conflictos de la Universidad de Coimbra, en Portugal. Su tesis de doctorado “Laboratorios de Paz en territorios de violencia(s): ¿abriendo caminos para la paz positiva en Colombia?”, fue premiada por la Casa de la América Latina como mejor tesis en ciencias sociales y humanas en 2013. Actualmente, es director del Observatorio de Construcción de Paz y profesor titular del Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, en donde coordina el proyecto de investigación “Experiencias internacionales de Paz: lecciones aprendidas para el posconflicto en Colombia”. Tomado de su perfil (Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, s.f.)

¹⁶ Henriques (2016) plantea que la geografía de la violencia no cubre homogéneamente ni con igual intensidad el territorio de Colombia. Por el contrario, la presencia de la confrontación armada es altamente diferenciada de acuerdo con la dinámica interna de las regiones, tanto en su poblamiento y formas de cohesión social, como en su organización económica, su vinculación a la economía nacional y global, su relación con el Estado y el régimen político (p. 178).

Para sentir el miedo solo se requiere un atisbo de consciencia de un peligro que acecha y el estar inmerso en escenarios de violencia constante. La presencia de diversos grupos armados y el abandono Estatal son razones suficientes para que las personas colapsen de terror. “Cada persona experimenta el miedo de manera diferente, dependiendo de su propia historia y de su carácter. El miedo puede ser manipulado por informaciones ciertas y por informaciones falsas, y puede producir reacciones tanto apropiadas como inapropiadas” (Nussbaum, 2019, p. 70).

La manipulación del miedo por medio de la violencia simbólica con la aplicación de diversas prácticas deshumanizantes ha venido configurando las subjetividades y dinámicas de relación social entre los colombianos. Una *cosmovisión* permeada por la naturalización de la violencia; sensación variable dependiendo del lado de la historia en que se encuentre, de quienes la protagonizan como actores del *Conflicto Armado Interno*-víctimas y victimarios- y que habitan los *pueblos de los muertos* y de quienes las espectan. La *catástrofe* de la guerra orientada a la aniquilación del otro diferente. “Al otro día el cadáver de Juancho Lopera amaneció colgado del tamarindo. Ni lazo, ni sogas, sino unos metros de alambre de púas...» (Vallejo, 1957, p. 31). La consciencia se compra con la satisfacción de sentir que se cumple con el deber, que se destruye y extermina a los alzados, a los rebeldes, a los insatisfechos, a los enemigos del gobierno y la seguridad. El masacrar se convierte en virtud patriótica.

El sacerdote creyó notarlo contento de que el cumplimiento del deber fuera ligado al delito: ya no se trataba del frío acatar órdenes sino del apasionamiento en la destrucción. Quizá fuera elemento peligroso cuando luchaba por causas que merecían una virtud acorde con el crimen, que autorizaban el daño sin afectar la consciencia. “El fanático seguidor de órdenes en las cuales el delito apareciera como cauterio sin que la consciencia interviniera en el balance final” (Vallejo, 1957, p. 33).

Este desvirtuar constante de los hechos convierte a la historia contada por los vencedores en una narrativa nacional fundamentada sobre una supuesta lectura neutral del periodismo parcializado. Por lo tanto, se le impide a los receptores recibir información crítica, además coarta la posibilidad de una relación auténtica entre los protagonistas y espectadores de la violencia.

Una información crítica concienciaría a cualquier ciudadano sobre la criminalidad de la guerra y la tortura, los alertaría sobre su presencia en el mundo, sobre sus causas y efectos y su condición de víctima indirecta de la guerra y la tortura como herramientas de paralización histórica. (Montalbán, 2003, p. 30)

El uso de los medios de comunicación convierte el escenario de la violencia rural en un instrumento de tortura y miedo. Por lo tanto, son los encargados de reproducir noticias sobre masacres y éxodos; historias amarillistas de personas sufriendo y traumatizadas ante el horror de presenciar las muertes de sus familiares, vecinos y amigos entre el olor de la sangre y los gemidos de dolor; los cruces; los calvarios; las historias de los lugares; los letreros que dejan en las paredes los grupos armados luego de cometer las masacres; reproducciones de lenguajes sublimados de los símbolos de la violencia que continúan la tarea de doblegar, humillar, reducir, y quebrar la esperanza. En ese sentido, son los encargados de hacer creer a las personas que la vida no tiene sentido y que no vale la pena ser vivida, por lo que calumnia con anular al ser. La violencia simbólica se instaura como una doctrina del miedo irrefutable. Los humanos son seres conscientes del miedo al dolor y a lo desconocido luego de la muerte. “En el apego de un hombre a su vida hay algo más fuerte que todas las miserias del mundo. El juicio del cuerpo retrocede ante la aniquilación. Cogemos la costumbre de vivir antes de adquirir la de pensar” (Camus, 1981-2020, p. 22)

A modo de conclusión

En los *pueblos de los muertos* el exterminio es amparado en la represión de la otredad y fecundado en el interés de quien lo propone, un interés alejado de la moral, la ética, los derechos humanos y políticos de un estado democrático: Los conflictos concretos surgen por doquier. Sean «económicos», «laborales», o «políticos», todos llevan al informador ante las puertas de la fortaleza del orden establecido, cuando no a sus calabozos. Esa fortaleza es el Estado. El estatuto de los medios de información de cada país responde a la peculiaridad histórica general y coyuntural del Estado como instrumento de las clases hegemónicas (Montalbán, 2003, p. 80)

Darle el poder de la palabra a aquellas personas que han sido enmudecidas bajo la niebla de la guerra y el precepto de verdades impuestas, surge como la principal tarea para estas reflexiones; sobre esto y atendiendo al propósito de Manuel Vásquez Montalbán (2003) sobre el poder de la palabra para la emancipación:

Papel que cumple en ella la comunicación de masas y la canalización de la participación popular. Se podría establecer el principio y el fin de un proceso perfectamente comprobado de la comunicación utilizada como ariete para derribar los muros de la Bastilla, utilizada como primer espíritu para reorganizar la fortaleza conquistada y finalmente temida por los nuevos propietarios de aquella, conscientes de su poder determinante de cambios. (p. 22)

Recuperar su voz es urgente, considerando que el poder de la palabra da pensamiento y el pensamiento libertad:

Hay una constante invitación a que las personas asuman el total protagonismo de sus vidas personal y colectivamente. La cultura, la política y la comunicación ya no responden a las características de la larga etapa de los intermediadores sabedores de un latín mágico que hipnotizaba a las masas y las condenaba a una eterna postura de súbditos, espectadores y lectores alejados de los centros de poder. (Montalbán, 2003, p. 114)

Para este asunto reflexivo, literario y filosófico es necesario no detenernos en la vasta subjetividad del individuo. Por lo que a esta hermenéutica urge darle connotación práctica y relevancia al aspecto de sociedad desde los sentires de aquellos individuos que la habitan y padecen. Si bien en algunos fundamentos filosóficos se presenta al hombre como ser individual y epicentro de análisis, también es fundamental que ese lugar de sujeto se re-piense. De esta manera, se creará una nueva perspectiva en donde la participación del sujeto en la sociedad se caracterice por ser activa, por lo que su compromiso debe ser el de asumir con ética las realidades de los otros sin condicionamientos por la tensión dialéctica entre la realidad y ficcionalidad.

Es necesario entonces para este asunto reflexivo literario y filosófico, el no detenerse en la vasta subjetividad del individuo. A esta hermenéutica urge darle connotación práctica y relevancia al aspecto de sociedad desde los sentires de esos individuos que la habitan y padecen. Si bien en algunos fundamentos teóricos de la filosofía se presenta el hombre como ser individual y epicentro del análisis, es fundamental que ese lugar de sujeto, ser humano, Dios, idea, visión, paidea, se repiensen como sociedad desde la perspectiva de un individuo no sólo inmerso en un estado social, también su papel de partícipe activo de esa sociedad y su compromiso de asumir con ética las realidades de los otros sin condicionamientos por la tensión dialéctica entre la realidad y la ficcionalidad, asumir el sufrimiento como transgresor de la existencia y de no tolerancia, potenciar la imaginación en la alteridad para prescindir de las órdenes de naturalizar la crueldad. Una actualidad en la cual la literatura y filosofía deben esforzarse por responder, y asumir un compromiso concreto con aquellos que menos tienen, con aquellos que han sido vulnerados, impera entonces una comprensión de las narrativas de los otros cuya existencia fue arrojada a los *pueblos de los muertos* y condenados a vivir un destino de tensión entre la contingencia de su existencia y la esperanza del futuro.

-¿Qué hace, enterrador?
 -Mantener afilada la pica, mi coronel.
 Echó a los labios su taimada sonrisa.
 -...Cuando menos piense me llegarán buenos muertos...
 - Levantó con la pica una cascabel muerta-. Hay mucho bicho que matar...
Manuel Mejía Vallejo.

Referencias

- Aranzazu, I. D. (2012). Relación filosofía-literatura: Habitando la frontera. En I. D. Aranzazu, *El bosque de los laberintos y los espejos* (pp. 103-118). U. Pontificia Bolivariana.
- Barié, G. (Dirección). (2014). *Tres mujeres guerreras* [Película].
- Bravo, A. M. (2009). *En medio del Magdalena Medio*. Centro de Investigación y Educación Popular, Cinep.
- Camus, A. (1981-2020). *El mito de Sísifo*. Alianza Editorial.
- Henriques, M. B. (2016). *Laboratorios de paz en territorios de violencia(s) ¿Abriendo la paz positiva en Colombia?* Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
- Melo, J. O. (2017). *Historia Mínima de Colombia*. Madrid: Turner Publicaciones .
- Mesa, A. E. (1997). *Estudio Bio-Bibliográfico de Manuel Mejía Vallejo*. Biblioteca Publica Piloto .
- Montalbán, M. V. (2003). *La palabra libre en la ciudad libre*. DeBolsillo.
- Nussbaum, M. C. (2019). *La monarquía del miedo*. Paidós.
- Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. (Sin Fecha). *Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano*. Recuperado de <https://www.utadeo.edu.co/es/person/1976/De-recho%2C-Ciencias-Pol%C3%ADticas-y-Relaciones-Internacionales>
- Vallejo, M. M. (1957). *El día señalado*. Círculo de lectores.

Juego de espejos en la región cafetera

Luis Adolfo Martínez Herrera / Profesor investigador de la Universidad Católica de Pereira

Civismo, narcotráfico y exclusión

Los relatos del conflicto armado en la región cafetera necesitan de otros signos para ser narrados. No se cuentan desde las grandes gestas de los movimientos sociales o las acciones colectivas, no se destaca como factor central el problema agrario *-sin negar su presencia-*, no se describe desde el juego de espejos excluyentes de los partidos tradicionales.

Su vocación es otra.

Interpretar los azares de un conflicto armado negado exige destacar otras facetas para pensar sus ritmos y destiempos, sus ocultamientos, sus imaginarios, sus silencios opacos.

Se requiere de una interpretación que reconozca los ocultamientos de una violencia política experimentada en la región, de una lectura al fenómeno narco y al lavado de activos como ejes centrales de reproducción del conflicto, y de una mirada crítica al imaginario de *civismo-mito* recreada en la región cafetera. *Violencia política, narcotráfico y civismo* dibujan el complejo escenario del conflicto armado interno experimentado en la otrora región cafetera.

Parte I: Ecos en la calle

“En Colombia, la violencia es una experiencia fundadora de la que todo parece derivar...”

Daniel Pécaut

Un susurro que se avecina y se transforma en tormenta, redobles de tambor se filtran por las paredes serpenteando en la ciudad adormilada, las carcerolas interrumpen la programación de Netflix, algunos cierran puertas de almacenes y ventanas, el rumor se hace marea y el grito ininteligible se torna diáfano: *“A parar para avanzar...”*

El 28 de abril de 2021 se inscribe en la larga historia que será confrontada con intentos de amnesia, el pronóstico claro de los expertos dibuja el posible escenario: “*los alcances del paro son inesperados*”; otros entusiastas celebran el fin de un ciclo, la buena ONU contempla con titubeos en la distancia. El entusiasmo crispera las emociones.

La primera línea irrumpe declarando la guerra al hambre acumulada de años, sus cascos de plástico y sus arengas filtradas de calle y olvido marcan el paso firme con promesas de buen resguardo, sus escudos denuncian al matarife destacando que ni partidos, sindicatos o movimientos los representan. Se apresuran las interpretaciones aprendidas en los enfoques del conflicto armado interno y los llaman *vándalos terroristas*, otros destacan: la nueva estrategia de la guerrilla, una insurgencia que no alcanza a incidir en el 1 % de las manifestaciones en Colombia, *-pero su presencia fantasmal todo lo cubre, explica y deslegítima, mientras la real se esconde diluida entre la maleza-*, su presencia no define el rostro del movimiento social en las calles, pero sus alcances imaginarios son incalculables.

¿Cómo nombrar este miedo de grandes empresarios, este temor creciente de algunos sectores políticos, este desprecio que tomó la forma de disparos contra la Minga en Cali, o de asesinatos en Pereira, Tuluá, La Virginia, Cartago y Buga?

Algunos empresarios se alistan a llamar al orden (El Espectador, 2021¹⁷), la asistencia militar se incuba casi imperceptible para algunos sectores sociales, Cordillera¹⁸ impone su ley de terror con amenazas en los barrios, las declaraciones de políticos invocan las viejas alianzas cívico-militares (Caracol Noticias, 2021¹⁹), y con ello el terror se instala; el 5 de mayo asesinan a Lucas Villa delante de todxs en el viaducto en Pereira, el 7 de mayo asesinan a Héctor Fabio Morales quien acompañaba las manifestaciones. La legitimación de los discursos que amparan las violencias se destacan, nos señala García (2020), la relación histórica de *urnas y violencias* interpretada por Alfredo Molano se hace presente, el sectarismo político destacado por Daniel Pecaute se reactualiza en los nuevos escenarios.

¹⁷ “La legítima defensa y otras propuestas de los divismo y empresarios en Pereira para frentear el paro nacional”. Periódico El espectador, del 22 de mayo de 2021. Bogotá. Colombia.

¹⁸ Estructura del narcotráfico que surge a finales de los 90 en Pereira y que persiste aunque algunas de las autoridades locales señalen su desmantelamiento y su actual inexistencia.

¹⁹ “Alcalde de Pereira, en el ojo del huracán por declaración que dio antes de ataque contra Lucas Villa”. Caracol, noticias; 6 de mayo de 2021. <https://noticias.caracoltv.com/colombia/alcalde-de-pereira-en-el-ojo-del-huracan-por-declaracion-que-dio-antes-de-ataque-contra-lucas-villa>

Los ecos de la violencia política en la región del eje cafetero adoptan formas renovadas. La violencia en contra de dirigentes de la Unión Patriótica y líderes sociales en los años 80 perfila viejos dolores: *Gildardo Castaño, concejal por la UP en Pereira, asesinado en 1989; Eusebio Toro, Presidente APEMCAFÉ en Pereira, asesinado en 1988; Jorge Luis Garcés, presidente de la UP en Mistrató, Risaralda, asesinado en 1989; Augusto Muñoz, dirigente de la UP en Cartago, Valle, asesinado en 1988; Ricardo Echeverry, dirigente de la JUCO en Pereira, asesinado en 1988; Ricaurte Ocampo, presidente de la UP en Marsella, Risaralda, asesinado en 1989; Luis Alberto Cardona, presidente de la UP en Chinchiná, Caldas, asesinado en Santa Rosa en 1989* (Rodríguez y Rodríguez, 1990), entre otros dirigentes asesinados en la región cafetera.

Las violencias fragilizan los marcos institucionales propiciando -según Pecaut (2015)- una comprensión paralela de las instituciones y el Estado, lo cual permite la coexistencia de prácticas ilegales y desarrollo económico como un juego de espejos que se complementan, que se cristalizan opacando las violencias en los márgenes abiertos de las continuas ganancias.

La llamada Violencia *-periodo comprendido entre 1946 y 1965-*, se expone como paradigmática. Las responsabilidades históricas de sus secuelas, que señalan 180.253 muertos según Oquist (1978), los desplazados, torturas y las amenazas, se opacan en los márgenes que profundizan dinámicas de impunidad y olvido. Las orientaciones guerrilleras de los dirigentes de los partidos tradicionales promovidas en el Congreso de la época, el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán en el 48, el cierre del Congreso en el 49 *-propia de gobiernos autoritarios-*, las violencias ordinarias que recorrieron los campos y las calles en Colombia, se *tramitaron* minimizando las responsabilidades de los partidos tradicionales *-copartidarios en el Frente Nacional como los garantes exclusivos de la democracia-*, los cuales perfilaron en los juicios de la época a Gustavo Rojas Pinilla como el principal responsable de las violencias, mientras los partidos tradicionales minimizaban los informes que destacan sus responsabilidades²⁰.

El sectarismo partidista incrustado a mediados del siglo XX y revestido de impunidad, perfila a la *Violencia* como el referente icónico común de nuestra modernidad. De nuevo, el temor de sectores económicos y políticos al creciente

²⁰ Uno de los textos paradigmáticos que destacan la responsabilidad de las élites de los partidos conservador y liberal en las violencias de los años 50 fue el estudio pionero de la violencia en Colombia coordinado por Monseñor Germán Guzmán *-quien integró la Comisión encargada de interpretar las causas de la violencia en Colombia en 1958-*, y por Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda *-fundadores de la Facultad de Sociología de la universidad Nacional de Colombia-*; libro que fue publicado en 1962 bajo el título: *La Violencia en Colombia*.

movimiento popular liderado por Jorge Eliécer Gaitán, el desborde de múltiples expresiones violentas y las pugnas entre hacendados y pequeños propietarios entre otros, perfilaron la generación de lazos sociales del poder para contener -con violencia-, las demandas sociales de los movimientos campesinos y las acciones populares urbanas en la Colombia de mediados del siglo XX.

Tal fragilidad institucional, destaca González (2016), se ahonda en los análisis históricos que matizan la noción de Estado como una realidad homogénea en el territorio colombiano, señalando la presencia de un Estado diferenciado y precario en las regiones, incapaz de ejercer un dominio pleno del conjunto de la sociedad y el territorio. Ausente del control legítimo de la violencia, Fernán González perfila la necesidad de contrastar los procesos de integración de las regiones, con las lógicas de las violencias en nuestra vasta geografía accidentada.

La violencia como recurso de mediación se instaura en el imaginario de la acción política en Colombia, y la región cafetera destaca cómo a pesar de las profusas y crecientes violencias, es posible continuar la senda de crecimiento económico durante tres décadas de creciente bonanza cafetera. Al respecto, Guzmán, Fals y Umaña, señalan:

¿Que existían muchas fincas abandonadas? Sí, pero todas explotadas. ¿Que la violencia se intensifica con la perspectiva de la cosecha? Sí, pero no rebaja el volumen de la transacción comercial. En el fondo lo que existe es toda una cadena inaprensible de productores que trafican con frutos teñidos con sangre de campesinos. (Guzmán, Fals y Umaña, 1962, p. 130)

Incrustada la violencia en el presente, su sombra cobija las violencias del pasado, y con ello, el relato individual mediado por la fuerza se interpreta como ineludible a las tramas históricas de la Violencia, situación que invoca a la *violencia-mito*, condena a repetir la historia sin una trama que la explique como un todo, nos señala Pécaut²¹ (2015), designio que nos impide construir una trama explicativa de las violencias del conflicto armado y la cosifica desdibujando el rostro de sus agentes privilegiados.

²¹ Al respecto plantea Pécaut: “El viejo orden moral, del cual la Iglesia era su baluarte, se derrumba a finales de 1960 y no fue remplazado por nada. La política deja de suscitar pasiones. El apetito consumista rara vez ha sido satisfecho, aun cuando el rebusque –arte tradicional de actuar con astucia frente a las normas y las circunstancias-, adornado a partir de cierto momento con los colores de la modernidad, ha permitido a veces colmarlo por vías tortuosas. El decorado estaba instalado para que la economía de la droga alimentara los sueños.” (Pécaut, 2015, p. 40)

La Violencia es realmente inseparable de la representación de lo político y de lo social: dado que el cuerpo social se reconoce dividido de una vez por todas, lo político se presenta bajo la forma de una oposición “amigo-enemigo” que somete lo social a sus propias reglas de juego, destaca Pecaut al referirse al texto de Carlos Miguel Ortiz.

Los ecos de las protestas del presente se yuxtaponen con los reclamos que se conservan en las memorias disidentes del pasado. Laberintos que dibujan renovadas violencias, resistencias que se conservan a pesar de algunos medios que esencializan con viejos estigmas propios del conflicto armado las acciones colectivas del ahora. Una historia que se narra como *violencia-mito* y que se erige como designio es confrontada, el grito tangible acompasado por cacerolas desafía los mandatos de los viejos poderes, interrumpiendo la programación que nos repite la serie *Narcos* mientras las calles tambalean al fragor de una primera línea que se juega su suerte, desafiando antiguas tormentas que relampaguean su furia, a la sombra de la antigua y estable democracia colombiana.

Parte II: Baños de sol al dinero caliente

*“A mediados de 1978, el narcotraficante Carlos Lehder
compró la mitad del islote Cayo Norman
en las islas Bahamas cerca de la costa sur de la Florida...
pero terminó apoderándose de toda la isla: sus hombres, norteamericanos,
colombianos y alemanes, hostigaron los vecinos y visitantes a punta de pisto-
la... Para que no quedaran dudas un cadáver acribillado a balazos
fue encontrado en un bote de placer a la deriva”.*
(Eduardo Saenz, en artículo publicado por la BBC, Mundo, Bogotá, 1997)

Llegaron a las 11 pm en sus carros de colección a las mesas de siempre, la *bandita* de moda sonaba en el bar -entre otras presencias mexicanas en la región cafetera-, trago fino acompaña las mesas, nadie sabe y todos saben que son dueños de los dueños de algunas constructoras en Armenia y Pereira, de la compra y venta de vehículos, dueños de las ollas -117 sólo en Pereira²²-, del contrabando de textiles y algunos prostíbulos en la región cafetera²³, el control de negocio del plátano, la cebolla, el cilantro y ahora de la masa para hacer las

²² “Narcomenudeo: Un reto estratégico en seguridad ciudadana. Resultados de una investigación institucional con metodología científica: una propuesta para el debate”. Policía nacional de Colombia. Bogotá, Colombia, 2011.

²³ Análisis alusivo a los mercados criminales presentes en el departamento de Risaralda, (Martínez, 2017),

arepas en periodos específicos de nuestra historia reciente²⁴, que compraron las tierras con sus dineros en el 85 % de los municipios del Valle, el 75 % de los municipios del Quindío, el 71 % en Risaralda y el 56 % en Caldas, según informes de Naciones Unidas (PNUD, 1997).

Dueños de casi todo o casi nada.

Lo narco se instala en Colombia en la década de los años 30 bajo la forma de contrabando de narcóticos (especialmente de cocaína), primero en Barranquilla, Santa Marta, Buenaventura y Cartagena, nos recuerda Rovner (2014), luego en otras regiones entre las que se destacan Bogotá, Valle y Caldas. El informe del gobierno de Colombia sobre el tráfico de estupefacientes en el 1939 señala: “Pereira puede considerarse como el comercio más grande en comercio de drogas del occidente colombiano” (Sáenz, 2014, p.).

Pero fueron los hermanos gemelos Hernán Olózaga, hijos de sectores de la élite colombiana²⁵, quienes dan inicio al procesamiento y tráfico de cocaína desde Medellín a partir de 1952. El negocio se expande en la década de los años 60 pero encuentra en los años 70 y 80 su periodo de expansión incrustándose en todas las esferas de la sociedad colombiana. Equipos de fútbol, reinados de belleza, partidos políticos, sectores institucionales y grupos guerrilleros, paramilitarismo y élites regionales sucumbieron por miedo, admiración o interés al esplendor de sus enormes ganancias, nos señala, entre otros Baquero (2019).

Es en realidad la historia, por un lado, de cómo sectores subordinados en la sociedad aprovechan la disponibilidad de coerción y capital para organizar un proceso de acumulación de poder y riqueza... Es también la historia de cómo el Estado es forzado a compartir, y en ocasiones delegar, el ejercicio de la coerción para satisfacer demandas sociales. (Duncan, 2014)

Así, el fenómeno narco se incuba en las estructuras sociales y mentales de la sociedad colombiana y sus formas regionales y locales profundizan las cicatrices de nuestra democracia. La región cafetera sitúa en sus circuitos económicos y políticos las lógicas paralelas y complementarias de las economías ilegales. En relación al Quindío, Marco Palacios al presentar el libro de

²⁴ (Tras la cola de rata),

²⁵ “Su tatarabuelo y su bisabuelo por parte de padre, Tomás Cipriano de Mosquera y Pedro Alcántara Herrán, habían sido presidentes de la República durante el siglo XIX. Su madre era tía de los Echavarría Olózaga, miembros del principal clan de industriales de Medellín. Véase Arango Mejía (1993: I, 274, 467-468; II, 137-138) y Carrizosa Argáez (1990: 232)”, nos señala Saenz Rovner (2014).

Carlos Miguel Ortiz, nos señala:

Para alcanzar una mejor comprensión de la violencia quindiana y sus elementos subyacentes, verbo y gracia, la persistencia de una tradición política pueblerina donde el gamonal y el “oligarca” sobreacuan debido a la inexistencia de las organizaciones populares, triunfan por la vitalidad del café y aprenden a pescar en río revuelto que deja el desbordamiento de la civilidad política nacional. (Ortiz-Sarmiento, 1985)

La presencia narco se incrusta en los circuitos económicos de las ciudades del eje, su dinero complementa las dinámicas de modernización de lo urbano, se filtra en el ímpetu de una región bisagra, epicentro del encuentro entre las grandes ciudades, cruce de caminos que se moderniza al compás de economías grises.

Los análisis realizados en el departamento de Risaralda y en especial su capital Pereira, señalan no solo el énfasis de prácticas violentas como mecanismo frecuente de acción sino también la necesaria relación de agentes legales que hacen posible la estabilidad de dinámicas ilegales en el otrora departamento cafetero. Así, una parainstitucionalidad configura una cara oculta del poder a escala local y regional... la existencia de un sub-campo de la economía ilegal, nodo de relaciones en el que confluyen agentes, grupos, capitales, disposiciones e intereses que permiten la reproducción de expresiones delictivas. (Martínez, 2017)

Su presencia se expande en el imaginario de progreso y desarrollo a escala local y regional, se dibuja en algunos rostros pincelados con el discurso del civismo imperante de la época. Caso emblemático del agente gris sería Antonio Correa, oriundo de Apía (Risaralda), agente clave del proceso de modernización de la Pereira de los años 80²⁶, quien a su vez fue denominado como el primer capo de capos en Colombia, según declaraciones de Luis Hernando Gómez Bustamante, alias Rasguño, reconocido narcotraficante colombiano, quien señaló a la revista *Semana* en el 2007: “Llegó a manejar este país... Cuando nosotros estábamos comenzando este negocio, él era el gran capo de Colombia, y murió el año pasado ya de viejito” (*Semana*, 2007”).

²⁶ “No solo con la construcción de uno de los edificios más modernos construidos en el centro de Pereira en la década de 1980, el cual lleva su nombre, sino también por el conjunto de bienes que poseía: oficinas, apartamentos y negocios”; Martínez, Luis. (2017). “Retos del posacuerdo: Violencia homicida y prácticas sociales violentas en la ciudad de Pereira”, Luis Adolfo Martínez, *Revista: sociedad y economía* Vol. 33, Universidad del valle, Cali Colombia.

Entre los años 2006 y 2011, la Unidad de Información y Análisis Financiero (UIAF) realizó un informe relacionado con *operaciones sospechosas*²⁷ en todos los sectores de la economía, en las que participaron más de 160.000 personas y más de 140.000 empresas. Tal informe destacó en los primeros lugares a tres zonas del territorio nacional como sospechosas de lavar dinero para el narcotráfico. En primer lugar, con un 25% de operaciones se destacaba el Eje: *Pereira, Dosquebradas y Santa Rosa*; en el segundo lugar se ubicaba a Cali y Valle del Cauca con un 20,94% y en tercer lugar se encontraba Bogotá con un 19,42 % (Martínez et al., 2016).

A las sombras del progreso, esplendor y declive del universo cafetero, un sub-mundo paralelo y complementario se acompasa a los ritmos institucionales del desarrollo regional; su mediación violenta se naturaliza como parte del paisaje fusionado en la región cafetera prácticas propias del conflicto armado con los itinerarios de las prácticas del crimen organizado; sus alcances se invisibilizan perfilando una zona privilegiada para el lavado de activos; sus ecos se confunden en el tiempo mezclando pasado y futuro, en un presente de rostro indefinido.

Parte III: Civismo-mito y creaciones de sociedades imaginarias

*“No consumir cerveza Poker;
no comprar prensa que vaya contra de los intereses de la ciudad;
no hacer comercio con Manizales; no educar sus hijos en Manizales . . .
estos preceptos los debía cumplir fielmente todo buen pereirano”.*

(Fragmento Aviso publicitario publicado el Diario; década 30.
“Junta de Defensa”)

El mito se hizo palabra y se nombró civismo...

Tierra pujante y abrazadora, de puertas abiertas, noctámbula y morena, capital cívica de Colombia, de organizaciones altruistas avocadas al civismo en el periodo de oro comprendido entre 1920 y 1970, con precaria presencia del conflicto armado interno, preparada de manera prematura para el postconflicto en Colombia. Para el año 2007 -*nueve años antes de la firma para el acuerdo de paz*, - el periódico El Tiempo publica una nota según la cual *para el Gobierno*

²⁷ “Una operación sospechosa es una actividad financiera que realiza una persona o una empresa que por su cifra o cantidad no se considera algo normal en el negocio de las industrias, y que, además, no puede ser justificada de manera razonable” (Álvarez, 2013, p. 229).

Nacional el Eje Cafetero es una región que tiene las condiciones para estar el postconflicto:

Las condiciones de seguridad de Caldas, Quindío y Risaralda eran las mejores del país, Sergio Jaramillo y Juan Manuel Santos diseñaron una estrategia basada en una teoría según la cual el Eje Cafetero está prácticamente listo para vivir el posconflicto. (El Tiempo, 2007)

El civismo se hizo relato, se instaló como proyecto modernizador en las nacientes ciudades de Pereira y Manizales cuando a desprecio de las provincias del Cauca y Antioquia se abrieron camino para encontrar sus senderos venideros. El esplendor Caucaño en Colombia erigido en el siglo XIX a partir de la economía minera entra en crisis y la naciente economía cafetera surge como su correlato. El Eje Cafetero se erige como frontera, como bastión en pugna entre las provincias del Cauca y Antioquia, pero también entre *la tendencia conservadora y clerical promulgada por la creciente influencia antioqueña, respecto a la región sur con importantes facciones liberales y librepensadoras*, destacaban los historiadores²⁸.

La naciente región cafetera encontró en el discurso del civismo el pacto social para construir la transición de la aldea *-de vocación rural, convites y feria semestral-* a la modernización dinamizada por los recursos cafeteros, la vocación comercial y de servicios y de interconexión con los poderes del orden nacional.

El mito se hizo ladrillo instalando la planta hidroeléctrica de Libaré (1933), la planta hidroeléctrica de Belmonte (1941), el colector Egojá (1942), el estadio Mora Mora (1942), el colegio Deogracias Cardona (1944), el hospital San Jorge (1946), la nueva cárcel de Barones (1947), el Palacio Municipal (1952), la galería central (1955), el aeropuerto Matecaña (1956), la galería central (1955), el zoológico (1961) y la Universidad Tecnológica (1963),²⁹ posteriormente se crearon el Monumento al Bolívar Desnudo (1963), La Villa Olímpica (1974). El equipamiento urbano en Pereira, resultado del proyecto cívico fue monumental.

El civismo se hizo epopeya creando el imaginario de una sociedad incluyente, nuevo contexto donde todos trabajan por el bien común, sociedad horizontal sin fisuras, ni exclusiones o jerarquías.

²⁸ Entre los cuales se destacan Víctor Zuluaga con una amplia bibliografía de la cual se señalan: "En busca del civismo perdido", "La nueva historia de Pereira: Fundación" y "crónicas de la antigua Pereira" entre otros.

Artículo: Movilización regionalista y nuevos poderes regionales: la fragmentación administrativa del Viejo Caldas y la creación de Risaralda" Por : *Jairo Antonio López* ; Revista Sociedad y economía, No. 21, Cali, Colombia, 2011.

En este relato, ¿dónde quedan las memorias de sectores sociales excluidos de la versión histórica del cívico y del ciudadano de bien?, ¿qué relatos se diluyen como opacos a los márgenes del discurso oficial?, ¿cuántos desplazados, homicidios, ejecuciones extrajudiciales, secuestrados y amenazados se ocultan al discurso de la ausencia o precaria presencia del conflicto armado interno experimentado en la región cafetera?

De esta manera, destaca Correa (1925-1950), la noción de civismo y ciudadanía se denota con claras raíces republicanas que colocan en el centro al llamado *ciudadano de bien*, asociado al progreso y matizado por una clara vocación religiosa de una clase social “abnegada y desinteresada” con una clara vocación moral.

Esta excesiva normativización de la vida diaria buscaba superar los vicios de los sectores populares que en los debates raciales de los años 20 y 30 estaban asociados con la supuesta “malformación genética” de la población, producto de la hibridación cultural triétnica entre indígenas, negros y criollos. (Correa, 2014, p. 12)

El líder cívico Rafael Cuartas Gaviria reconocía que en Pereira se

Había recibido una avalancha de inmigrantes de todas las condiciones”, en los que había más malos que buenos, que hizo que la ciudad se llenara de indeseables que crearon mil complicaciones y problemas. Es evidente que cuando los valores del civismo demarcan tan tajantemente lo normal y lo patológico de una ciudad es porque sus imaginarios de ciudad cívica están bastante embolados. (Correa, 2014, p. 17)

El *civismo-mito*³⁰ se torna institucional y configura un discurso oficial el cual busca explicar las causas de las violencias, destacando el ideal de sociedad a construir. Al respecto, Oscar Jaramillo, presidente de la Academia de Historia de Pereira, señala:

Antes del período de la violencia de los años 50, la ciudad contaba con gentes nacidas y criadas aquí, que poseían un gran civismo. Civismo que se fue perdiendo con la llegada de numerosos desplazados por la violencia que desconocían la historia y no se identificaban con la ciudad que los acogió. (Prensa La Tarde, 2015)

³⁰ Es importante reivindicar otras prácticas cívicas que, al margen del discurso oficial, perfilaron verdaderas dinámicas comunitarias de solidaridad y desarrollo urbano; los convites en la ciudad de Pereira experimentados a mediados del siglo XX, propiciaron la creación de proyectos barriales donde los vecinos se reunían para favorecer proyectos comunitarios.

Es la ciudad cívica y sin conflicto armado la que perfila en Colombia los orígenes del exterminio del llamado indeseado: *habitante de calle, trabajadora sexual, travesti, desplazado, entre otros* actores sociales que afectan el proyecto higienista de la ciudad incluyente. Al respecto, el Comité Permanente de Derechos Humanos de Risaralda (2000) señalaba:

El municipio de Pereira, tiene un grave antecedente histórico sobre la mal llamada “limpieza social”, lugar donde se inició el asesinato de habitantes de la calle desde la década del 70, cabe anotar que hasta mediados de los años 90, los homicidios selectivos de tales personas coincidentalmente eran efectuados con armas de uso privativo de la policía (nueve milímetros). Hacia la década del 80 se logró demostrar la responsabilidad penal de algunos uniformados, sin embargo, los implicados nunca pagaron una pena privativa de la libertad y tales homicidios han quedado en la absoluta impunidad.)

En esta misma dirección la investigadora Sandra Mateus Guerrero en su libro titulado: *Limpieza social: guerra contra la indigencia*, publicado en 1995, señala: “Aunque no exista una fecha precisa que sirva de punto de partida de este tipo de acciones, 1979 fue un año decisivo y Pereira la ciudad protagonista” (Mateus, 1995, p. 116).

El civismo transformado en ideología perfila al ciudadano de bien, respetuoso de la norma, atento al requerimiento institucional, atento a los buenos modales y las sanas costumbres, la ciudad ascética se tornó en modelo de urbanización.

Paradigma de progreso, la región cafetera se torna sintomática del estado histórico de nuestra Nación. La paradoja colombiana descrita por Daniel Pecaute, quien describe la coexistencia de la democracia más estable del continente con dinámicas de profundas prácticas de violencia y exclusión. Desarrollo y violencia no se contradicen, se acompañan en un juego de espejos yuxtapuestos que transmutan mitos en historia, que desdibujan exclusiones y violencias en relatos de otros tiempos, prácticas propias de otra región.

Ciudades vitrinas se apresuran a abrir sus puertas opacando las memorias ocultas del conflicto armado interno y sus múltiples violencias, invisibilizando los altos costos del progreso y la creciente urbanización.

Ecos en las calles se avecinan serpenteando en ciudades adormiladas, latidos que dibujan a destiempo profusos reclamos de historias incumplidas que se filtran en las vitrinas relucientes de grandes centros comerciales, el

progreso se hace mito y su brillo todo lo opaca. Las ciudades-región confunden sueños y opacidades, virtudes en anhelos y reclamos en incautos pedidos. La ficción fabrica el tiempo presente con nuevos azares de horizontes insospechados e indefinidos.

La programación de Netflix retoma sin novedades su sintonía.

Referencias

- Baquero, P. (2012). *El ABC de la mafia. Radiografía del cartel de Medellín*. Editorial Planeta.
- Correa, J. J. (1925-1950). *Civismo y educación en Pereira y Manizales (1925-1950): un análisis comparativo entre sus sociabilidades, visiones de ciudad y cultura cívica*. Universidad Tecnológica de Pereira.
- Duncan, G. (2014). *Más plata que plomo. El poder político del narcotráfico en Colombia y México*. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
- González, F. (2016). *Poder y violencia en Colombia*. Editorial Gente Nueva.
- Guaman-Campos, G., Fals-Borda, O. y Umaña-Luna, E. (2019). *La violencia en Colombia*. Penguin Rondon House Grupo editorial S.A.S.
- Martínez, L. A. (2017). Retos del posacuerdo: Violencia homicida y prácticas sociales violentas en la ciudad de Pereira. *Revista: sociedad y economía*, 33.
- Martínez, L, A. (2021). Contrabando, narcomenudeo y explotación sexual en Pereira, Colombia. *Revista mexicana de sociología*, 79(3), 459-486. *Revista: sociedad y economía*, 33.
- Martínez, L. A., Marulanda, L., Martínez, J., Perdomo, C. y Martínez, O. (2016). *Contra-caras del poder regional. Contrabando, narcomenudeo y explotación sexual comercial*. Editorial Universidad Tecnológica de Pereira.
- Ortiz, C. M. (1985). *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindío años 50*. Fondo editorial CEREC.
- Sáenz, R. (2014). Ensayo sobre la historia del tráfico de drogas psicoactivas en Colombia entre los años 30 y 50. *IBEROAMERICANA. América Latina - España - Portugal*, 9(35), 93-104. <https://doi.org/10.18441/ibam.9.2009.35.93-104>.

CRÓNICAS

Pasos hacia atrás: voces de la violencia en Güíntar

Julio César Caicedo Cano - Universidad de Antioquia

María José Buitrago Vanegas - Universidad de Antioquia

Güíntar se llama así porque después de la Segunda Guerra Mundial llegó un grupo de alemanes a la vereda, que se llamaba El Guayabal. Entre ellos estaba Mr. Huiwiter, más conocido como Mr. Güíntar entre los montañeros. Con el paso de los años a su finca la bautizaron como Güíntarito, que ahora es toda una vereda, y al pueblo como corregimiento de Güíntar.

Es uno de esos pueblitos típicos de la zona andina colombiana. Se esconde entre el monte, los cafetales y los potreros que, de vez en vez, dan paso a una carretera destapada que comunica con su 'capital', Anzá, un municipio al occidente de Antioquia. Son 19 km de camino agreste que en bus escalera se recorren en una hora, en carro en 45 minutos y en moto quizá menos, pero a pie, el trajín puede durar hasta 4 o 5 horas. Hace 21 años, en el 2000, más de 300 personas tuvieron que hacer el recorrido en procesión, luego de que paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) los echaran de su propio pueblo.

Todo comenzó al amanecer del 11 de junio del 2000, cuando paramilitares de las AUC citaron a los habitantes a una reunión de asistencia obligatoria en el parque del pueblo. El parque tiene un diseño extraño y pequeño, con solo tres o cuatro cuadras a lo largo de una carretera principal. A todo el frente de la Iglesia, separaron del montón a Jaime Enrique Barrera, un licenciado de 41 años de edad, padre de familia, rector del Colegio "Asensión Montoya de Torres" y miembro del Sindicato de Adida (Asociación de Institutores de Antioquia). Según una sentencia judicial proferida en 2012 por el juzgado 56 penal, al profe le dispararon tres veces en la cabeza delante de alumnos, padres de familia y vecinos. A su muerte le siguió la del celador del colegio, José Aristides Velásquez a quien uno de los impactos de bala le destruyó el globo ocular, y la del comerciante de 60 años Gabriel Arcángel Muñoz Caro, que murió con trece disparos en su cuerpo. Luego de la matanza, los paramilitares amenazaron a la población y obligaron a todos los habitantes a arrancar a pie. Uno de los desplazados, Edison Urrego, cuenta que solo 3 personas permanecieron en el pueblo debido a su condición de discapacidad.

La excusa de los paramilitares, comandados por Luis Arnulfo Tuberquia alias 'Memín', fue la de siempre: las víctimas fueron señaladas de colaboración con la guerrilla. Sin embargo, estos actos fueron parte de una estrategia sistemática de masacres, tomas y asesinatos selectivos que tenían como fin principal controlar los territorios a través del terror en medio de la disputa con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). En Colombia se contabilizan casi 66.000 asesinatos selectivos y 2.113 masacres perpetradas por paramilitares durante el conflicto armado, según el Centro de Memoria Histórica. En el occidente antioqueño se registran 79 masacres y 18 ataques a poblaciones por parte de los diferentes actores armados.

Desde los 80 las FARC hicieron presencia en la subregión antioqueña, conformada por 19 municipios, con el Bloque José María Córdoba y los frentes 5, 18, 57, 58 y 34. Este último el de mayor impacto en el corregimiento de Güíntar. Ante el dominio histórico de las FARC a comienzos de los noventas, las Autodefensas comenzaron un despliegue que buscaba disputar el municipio de Urrao a través de Anzá, partiendo del corregimiento por las veredas La Ana, San José Montañitas, San Agustín, El Volcán, El Provenir, La Matanza y La Magdalena.

A mediados de la década el pueblo ya era un objetivo usual de las fuerzas paramilitares, lo que incrementó los homicidios en el municipio y lo convirtió en el principal foco de violencia en la región. En 1996 las Autodefensas Unidas de Córdoba y Urabá (ACCU) anunciaron su llegada a Anzá: "Hicieron público el anuncio el 23 agosto de 1996, con letreros escritos en las paredes de las casas. Dos días más tarde, el 25 de agosto, 10 campesinos de las veredas La Quebra, La Cordillera, La Torre, La Quinada y La Chonta del corregimiento Güíntar fueron asesinados. El grupo irregular recorrió las veredas y lista en mano fue requiriendo a las personas que iban a asesinar", relata un informe de la Vicepresidencia de la República del 2004. Con su llegada aumentaron los desplazamientos. En masa o de a uno, amenazados o intimidados, los güintareños se alejaron de su pueblo por miedo a que de uno u otro bando preguntaran por ellos.

Un año después, en 1997, la violencia continuó. El frente 34 de las FARC asesinó el mismo día a dos dirigentes del partido Liberal. El alcalde César Velásquez, de 57 años, y el consejero municipal Juan Francisco Montoya. Mientras tanto, los paramilitares en sus jornadas de terror, le cortaban las narices a pobladores vivos, según un informe publicado en 1998 por Human Rights Watch.

La etapa más cruenta del conflicto se extendió hasta principios de este siglo. Según el Registro Único de Víctimas, en Anzá 4.826 personas fueron desplazadas y 192 asesinadas en el marco del conflicto armado. Luego de la

desmovilización de las AUC en el 2006 y del proceso de paz con las FARC que terminó con la firma de un acuerdo de paz en 2016, el pueblo está más tranquilo y muchos habitantes volvieron a sus fincas, esperando que los grupos armados las hubieran dejado en pie. Por iniciativa comunitaria y con ayuda del padre de la parroquia ‘Nuestra Señora del Carmen’, Manuel José Flores, se edificó en 2017 el tercer cementerio de la historia de Güíntar, que está a diez minutos a pie desde el pueblo, junto a la carretera que comunica con Anzá. Allí los habitantes erigieron un monumento a las víctimas de la violencia, colocando un brazo de cemento blanco barnizado por cada víctima. Adorna el frente del lugar y lo acompaña una virgen de La Piedad, la cual representa el dolor de la Virgen María al sostener en brazos el cadáver de su hijo cuando lo bajan de la cruz.

Actualmente el cementerio de Güíntar es el lugar donde Anzá conmemora cada 9 de abril el Día Nacional de la Memoria y Solidaridad con las víctimas del conflicto armado. El pueblo todavía recuerda las caminatas forzadas, los tiros de gracia, la sensación de perderlo todo y algo del miedo, que no dejó que muchas personas contaran su testimonio en esta crónica; sin embargo, dos de las víctimas compartieron su historia:

Diego Rueda Rueda: *Líder social, peluquero, actor y bailarín. Asesinado por un grupo paramilitar en el 2000.*

Los papás de Diego Rueda Rueda se conocieron en 1937 en Betulia, en la vereda La Aguamala. Su papá, Rubén Rueda, tenía 20 años y su mamá, María de los Ángeles Rueda, tenía 14. Llevaban un año de novios cuando se casaron. María de los Ángeles era ama de casa, mientras que Rubén era agricultor. Él tenía una finca en esa vereda, pero al casarse la vendió y los dos se fueron a vivir juntos a otra finca en Güíntar, a 20 minutos a pie del pueblo. Entre 1940 y 1967 Rubén y María tuvieron 13 hijos, pero criaron a 14 por un “desliz” de Rubén con otra mujer. Por orden de nacimiento, llegaron a Güíntar Rubén, Guillermo (por fuera del matrimonio), Ruth, Octaviano, Egidio, Elvia, Adriano, William, Walter, Sara, Hilarión, Rosa, Diego y Obando.

Diego nació el 19 de septiembre de 1964. En su niñez fue un niño muy gordo, por lo que a cada rato se rodaba por las faldas y los morros de la vereda. Una vez se fue a una quebrada que justo en ese momento bajaba con una borrasca, pero por suerte se quedó pegado a una piedra y se salvó. Luego, los años y la pubertad lo volvieron un muchacho alto y delgado, todavía con apariencia juvenil, cabello negro, liso y abundante, de piel trigueña. Al ser uno de los menores de la casa, lo distinguían por ser una persona alegre que a todas partes llegaba a hacer “recocha”, es decir a ambientar de manera divertida las reuniones. Sus

hermanos lo recuerdan como alguien muy creativo, inteligente, recursivo y acomedido. Tenía buen sentido de la moda y la estética, le encantaba bailar y no le gustaban los trabajos pesados del campo, a pesar de haber vivido siempre en una zona rural.

Su oficio era de peluquero, pero su verdadera esencia era ser líder social. Como impulsor de proyectos comunitarios, fue protector y defensor de la tercera edad. Hizo su trabajo en Güintar sin ánimo de lucro y, se podría decir, que fue el fundador del Centro Gerontológico que en ese entonces se llamó el Centro Vida: la casa de los adultos mayores. Diego hizo la gestión del proyecto desde el corregimiento hasta que lo llevó a todo el municipio de Anzá, pues consideraba que con los ancianos había que tener un humanismo especial. Hoy el Centro Gerontológico conserva sus fotografías y recortes de periódicos sobre su gestión.

Diego también fue profesor e integrante del grupo de teatro y danzas, que él conformó. Siempre buscaba la forma de que la gente se integrara, tanto desde las instituciones educativas como desde la población en general, y la mejor forma que se le ocurrió hacerlo fue por medio de la cultura. Trabajó duro, formó bailarines, actores y zanqueros, así todos los jóvenes estaban siempre ocupados en algo productivo y no tenían tiempo de hacer otras cosas diferentes a eso. Los llevaba de paseo por los pueblitos de Antioquia para hacer presentaciones y concursar. Y ganaban. Así demostraron todo lo que tenía el corregimiento de Güintar para dar.

Algunos de sus estudiantes todavía conservan los libros donde tomaban nota, a los que le llamaban las Actas del Teatro. Él hacía valer sus derechos, los defendía a capa y espada de las señoras que no querían que los niños participaran en las obras de teatro porque para ellas “eran simples culicagados haciendo nada”. Pero él veía el potencial que ellos tenían, y lo poco o lo mucho que podían dar en una obra y entregar a la comunidad, así fuera solo una sonrisa. Eso fue Diego para los quintañeros, una sonrisa.

Sin embargo, después del desplazamiento forzado del 2000 ya no había ánimo ni gente para sonreír en Güintar. Diego nunca logró irse del pueblo, no quería vivir en otra parte, no quería dejar abandonados a los que no encontraron a dónde ir. Seguramente su presencia generaba cierta chispa de esperanza que había que ahogar. Eso pasó el 29 de noviembre del 2000. Diego se encontraba trabajando en la peluquería del pueblo, cuando lo llamaron unos paramilitares para “hablar”. Salió del local y en el momento en que volteó a mirar, recibió un balazo. Tenía 36 años. Lo que se dice en el pueblo es que su muerte fue justificada por haber motilado en la peluquería a un supuesto miembro de

la guerrilla. Algunos seres queridos de la familia Rueda lo visitan con frecuencia en el cementerio. Allí hay un brazo blanco que lleva su nombre.

Edison Urrego Rueda: 43 años. Mensajero en la empresa Importadora Japón, en el centro de Medellín. Sobrino de Diego Rueda Rueda.

Nací en Urrao, Antioquia, el 21 de octubre de 1978, pero cuando estaba recién nacido, como a los tres meses, viajamos mis papás y yo para el corregimiento de Güintar, donde estaba mi abuelito con mi abuelita. Prácticamente allá fue donde me crié, en la vereda La Manga. Ahí fue toda mi infancia, la disfruté con mis abuelitos y abuelitas. Fue una infancia muy hermosa; era, mejor dicho, espectacular, porque jugábamos y hacíamos los quehaceres del campo. Mi abuelito y mi abuelita decían que yo era incansable porque hacía muchas cosas. Me levantaba temprano, como a las cuatro de la mañana, para ayudarle a mi abuelita a moler todo el maíz pa' las arepas de los tíos, porque todos vivían con nosotros, eran 14 hijos. Después yo tenía que llevar la leche al pueblo porque mi abuelito la vendía, tenía cultivos de café y unas lecherías. Entonces, antes de ir a la escuela en el pueblo, yo era el que llevaba la leche en una caneca grande, la entregaba y de ahí me iba a estudiar; y por la tarde recogía la caneca. Después volvía allá, a la casa donde mi abuelito, y ahí me tocaba ir a hacer los quehaceres, a encerrar los terneros, a ir por los caballos, a ir por plátano, por una cosa o por la otra, por la que *mamita* me mandara.

Y bueno, después del colegio yo estaba en un equipo de fútbol. También estaba en teatro y en danzas, y por eso viajaba a todos los municipios del suroeste, del occidente y hasta parte del oriente en los concursos de teatro y en campeonatos de fútbol. Entonces mi abuelita y mi abuelito me decían: “¡Ome, este muchacho nunca se cansa, que es lo que María [la abuela] le ha dado pues!”. Mi *mamita* decía que yo era así porque cuando yo era muy pequeñito mataron un oso por allá unos campesinos, le dieron un hueso del oso a mi abuelita y entonces ella en la aguapanela y en el café me daba hueso raspado. Decían que mantenía, mejor dicho, unos ánimos incomparables, me molestaban con eso y hasta me ponían apodos.

Ya después comenzaron a entrar los grupos armados a Güintar. Recuerdo que yo era muy pequeño, tenía 8 años y estaba todavía en la escuela, cuando entró la guerrilla, en 1987.

Desde hacía días un tío mío y yo estábamos haciendo unas peceras, unos cultivos de peces, y ya estábamos que los sacábamos, eran casi de una libra y nosotros todos contentos porque íbamos a comer pez. Esa noche llegó un

grupo de las FARC comandado por alias 'Karina', y nos sacó todo de los dos pocitos. Llegaron a las casas, mataron gallinas, hasta mataron una vaca, pero uno como no podía decir nada de nada... Esa fue mi primera experiencia con los grupos armados.

Después, como al año, llegó otro comandante de otro grupo. Él le decía a mi *mamita* un día que yo no estaba, que "qué muchacho tan avisado que era yo", y le decía que tenían ganas de llevarme, pero *mamita* ahí mismo dijo que no, se interpuso y dijo que no se llevaran a ese muchacho que porque esa era la vida de ella. Desde ahí comenzamos nosotros a sufrir con esos grupos armados.

Después, con el tiempo, ya llegaba y pasaba el uno, la guerrilla, después a los días pasaban los otros, los paramilitares; y ya eso era una zozobra que mejor dicho... Comenzaron las masacres en Güítar.

Recuerdo que una vez fui a encerrar unas vacas. Tenía que ir por esas vacas, meterlas a un potrero y de ahí ya me iba a jugar fútbol a la cancha. Como las vacas estaban en esa parte de arriba del potrero, entonces me tuve que ir por esos potreros y no por la carretera por donde siempre me iba a entrenar fútbol. Resulta que ese día cuando yo estaba en el morro, subía un grupo de paramilitares por la carretera y a todos los que se encontraban por el camino les daban un tiro de gracia. Me salvé, gracias a Dios. Ese día yo me escondí en una cafetera [cultivo de café], pero después otro grupo pasó cerca de mí; ellos iban todos regados.

Me acuerdo que esa vez mataron en el pueblo y en la cordillera, y a mi abuelito y a nosotros nos tocaba ver cuando bajaban de esos filos los muertos. A veces llegaban helicópteros que los recogían y se los llevaban para siempre. Mataron hasta a un señor de 70 años que era muy amigo de Papito, y Mamita estaba toda confundida, decía: "No, orémosle a Dios, pidámosle a Dios". Esos fueron los que comenzaron, pero la violencia se vio mucho más grave después.

En 1996, como a los 3 meses de la muerte de ese señor, mi abuelito murió. Venía del pueblo en un caballo, se cayó y murió, y mi abuelita a los tres meses de enviudar murió también. ¡Y ahí fue donde comenzó en serio la violencia! Se veían mucho los enfrentamientos de un grupo con el otro. Nosotros estábamos en las casas y nos tocaba irnos a amanecer al monte. Recuerdo que una vez cerca a la casa de nosotros hubo un enfrentamiento como de 3 horas, y nosotros sin saber qué estaba pasando... En mi casa también había problemas. Papá era muy violento y un día casi mata a machete a Mamá, alcanzó a cortarle algunos dedos. De ahí nos teníamos que ir. Como mi abuelito y mi abuelita ya habían

muerto y llegó el desplazamiento forzado total en el 2000, que hicieron ir a todo el pueblo, no quedó ni un alma, nosotros, mi mamá, mis hermanos y yo nos fuimos para Buenaventura.

A Buenaventura llegamos a vivir donde una tía que dijo que nos recibía, y allá duré casi 13 años. Sin papá ya toda la responsabilidad me tocó a mí, yo fui el que cuidó a todos mis hermanitos, éramos cinco. Comencé a trabajar desde los 14 años en una panadería y después en un almacén de ropa. Mi hermano Deivis, que es el menor, dice que desde pequeño yo fui como el papá para él, yo era el que se hacía cargo de él. En Buenaventura fue donde me refugié de toda la violencia de Güíntar, aunque había violencia también, como en todas partes.

Ya después, en el año 2011, me vine de Buenaventura para Medellín. Me vine porque mi hermano Willinton se enfermó, estaba muy grave, y vine a verlo y a cuidarlo, mientras ayudaba con las campañas electorales del movimiento político *Mira* al Senado y a la Cámara. Y ahí en *Mira* fue donde conocí la que hoy en día es mi esposa, Celene. Yo ya la conocía y ya éramos amigos, comencé con ella a hacer campaña y salíamos y así. Y nos casamos. Ya llevamos 9 años de casados. La finca de Güíntar no nos la quitaron, nosotros la dejamos abandonada allá y después de muchos años cuando empezamos a volver, era toda como montes, tapada de mangas. Pero ya podemos ir y hoy la mayoría de mi familia volvió a vivir allá. No ha habido ningún tipo de reparación o indemnización estatal, cada quién volvió a recuperar su casa cuando y como pudo.

En 2010 Alcides de Jesús Durango alias “René” y Henry de Jesús Valderrama Higuita alias “Quaker”, cabecillas del Bloque Suroeste de las ACCU, fueron condenados a 20 años de prisión por la masacre de 10 campesinos en 1996. En 2012 fueron condenados a 32 años de prisión Luis Arnulfo Tuberquia alias “Memín” y León Alberto Henao alias “Pilatós”, por los asesinatos del 11 de junio del 2000.

Vidas vaporizadas

Edgar Camilo Rueda Navarro

“En la mayoría de los casos no había proceso alguno ni se daba cuenta oficialmente de la detención. La gente desaparecía sencillamente... El nombre del individuo en cuestión desaparecía de los registros, se borraba de todas partes toda referencia a lo que hubiera hecho y su paso por la vida quedaba totalmente anulado como si jamás hubiera existido. Para esto se empleaba la palabra vaporizado”.

George Orwell, “1984”.

En los cementerios de los puertos fluviales sobre el río Magdalena, desde Honda (Tolima) y hasta el sur de Bolívar, hay cuerpos y partes de cuerpos humanos que han sido recogidos del río. La mayoría de ellos correspondería a personas desaparecidas por los paramilitares, cuyos restos fueron arrojados por ellos a las aguas, según sus propias confesiones. Un número importante de cuerpos recuperados está en laboratorios, en proceso de identificación de identidades con familiares que buscan a sus seres queridos.

Según versiones de paramilitares acogidos a la Ley 975 del 2005 o de “Justicia y Paz”, el 95% de sus víctimas en el municipio de La Dorada (Caldas) eran asesinadas y desaparecidas. Cuando no eran arrojadas al río, eran depositadas en fosas comunes en zonas rurales. Así pasó también en otros municipios caldenses y de la ribera media del Magdalena.

Ramón Isaza fue el principal mando de las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (ACMM), el bloque paramilitar de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que operó en varios municipios de Caldas y de otros departamentos del centro del país durante casi 30 años. A él se le atribuyen aproximadamente 700 hechos de victimización, cuya responsabilidad directa recae sobre él, sus subalternos y sus hombres acogidos al proceso de Justicia y Paz.

En estos casos, se causaron (al menos) 106 víctimas arrojadas a fosas ilegales; 23 desmembradas y depositadas en fosas ilegales; 120 arrojadas a ríos; 97 desmembradas y arrojadas a ríos; y 153 víctimas mortales de las que no hay información precisa. De ellos, al menos 130 casos se registraron en el departamento de Caldas, con 182 víctimas. Temporalmente, la mayoría de casos se ubican a principios de la década del 2000, aunque se remontan hasta los años 80.

Ramón Isaza se alzó en armas en 1977, cuando conformó un grupo paramilitar conocido como Los Escopeteros. Empezaron con ocho hombres, luego fueron 24 y entonces llegó su primera acción, que fue el 22 de febrero de 1978. Ese día chocaron con miembros del frente Noveno de la guerrilla de las FARC en el corregimiento de Las Mercedes, de Puerto Triunfo (Antioquia), combate en el que estrenaron las armas proporcionadas por ganaderos de la región, quienes las habían obtenido de forma legal.

No obstante, pronto las armas de Los Escopeteros ya no solo apuntaron a las guerrillas contra las que se alzaron, sino también, y en especial, contra pobladores civiles. Esta nefasta práctica fue coloquialmente conocida como “limpieza social”, recurrente desde 1984, cuando los Escopeteros se fusionaron con los paramilitares que empezaron a operar en el municipio de Puerto Boyacá (Boyacá). A partir de entonces, los cuerpos de sus víctimas empezaron a ser lanzados a los ríos o a fosas comunes.

La práctica de recurrir a la desaparición forzada tendría como fin dos objetivos principales: primero, mermar una reacción negativa de la sociedad ante la cantidad de muertes que estaban ocurriendo en la región; y segundo, como una estrategia para impedir que las autoridades llegaran al descubrimiento de los cuerpos y, por lo tanto, a la prueba material del delito que se estaba cometiendo.

Este cambio, según el propio Ramón Isaza, se dio a partir de 1984 cuando Los Escopeteros se incorporaron a las ACMM, y Henry Pérez asumió el mando del grupo desde Puerto Boyacá con el apoyo político del excongresista Pablo Emilio Guarín. “Empezó don Henry a decirle a los muchachos: hay que matar, hay que despresar, no podemos dejar a nadie botado en la carretera, ni en el camino, ni en el pueblo, hay que despresarlos, hay que botarlos al río. Él decía que si no dejábamos nadie regado no teníamos que pagar nada, porque desaparecía la persona y el Estado no nos iba a cobrar”, dijo Isaza ante la Justicia.

Y así se empezó a hacer. Por ejemplo, el 17 de noviembre de 1990, un grupo de paramilitares irrumpió en la finca Piedra Candela, ubicada en la vereda Quiebra de Roque, corregimiento San Diego, del municipio de Samaná (Caldas). Allí se encontraba Tercilia Tovar Salguero, a quien mataron. Tercilia tenía 16 años de edad y tres meses de embarazo del hijo que esperaba con Manuel Antonio Betancur Manrique, agricultor y minero, a quien se llevaron por la fuerza.

Manuel, de 29 años, fue secuestrado junto a Joaquín Antonio Betancur Manrique, también agricultor y minero; José de Jesús Alarcón Betancur, minero; y Carlos García, funcionario del Incora y presidente de la Asociación

Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). Sus cuerpos fueron encontrados dos días después, inhumados en una fosa ilegal en el sitio denominado La Moradita, con excepción del cuerpo de Manuel, que no fue encontrado.

Esta masacre originó el desplazamiento forzado de María Genelia Betancur Manrique; Olga Yaneth Betancur Manrique; Antonio Leonel Betancur Manrique; Héctor José Betancur Manrique; Luz Miriam Betancur; Estela Betancur Manrique; Diana María Álvarez Betancur. El proceso que llevaba el juzgado 12 terminó el 13 de septiembre de 1993 por suspensión provisional de la investigación. Sobre las víctimas se lanzó el señalamiento de ser colaboradores de la guerrilla y autores de hurtos en la región. Posteriormente, Olga Yaneth Betancur Manrique también fue asesinada y su cuerpo arrojado al río Samaná.

Al finalizar los años 90, los casos de desaparición forzada se fueron incrementando. Uno de ellos fue el de Fabio Polanía, secuestrado el 18 de diciembre de 1998. Paramilitares lo abordaron y le dijeron que subiera a un carro; ante su renuencia, lo golpearon. En el vehículo iban alias Búfalo, Guerrillo, Caballo Loco y El Amarillo, quienes lo llevaron a una vía remota, lo asesinaron y lo tiraron al río Magdalena. Su hija, Mónica Marcela Polanía, tenía 11 años cuando perdió a su padre. Desde entonces, se siente frustrada porque le quitaron a su papá. No supo dónde lo dejaron, por lo que no puede llevarle flores a su tumba. Jorge Iván Betancur, de las ACMM, admitió estos hechos y explicó que fueron encargo de Ramón Isaza.

Lo mismo pasa con Damián Orlando Rada, quien vivía en La Dorada con su madre y sus tres hermanos. A los 16 años se salió del colegio para ayudar a buscar ingresos para sostener su familia. Primero buscó trabajo en Postobón, pero lo rechazaron por ser menor de edad. Entonces fue a una carnicería que quedaba cerca a su casa y le pidió trabajo a su propietario, Libardo Valencia, quien lo contrató como “mandadero”. Valencia también era conocido como Chumbimba y servía de informante de Ramón Isaza.

Un día, el señor Valencia llevó a Damián al corregimiento de Doradal, en Puerto Triunfo (Antioquia) a comprar un ganado, y en esas vio a Isaza. “Mami, conocí a Ramón Isaza. Yo vi a don Libardo allá hablando con él”, le contó a su mamá, Flor María Cuervo. A los ocho días de ese viaje, Damián desapareció. Flor María no sabe si su hijo fue testigo o conocedor de algún hecho delicado. El 26 de mayo de 1998 fue el último día que lo vieron.

Valencia coordinaba acciones paramilitares con Pedro Ángel Quintero Isaza, alias Pedrucho. Ambos resultaron muertos y no hay quien dé razón de la

suerte de Damián: Pedrucho murió en un accidente de tránsito en 1998 y Libardo Valencia fue asesinado el 22 de abril del 2002.

Los sobrevivientes de la organización sostienen que Valencia hacía parte de su red de apoyo, y que Damián, como ayudante, habría visto algo que no fue del agrado de los paras, lo que le costó la vida. Sin embargo, no hay información alguna sobre el lugar y forma de su muerte ni del destino de su cuerpo.

José Elías Ramírez Vargas tenía 33 años de edad, trabajaba como mecánico y vivía en el barrio Obrero, del municipio de Victoria (Caldas). El 23 de agosto de 1999, una camioneta Toyota Hilux verde de platón llegó a su casa. En ella viajaban Luis Fernando Herrera Gil (alias Memo Chiquito) y otro paramilitar bajo su mando. Tocaron a la puerta de José Elías, quien atendió el llamado, salió de la casa y montó el vehículo. Desde entonces se perdió su rastro. El desaparecido tenía relación constante con Memo Chiquito. Otro paramilitar, Jorge Iván Betancur, confesó que José Elías fue víctima de homicidio, a raíz de una orden dada por Omar de Jesús Isaza Gómez (“Teniente”), aunque no brindó información sobre sus restos, que aún son buscados por su hermana, Claudina.

Ulises Mesas Tabares era un vendedor de ponchos y sombreros de La Dorada. Se ubicaba en la carrera segunda con calle 14 del casco urbano del municipio. Allí, el 23 de junio del 2004, fue abordado por un hombre que se movilizaba en una motocicleta RX 115 y quien le dijo que “lo necesitaba el patrón”. Ulises se subió a la motocicleta con rumbo desconocido, y desde entonces no se volvió a saber de él.

Su esposa, Olga Lucia Alfonso Rico, inició su búsqueda, pero un paramilitar le advirtió que si seguía averiguando, otro miembro de la familia sería desaparecido. Otro hombre que no conocía se le acercó y le dijo que no esperara más a su esposo porque ya lo habían matado.

El cuerpo de Ulises y el de otras dos personas fueron inhumados en una fosa en la hacienda Japón, ubicada en Puerto Salgar (Cundinamarca); uno de ellos, Juan Carlos González Urueña, de 19 años de edad y quien trabajaba para Ulises como ayudante. Sobre los tres cayó la falsa y temeraria acusación de “extorsionistas”, con la cual se justificó su asesinato y desaparición.

Pero en la casa de Olga Lucía, su esposo no es la única persona que buscan y lloran. Su padre, Hernando Alfonso, fue desaparecido en el año 1986. El “dossier” de las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio señala que estas incursionaron a La Dorada hacia 1999, por lo cual Isaza no se hace responsable de hechos anteriores a este año.

En los años 80 operaron en la región otros grupos ilegales. En esa época, Colombia padecía el recrudecimiento de la violencia de múltiples orígenes. A las organizaciones insurgentes que habían surgido desde 1964, se sumaron el paramilitarismo y los carteles del narcotráfico, más la propia violencia “legal” ejercida por agentes del Estado. Esto originó una peligrosa mezcla de intereses, alianzas y guerras que tuvieron su culmen con el asesinato de varios candidatos presidenciales en el periodo 1986-1990. A Jaime Pardo Leal, el líder de la Unión Patriótica abatido en 1986, se sumaron Luis Carlos Galán, Carlos Pizarro y Bernardo Jaramillo, en la que fue la campaña presidencial más violenta de la historia nacional.

En resumen, a la guerra entre guerrilla y Estado, agravada por la guerra antisubversiva de los paramilitares, se le agregó la violencia de los carteles entre sí y, según cada caso, contra el Estado y los paras, o en alianza con ellos.

En el contexto de ese fuego cruzado desapareció el padre de Olga Lucía, y ella aún hoy sigue esperando por los restos de sus seres queridos, su padre y su esposo. Con ese propósito, llevó a su hijo a practicarle pruebas de ADN para, al menos, saber si las autoridades ya encontraron sus restos.

En esos años, en Puerto Boyacá se realizaron varias “escuelas de formación” o campos de entrenamiento donde se dio instrucción sobre uso de armas y estrategia militar. Los encargados fueron mercenarios israelíes y británicos que adiestraron no solo a los paramilitares de las ACMM, sino a los integrantes de varios escuadrones de la muerte, como el MAS, Los Tiznados y Los Grillos, entre otros.

“En los cursos de formación de Puerto Boyacá se incluyó dentro de la instrucción la desaparición forzada de personas”, resumió un fiscal del proceso Justicia y Paz en una audiencia. “Se trataba de una práctica que ya era consuetudinaria dentro de la organización”, agregó el funcionario.

En 1991, Henry Pérez entró en confrontación con Pablo Escobar y finalmente cayó abatido en esa guerra. Luis Eduardo Meneses Báez, conocido como Ariel Otero, asumió el liderazgo del grupo y, a continuación, pactó una desmovilización con el Gobierno Nacional. Pero muchos paramilitares se disgregaron para seguir operando. Entonces Ramón Isaza reasumió el mando de las ACMM, con un despliegue que iba desde Guaduas (Cundinamarca), pasando por La Dorada (Caldas) y llegando hasta Puerto Nare (Antioquia). Algunos de sus subalternos fueron Ovidio Isaza (Roque), Wálter Ochoa Guisao (El Gurre), Luis Eduardo Zuluaga Arcila (Macguiver), Oliverio Isaza (Terror) y Jhon Fredy Gallo Bedoya (Pájaro).

Con esta reorganización, no cesó la práctica de la desaparición forzada sino que, al contrario, se hizo más recurrente, con un pico de casos hacia el año 2002. Uno de estos casos fue el de Jaime Hernández, secuestrado y desaparecido por paramilitares en el 2001 en La Dorada. José David Velandia Ramírez, de los hombres de Isaza, confirmó el hecho. Sin embargo, no llegó a conocerse el paradero de sus restos. Velandia explicó que la única persona que posiblemente tenía esa información, alias Memo Chiquito, ya está muerto. Ramón Isaza y Walter Ochoa aceptaron cargos por la desaparición de Jaime al ser los comandantes de los paras que operaban en la región, aunque dijeron no tener conocimiento exacto de los hechos, por tanto argumentan desconocer las circunstancias de esta desaparición.

El 9 de diciembre del 2003, en la vereda Florida de Samaná (Caldas), cinco hombres, dos de ellos encapuchados, sustrajeron de su casa a Roselia Aguirre Herrera, 63 años de edad y ama de casa. A los tres años de su desaparición, se logró la ubicación de sus restos por parte de su familia. El secuestro, asesinato y desaparición de doña Roselia obedeció a que había Uriel Ospina, pareja de una sobrina de la víctima, le lanzó el insólito señalamiento de ser colaboradora de la guerrilla. La víctima no tenía antecedentes penales ni militancia alguna.

El primero de marzo del año 2004 en horas de la noche, Albeiro Quiceno Ruiz, de 29 años de edad y quien trabajaba como agricultor, se encontraba en el municipio de Samaná, Caldas, visitando su familia. El 1 de marzo del 2004 fue a una discoteca, donde fue abordado por dos hombres que se movilizaban en una moto y se lo llevaron. Su paradero se desconoce desde entonces.

Albeiro había recibido amenazas de los paramilitares. La Fiscalía Seccional de Pensilvania adelantó una investigación del caso, que se cerró el 16 de agosto del 2004 sin ningún fruto. Paramilitares explicaron, años después, que sobre la víctima pesaba el señalamiento de ser colaborador de la guerrilla, sin ningún tipo de fundamento o justificación.

El 25 de junio del 2004, Rogilín Gutiérrez García y Carlos Alberto Ramírez Sánchez viajaban en una moto hacia el municipio de Samaná (Caldas). En el trayecto entre la vereda Guadualejo y Rancholargo desaparecieron. La moto tampoco fue hallada.

Paramilitares de Ramón Isaza señalaron a las víctimas de cometer hurto de gasolina e insumos en su zona de operaciones. La madre de Carlos Alberto, María Doris Sánchez Ramírez, acudió a los paramilitares para indagar por su hijo, pero la gestión solo dio el resultado de que fue amenazada por estos para que desistiera de sus pesquisas.

El 24 de enero del 2005, Ermin Smith Rico Guevara, de 17 años de edad, salió de su casa, en el barrio Las Ferias de La Dorada (Caldas). Un hombre que conducía una moto RX Yamaha le dirigió unas palabras y luego Ermin se subió con él. Lo condujeron al matadero Frigomedio, donde un furgón recogió al menor con otras personas. Desde entonces se desconoce su paradero.

El mismo día, Bellaber López, también de 17 años y vecino de Las Ferias, salió de su casa y fue recogido en una camioneta plateada, que lo llevó al matadero Frigomedio. Allí, junto a Ermin, fue esposado, vendado y llevado al botadero Las Brisas, donde les dispararon un tiro mortal. Sus cuerpos fueron desmembrados y lanzados al río Magdalena.

El paramilitar Jhon Alfredo Ospina confirmó estos hechos ante la Justicia y explicó que las víctimas estaban en un listado de personas para asesinar por “limpieza social”, elaborado por alias Memo Chiquito con base en supuestas denuncias de la comunidad.

Después de muchos años no hay identificación que corresponda con estas víctimas; no obstante, existe una pequeña posibilidad potencial de que alguno de los cuerpos que han sido recuperados del río Magdalena se trate de ellos. Es la esperanza de Jesica Tatiana Rico Guevara, hermana de Ermin, quien cada día se pregunta por qué lo mataron y dónde estarán sus restos.

El 31 de marzo del año 2005, Jaime Garzón, conocido entre los suyos como “Pisca”, salió de su casa en Puerto Carolí camino a La Dorada (Caldas), con el fin de llevar un pescado, a bordo de una lancha 40 turbo. A las dos de la tarde llamó a su esposa y desde eso momento no se volvió a saber nada de él, tampoco de la lancha.

Paramilitares lo asesinaron y arrojaron al río Magdalena. El caso fue admitido por Ramón Isaza, jefe del bloque; Jorge Enrique Echeverri Jiménez, alias “Vaso”, comandante en La Dorada; y Jhon Alfredo Ospina Arenas, quien participó materialmente del hecho. Ellos confesaron que la víctima fue citada por los lados de Dalia y asesinada por alias Cacha, y que su lancha fue llevada a San Miguel, en donde fue entregada a Memo Chiquito.

La barbarie se prolongó hasta el 7 de febrero del 2006, cuando las ACMM se desmovilizaron ante el Gobierno Nacional en un acto público realizado en el corregimiento de La Mercedes, del municipio de Puerto Triunfo (Antioquia). El mismo lugar donde empezó el prontuario criminal de Ramón Isaza, y donde, ese día, 990 hombres entregaron 754 armas y se acogieron a la Ley de Justicia y Paz.

Tercilia, Manuel, Joaquín, José, Carlos, Olga, Fabio, Damián, Elías, Ulises, Jaime, Roselia, Albeiro, Rogilín, Alberto, Ermin, Bellaber y Jaime son apenas algunos de los nombres de sus víctimas “vaporizadas” en Caldas. A sus seres queridos se les privó incluso de darles un entierro digno, de acuerdo a sus creencias y deseos. Fueron vidas enteras enterradas en fosas comunes o arrojadas al río, con la perversa intención de, además, borrar su memoria de la historia.

Segunda parte

Investigación

Nota introductoria

Conflictos y violencias en el paraíso cafetero

Mario Hernán López B.³¹

La imagen según la cual la región cafetera es un territorio de grandes exuberancias paisajísticas al margen de los conflictos sociales y políticos del país, protegida de las confrontaciones armadas gracias a la importancia económica y social del grano que vinculó a Colombia con los grandes circuitos comerciales internacionales y generó un sistema de bienestar para los productores, no deja entrever la dinámica de conflictos y violencias con las cuales se ha tejido la historia de los últimos setenta años. La memoria de los pobladores, la literatura y la investigación social dan cuenta de la complejidad y la conexidad de las disputas armadas en una región que ha vivido con intensidad los ciclos más recientes del conflicto armado en Colombia: las violencias de medio siglo y la reciente confrontación entre actores para-estatales, contra-estatales y estatales.

La iconografía que muestra un paraíso cafetero con olor a café tostado, empujado por locomotoras del progreso, de ciudades dotadas con grandes obras de infraestructura, de arquitectura que copia el clásico europeo, de políticos ilustrados y memoriosos, de intelectuales barrocos, ha estado ligada a lo que ampulosamente se ha llamado “civilización cafetera”. La fuerza simbólica

31 Doctor en Paz, Conflictos y Democracia de la Universidad de Granada (España). Magíster en Gestión Ambiental para el Desarrollo de la Universidad Javeriana. Administrador de Empresas de la Universidad Nacional. Participante del programa de investigación del posdoctorado en Ciencias Sociales CLACSO - CINDE. Profesor del Departamento de Economía y Administración de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Caldas (Manizales, Colombia). Grupo de investigación Comunicación, Cultura y Sociedad (línea de investigación conflictos y construcción de Paz).

de esta idea de región, cargada de potencia económica y democracia social, fue incapaz de contener la atrocidad de la violencia de medio siglo y de evitar los daños humanitarios, ambientales y culturales provocados durante el ciclo de la confrontación más reciente entre guerrillas y paramilitares.

En los inicios del siglo XXI, el conflicto armado se intensificó en los tres departamentos que han integrado el Eje Cafetero. Masacres, desplazamientos forzados, desapariciones, violaciones, asesinatos selectivos entre otros repertorios del horror, provocaron más de doscientas mil víctimas en una región cuyas élites políticas buscaron representarla como “protegida de los grandes males de la nación”, durante el conflicto armado reciente entre guerrillas, paramilitares y fuerzas armadas del Estado. Ocultar la intensidad y profundidad de los conflictos y violencias para, en su lugar, mantener una imagen de estabilidad económica, armonía social y valores morales superiores, es una práctica que se ha entronizado en los ambientes públicos y domésticos locales.

Desde los años ochenta, en algunas subregiones del Eje Cafetero, y desde los noventa en sectores como el Alto Oriente y Magdalena caldenses, sus habitantes fueron testigos y víctimas del surgimiento de economías ilegales, de disputas por el control territorial y de una crisis multicausal y multidimensional de carácter inédito que se ha definido como “crisis cafetera”. En términos de calidad de vida, los habitantes han visto crecer sus indicadores de pobreza y desigualdad en razón a los impactos negativos relacionados con las transformaciones en la institucionalidad cafetera -la más importante institucionalidad no estatal en la historia del país- a lo cual se agregan las incapacidades del Estado, a distintos niveles, para enfrentar en su momento los impactos socioeconómicos de la conflictividad.

Luego del fracaso militar de las FARC-EP en zonas como el oriente de Caldas, y de la desmovilización parcial de los grupos paramilitares en el marco de las políticas de seguridad puestas en marcha a partir del año 2002, en la región cafetera académicos e investigadores han indagado en las características económicas, sociales y políticas del conflicto armado. Algunos de los trabajos ayudan a comprender el papel cumplido por quienes detentan poderes estrechamente ligados a las economías ilegales; otros han abordado la relación entre las políticas de desregulación del mercado cafetero y la crisis desatada. En todos los casos, la experiencia del Eje Cafetero ayuda a comprender e invita a estudiar las relaciones entre las economías regionales, las políticas de desarrollo a escala global, los intereses estratégicos de los actores armados y las dinámicas diferenciales del conflicto armado en Colombia.

En el marco de la firma, en el año 2016, de los acuerdos de paz entre un sector de las guerrillas y el Gobierno Nacional en representación del Estado, la creación del Sistema Nacional de Justicia Transicional, en particular la creación de una instancia regional encargada de indagar en los temas de verdad, ha permitido avanzar en la comprensión de los conflictos y las violencias en los departamentos del Eje Cafetero. Una cuestión central en estas búsquedas ha sido el ir más allá del registro de las violencias y sus dinámicas, dado que también se pretende indagar y divulgar las acciones humanas y comunitarias que buscan construir alternativas de vida en medio de las adversidades. La memoria de los pueblos no puede dejar escapar las alternativas para la vida que emergen como respuestas a los problemas y que acontecen en los mismos escenarios donde se desatan las violencias.

Vale la pena advertir que los trabajos presentados a continuación son también una contribución al conocimiento de la verdad, al registro de memorias y, muy probablemente, a la búsqueda de lo que el sacerdote Francisco de Roux se ha empeñado en llamar “*La vida querida*”.

Análisis caso emblemático Municipio de Samaná – corregimiento de Florencia en el departamento de Caldas

Martha Lucía Gallego Betancourth, Julián Andrés Martínez Noreña, Julián Alfredo Marín, John Jairo Trujillo González, Gloria Neidi Moreno, Jorge Ulises Rojas Guevara, Rosalba Durán Hernández

Introducción

Florencia es uno de los cuatro corregimientos del municipio de Samaná, el cual se encuentra ubicado al nororiente de Caldas. Para el 24 de agosto de 1884 Samaná se denominaba corregimiento de San Agustín, en 1908 pasó de ser un corregimiento a ser un municipio, y en el año 1930 se autorizó que se llamara Samaná; en la actualidad cuenta con cuatro corregimientos y 179 veredas, cuya economía se centra en la producción de café, caña y la ganadería. Asimismo, presenta un alto potencial eco turístico por la belleza de sus paisajes naturales y la particularidad de su biodiversidad, tal es el caso de la selva de Florencia y la laguna de San Diego cuyas aguas provienen del río Manso y la Miel, que igualmente provee la zona de aguas termales. Sus habitantes se caracterizan por ser población con mayor predominancia campesina, trabajadora y pujante.

Desde los años setenta se presentaron episodios de violencia que amenazaban la tranquilidad del Municipio, ya que su ubicación es estratégica. Los 804 kilómetros cuadrados que componen a Samaná se enmarcan al oriente con Victoria y Norcasia, al occidente con Pensilvania y Nariño, al norte con Argelia y al sur con el municipio de Marquetalia. Para los años 80 y 90 los habitantes continuaron padeciendo estos hechos; de manera que el territorio ha sido víctima de todos los vejámenes posibles en contra de sus habitantes como son el secuestro, las minas antipersonas, ataques guerrilleros, hostigamientos, reclutamiento de menores, amenazas, desplazamiento y zozobra permanente, generados por el conflicto armado interno y los enfrentamientos por disputas sobre las tierras, el tránsito de rutas del narcotráfico y la producción de cultivos ilícitos. Así lo relata F. Mesa,

...la violencia fue migración dolor y atraso. Florencia era el corregimiento más pujante de todo el municipio de Samaná en el año 1995. Cumplió 100 años y para ese momento se destacaban unas familias que sacaban adelante al Municipio y producto de la violencia se tenían que ir. Había jóvenes que eran doctores y llegaron a ser hasta vicerrectores de universidades de Manizales. En particular, en nuestra línea de tiempo tenemos un hecho ocurrido como punto de partida de la violencia en 1980. El frente noveno de las autodenom-

minadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en una zona dentro del casco urbano, asesinaron a un cabo que era comandante de la policía, igualmente a otro agente y queda herido un civil. Ese fue como el primer hecho que se recuerda como punto de partida de alto impacto... (Comunicación personal, 28 de abril, 2019)

Igualmente lo planteó F. Mesa

...en ese tiempo esto era una flor, muy hermoso, un pueblo donde había mucho comercio. Un negocio lo administraba uno, y necesitaba por ahí siete, ocho, hasta diez empleados en un mercado. El día domingo era el día de mercado, los sábados era suave, pero el día domingo ¡uff!, en ese tiempo, después con la violencia pues todo bajó mucho... (Comunicación personal, 28 de abril, 2019)

Terminados los noventa y en los inicios del año 2000, el oriente del Departamento de Caldas fue aquejado por distintas problemáticas de índole social, entre ellas la presencia de grupos al margen de la ley en distintos municipios, corregimientos y veredas. Entre los principales grupos se encuentran las autodenominadas FARC, frentes 47 y noveno comandado por alias “Karina”, así como el frente Omar Isaza de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Estos grupos se disputaban el territorio por la siembra de cultivos ilícitos, reclutamientos de menores y las rutas del narcotráfico; durante este periodo, finalizando los años noventa y el inicio del año 2000, se presentaron una cantidad considerable de homicidios selectivos, en donde a diario se lamentaban hechos como el asesinato de un sacerdote, el personero, un candidato a la alcaldía y un gran número de campesinos de la zona.

Así lo recordó F. Mesa

...Entonces las FARC con su noveno frente es el que empieza hacer presencia. Posteriormente el frente cuarenta y siete, cuando empieza como a recrudecerse en los hechos. En los años 90 a mediados de estos van a aparecer los cultivos ilícitos y se va descomponer más el Municipio por el conflicto por masacres y desplazamientos forzados. A mediados de los 90 va hacer presencia las autodenominadas autodefensas campesinas del Magdalena medio (ACMN) comandadas por Ramón Isaza. Entonces la guerrilla ingresó por el sur de Antioquia (Argelia, Nariño) a la parte norte del municipio que es el corregimiento de Florencia y parte de Pensilvania, de esa manera fueron copando el corregimiento de Florencia, el municipio de Pensilvania, que es nuestro vecino por el costado occidental, hasta cubrir la cabecera y el corregimiento de encimadas. Esos fueron los territorios que más tuvieron presencia de las

FARC con estacionados, como se dice, con campamentos. (Comunicación personal, 28 de abril, 2019)

Puntualmente para el caso de Florencia, Toro (1992) indica que para ese año cuatro miembros de la familia de un comerciante fueron asesinados mientras se movilizaban hacia un sepelio, en la vereda La Reina del corregimiento de Florencia. Existen diversos relatos en los que habitantes indicaban que fueron obligados a sembrar coca, por lo que se convertían en blancos del conflicto desde todos los bandos. Otros habitantes del corregimiento contaron que tuvieron que sepultar a sus familiares en sus residencias y huir por temor a represalias de los diversos grupos armados como resultado de los constantes señalamientos de sostener vínculos o socorrer a la guerrilla o las autodefensas. Estos relatos fueron publicados en su momento en el periódico La Patria de la ciudad de Manizales, así como las anécdotas de algunos de los habitantes que sufrieron desplazamientos, humillaciones y un sinnúmero de afectaciones sociales. Estos hechos marcaron la desafortunada historia de violencia que a la fecha no termina, aún se pueden encontrar titulares de periódicos que anuncian el proceso de desminar zonas cercanas a escuelas, iglesias y demás lugares comunes para sus habitantes.

Así lo recordó F. Mesa

...los hombres que tomaron los frentes dirigidos por Omar Isaza fueron copando el corregimiento de San Diego y de Berlín y una parte de la cabecera que es la límite con el municipio de la Victoria por el río la Miel, lugar donde es ahora el embalse de la hidroeléctrica miel. Entonces fuimos quedando en medio de esos fuegos cruzados de estos dos, de estos grupos irregulares. Hubo zonas que tenían más el cruce de fuegos, como por ejemplo en el corregimiento de San Diego en la vereda el Congal, en la cual hubo unos hechos particulares. En el corregimiento de Berlín los campamentos de los paramilitares estaban más afincados entre San Diego, Norcasia, Marquetalia y parte de la cabecera, mientras que los campamentos de las autodenominadas FARC estaban más ubicados entre Florencia, Encimadas y parte de la cabecera, importante los municipios circunvecinos. Si nos vamos al registro de la unidad de víctimas el municipio de Samaná tiene 27, 28.000 habitantes y las víctimas registradas son un poco más de 21.000, los cuales representan el 85% de la población; es decir, este porcentaje de la población aparece registrada como víctima por distintos hechos, una víctima declara en distintos hechos... declara primero, por ejemplo, por desplazamiento, después declara por homicidio, entonces vuelven y la cuentan..." (Comunicación personal, 28 de abril, 2019)

Metodología

La investigación se enmarcó en un paradigma cualitativo, cuyos fundamentos ontológicos se basan en una lectura de realidad social desde la mirada histórica, relacional, dinámica, cambiante y particular, que se integra a procesos complejos y amplios en clave del aspecto económico, político y cultural (Badilla, 2006). Se definió como diseño el estudio de caso, que se caracteriza por ser el resultado de una reflexión sistemática y permanente desde las experiencias de los sujetos, para aportar diversas perspectivas frente a los hechos ocurridos. Este diseño utiliza la experimentación, es decir, se constituye en estudios pre experimentales y puede valerse de las diferentes herramientas de la investigación mixta. Para el caso específico, se presenta la reconstrucción del caso desde la perspectiva de algunos habitantes del corregimiento, así como de familiares y amigos de las víctimas, quienes presenciaron los hechos (Hernández, Fernández y Baptista, 2014). El análisis de los datos obtenidos se realizó con énfasis en lo descriptivo-interpretativo a partir de la recuperación de experiencias de los actores sociales vinculados en los hechos, en especial los policías, familiares y habitantes del corregimiento, víctimas directas e indirectas. Tal como lo menciona Molina (2010), la reconstrucción de memoria en historias de vida tiene efectos políticos y terapéuticos, genera espacios para la población participante, en donde los hechos ocurridos son parte de la historia del país y evitan su repetición. Igualmente, rinden homenaje a quienes perdieron la vida y en ocasiones los recuerdos gratos que les representaba su vida en el corregimiento, antes de las experiencias violentas. Para el proceso de recolección de información participaron seis personas que vivieron los hechos, entre los que se encontraban policías en uso de buen retiro, habitantes, líderes comunitarios, víctimas indirectas de las personas fallecidas en diferentes hechos violentos ocurridos en el Corregimiento. Las técnicas de recolección de información aplicadas fueron la revisión documental y la entrevista a profundidad, definida por los encuentros cara a cara con los informantes. Esta última nos ayudó a comprender las perspectivas de realidad de los participantes del estudio en relación con el fenómeno a indagar. Por medio de esta técnica se pretendió recuperar las experiencias y situaciones, tal como las expresaron los actores sociales con sus propias palabras (Taylor y Bogdan, 2010).

Los participantes de la investigación fueron habitantes del corregimiento vinculados de manera voluntaria, policías en uso de buen retiro quienes vivieron los hechos y víctimas indirectas de la violencia. En total se realizaron 30 entrevistas semiestructuradas, de las cuales 20 fueron retomadas por la consistencia de los datos con otros suministrados por otras fuentes como la revisión documental. Las preguntas de la entrevista se centraron en los

siguientes aspectos antes, durante y después, representadas en ¿cómo era el corregimiento antes del periodo donde se agudizó la violencia?, ¿cuáles fueron las afectaciones generadas por el ataque guerrillero?, ¿cómo fue el proceso de recuperación del corregimiento?, y la reconstrucción de los hechos ocurridos en el ataque guerrillero del año 1999. Igualmente, surgieron otra serie de preguntas para complementar la información.

Mediante la técnica de la revisión documental, se realizó la verificación de la información disponible en internet sobre los hechos ocurridos por medio de videos, notas periodísticas e información de entidades, entre otros. Esta información fue analizada y sistematizada para el registro de los datos. En este sentido, tal como lo plantean Ciro y Caro-Lopera (2020), la memoria histórica constituye una herramienta esencial para la apropiación de las comunidades de su entorno presente y futuro; a su vez, permite analizar mediante posturas críticas-propositivas los hechos e identificar capacidades y fortalezas en el presente, así como la promoción de derechos humanos y la importancia de los procesos democráticos.

Resultados

Según los recuerdos de los habitantes del Corregimiento y su sustentación, es posible argumentar que a finales de los años noventa y al inicio del año 2000 las acciones de los diversos grupos al margen de la ley incrementaron. Esto menguó la participación ciudadana y comunitaria del Corregimiento y limitó la interacción entre vecinos y habitante del lugar, producto del temor fundado a causa de los asesinatos selectivos de actores representativos. Así como lo indicaron algunos de los participantes, las acciones violentas se venían presentando desde años atrás, especialmente por parte de aquel que comandaba los frentes novenos y 47 de las FARC, a quien en un principio llamaron “Moncholo” y posteriormente alias “Kadafi”.

En aquel entonces estos grupos le quitaron la vida a un policía en una vereda cercana al casco urbano del corregimiento de Florencia. Asimismo, en el año 1999 ocurrió un ataque guerrillero que derribó la estación de policía; igualmente, las residencias vecinas y la iglesia quedaron afectadas, al punto que una señora de nombre Isabel falleció allí cuando pretendía refugiarse. Como lo planteó A. Zuluaga,

La primera vez que llegaron los paramilitares aquí fuimos acusado que éramos colaboradores de la guerrilla, lo cual nos dolió mucho; a su vez, otro

hecho que afectó mucho al pueblo fue que nos mataran a un señor de una tienda, cogieron y lo amarraron acá en el parque y delante de todos ocurrieron los hechos. (Comunicación personal, 20 de abril, 2019)

En estos apartes se evidencia lo planteado por Acosta (2019), quien argumenta desde la perspectiva de los sobrevivientes que, pese al paso del tiempo, estos siguen sintiendo temor por retaliaciones producto de las historias que comparten, así como situaciones traumáticas asociadas con la representación de la violencia. Respecto al caso que se reconstruye en el presente artículo, los relatos de los participantes coinciden con que todo comenzó por una llamada al comandante de la Estación de Policía, en la que le indicaron que tuviera cuidado porque al ingreso del corregimiento habían identificado personas con uniformes que se encontraban armadas. Es así como el sargento comandante de la Estación decidió ir con cuatro policías a verificar la situación y se encontró de frente con los guerrilleros quienes iniciaron un ataque, el grupo de guerrilleros se encontraba a pie. Posteriormente llegó un bus escalera, conocido como “chiva” con más integrantes de las FARC; al mismo tiempo la ambulancia del puesto de salud transportaba otros miembros del mismo grupo.

El día 18 de mayo de 1999, entre las 4:00 o 5:00 pm, ocurrió uno de los muchos días de terror que vivieron los habitantes del corregimiento de Florencia. Un ataque al servicio de policía del corregimiento duró más de 12 horas, según indican sus habitantes. A su vez, estos expresaron que los guerrilleros iniciaron disparando contra el comando de policía del corregimiento de Florencia, en el que laboraban 24 uniformados. Estos últimos respondieron de manera aguerrida a dicho ataque con los recursos con los que contaban en ese momento, soportando el ataque por la cantidad de horas. Igualmente, a causa de los improperios generados por el uso de las armas no convencionales cuatro de los policías resultaron afectados por la acción y pérdida de la vida de un habitante del Corregimiento. Finalmente, este hecho dejó como resultado cuantiosas pérdidas materiales representadas en daños a inmuebles públicos y privados. Así lo mencionó F. Moreno

...en el inicio del ataque estábamos jugando fútbol cinco compañeros, pues según dijo el sargento Giraldo, Dagoberto Giraldo Martínez que era el comandante de la estación recibió una llamada de un civil, porque de todas maneras allá había amigos de los policías. Entonces recibió una llamada y le dijeron que mucho cuidado que a la entrada del Pueblo saliendo para Samaná había un grupo de personas armadas con uniformes de soldados y de policías. El sargento fue con cuatro policías más a verificar la información y ahí fue cuando se encontraron de frente y empezó el ataque por decirlo así. Supuestamente ese grupo estaba a pie y después de un rato apareció una chiva con otro

grupo de guerrilleros e igualmente la ambulancia del puesto de salud, transportó más unidades de la guerrilla y empezaron a coparnos por todas partes, entonces supongo que andaban a pie, en el bus chiva y en carros particulares y la ambulancia... (Comunicación personal, 28 de abril, 2019)

En ese momento, cerca de 200 guerrilleros emplearon armas no convencionales tales como cilindros con pequeñas piezas metálicas (metralla), explosivos impregnados de materia orgánica y armas de gran poder destructivo. Parte de estas piezas impactaron sobre la iglesia, la casa cural y las oficinas del banco agrario, afectando al comando de policía del lugar y otras 25 viviendas del corregimiento. Igualmente, perjudicaron el sistema de electricidad dejándolo inservible. Así lo mencionó F. Mesa

...en 1999 fue como la segunda acción guerrillera que desplazó a la policía de tajo, porque en la del año 96 la policía se mantuvo, pero en la del año 99 el accionar fue tan cruel que hubo cilindros bomba y se impactó por ejemplo la iglesia. La iglesia en Florencia es muy bonita y quedó averiada, incluso al interior del templo hubo una señora que murió al parecer porque se cayó una imagen o algo así... (Comunicación personal, 20 de abril de 2019)

En la presente investigación se buscó aportar al derecho a la verdad en el esclarecimiento de los hechos, con el propósito de buscar que no se repita lo ocurrido y lograr medidas de satisfacción para las víctimas. Los resultados buscan promover el “no olvido” y atender la deshumanización que generó el conflicto, dado que en muchos casos se pierde la empatía frente a las víctimas. Asimismo, aportar a la reconstrucción de un hecho del que surgieron muchas voces, ya que cada habitante vivió alguna de estas historias que tuvieron consecuencias nefastas en su vida personal, familiar y emocional. Es importante que estos relatos no queden solamente en cifras, sino también en la historia de vida de los seres humanos que, desafortunadamente, padecieron de manera directa los hechos.

Los ataques ocurrían desde algunas de las residencias de los habitantes del corregimiento, donde los guerrilleros se escondían para disparar en contra de los policías. Sobre los hechos ocurridos en el año de 1999 algunos de sus habitantes manifestaron:

... ellos ya tenían pues, me imagino, sus puntos y se escondían en las casas a dispararle a la policía. Se pudo evidenciar, a partir de los relatos, que el ataque se dio de la siguiente manera: se escondieron en una casa, detrás de un portón y de ahí, le dispararon a la policía. (Castaño, comunicación personal, 01 de noviembre, 2018)

En palabras de A. Zuluaga

...viví las crisis, los dos ataques guerrilleros en este Pueblo, la primera fue muy dura, porque uno no estaba acostumbrado a esos ataques y atropellos. A pesar de que yo fui militar, no sentí tanta presión como la sentí ese día, la primera no fue tanta. La segunda fue más dura porque fue con pipas, cilindros de gas que son muy fuertes y tan duro. Eso fue en el año 99, en ese ataque guerrillero no hubo bajas de la policía, no hubo muertos, porque esa gente estaba ya más o menos, bien prevenida. A los días de esos, esos ataques guerrilleros empezaron a verse las circunstancias, mataron un primo hermano mío, se lo llevaron, lo mataron en la salida, muy duro. Transcurrieron cosas muy malucas porque nosotros no estábamos acostumbrados a esa presión, a coger ya otro mando. El que comandaba ese frente de las FARC en ese tiempo era el otro que estuvo acá, "Rojas", que masacró varias personas de acá. Para uno es muy duro, ósea retroceder a ese tiempo es muy duro, eso para el que lo ha vivido es bravo, yo creo que yo no aguantaría otra presión de esas. Para contrarrestar el ataque guerrillero mandaron ese helicóptero artillado, eso le prendió duro, estaban acá cuando explotó la primera pipa, la metieron en toda la esquina del colegio, un colegio viejo, ya ahora hay un colegio nuevo, eso quedó, la honda sonora desbarato casi el techo de mi casa, quedamos sin luz, se prendió el techo, la policía estaba muy prevenida, gracias a Dios, eso hubo un combate de cuatro de la tarde a más o menos cuatro y media o cinco de la mañana, ayudó mucho que toda la noche llovió...(Comunicación personal, 29 de abril, 2019)

El retorno de la fuerza pública al Corregimiento se dio en el año 2004, tiempo en el que nuevamente la Policía Nacional fue blanco de las FARC. Un joven auxiliar de policía, oriundo del municipio de Samaná-Caldas que se encontraba en el parque principal en las gradas de una cancha deportiva ubicada al frente de la estación de policía, fue asesinado. Este hecho coincide con el relato mencionado por uno de los habitantes. Igualmente, esa misma noche, mientras se realizaba la velación del uniformado fallecido, se presentó un hostigamiento a la estación de policía en Samaná-Caldas.

Por medio de los relatos de los habitantes fue posible contactar a la madre del auxiliar Estrada, nacido el 9 de diciembre de 1985 y asesinado por las FARC en junio del año 2004. Según indicó la madre, el joven cumplía de manera valerosa su servicio militar hasta que lo asesinaron.

En el año 2004 los guerrilleros se escondían en las casas a dispararle a la policía y así hicieron, se escondieron en una casa en un portón y de ahí

le dispararon a la policía y pues...él quedó solito, ahí tirado pidiendo ayuda. Él había solicitado permiso al comandante del grupo que estaba con él, en el parque que si lo dejaban irse, pero cerca, a ver un partido de unas niñas pero ahí mismo ósea, en el momento que se pararon ahí, a él le dispararon. Se dice que era costumbre de la Policía pararse allí a ver jugar las niñas, ya conocían sus rutinas. Esa noche desafortunadamente se paró mi hijo y le dispararon, en una bala, que supuestamente tenía cianuro, cuando ya lo llevaron allá al puesto de salud no tenía signos vitales. Él era una persona muy alegre, pues con muchos sueños, tenía muchas ganas de salir adelante, tenía amigos allá. Un día lo llamé y él me dijo que se encontró con niñas de allá, amiguitas de él, porque él iba a jugar fútbol allá. Entonces ellas le decían: “No se nos arrime que usted está uniformado”, en ese tiempo era prohibido hablar con ellos. Esa noche del velorio de mi hijo, eran aproximadamente como las 10:00 o 10:30 de la noche, yo estaba en la funeraria en Samaná-Caldas, esa funeraria estaba repleta, estaban los compañeros de él, y entonces ocurrió otro hostigamiento de la guerrilla en el comando. Como la funeraria quedaba al frente de la estación de policía todo fue muy confuso, todo el mundo se tiraba encima de las flores y todo caía al suelo. La Policía empezó ya evacuar, a enviar la gente que se fuera, contra las paredes para irse. Yo obviamente no me quería venir, pero pues me insistieron que me tenía que venir por seguridad. Y ya como a las eso de las tres de la mañana me dejaron regresar, yo les pedí por favor que si cuando ya estuviera más calmado podía volver y me dejaron volver y pues ya amanecí sola con mi familia y con él solitos ahí frente al policía. (C. Estrada, comunicación personal, 29 de abril, 2019).

Afectaciones que presentaron las víctimas directas e indirectas frente a los hechos

Pese a la magnitud de los hechos y a que los miembros del grupo guerrillero superaban numéricamente a los policías, además de que el accionar armado se extendió durante toda la noche del 18 de mayo en franca desventaja respecto al ataque de los policías adscritos a dicha estación, los uniformados respondieron con valentía para defender a la población. Allí falleció una mujer habitante del Corregimiento que, a causa de las explosiones, se resguardó en la iglesia.

Lo afirmado por el funcionario en uso de buen retiro de la Policía Nacional y quien sufrió un ataque guerrillero sirve como argumento para dar cuenta del objetivo planteado en la presente investigación.

Personalmente yo no tengo ninguna secuela ni tampoco mi familia. El tema ya está superado, y en cuanto al perdón, pues eso ya ha pasado mucho tiempo.

po, uno ni siquiera conoce esas personas, de pronto los más mentados, pero eso ya es pasado. (E. Moreno, comunicación personal, 30 de abril, 2019)

Además, añadió con relación a sus compañeros de trabajo de aquella época: “Que yo sepa ninguno de los compañeros quedo con secuelas o traumas, ya lo superamos y continuamos la vida con normalidad, pues ya estábamos acostumbrados a vivir en medio del conflicto (E. Moreno, comunicación personal, 30 de abril, 2019).

El periódico La Patria de la ciudad de Manizales el día jueves 20 de mayo de 1999 hizo una publicación refiriéndose a estos hechos y sus nefastas consecuencias, la cual titularon “Heridos un sargento y cinco agentes, fallece una señora que se resguardo en la iglesia”. Sin embargo, en la subestación de policía Florencia no reposan archivos que puedan establecer las secuelas de los policías y sus familias, asimismo, quedan pocos uniformados que puedan dar testimonio de lo vivido. Los entrevistados coincidieron en que el tema está superado.

En el caso de la madre del auxiliar de policía, según lo expresó en sus relatos, es un proceso que aún no terminado:

...nunca fuimos la familia que éramos después del asesinato de mi hijo. Cambié mucho con mis otros hijos, fue muy difícil... no quería que me hablaran, si ve no quería nada y ellos hablaron con mis hermanas y ellas me decían que aún quedaban ellos, yo no quería nada...no me gusta que me toquen el tema. (C. Estrada, comunicación personal, 29 de abril, 2019)

Asimismo, fue posible identificar desde la investigación diversas iniciativas de paz surgidas por parte de los habitantes del Municipio de Samaná. Estas iniciativas tuvieron gran impacto en el territorio, donde se organizaron para reconstruir la memoria histórica del municipio y los corregimientos, y generaron aportes en los procesos de reparación simbólica. Esta agremiación es llamada FUNDECUS (Fundación para el Desarrollo Comunitario de Samaná).

En cuanto a las afectaciones materiales, el periódico La Patria registró:

Destrucción de seis residencias, la caja agraria, la casa cural, el colegio, el comité de cafeteros, y la estación de policía, resultado de 12 horas del feroz ataque de la guerrilla que sin embargo no pudieron derrotar la Fuerza Pública atrincherada.

En los relatos es evidente que se vulneró la integridad de hombres y mujeres víctimas del conflicto armado, no solo desde una dimensión física sino también psicológica. Respecto a la reparación de las víctimas, los habitantes en general manifiestan que no se han generado procesos de reparación por parte del Estado. Las iniciativas que han surgido se han dado por el interés de la comunidad en recuperar sus tierras y su contante pujanza para seguir luchando por sus familias que, aún con dificultades, han logrado continuar en medio de las adversidades y amenazas.

Respecto a las capacidades de la Policía Nacional para responder al ataque guerrillero, un policía en uso de buen retiro que vivió refirió

Yo digo que donde no hubiéramos tenido el apoyo del avión fantasma o del helicóptero arpía nos hubieran copado completamente, de hecho, en la zona alta de Florencia el avión fantasma iba y venía porque ellos tenían que abastecerse nuevamente de munición y de combustible, porque fue un combate de doce horas. Entonces se iba el avión fantasma y llegaba el helicóptero, yo vi que desde una montaña le tiraron al helicóptero arpía un roquetazo. Esa época recuerdo teníamos el fusil Galil 5.56, granadas, munición, lanza gas lacrimógeno, porque M60 o algo así de apoyo fuerte, no. (E. Moreno, comunicación personal, 30 de abril, 2019)

El entrevistado con relación al apoyo de la Policía Nacional o del Ejército expresó

Durante el ataque mediante el apoyo de las aeronaves y posteriormente sí llegaron. Llegaron como a los dos días al pueblo, que ahí fue cuando por orden presidencial decidieron levantar la estación, ya sacamos lo que pudimos y arrancamos para la base distrito Dorada. (E. Moreno, comunicación personal, 30 de abril, 2019)

Igualmente precisó que el corregimiento de Florencia- Caldas contaba “con una subestación de policía integrada 25 policías y usted va en este momento y hay 6 policías” (E. Moreno, comunicación personal, 30 de abril, 2019).

Con relación al apoyo recibido por los policías atacados en Florencia, el periódico La Patria del día 19 de mayo de 1999 indicó lo siguiente: “Llegaron refuerzos de la base aérea de palanqueros, ubicada en puerto salgar Cundinamarca” (E. Moreno, comunicación personal, 30 de abril, 2019). Un dato importante entregado por un entrevistado es que en el corregimiento había sido creada “una junta de paz, que la organizó el padre Arley, que lo mataron, lo masacraron yendo para Samaná, la formó él y fueron hablar y lo soltaron, por solo cargarle el mercado al ejército” (E. Moreno, comunicación personal, 30 de abril, 2019).

Según los relatos de las víctimas del conflicto armado, en especial el entrevistado

El ejército empezó a entrar, a pesar de que siempre entraban atropellando muy maluco, porque supuestamente todo este pueblo era guerrillero. La verdad uno no sabía a quién, a quien tenerle más miedo, si con el Estado o la guerrilla, porque aquí entro un batallón pero daba, daba miedo. (A. Zuluaga, comunicación personal, 28 de abril, 2019)

Proceso de recuperación del corregimiento

Sostiene el entrevistado A. Zuluaga que “desde el ataque guerrillero del año 99 nos quedamos sin policías, dos grupos guerrilla y autodefensa empezaron a atacar el pueblo. Llegaban y estaban tres días y luego llegaba el otro” (comunicación personal, 28 de abril, 2019). Asimismo, indicó que los policías antes del año 1999 “hacían muchas actividades cívicas, trabajaban con la comunidad, los querían” (A. Zuluaga, comunicación personal, 28 de abril, 2019). La fuente también expresó que

Cuando regresó el ejército eso fue un domingo en pleno mercado; primero bombardearon el morro porque dijeron que estaban minados y las tropas desembarcaron más abajito del hogar y en ese momento había guerrilla aquí, cuando sintieron helicópteros empezaron a irse y el ejército ya retomó acá y desde eso no volvieron acá. (A. Zuluaga, comunicación personal, 28 de abril, 2019)

Por otra parte, el periódico La Patria (1999) publicó que

...veinte cinco policías resistieron valerosamente durante cinco horas, un ataque guerrillero del corregimiento de Florencia, jurisdicción del municipio de Samaná (...) los sediciosos, unos 150 en total, fuertemente armados, ingresaron al casco urbano desde las ocho de la noche en pequeños grupos y se fueron distribuyendo y ubicando estratégicamente en el reducido espacio urbano hasta lograr un completo control de la población. Dos horas después, iniciaron un ataque contra el cuartel de policía, utilizando rockets, fusiles R.15 y otras armas de largo alcance.

Por otra parte, fue posible encontrar lo publicado por el periódico La Patria el día jueves 20 de mayo de 1999:

Un apoyo de 40 policías intentaron entrar en dos camionetas ford 350 y cinco camionetas pick up una camioneta Mazda, dos Nissan y dos Toyota, fueron emboscadas en el alto de san juan, vereda la Mencia, entre Florencia y Berlín, así mismo el avión fantasma sobrevoló el alto de San Juan, haciendo semicírculos para proteger el personal que ingresaba a prestar el apoyo en Florencia, no obstante la patrulla de policía se regresó hacia Berlín corregimiento de Samaná ubicado a 25 minutos en carro desde Florencia. (La Patria, 1999)

Al pasar de los años, todavía persisten los relatos que recuerdan estos tiempos cruentos y que evidencian temor. Una entramada de actores que, de alguna forma, presentía, pero que solo el tiempo lo ha puesto sobre la mesa, como el caso del sacerdote, que fue acusado de colaborado de las FARC.

Conclusiones

De acuerdo con la información recolectada para el estudio, los policías que estuvieron presentes el día del ataque guerrillero no presentan secuelas físicas ni psicológicas, dado que consideran que ha transcurrido mucho tiempo y, por lo tanto, creen que son hechos pasados y en su mayoría materiales. Sin embargo, para los habitantes del Corregimiento las secuelas son permanentes, a causa de los cambios drásticos generados en su historia de vida personal y familiar.

Asimismo, se evidenció apoyo por parte de la comunidad, así como afecto y acogida del regreso de las entidades del Estado. Según lo expresado, al momento de regresar el Ejército Nacional y la Policía fue toda una fiesta para el Corregimiento y desde allí comenzaron a trabajar articuladamente para lograr el progreso del mismo, conjuntamente con la comunidad.

El estudio permitió evidenciar los hechos conculcadores de derechos humanos en el marco del conflicto armado colombiano y las afectaciones que a raíz de este han tenido que soportar los policías, sus familias y habitantes del corregimiento, lo cual constituye elementos en la construcción de la memoria histórica del Estado colombiano.

El trabajo conjunto de las comunidades en pro de recuperar la memoria histórica y potenciar las capacidades de los territorios fue notorio. Tal es el caso de FUNDECUS, así como las iniciativas lideradas por Colombia Científica “Hilando capacidades” impulsado por diversas universidades y entidades de la región.

Igualmente, es necesario dar continuidad a los procesos de reconstrucción de memoria del conflicto como aporte significativo al esclarecimiento de la verdad y la reconstrucción del conflicto armado y, en ese sentido, apuntar a la reparación integral de las víctimas institucionales y sus familias. Profundizar en aspectos relacionados con la vulneración de las normas internacionales de Derechos Humanos y de Derecho Internacional Humanitario en aporte significativo a la verdad, la justicia y la reparación simbólica, así como de la reconstrucción de la memoria histórica del conflicto armado por el que ha atravesado el Estado colombiano.

Dentro de este proceso es evidente el interés y apertura de la comunidad a las apuestas que aporten al desarrollo de social, ambiental y económico de la región. Este aspecto es visible desde la apertura ante las apuestas a desarrollarse por parte de las entidades gubernamentales y no gubernamentales. Según manifiestan sus habitantes, hay un interés de regresar al Municipio y a los corregimientos como tal, pese a que a la fecha aún se ven brotes de violencia y esto producto de las iniciativas sociales, así como podría decirse confianza en las instituciones.

Chilito (2018) menciona como la gobernanza puede darse desde las mismas comunidades a partir de su participación y su búsqueda por generar desarrollo en su comunidad. Podría pensarse que producto de la insuficiente presencia del Estado en dicha comunidad fue necesario generar acciones de gobernabilidad conjunta para responder a las necesidades de la población, desde la fecha de la acción guerrillera del año 1999 hasta el año 2006, año en que retornó el personal de la policía a dicha población. En cierta medida, la presencia de los uniformados era la única representación del Estado en esta zona en el periodo que, según indicaron los habitantes, estuvo marcado por el constante ingreso de diferentes grupos armados y el abuso en contra de las comunidades. Este hecho fue motivo de alegría para el Corregimiento debido a que se promovió la esperanza y la inversión en diversos negocios de consumo para sus habitantes, quienes relataron este hecho de la siguiente manera: “...fue toda una fiesta. Inicialmente los habitantes se asustaron porque ingresaron bombardeando algunas zonas, con el fin de verificar que no hubiese posibles explosivos... y luego los recibimos de manera efusiva todos los habitantes...”.

Se evidenció igualmente que las acciones de los grupos de autodefensas y de la guerrilla fueron progresivas y se fueron fortaleciendo en la medida en que se hacía visible la escasa intervención integral por parte del Estado. Por lo tanto, las acciones de intervención social eran dirigidas a la comunidad rural de bajos recursos y con escasas garantías de desarrollo, quienes eran presa

fácil para sus intereses mediante incentivos económicos o la preservación de su propia vida o la de familiares.

Asimismo, se requiere generar políticas de intervención rural, en donde se garanticen condiciones básicas como pensión, salud integral, educación superior, entre otras oportunidades básicas para dicha población propiciando su permanencia y la de próximas generaciones en el sector rural, similar a modelo de sistema de protección social de las zonas rurales de países como China.

Los procesos de reparación de las víctimas deben ser integrados y planificados. Se evidencia que las acciones que se generaron con las víctimas indirectas de los casos presentados en el presente documento muestran acciones desarticuladas por parte de diversas entidades e instituciones. Esta situación probablemente incide al considerar que no se generaron procesos de reparación integral desde todas las dimensiones humanas. Esto es comprensible si se tienen en cuenta dichos hechos que generan daños irreparables en la vida de las víctimas.

Referencias

- Acosta-López, M. (2019). Gramáticas De La Escucha - Aproximaciones Filosóficas A La Construcción De Memoria Histórica. *Ideas y Valores*, LXVIII (5),59-79.
- Alonso-Parra, S. (2014). *Experiencias pedagógicas que promueven la memoria histórica en España y Argentina como referente para la reparación de las víctimas en un proceso de reconciliación nacional Colombiano*. [Tesis de pregrado Universidad Nacional abierta y a distancia UNAD].
- Badilla-Cavaría, L. (2006). Fundamentos del paradigma cualitativo en la investigación educativa. *Pensar en movimiento: Revista de Ciencias del Ejercicio y la Salud*, 4(1), 42-51. DOI 10.15517/pensarmov.v4i1.411.
- Ciro, L. F. & Caro-Lopera, M. A. (2020). Tendencias de investigación en memoria histórica y sus desafíos pedagógicos en Latinoamérica. *Educación y Educadores*, 23(3), 402-424.
- Chilito-Piamba, E. A. (2018). Participación comunitaria, gobernanza y gobernabilidad. Experiencias de construcción de paz en el departamento del Cauca, Colombia, y su aporte al posconflicto, el caso del corregimiento de Lerma. *Estudios Políticos*, (53), 51-72.

Hernández-Sampieri, R., Fernández-Collado, C. y Baptista Lucio, M. (2014). *Metodología de la investigación*. McGraw-Hill.

La dejaron sin finca por haber sembrado coca en Samaná. (22 de noviembre 2016). *La Patria*. Recuperado de <https://www.lapatria.com/sucesos/la-dejaron-sin-finca-por-haber-sembrado-coca-en-samana-331475>.

Taylor, L. K. (2012). Relaciones entre la violencia, salud mental, participación ciudadana y actitudes hacia la justicia transicional en la Costa Caribe de Colombia. *Palabra que Obra*, 12(12), 166-182. <https://doi.org/10.32997/2346-2884-vol.12-num.12-2012-148>.

Taylor, S. y Bogdan, R. (2010). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Book Print.

Toro, G. (1999). Mujer murió en iglesia atacada por las FARC en Florencia. *El Tiempo*.

Toro, G. (1992). Muertas 4 personas que iban a un sepelio de la familia Medina en Florencia Caldas. *El Tiempo*.

Wilches, I. (2010). Lo que hemos aprendido sobre la atención a mujeres víctimas de violencia sexual en el conflicto armado colombiano. *Revista de Estudios Sociales*, 36, 86-94. <https://doi.org/10.7440/res36.2010.08>.

Encuadre del detalle para las narrativas teatrales de la violencia en Colombia 1988-2009

Nathalie Forero Perdomo / Universidad Andina Simón Bolívar

Introducción

Una imagen con elementos variados está más alejada de quien enfoca, puede decirse que tiene una perspectiva vertical, distante y por tanto jerárquica, en la medida en que da cuenta de la institución a la que pertenece. Por su parte, la imagen nítida de un rostro es más cercana y explícitamente encara, acerca e interpela el rostro que la mira. En este sentido, la perspectiva del rostro es horizontal, cercana y resulta como “una profunda lección de humanidad –aunque sea como parcela–” (Didi-Huberman, 2014, p. 261), en donde se pone el acento en lo común de dicha parcela más que en su componente singular.

Para tal efecto, Didi-Huberman (2014) propone dos formas de exponer la humanidad como parcela de acuerdo con el tipo de encuadre: en su ausencia y su presencia. Cada tipo de encuadre tiene distinta relación con la imagen y su intención. El encuadre ampliado permite una especie de montaje (Didi-Huberman, 2014, p.36), en el que la humanidad es un elemento más del encuadre. Esto es lo que Didi-Huberman (2014) sugiere como un *encuadre institucional*. Por su parte, un *encuadre del detalle* es más cercano, la distancia de quien enfoca y captura la imagen se reduce al encontrar el rostro, allí se advierte la humanidad como fuerza que se resiste a desaparecer y clama su permanencia, su fuerza vital (Didi-Huberman, 2014, p.37). Esta presencia permite el diálogo que reconoce el rostro devolviendo humanidad.

El impacto del encuadre del detalle analizado por Didi-Huberman resulta necesario para señalar la dignidad del ser humano, en tanto que expone a aquellos personajes vulnerables, les otorga participación y, de algún modo, los sitúa en la composición de la imagen como protagonistas. En últimas, rescata espacios no institucionales que permiten a los pueblos ser enfocados no como figurantes, sino como actores en escena. En tal contexto, las narrativas teatrales de la violencia en Colombia se refieren a la materialidad textual de tres obras de teatro que coinciden cronológicamente en su publicación, con acontecimientos violentos desde finales del siglo XX hasta la primera década del siglo XXI en Colombia.

Estas narrativas teatrales de la violencia son: *El paso* (1988) creación colectiva del Teatro la Candelaria; *Gente sin rostro* (1992) del dramaturgo Mario Yepes Londoño y *El deber de Fenster* (2009) de Humberto Dorado y Matías Maldonado. Estas piezas dramáticas ponen en escena la aparición del fenómeno del paramilitarismo y su coalición clandestina con agentes del Estado como prácticas estatales que diluyeron la frontera entre lo legal y lo ilegal, interrumpiendo tácitamente la relación dialógica entre la sociedad y el Estado colombiano.

Para analizar las narrativas teatrales de la violencia en Colombia, es pertinente enfocarnos a partir del encuadre del detalle con la intención de otorgarles palabra a sus personajes a partir de los aspectos que las obras de teatro revelan en la dinámica Estado y sociedad. De esta manera, es posible percibir en ellas el surgimiento de nuevos agentes del Estado, el carácter ambiguo de la legalidad e ilegalidad en sus prácticas, junto a la legitimidad estatal como máximo nivel de control social. Asimismo, es posible observar el tipo de relaciones dialógicas que la sociedad recibe del Estado.

La dimensión artística de estas narrativas teatrales implica no solo comprometer a aquellos personajes con sus luchas diarias frente al drama del conflicto, sino a exponerlos en escena; asimismo, lo compromete a uno mismo como creador y espectador a desplazarse hacia ellos y a confrontar sus maneras de tomar figuras, sus modos de tomar la palabra y de enfrentarse a la vida. (Didi-Huberman, 2014, p. 196)

Esta situación se puede identificar en *El paso*, cuando en la carta dirigida a la hermana Chela le cuenta sobre el arreglo de la carretera. Esto supone la intercomunicación necesaria pero escasa entre lo rural y lo urbano, y el tránsito de grupo de pasajeros en taxi por un lugar remoto.

Por otra parte, en *Gente sin rostro* es claro el fenómeno “modernizante” del desplazamiento del campo a la ciudad y el establecimiento de sectores de invasión en los márgenes de las ciudades junto a las nuevas dinámicas, en las que se ven involucradas las nuevas generaciones. Esto implica el tránsito de familias campesinas a las lógicas ciudadinas, causado, puntualmente por el narcotráfico, como lo expresa el tendero Roberto cuando habla con los Muchachos, Jaime y Pedro:

Ustedes los jóvenes se criaron aquí, en estos ranchos, pero nosotros los viejos vinimos del campo, de muy lejos. Y de allá nos tuvimos que venir; allá estábamos en medio de las balas de todo el mundo: de la guerrilla, pero también de los terratenientes y de su ejército, el ‘Ejército Nacional’. Nos escapamos,

pero la violencia se vino con nosotros y aquí también había dueños de la tierra donde nos asentábamos. (Yepes, 1992, escena 5)

Igualmente, El municipio de Trujillo en *El deber de Fenster* sigue siendo el terreno rural donde el modo de vida al momento de la masacre seguía siendo tradicional. En su mayoría, los habitantes de este municipio eran recolectores de mora y ebanistas. Asimismo, existían incipientes microempresas gestionadas por el Padre Tiberio que quedaron olvidadas a causa de la violencia.

En este sentido, el choque histórico entre tradición y modernidad estuvo mediado por el desafío modernizante que hace comprensible que el Estado colombiano, en su etapa de modernización política y económica, pusiera a su disposición nuevas técnicas de control social e innovara en su capacidad de dominación con agentes a su servicio. Estos últimos robustecieron la imagen de Estado poderoso, con la capacidad de responder a la divergencia y a la movilización social, sin que ello lo responsabilizara de actuaciones a un alto costo político. En suma, el Estado actuaba en defensa de su propio régimen político.

A partir de este proceso modernizador se fortaleció la seguridad con la que se debía proteger el Estado tanto del enemigo externo (el Comunismo), como del interno (la insurgencia) sin ninguna distinción, compitiendo de esta forma por la regulación social y protegiendo los intereses privados de la élite nacional. Así, su forma de actuar fue represiva, clandestina, silenciosa y a la vez oficial y cívica.

De esta manera, en su tarea abarcadora, la modernidad construyó agentes implacables, aliados de la lucha contrainsurgente y contra los que lideraran manifestaciones, inconformidades, solicitudes y alternativas de cambio. Dichos agentes están personificados en los dos extraños de *El paso*, en el Ejército y la Policía en *Gente sin rostro* y en narcoparamilitares, Fuerza Pública y élites locales en *El deber de Fenster*.

El silencio impide el diálogo, acalla la conversación, interrumpe la comunicación; es de este modo como se desarrolla *El paso*. Su construcción, en gran medida gestual, es lo que revela su narrativa teatral principalmente didascálica; es decir, de acotaciones escénicas que dirigen el momento de actuación de los personajes en cada escena, o bien, nombra a los personajes indicándoles su momento de entrar al diálogo. Así, las didascalias son la parte contextual del texto teatral. Al respecto, Ubersfeld (1989) comenta que en el teatro contemporáneo es más frecuente que las obras tengan una extensión didascálica considerable (p.17), donde el gesto es el protagonista de esta pieza teatral.

La predominancia de las didascalias sobre los diálogos en esta narrativa teatral hace tangible el silencio continuo y el poco diálogo entre los personajes. Chela, su hija, una prostituta, unos amantes, un chofer, quienes sustraídos de la sociedad presencian con asombro cómo irrumpen dos extraños, de conducta autoritaria.

Los extraños no dan cabida a ningún tipo de diálogo, están armados, trafican balas de fusil, su relación es con la guerra y no se encuentran en la mirada de los demás. Ellos apenas responden al interés de proteger su mercancía y de que su cometido se cumpla por medio de la amenaza y la coerción en lugares estratégicos; en este caso, un lugar de paso, marginado e incomunicado por falta de carreteras y alejado de la vida política nacional.

El autoritarismo y la ausencia de diálogo se convierten en *Gente sin rostro* en arbitrariedad y corrupción a manos del Ejército y la Policía; se puede notar en la conducta de la Fuerza Pública al allanar la casa de Juana, intimidar a su hija al cortejarla descaradamente, dejar impune la violación de Stella y ser partícipes del microtráfico de estupefacientes en el barrio.

En este sentido, *El deber de Fenster* también desvela a la Fuerza Pública en una coalición clandestina y peligrosa con narcoparamilitares, a partir del testimonio de Daniel Arcila Cardona quien narra el acuerdo entre los paramilitares y la Fuerza Pública en Trujillo, dice:

Allí se encontraba una contraguerrilla del ejército. Ellos nos hacían señas con unas linternas y nosotros le hacíamos señas con las luces de los carros. Los soldados bajaron y el capitán (sic) y se saludaron con los paramilitares y con dos sargentos que iban con nosotros en los carros. Allí coordinaron para que los soldados ayudaran en la arrecogida (sic) de la gente y le entregaron el guerrillero ... a la contraguerrilla. (Dorado y Maldonado, 2009, p.44)

Esto da cuenta de la capacidad de soborno y la impunidad que arrastra el beneficio económico del narcotráfico y su relación indisoluble con el paramilitarismo, para convencer a funcionarios públicos a cometer actos atroces contra la sociedad civil.

En este marco de impunidad y corrupción hasta la rama judicial está implicada. Tal es el caso del juez tercero de orden público Ezequiel Sanabria dado que, poco después de que las declaraciones fueran hechas en su despacho, fueron conocidas por los victimarios en Trujillo. Estos últimos se apresuraron a amenazar a los declarantes y sus familias. Bajo esta lógica, el juez Sanabria

solicitó un concepto médico – siquiátrico del testigo de excepción (2009, p.10) quien fue declarado con anormalidades síquicas invalidando su testimonio.

Fuerza Pública y narcotraficantes comparten un enemigo común: la insurgencia. Para esto se alían y, mediante los sobornos económicos que los narcotraficantes hacen a los militares, ambos realizan su objetivo (a través de la impunidad y el terror) de controlar el Cañón del Garrapatas, el cual es de gran importancia territorial estratégica en el negocio ilegal. En otras palabras, la Masacre de Trujillo fue, como lo añade Alfonso Gómez Méndez, una pecaminosa alianza entre paramilitares, narcotraficantes, Fuerza Pública y la clase política regional.

Ganar y proteger rutas geoestratégicas y territorios de cultivo de estupefacientes para producir y traficar esta mercancía es una de las tareas de la empresa del narcotráfico. Según Raúl Zelik (2015), esta tarea

Es indivisible a la del empresario paramilitar como los especialistas en el uso y la amenaza de la violencia y la coerción, con el fin de financiar tanto sus prácticas como de impartir terror y dominación, coincidiendo con la denominación de empresariado mafioso de la violencia. (p.177)

De forma contradictoria, el narcoparamilitarismo es para el Estado aliado contrainsurgente un competidor del control social en los territorios y parásito de la guerra contra el narcotráfico, dado que es una de sus principales fuentes de financiación.

Estas prácticas estatales están en pugna con la imagen que se quiere tener del Estado; sin embargo, bajo la dinámica externa en que se desarrolla el conflicto armado colombiano, en alianza internacional y la demanda exterior de narcóticos, la lucha contrainsurgente del Estado tiene su respaldo en la “estructura paralela tan eficaz” (p.146) y de naturaleza clandestina, la cual lucha por imponerse a la guerrilla y a cualquier manifestante social. No obstante, esta estructura ambigua, como robustecimiento de la capacidad estatal, tuvo su momento glorioso entre 2002 y 2010, cuando la seguridad democrática pregonó la defensa del territorio nacional y la recuperación de la legitimidad estatal. Esta práctica justificó la represión y la coerción a favor de la dominación y el control social visible en el cumplimiento, con el fin de recuperar la legitimidad, expresión máxima de la aceptación a las reglas por parte de la sociedad.

Cada una de las tres piezas dramáticas confrontan esas prácticas de corrupción en las que se ha diluido la frontera entre lo legal y lo ilegal, donde

el crimen ya ni siquiera representa un límite en su accionar. De esta manera, estas prácticas se han extendido a otras instituciones estatales.

En *El paso* se observa la forma práctica con que los extraños solucionan los problemas: silenciando decisiones con dinero. *El paso* presenta, de manera paulatina, como se instala en la sociedad colombiana la corrupción y el silencio y como comienzan a coexistir legalidad e ilegalidad de forma permisiva.

La aparición de los personajes teatrales se nutre de materiales sociohistóricos de la sociedad colombiana. En la obra de teatro *El paso*, los pasajeros del taxi, Chela y sus familiares son gente común y corriente; asimismo, Juana, sus hijos y el tendero en *Gente sin rostro* y la población de Trujillo y el propio testigo Arcila, en *El deber de Fenster*. En estas narrativas teatrales de la violencia en Colombia estos personajes no aparecen como figurantes, según el encuadre del detalle presentado por Didi-Huberman (2014), en tanto que son actores que no actúan, sino que figuran. Igualmente, también “tienen un rostro, un cuerpo, gestos bien característicos, pero la puesta en escena que los demanda los quiere sin rostro, sin cuerpo, sin gestos característicos” (Didi-Huberman, 2014, p.156). La apuesta de estas narrativas teatrales es otorgarles capacidad de diálogo y participación. Particularmente, estas narrativas teatrales de la violencia en Colombia, al encuadrarlas al detalle, les devuelve el rostro, su función en la sociedad y su propio drama que se resiste a desaparecer, así como su lucha por participar.

En *Gente sin rostro* esta frontera permeable se observa en el velorio de Álvaro, quien conecta a todos los personajes de la obra y ubica al espectador ante una muerte confusa. El cadáver que esperan en esta ceremonia fúnebre posibilita la conversación entre Juana y el cura joven, para que este interceda por la entrega oportuna del cadáver de su hijo por parte de los ‘justicieros’ del barrio: ‘los Muchachos’ quienes imparten justicia bajo dos principios: “Primero, nosotros actuamos en representación del barrio para darle seguridad, y segundo, nuestros procedimientos, nuestro lenguaje, tienen que ser los de una justicia del pueblo, no la venganza del lumpen” (Yepes, 1992, p. 23). Sin embargo, en esta tensión se hacen claras las precauciones que el cura debe tener con relación a la entrega del cadáver ya que, como lo expresa Juana, la madre: “Hace mucho tiempo que en este barrio las cosas no se hacen con métodos aceptables” (p.3) refiriéndose no solo a la conducta de los Muchachos, sino a la Fuerza Pública.

El deber de Fenster, indudablemente, está lleno de la coexistencia de lo lícito y lo ilícito. El informe del caso 11.007 de solución amistosa entre víctimas y el Estado, mediado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos –CIDH–, expone en los hechos alegados una asombrosa impunidad realizada

en una cadena de acciones criminales de amplio alcance. En esta cadena participaron “miembros de la Fuerza Pública con poder de mando, en alianza estrecha con traficantes de droga y cuerpos armados de civiles a su servicio” (CIDH, 2016, p. 4). Por lo tanto, se denunció que el Juzgado III de Orden Público exoneró y absolvió a actores vinculados con los procesos. La conclusión de Córdoba, en su declaración sobre los hechos violentos de Trujillo, que aparecen en su intervención como personaje virtual de la obra de teatro es acertada:

Lo que finalmente nos deja esta historia es una infinita preocupación porque estos hechos, como tantos otros, caigan al abismo de la impunidad. Pareciera que, a pesar de tantos esfuerzos por denunciar, no se encuentran culpables. Sin duda hay verdad y algo de reparación, pero la Justicia es una tarea pendiente. No ha habido castigo legal ni social a los culpables. Y nos amenaza el olvido y la indiferencia, que se suman a otras amenazas. Lo doloroso es que a pesar de la gravedad de estos sucesos violentos persiste el silencio. (Córdoba como se citó en Dorado y Maldonado, 2009, p. 80)

Esa tensión entre la imagen de legitimidad y las prácticas reales institucionales cuestiona la relación que tiene el Estado con sus aliados en su transformación y queda poco claro cómo una colectividad que se conecta entre sí puede lograr o no el control social a partir del ejercicio bifronte, legítimo e ilegítimo de la violencia.

En Colombia aún existe una falta en servicios básicos y derechos para el desarrollo social, lo cual está relacionado con factores de pobreza y de analfabetismo político, existe espacio para prácticas y agentes estatales que menoscaban el control social en una dinámica incongruente de transformación estatal.

Sistemáticamente, como se ha hecho hasta aquí, *El paso* muestra esta imagen estatal a partir de la impunidad rampante. En la taberna, la ausencia de institucionalidad no es muestra de inoperancia o debilidad estatal; por el contrario, es una muestra de poderío en la que los agentes informales pueden desarrollar, con toda libertad, aquellas actividades que el Estado oficial no está dispuesto a asumir. Es apabullante el final de esta pieza dramática cuando el extraño 1 dice, sarcásticamente: “Aquí no ha pasado nada. Nada” (Teatro la Candelaria, 1988, escena 4) ya que, en realidad, la sucesión de atropellos a la sociedad es asombrosa y no ha dado tiempo para reaccionar.

Una vez más es este lugar de paso, en donde las relaciones horizontales de los personajes corrientes transcurren en medio de carencias, desfalcos e intentos de huida. A pesar de este, se reconoce al otro, la prostituta lleva un

mercado a su madre, la música reúne al chofer, a la pareja de amantes, a la hija de Chela en el jolgorio.

Por su parte, *Gente sin rostro* pone en evidencia la deslegitimación de la Fuerza Pública por parte de la sociedad civil a causa de sus arbitrariedades como la tortura a través del Consejo de guerra a través de la justicia militar. Esto es claro cuando el Inspector conversa con Juana:

INSPECTOR: y se lo advertí a él muy claramente: Álvaro, la próxima vez no van a ser dos años en el Reformatorio, la próxima vez te vas a meter en un problema serio con los decretos de emergencia, porque te van a entregar a los militares por reincidente.

JUANA: usted sabe lo que significa eso.

INSPECTOR: consejo de guerra. Y sentencia más larga. (Yepes, 1992, escena 3).

El temor a que Álvaro fuera llamado a Consejo de guerra se deriva del enjuiciamiento de un civil bajo los criterios de arbitrariedad y brutalidad de la Fuerza Pública, los cuales se dejaban palpar en la represión en las marchas y movilizaciones sociales como en esos enjuiciamientos militares a la sociedad civil.

Pulecio (2013), a propósito de esta obra, indica:

El poder es uno de los grandes antagonistas de dicha escena, ya que se convierte en una forma de calamidad colectiva cuyos procedimientos heterogéneos –el uso de la fuerza, recursos militares, espacios– son investidos por el concepto de autoridad con el cual establecen altos grados de control social, sometimiento y dominio que tantas veces desembocan en el crimen selectivo. (p.183)

Lo anterior también modifica la percepción social de su función de seguridad y mantenimiento del orden. Dicha situación reflejada en la familia de Juana hace evidente la desintegración social que desemboca en graves consecuencias sociales, psicológicas y materiales, que provocan fracturas profundas en el ámbito social. A su vez, estas se instalan en una desconfianza colectiva que deslegitima la fuerza coercitiva propia del Estado, buscando formas alternativas que resuelvan la confrontación armada y la lucha por el control. Esto genera dificultades en la cohesión social y la reciprocidad de confianza del Estado en sociedad.

Esa consonancia confusa entre prácticas e imagen estatales es clara en *El deber de Fenster*, especialmente en el personaje del Mayor Alirio Urueña quien,

durante los hechos perversos, actúa como funcionario público y como cómplice de los desmanes narcoparamilitares. Al respecto:

El mayor Alirio Urueña preside y ejecuta, junto con [el paramilitar] el Tío, las torturas y la sevicia contra los campesinos de La Sonora y los ebanistas del casco urbano en la hacienda Las Violetas. Asimismo, el alto oficial es quien ordena el desarrollo de las acciones necesarias para desaparecer los cuerpos de las víctimas, lo que incluye desde separar las partes de los cuerpos en distintos costales hasta arrojarlos a las aguas del río Cauca. (Grupo de Memoria Histórica, 2008, p. 156)

En 2001 bajo la reparación simbólica y la intervención social proclamada desde el gobierno por recuperar en algo su legitimidad en este territorio, en memoria de los desaparecidos en Trujillo, se inició la construcción de un Parque Monumento a la Memoria de Trujillo, el que, desde entonces, ha sido violentado. Así, en busca por elevar y reparar la imagen deteriorada del Estado, el expresidente Juan Manuel Santos Calderón se pronunció exclusivamente sobre *El deber de Fenster*, refiriéndose a la masacre de Trujillo y trayendo de nuevo a la memoria la barbarie cometida en una “nación cansada de la violencia” (Santos como se citó en Dorado y Maldonado, 2009, p.83).

Su perspectiva como representante del Estado ahora era asumida en conjunto con las ramas del poder y “muchas organizaciones de la sociedad civil, con quienes hemos asumido ante las víctimas, ante todos los colombianos y ante el mundo un compromiso firme e irrenunciable” (Santos como se citó en Dorado y Maldonado, 2009, p.83). Esto se vio reflejado en la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, la cual abarcó otras masacres de la historia reciente del país.

El final de *El deber de Fenster* demuestra la complejidad de narrar y compartir el relato sin contar con mínimas garantías de protección de la vida humana y de la propia verdad de la historia, esto concuerda con lo que Humberto Dorado expresa:

Yo creo que, si ya escribir es difícil, convivir por tres años con un tema que es de nuestra realidad, que uno quisiera que no fuera, pero como así es, siente uno como ... un compromiso y una lucha con uno mismo por no voltearle la espalda al tema y sobre todo por el terrible sentimiento de indignación con la injusticia que hay con las víctimas” (Revista Arcadia, 2010, min 4:56).

En esta misma perspectiva, Nicolás Montero (2016) entiende que las personas de Trujillo se sentían llamadas a contar, en otro lenguaje, lo que habían vivido:

Si ustedes ya se saben la historia, tienen el monumento enorme aquí recordándoles todo el tiempo qué fue lo que pasó, ¿Qué sentido tiene que ustedes se digan lo mismo que ya saben?, yo creo que puedo ayudarles a contarle esta historia a los demás, porque creo que, además, son los demás los que necesitan saberlo, porque fueron los demás y el silencio de los demás los que dejaron que esto pasara. (min 2:26)

Volver a contar un suceso de terror desde las narrativas teatrales de la violencia en Colombia es llamar la atención sobre un hecho que no ha recibido justicia y ha quedado en el silencio. Finalmente, estas narrativas teatrales de la violencia muestran una preocupación desde el reparto de lo sensible encargado de exponer a los vulnerables en escena ya no como figurantes o extras de la trama, sino como personajes que comparecen al debate político. Asimismo, denuncian el carácter oculto, difuso, ambiguo e inestable de las alianzas y prácticas que entreteje el Estado como autoridad legítima en el marco de su sociedad. De manera paralela, estas narrativas cuestionan la imagen del Estado de cara a organizaciones nacionales e internacionales.

En tal itinerario de conflictividad y tensión, se ha visto cómo aquellos materiales sociohistóricos de las narrativas teatrales se conjugan en un mismo tiempo y espacio dentro del régimen estético del arte. Al ser materia artística extraída de la sociedad permite, con el encuadre del detalle, la horizontalidad en que se exponen las personas y la forma como toman la palabra para participar de la discusión política colombiana.

El régimen estético del arte permite enmarcar esta realidad, poniendo a los actores en conflicto en un espacio y un tiempo determinados que implica su pertenencia en la división de lo sensible; a su vez, esto determina unos modos específicos de hacer, de ver esos modos de hacer y de visibilidad (Rancière, 2011, p. 55). Justamente, en la actualidad parece que se retoma el mismo modo de actuar representado en escena: con represión y reproducción de la muerte en detrimento de la sociedad.

Es necesario pensar estas formas sensibles correspondientes a las narrativas teatrales de la violencia en Colombia como regímenes estéticos de representación, ya que descubren y hacen que la realidad de la violencia en Colombia parezca una forma de sensibilización, al tiempo que visibiliza esa realidad desde distintas perspectivas, personajes y situaciones. Como resultado se da una reflexión que contribuye a pensar la relación del Estado y la sociedad como una relación histórica del teatro con la violencia.

Solo en el debate es posible el dialogismo, es decir, un modo alternativo de interpretación histórica como régimen estético de representación en lo concerniente a las narrativas teatrales de la violencia en Colombia, dado que hacen productivo el encuadre del detalle en la creación artística, motivando el diálogo desde el arte en clave política. Es decir, mientras el Estado se ocupa por el control social, en la medida en que actúa en consonancia por una imagen elevada y centrípeta del territorio y la relación de sus múltiples partes, el arte se encarga de espacios de distinta interpretación que visibilicen los quiebres, las fallas de la conciencia colectiva y estimulen la interpretación y el debate político.

Referencias

- Comisión Interamericana de Derechos Humanos –CIDH–. (30 de noviembre de 2016). *Solución Amistosa. Masacre de Trujillo*. Colombia. (Informe No. 68/16. Caso 11.007), <https://www.oas.org/es/cidh/decisiones/2016/COSA11007ES.pdf>.
- Didi-Huberman, G. (2014). *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*. Manantial.
- Grupo de Memoria Histórica - Centro Nacional de Reparación y Reconciliación. (2008). *Trujillo. Una tragedia que no cesa*. Recuperado de http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2008/informe_trujillo.pdf.
- Pulecio, E. (2013). *Luchando contra el olvido: investigación sobre la dramaturgia del conflicto*. Recuperado de <https://www.mincultura.gov.co/areas/artes/publicaciones/Documents/Luchando%20contra%20el%20Olvido%20II.pdf>
- Rancière, J. (2011). *El tiempo de la igualdad. Diálogos sobre política y estética*. Herder. Edición en EPUB.
- Ubersfeld, A. (1989). *Semiótica teatral*. Cátedra.
- Zelik, R. (2015). *Paramilitarismo Violencia Y Transformación Social Política Y Económica En Colombia*. Siglo del Hombre Editores, Fescol, Goethe Institute.

Jóvenes excombatientes y sus vidas civiles

Juan Pablo Mejía Giraldo / Universidad de Caldas

Introducción

Este artículo es producto del proyecto de investigación “Jóvenes egresados de los programas de protección a víctimas de reclutamiento forzado: situación y experiencias post-egreso”, patrocinado por Colciencias en el 2013 y ejecutado durante el año 2014 por los miembros del semillero de investigación *Niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado en Colombia*, adscrito al grupo de investigación CEDAT³² de la Universidad de Caldas³³.

La investigación se enfocó en el pasaje del programa de protección Hogar Tutor³⁴ a la vida independiente³⁵, en los cuales los jóvenes excombatientes ponen en juego su vida en “la civil”³⁶. Después de cumplir la mayoría de edad, los jóvenes re-insertados deben emprender una afanosa carrera por insertarse en la vida laboral correspondiente a sus estudios de formación alcanzados en el marco de los programas de protección. Esta reinserción al mundo civil pone en práctica sus proyectos y cultiva sus formas de arraigo.

³² El CEDAT es el Centro de Estudios sobre conflicto, violencia y convivencia social de la Universidad de Caldas que se ocupa del conocimiento y proyección social en situaciones relacionadas con el conflicto armado, la dignificación de las víctimas, construcción de paz, convivencia social y ciudadanía.

³³ Los participantes de esta investigación fueron Karen Lorena Jiménez, Laura Montoya L., Liceth Valentina Vélez, Valentina Ballesteros S., Viviana Ramírez Loaiza, María Eugenia López; Egresado: Lucas Marín A.; Profesores: Claudia Juliana Morales L., María Rocío Cifuentes P., y Juan Pablo Mejía G.

³⁴ Medida de protección estatal para jóvenes desvinculados, quienes son atendidos, temporalmente, por una familia que se compromete a acogerlos como parte de ella y a velar por el cumplimiento de los procesos de garantía de Derechos, bajo la tutela de una institución u organización que desarrolla el programa a instancias del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar- ICBF.

³⁵ Los jóvenes excombatientes del programa y el equipo psicosocial comúnmente llaman “*vida independiente*” a la etapa posterior al egreso del ICBF. Esta, en la mayoría de los casos, es acompañada por la Agencia Colombiana para la Reintegración -ACR (hoy llamada Agencia de Reincorporación y Normalización) después de cumplir la mayoría de edad y perfilar condiciones de vida sostenibles, además se le provee de una condiciones iniciales económicas que les permitan formalizar una vida con independencia del programa.

³⁶ Castro (2001), nos recuerda el peligroso lindero de la palabra civilidad con la función de civilizar, desentrañando el peligroso ejercicio que se pone en práctica cuando se concibe la reincorporación de jóvenes excombatientes. Conservamos acá el concepto de civilidad porque es la forma en la que jóvenes excombatientes nombran su tránsito en la dejación de las armas, reconociendo un escenario social que actúa bajo ordenamientos de legalidad y en acuerdos a unos mínimos de convivencia social.

Metodología

La investigación se realizó desde un diseño mixto que involucró elementos de un enfoque cualitativo e interpretativo. A partir del enfoque **cualitativo** se realizó un proceso de caracterización basado en la aplicación de encuestas. Esto permitió un acercamiento general a variables sociodemográficas, condiciones de vida y evaluación del goce y la apropiación de los derechos de los participantes y sus familias de procreación. Desde la perspectiva **interpretativa**, el diálogo se proyectó como estrategia privilegiada de investigación. Este permitió superar la búsqueda de información para adentrarse en el juego narrativo y la posibilidad de resignificar la comprensión de quienes participan en este encuentro. Se entendió por diálogo el entrecruzamiento de experiencias y sentidos puestas en común, así como las experiencias susceptibles de resignificar toda vez que se hace palabra dirigida a otros. En palabras de Cifuentes (2012)

El diálogo es posibilidad de comprender mundos diversos, arriesgando el propio en la relación con el mundo ajeno. Para comprender a través del diálogo, la forma como la experiencia de vinculación y desvinculación de los grupos armados actúa sobre los procesos de construcción identitaria de niñas, niños y adolescentes, el investigador social tiene que abrirse a su mundo, al sentido que le atribuye a su experiencia, a su historia de vida. (p. 23)

Asimismo, el método biográfico (Sans, 2005) abrió un espacio para escuchar los testimonios de jóvenes excombatientes y su paso a la vida civil. En el proceso de caracterización participaron 23 jóvenes. En los encuentros presenciales participaron ocho personas residentes de la ciudad de Manizales y tres procedentes de otras zonas del país. Se utilizó la herramienta ATLAS.ti para procesar, ordenar y analizar la información construida en los encuentros con los participantes.

Resultados: exposición a la guerra y sujeción a derechos

¿Cómo concluir y sintetizar más de cincuenta años de dinámicas y lógicas de reclutamiento? Pareciera que arriesgar una respuesta no es posible, sin embargo, lo que sí es posible es [...] afirmar que de acuerdo con la base de datos del OMC este da cuenta de 16,879 registros de reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes por parte de grupos armados en el marco del conflicto colombiano que, más allá de la cifra de por sí significativa a la luz de la vulneración de derechos, lo que está detrás son las trayectorias de vida de niños, niñas y adolescentes cuyo devenir estuvo signado por la guerra. (CNMH, 2017, p. 173)

En el presente artículo nos parece importante analizar la forma en que la trayectoria de vida de niños, niñas y adolescentes víctimas se ha visto afectada, dado que constituye una forma que designa su devenir como sujetos. Aspectos como la ausencia estatal y la presencia militar en la ruralidad colombiana han dado pie a que se vulneren los derechos de estos jóvenes de múltiples maneras, especialmente en su vinculación al conflicto armado, al crecimiento prematuro para sobrevivir en un mundo bélico y el desplazamiento forzado. Los jóvenes excombatientes llegan a las ciudades como consecuencia de su inmersión en la guerra. En las ciudades, esa misma guerra es leída desde los medios de comunicación que pretenden imparcialidad. Estos medios configuran sentidos e interpretaciones que modulan la afectividad y la percepción frente la confrontación armada, así, por ejemplo, la palabra terrorista después del 11-S del 2001 y durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez es utilizada para señalar un enemigo del Estado, deslegitimando las condiciones sociales que dieron origen al nacimiento guerrilleros.

Según Bonilla y Tamayo (2017), los medios juegan un papel definitivo en la dinámica del conflicto bélico, dado que ofrecen marcos de interpretación simbólica e ideológica que operan en la sociedad que, si bien no son máquinas de destrucción directa, sí producen sentido masivo señalando quienes son los “buenos” y quienes los “malos”.

El paso a la civilidad implica un reajuste perceptual para nada sencillo que compromete no solo a los jóvenes desvinculados, sino también a la sociedad en su conjunto. Así lo expresa Jojhan (comunicación personal) un joven excombatiente, a partir de un dibujo que retrata el tránsito a la vida civil:

[...] Muchos vivimos en el campo, nos criamos en otro ambiente, en otro estilo de vida, en una sociedad diferente, con un abandono del Estado. En el campo, con miles de necesidades, con falta de lujo, de tecnología... quizás con mucho amor, con unos papás que nos querían, pero casi nunca lo demostraban. Con unos papás mucho más bruscos. Yo quise reflejar como esa parte del campo, esa falta de un Estado, de un sistema que nos brindara más oportunidades, una escuela, un hospital, que usted madrugara y viera la seguridad de Colombia [...] llegamos a la ciudad, con muchos vacíos, con muchas preguntas, sin saber a qué nos estamos enfrentado, porque muchos llegamos del campo y no tenemos esa idea completa de cómo funciona la ciudad, cómo ubicarnos.

El dibujo de Jojhan tiene como fondo unas montañas verdes y se encuentra dividido en dos partes por un cerco de púas. A la izquierda del dibujo hay un campo desértico y a la derecha las siluetas de los edificios y la catedral de

Manizales. Él se encuentra cerca del alambrado al lado derecho. Su propósito es retratar las dificultades de llegar a la ciudad y la lectura que hace de las oportunidades que la misma presenta, en contraste con la desolación vivida en el campo. Por su parte, un grupo de jóvenes excombatientes proyectan orgullosos una imagen de sobrevivencia sobre estas de precariedad. Al llegar a los programas de protección, presentan una percepción normalizada de la guerra que, en cierta medida, no reconocen la ausencia Estatal en sus zonas de procedencia (Pieschacón, Melguizo y González, 2006).

Estos ejemplos presentan una paradójica situación, a saber, la fragilidad de la infancia y la crudeza de la guerra. Esta condición caracteriza el escenario donde acontece la *atención* a jóvenes excombatientes en los programas de protección. Por un lado, jóvenes formados en el fragor de la guerra y en zonas precarizadas, y por el otro, instituciones con una visión mediatizada (sentidos e interpretaciones alimentados por los medios de comunicación) del conflicto armado. Esto implica suponer, desde las instituciones, una infancia indefensa, tierna y víctima, en contraste con una infancia recordada por jóvenes excombatiente de forma combativa, sagaz e insumisa a sus condiciones de precariedad. Estas dos visiones; la citadina con la presencia estatal y la rural con la ausencia estatal, confluyen al momento de restablecer los derechos históricamente vulnerados. En esta sección, se analiza tanto la experiencia bélica en el devenir sujeto de jóvenes excombatientes y se contrarresta, de forma paralela, con la atención institucional que busca restablecer derechos y favorecer la reincorporación.

La exposición en los campos de combate exige sagacidad, confianza en la destreza propia y en la intuición corporal. Así, es posible escuchar en las narraciones de jóvenes excombatientes distintos **mecanismos de sobrevivencia**. La huida se presenta como un mecanismo importante en el presente documento, dado que se activa ante la sensación de amenaza e incertidumbre. Ello en contraste con un requerimiento institucional que le solicita permanencia y proyección de futuro.

El mantener presente este mecanismo de sobrevivencia permite comprender nuevas formas de interpretar el desplazamiento geográfico como constancia, así como las dificultades y

resistencias para proyectar su futuro desde un lugar de arraigo. Los jóvenes muestran en la ciudad heroicas hazañas de otros tiempos en otros lugares. Cuentan sus historias a una audiencia que los escucha con asombro desde posiciones citadinas; eligen sus audiencias y tienen la seguridad de

que su público no ha vivido nada parecido. Se reconocen con un saber ante la vida que pocas personas poseen en las geografías urbanas. No se encuentran familiarizados con los códigos de las ciudades, pero saben exhibir o camuflar su tránsito guerrero.

Después de su ingreso al programa de protección, el ICBF actúa bajo la consideración de su minoría de edad y funge como custodio. Es así como la institucionalidad incide directamente sobre las decisiones que toman. Esta custodia es una difícil negociación si no se reconoce su precoz sobrevivencia. Al respecto, Jonathan recuerda

En el programa parece uno como un niño pequeño, esa es la vaina que cree bienestar, es que como uno sale menor de edad entonces es un niño pequeño. ¿Por qué?, porque la gente aquí no ha vivido la vida que uno ha vivido allá, es muy distinta a cómo la vive un niño de aquí de la ciudad. A mí a veces me dicen ¡huy pero usted está muy niño, pero tiene una mente, virgen santísima, más que un mayor!; si ve, uno sale con mucha experiencia y en el programa lo creen a uno un niño. (Jonathan, comunicación personal)

Jonathan sugiere que en el programa no valoran su experiencia y que le tratan como alguien que ha vivido poco y necesita aprender.

En la *vida de acá* (ciudad), las campañas de protección a la infancia son regulares y proveen al sujeto de una percepción de amparo legal a la cual se apela en caso de amenaza, se habilitan los mecanismos de denuncia y la misma infancia se ve revestida por estos derechos. Distinto ocurre con la infancia rural que encuentra menos garantías en el ejercicio de sus derechos. En palabras de un testimonio anterior, en la vida de allá se ve: “Esa falta de un Estado, de un sistema que nos brindara más oportunidades, una escuela, un hospital...”

En este sentido, es importante reconocer la historia de los jóvenes y destacar las formas que adopta la protección en sus vidas. La protección no es algo que se demanda, sino algo que se reclama en la acción por mano propia y tiene el límite del propio cuerpo. Los testimonios de los jóvenes que han crecido en la ruralidad colombiana –en las condiciones especificadas inicialmente–, al no estar insertos y familiarizados con un discurso de civilidad –que supone constitucionalmente garantizar unos derechos para vivir dignamente y trazar unos deberes para hacer uso de la vida en común–, asumen la autoprotección (auto-defensa) como garantía de vida. Unas palabras Butler (2017) permiten pensar esta paradoja con respecto a la vulnerabilidad y la protección:

Estar privado de protección no es quedar reducido a una “nuda vida”, sino más bien una forma de exposición política y de lucha potencial que hace a las personas vulnerables, e incluso frágiles, y al mismo tiempo potencial y activamente desafiantes, e incluso revolucionarias. (p.187)

Antes de suponer en jóvenes excombatientes unas vidas desechas a causa del descuido y la indiferencia política, sus vidas nos muestran un potencial, incluso revolucionario, que arranca desde el reconocimiento. Es por ello que en última instancia el Estado reconoce su condición de víctimas. Este mecanismo de autoprotección, que se ejerce de manera inmediata y como reacción ante la amenaza, no tiene un carácter preventivo sino reactivo y está al servicio de la sobrevivencia, tal como el mecanismo de huida.

Advertimos aquí, nuevamente, dos formas de concebir la protección. Por un lado, la institucional que vela por la vulnerabilidad (el reconocimiento de la vulneración de los derechos) y, por el otro, la corporalidad que reacciona auto protegiéndose con ímpetu bajo la inoperancia histórica de sus derechos. Estas dos modalidades de protección se contraponen, se tensionan y se vuelven el escenario de la formación ciudadana:

A nosotros en el grupo no nos trataban como niños, a uno lo tratan como grande, **común** y **corriente**³⁷, entonces ya llega donde sí lo van a tratar como es, porque estamos niños o adolescentes y no somos capaces de asimilarlo rápido. (Gloria, comunicación personal, 30 de junio de 2014)

Gloria nos aclara que la *asimilación* es progresiva, apela al requerimiento de un tiempo para reajustar las disposiciones vitales en favor de la vida en la ciudad. Se trata del paso de lo bélico a lo cívico, la llegada a un lugar donde se desnaturaliza lo que se consideró, por años, parte natural de la vida. Se trata entonces de transformar viejas prácticas en nuevos escenarios de relación. Al respecto del lugar de origen, otra joven excombatiente escribe en su diario de campo:

La vida es un paso, nacemos como terneros indefensos, chupamos leche y luego viene el destete y me pregunto yo ¿cuántos han podido destetarse?³⁸ (*Diario de una joven desvinculada, 2014*)

³⁷ La negrita es nuestra y resalta la normalización de la guerra.

³⁸ Al empezar los encuentros con jóvenes egresados, el semillero de investigación se diseñó unos cuadernos artesanales para que sirvieran de pretexto a la escritura. Lina escribió con tanta urgencia que agota esta agenda y pidió otra, el siguiente fragmento pertenece al primer cuaderno.

Su pregunta refiere al tiempo del destete, su tránsito no parece estar demarcado por el desprendimiento progresivo, sino por una abrupta ruptura: “la vida es un paso”, se nace en indefensión y se requiere orientación en un mundo al que, parafraseando a Arendt (2007), todos llegamos como extraños.

El psicoanálisis puede ayudar en la comprensión de esta prematura experiencia. Este primer vínculo moldea las posteriores relaciones que el sujeto entabla con el entorno. Vínculo fundamental toda vez que, a partir de allí, se adquiere una lengua materna desde donde se articulan los significados del mundo.

Revisemos, ¿quién cuida en los primeros meses de vida, justamente cuando se nace como “terneros indefensos”, se ajusta a las demandas fisiológicas de la criatura inmadura, interpreta sus gestos y balbuceos para devolver atenciones? Esta función la llamó Donald Winnicott (2005) *holding*, y refiere al sostenimiento que le presta el entorno cuidador (comúnmente la madre) a la criatura. La función de cuidado-protección garantiza la sobrevivencia e ingresa al neonato en la cultura; el lenguaje actúa como una red simbólica- localizada, que recubre las necesidades sensoriales y provee de sentido culturalmente establecidos. En un primer momento, esta función abre un horizonte de *ilusión* a la criatura en tanto le asegura un futuro posible; mediante el sostenimiento cuidadoso, otro (la madre) le protege salvaguardando su indefensión en un mundo que efectivamente muere sin asistencia humana.

Progresivamente, se abre un *espacio potencial* entre el cuidador y la criatura, por lo que su relación deja de ser una relación inmediata para demarcar un *yo* aquí, de un *no yo*, allá. Winnicott (2005), llamó esta etapa de diferenciación *desilusión*, dado que el niño empieza a mediatizar su relación con los otros y queda sujeto a unas normas sociales que le obligan al aplazamiento de sus necesidades sensoriales más inmediatas; se abre entonces el espacio a la formación simbólica propias de la cultura y la educación. El “destete” es entonces una separación progresiva que promueve la autonomía, la diferenciación y las posibilidades de simbolización.

La pregunta que se plantea esta joven excombatiente, que no alberga recuerdo alguno de su padre o madre, es clara; ¿Cuántos han podido destetarse? Su pregunta remite a esta función cuidadora y educativa que cumple el destete. La interpretación psicoanalítica seguida hasta acá, soportada en los aportes teóricos de Donald Winnicott, sugiere una responsabilidad en la familia como primer órgano de sociabilidad humana; no obstante, interpretaciones más contemporáneas como las planteadas por Judith Butler (2017), habilitan una mirada política sobre la vulnerabilidad humana, destacando un entorno

cuidador más allá de la madre e interpela al Estado como garante de derechos. Al respecto, el Informe Nacional de Memoria Histórica, *Una Guerra sin edad*, deja ver el contexto al cual hacemos referencia:

Los actores armados han hecho presencia constante en espacios de socialización donde los niños, niñas y adolescentes construyen su cotidianidad. Relatos de personas que participaron en la investigación resaltan elementos asociados a la presencia persistente u ocasional de actores armados en los territorios, ejerciendo control territorial y social sobre la población civil y en escenarios relacionados con el crecimiento, desarrollo y participación de la niñez y la adolescencia, escuelas, parques, veredas, barrios, centros culturales y centros deportivos, entre otros. (CNMH, 2017, p. 185)

Como lo presenta el Informe, la cotidianidad tiende a estar militarizada y permea todos los espacios de sociabilidad humana; los impactos en las trayectorias de vida de los jóvenes excombatientes son prematuro y con frecuencia inducen a la posterior vinculación al grupo armado.

Después, al salir del grupo armado e ingresar a una familia tutora bajo la supervisión del ICBF, los jóvenes son focos de atención. Ahora son sujetos de protección; se les hace seguimiento, se rastrean sus orígenes familiares, se les ordenan los horarios, se conversa sobre sus vidas y se les invita hablar. También, configuran vínculos institucionales que en principio son percibidos como amenaza y solo más tarde, en una regularidad de tiempo y espacio, pueden reconocerse confiables.

Esta atmosfera confiable que se abre en las instituciones, donde se dispone una nueva escena vincular, favorece la exposición de una intimidad biográfica. El dialogo acá permite resignificar la propia historia, visitarla desde otros lugares, desnaturalizar los sentidos construidos alrededor de la crianza. Esta nueva escena vincular es altamente efectiva en tanto permite simbolizar la experiencia y proyectar futuro, siempre y cuando se logre superar los formatos que asfixian las relaciones y privilegian la información.

Las reflexiones que se abren paso en medio de este lugar de tensión entre la institucionalidad y sus formas de vida anterior, permiten re-significar su historia; implica una óptica retrospectiva bajo un escenario de mayores garantías. Al respecto, Aguirre y Muñoz (2012), encuentran significativo cultivar la confianza en escenarios de intervención con el fin de provocar el pensamiento y la imaginación:

Tal vez, uno de los factores que mejor actúen en contra de la guerra y la violencia es la reconstrucción de la capacidad relacional de estos jóvenes. Las relaciones confiables y sinceras actúan como novedad y pueden dar paso a la reparación de los buenos objetos internos que se hayan perdido y de la propia bondad del sujeto, lo que significa para el yo, mayor fortaleza, y para la estructuración mental mayores niveles de organización. Es decir, nuevas relaciones y vínculos confiables, pueden ayudar a dar paso a los pensamientos, a los sueños, recuerdos, imágenes y fantasías y de ese modo, sacar a la mente del aplanamiento y sometimiento, en la que la ha sumergido la guerra, la violencia y el desamparo.” (Aguirre y Muñoz, 2012, p. 74)

En este sentido, las relaciones confiables cumplen dos funciones: la primera, abre espacio para la exposición donde se pueden exponer sentimientos penosos que encuentren allí contención; la segunda, incita al pensamiento, el recuerdo y la fantasía como rasgos de unicidad.

La gestación de la vida después de la guerra

De los jóvenes participantes en los encuentros, la mayoría de ellos son padres o madres. Otros, al egresar del programa del ICBF, han asumido funciones de cuidado con hermanos menores. La función de cuidado genera reflexiones interesantes sobre la vida propia y su infancia.

Fuera de los programas de protección y ahora con hijos, estos jóvenes matizan las posiciones de defensivas con las que iniciaron su proceso de reincorporación a la vida civil. En esta subsección se exploran funciones de cuidados que demanda la crianza.

Un ejemplo de lo anterior, lo expone una joven excombatiente al relatar su tránsito a la vida independiente (Anexo 2). Esta joven dibuja un muro de ladrillos color rojo, y en medio de este descienden unas gotas azules en forma de lágrimas. Al lado hay una muñeca con rasgos claramente infantiles. Al explicar el dibujo la joven cuenta:

La muñequita me la ayudó a hacer mi hija y es como lo que yo era, una niña [...] Para la mujer siempre los 15 son muy importantes y para mí no, a mí me tocó estar allá [en el grupo armado], en una situación maluca y que no debería pasar. Nadie tendría que pasar por eso, porque era una niña [...] es algo que me duele mucho [...] este muro representa lo que tengo y lo que he tenido

siempre... siempre está el muro, siempre está, no deajo entrar a nadie. (Gloria, comunicación personal, 3 de noviembre de 2014)

El relato muestra la manera en la que se asume hoy una posición de cuidado en calidad de protección. Esta función les interpela y les permite visitar su propia historia bajo nuevas posiciones. Si bien es cierto que su infancia parece perdida en muchas ocasiones en medio de un contexto hostil, también es cierto que sus hijos les permiten reencontrar esa infancia bajo nuevas consideraciones. Con el nacimiento de sus hijos, el arraigo y el empleo tiende a ser prioritarios, ello implica cambios significativos en la subjetividad.

Cuerpo de paso a la civilidad

La estancia en la ciudad implica mutaciones. Se transforma un cuerpo de guerra en uno ciudadano. Cuerpo ahora sedentario que busca coordenadas en la composición de la ciudad, en una vida cotidiana y en ocasiones, monótona. Cuerpos que exponen los rastros de la guerra y la formación militar; desentona con los cuerpos formados en las instituciones estatales. Con relación al tránsito de la vida civil, Vallejo comenta

Trasladarse a la ciudad implica una nueva relación con el cuerpo, pues en la guerra el cuerpo es anestesiado y silenciado. El cuerpo es entendido y asumido como objeto; por lo tanto, no se piensa y mucho menos se siente, pocas veces se observa y casi nunca se vive. El cuerpo no se reconoce. Es un cuerpo esquivo a la enfermedad, a la mirada de los otros. Sus dolores, olores y transformaciones son acallados; tan solo comienza a tener voz cuando en los programas de atención se les permite salir del mutismo, cuando se reconoce su existencia, cuando está en reposo y cuando otros los invitamos a relacionarnos de manera diferente. (Vallejo, 2015, p. 117)

Esta invitación que se ofrece para que el cuerpo se pronuncie se corresponde con el clima de confianza antes mencionado, así la vulnerabilidad puede restituirse como condición humana y el derecho a la salud se convierte en una propiedad ciudadana.

Esta nueva dimensión ciudadana que supone un sujeto de derechos se ve confrontada con una dimensión biográfica que configuró un sujeto de guerra. El tránsito no es racional y resulta insuficiente la simple información sobre los derechos a los que tiene acceso. El compromiso afectivo que está en juego en la

subjetividad de jóvenes excombatientes tiene la marca de una sobrevivencia; por lo tanto, no es fácil reformular las relaciones construidas biográficamente para moverse en un escenario ciudadano, donde se espera el cumplimiento de algunos deberes que se corresponda con los derechos recién adquiridos.

Al salir de los programas de protección, los jóvenes excombatientes perciben una liberación de ataduras y de sujeciones.

En el programa usted tiene que pedir permiso, uno busca más libertad, más posibilidades de elección, incluso si son malas elecciones [...] Desde muy niños todo fue mandado, gobernados por otros, todo está controlado, al paso que se avanza se obtienen libertades. Estar uno solo, mandarse uno solo, gobernarse uno solo. Uno busca la libertad. (Gloria, comunicación personal, 30 de julio de 2014)

Fuera del programa de protección del ICBF, la ARN³⁹ dispone de un dinero para comenzar una vida con mayor autonomía, este dinero empieza a disolverse fácilmente en el seductor mercado y este tránsito puede ser uno de los más difíciles en tanto se alejan de las posibilidades de recibir acompañamiento institucional.

Después de un tiempo, comienza nuevamente la lucha por la supervivencia, pero esta vez en las ciudades. El empleo se convierte en la mayor necesidad después del egreso, el sostenimiento de sus vidas y las de sus hijos es la necesidad más apremiante de su reincorporación. Muchos de los proyectos productivos no logran ser competentes en el mercado citadino y fracasan al corto tiempo. Algunos de los jóvenes excombatientes no logran terminar el bachillerato y ven innecesario su término inmediatamente salen del programa.

En la búsqueda por un empleo, no presentan la experiencia como excombatientes y en cambio la ocultan porque han logrado leer los estereotipos que conservan las ciudades sobre su participación en los grupos armados, así lo presenta Jader (Anexo 3): “Algo duro en la ciudad es conseguir trabajo... es necesario ocultar la identidad, es algo que me estorba” (Jader, comunicación personal, 3 de noviembre de 2014)

³⁹ **Agencia para la reincorporación y la normalización**, es la unidad que continua el proceso de reincorporación de los jóvenes excombatientes una vez egresan de los programas de protección y busca promover el desarrollo de capacidades, la superación de la situación de vulnerabilidad y el ejercicio autónomo de la ciudadanía. Resolución 1356 de 2016.

Finalmente, nos gustaría subrayar que existe un claro señalamiento sobre la responsabilidad que deben asumir los jóvenes en el proceso de reincorporación a la sociedad civil después del egreso del programa; no obstante, son pocas las reflexiones que se despliegan sobre la responsabilidad de la sociedad para hacer lugar a los jóvenes excombatiente en las ciudades; en este sentido, es difícil hablar de un proceso de reincorporación que facilite la convivencia. Los programas de intervención comúnmente concentran toda su atención en perfilar un proyecto productivo para jóvenes excombatientes, por lo que los esfuerzos por interpelar y comprometer a la sociedad civil sobre la responsabilidad en torno al tema de la vinculación de menores a los grupos armados es menos conocido.

Conclusiones

Los lugares de procedencia de los jóvenes excombatientes participantes de este proceso de investigación se caracterizan por la precariedad, entendida como la insuficiencia de redes sociales y condiciones económicas que dejan la vida en un mayor grado de vulnerabilidad. Esto determina la vinculación de los jóvenes a los grupos armados. Por otro lado, y de manera paradójica, los jóvenes excombatientes lejos de considerarse a sí mismos vulnerables y carentes de opciones, se narran luchadores y guerreros de sus propias vidas.

En este sentido, la protección no se concibe como el cuidado y el custodio de la vida por parte de un entorno responsable de su crecimiento, sino como una función ejercida por la habilidad propia que se despierta prematuramente en su acontecer biográfico. No es necesariamente descuido familiar lo que despierta este funcionamiento, dado que obedece también a patrones culturales y al abandono estatal que deja de proveer las garantías necesarias para el derecho a la vida. Este funcionamiento de auto-protección biográfica en jóvenes excombatientes entra en confrontación con la forma en la que se entiende la protección desde las instituciones.

Allí, en las confrontación de visiones, ocurre el proceso de atención a los jóvenes desvinculados. Como resultado de esta investigación, nos parece importante resaltar el papel que juegan los vínculos en la elaboración de la experiencia y en las posibilidades de resignificar el cuidado y la protección. Los vínculos institucionales permiten abrir espacios para el pensamiento y la imaginación sobre sus propias vidas.

Finalmente, el proceso de reincorporación de jóvenes desvinculados es un asunto que no solo atañe a sus vidas personales y a los programas de protección, sino que también se requiere de una participación activa de la sociedad, de una construcción de lo público y de la intervención de un escenario social que ofrezca un mayor grado de reconocimiento sobre estas vidas que han crecido por fuera de la protección social y estatal.

Referencias

- Aguirre, N. y Muños, C. (2011). De la infancia a la guerra: una continuidad mental. *Revista Eleuthera*, 5 (1), 51 – 76.
- Arendt, H. (2016). *Responsabilidad y juicio*. Paidós.
- Bonilla y Tamayo. (2007). Violencia y medios de comunicación en América Latina: una cartografía de análisis. *Signo Y Pensamiento*, 25(50), 211 – 231. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/signoypensamiento/article/view/3706>
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y luchas políticas. Hacia una teoría performativa de las asamblea*. Paidós.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Una guerra sin edad. Informe de reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes en el conflicto armado en Colombia*. CNMH.
- Cifuentes, R. (2008). El Sí y el Otro en la constitución de la identidad: niñas, niños y adolescentes desvinculados del conflicto armado. *Trabajo Social*, (10), 9-27. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/14073>
- Cifuentes, R. (2012). *Construcción discursiva de la identidad: relatos de niñas, niños y adolescentes desvinculados del conflicto armado*. {Tesis de doctorado en humanidades, Universidad del Valle}.
- Foucault, M. (1978). M. Foucault: conversaciones sin complejos con el filósofo que analiza las “estructuras de poder”. En M. Foucault. (Ed), *El poder una bestia magnífica: Sobre el poder, la prisión y la vida* (pp. 47 – 54). Siglo veintiuno.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo veintiuno.

- Gadamer, H. G. (2005). *Verdad y método*. Ediciones Sígueme.
- Lara-Salcedo, L. M. (2012). Configuración de las subjetividades de jóvenes desmovilizados. {Tesis de grado, Universidad pedagógica Nacional}.
- Lugo, V. (2017). *Disarmed warriors: narratives with youth ex-combatants in Colombia*. Taos Institute Publications.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2006). Menores combatientes: una realidad que se esconde. *Boletín Hechos del callejón*, (16), 6-8
- Pieschacón, F., Melguizo, M. C. y González, P. (2006). *Estudio exploratorio de patrones culturales que contribuyen a la vinculación de niños, niñas y jóvenes a los grupos armados en Colombia*. Recuperado de https://www.academia.edu/1917196/Estudio_exploratorio_de_patrones_culturales_que_contribuyen_a_la_vinculaci%C3%B3n_de_ni%C3%B1os_ni%C3%B1as_y_j%C3%B3venes_a_los_grupos_armados_en_Colombia
- Sanz-Hernández, A. (2005). El método biográfico en investigación social: potencialidades y limitaciones de las fuentes orales y los documentos personales. *Asclepio*, 57(1), 99–116. <https://doi.org/10.3989/asclepio.2005.v57.i1.32>
- UNICEF. (2014). *Análisis de la situación de la infancia y la adolescencia en Colombia 2010–2014*.
- Unidad para las víctimas (2017). *Niñas, niños y adolescentes – subcomité técnico de enfoque diferencial*.
- Uribe de Hincapié, M. T. (1998). Órdenes complejos y ciudadanías mestizas: una mirada al caso colombiano. *Estudios Políticos*, (12), 25 - 46. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/16252>
- Vallejo-González, S.Y. (2015). Jóvenes excombatientes: la construcción de la corporalidad en el tránsito del grupo armado a los programas de atención. *Revista Eleuthera*, 13, 105-123. DOI: 10.17151/eleu.2015.13.7.
- Winnicott, D. (2005). *Realidad y juego*. Editorial Gedisa.

Recuerdos del pasado y del ahora: Trujillo y la construcción de memoria colectiva

Miguel Ángel Brand Narváez – Universidad del Valle - Grupo de Investigación Psicología organizacional y del trabajo / **Brayan Tabares Jaramillo** - Universidad del Valle – Grupo de Estudio en Psicología Regional (GEPSIR) / **Miguel Ángel Mora Gómez** - Universidad del Valle – Grupo de Estudio en Psicología Regional (GEPSIR) / **Alejandro Osorio Ospina** - Universidad del Valle – Grupo de Estudio en Psicología Regional (GEPSIR) / **Sandra Carolina Patiño Ospina** – Estudiante de doctorado en University Of Salford - profesora e investigadora de la Universidad de Ibagué – Grupo de Investigación Rastro Urbano

Introducción

El conflicto armado en Colombia ha sido causante de gran cantidad de fenómenos sociales como el desplazamiento de personas, así como crímenes de lesa humanidad. A lo largo del conflicto, las cifras oficiales (cifras a 2013 del Informe: ¡Basta ya!) han registrado aproximadamente 220.000 muertes a causa de los enfrentamientos, mientras que se han presentado 25.007 secuestros a lo largo de 50 años de conflicto (GMH, 2013). Este hecho convierte el conflicto armado en Colombia en uno de los más longevos y sangrientos de toda América Latina. Conceptos como la violencia se encuentran asociados a este fenómeno, evidenciados en los hechos e hitos concretos en la historia de la humanidad. En contexto de conflicto armado esto también puede darse a causa de confrontaciones entre dos o varias partes que se disputan territorio y poder (Smith, 2000), quienes, por medio de una serie de intereses en estos espacios, justifican su actuar (Hernández, 2019).

Trujillo es uno de los 42 municipios pertenecientes al Valle del Cauca, ubicado al noroccidente de la Cordillera Occidental de Colombia, surgiendo como producto de la colonización paisa del principio del siglo XX. Con base en exploraciones previas a Trujillo, junto a la información brindada por el Centro de Memoria Histórica del municipio, se detalla que, luego de 1930 el pueblo adquiere la jurisdicción municipal. Desde el 9 de abril de 1948 hasta enero de 1980, Trujillo se vio envuelto en una lucha por el poder político local que ocasionó que líderes políticos del partido conservador terminan sacrificando las vidas de cientos de pobladores (GMH, 2011). Allí, aproximadamente 342 personas fueron víctimas de los diferentes actores armados que se disputaban tanto Trujillo como sus zonas veredales; entre estos actores están la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN), los carteles de narcotráfico y los grupos de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) (Álzate, 2020).

Bajo estas condiciones surgió la fundación AFAVIT (Asociación de Familiares Víctimas de la Masacre de Trujillo). Esta organización manifiesta la necesidad de recuperar la historia del conflicto armado en Colombia mediante la representación de memoria en las estructuras del Parque Monumento. En el informe *¡Basta ya!* (GMH, 2013) se presentan relatos que dan cuenta de lo anterior, como, por ejemplo, el de un hombre que comentó: “Cuando un padre pegó avisos indagando por su hijo desaparecido forzosamente, fue obligado a retirarlos y a no preguntar más si no quería correr la misma suerte” (p. 295). Asimismo, la hermana Maritza Trigos afirmó: “Por eso es por lo que el Parque Monumento incomoda, porque es una denuncia, porque es un grito de justicia, es una denuncia permanente” (p. 392). Estos relatos dan cuenta de las dinámicas de control que ejercen algunos actores en la población y las acciones que estos inician como un intento de cambiar esta realidad.

Cabe destacar que todos los crímenes denunciados durante la masacre de Trujillo condujeron a que Colombia fuera condenada por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos a reconocer su responsabilidad frente a los hechos. Igualmente, se le solicitó reparar a las víctimas y población del Municipio, al igual que indagar a fondo sobre las personas responsables (CIDH, 2016). No obstante, actores implicados como paramilitares, miembros de la fuerza pública y narcotraficantes, participantes activos en la historia del conflicto, no han sido capturados o condenados en su totalidad. Este proceso ha dificultado el acto de perdón en la comunidad.

Un recorrido por el Parque Monumento

El Parque Monumento de Trujillo posee un centro de memoria histórica, el cual se caracteriza por contar con una serie de estaciones en un circuito único que recoge acontecimientos de violencia, masacres, torturas, etc., que surgieron en diferentes partes del país como la Bahía Portete, El Salao, San Carlos, Bojayá, entre otros. El recorrido permite realizar una reflexión sobre el tema en cada estación. Dentro del recinto principal se encuentran elementos como cruces de madera, escritos con el nombre de víctimas del conflicto, pinturas realizadas por los pobladores y fotos de una parte de las víctimas organizadas en orden cronológico. Asimismo, existe el circuito único del osario que contiene los restos, objetos y/o representaciones de gran parte de las víctimas. Al final del recorrido está la tumba del Padre Tiberio Fernández, acompañada de un cubículo donde hay mensajes, fotos y frases de los habitantes de Trujillo.

La memoria y los espacios vitales

En los relatos del Informe se reflexiona sobre cómo el proceso de memoria puede convertirse en una molestia para algunos habitantes. Es aquí donde se inicia la discusión sobre cómo la memoria puede ser retomada por diferentes actores y hacer que las personas transiten por medio de ella desde la esperanza, el dolor, la incomodidad, la reivindicación (por mencionar algunas), sin dejar de lado a ningún sector ajeno a esta. Es por esto que en el presente trabajo se busca indagar sobre las contribuciones de algunas producciones audiovisuales y periodísticas en la construcción de memoria colectiva del municipio de Trujillo – Valle del Cauca.

Dentro del contexto teórico-conceptual, la memoria puede definirse mediante las nociones básicas que la componen, sin dejar de ser un concepto complejo. Para empezar, según Julia (como se citó en Blanco y Castro, 2013), la memoria aspira a mantener viva la relación afectiva con un acontecimiento que reviste un especial significado para quien recuerda. De este modo, el significado que surge se debe a que hay una reconstrucción de las emociones, sentimientos y percepciones pasadas (Lira como se citó en Blanco y Castro, 2013).

Para establecer la manera en cómo la memoria es utilizada por los pueblos, Todorov (2013) vislumbra qué es la memoria y la sitúa en la consciencia, debido a que los hombres al tener presente la idea del tiempo y la continuidad reconoce su condición de mortalidad. Esta se expresa en forma de relato modificada a lo largo del tiempo. Este mantenimiento en el tiempo construye la memoria de manera individual o colectiva (Todorov, 2013). Es así como los “espacios vitales” encarnan un valor histórico, ya que terminan siendo esas otras víctimas no visibles y anónimas del conflicto. Al atacar esos lugares representativos, la memoria es la víctima, precisamente, porque estos espacios no se consideran exclusivamente físicos, sino que también hacen referencia a los lazos y las relaciones que se forman. Por lo tanto, articulan un plano tanto individual como social, algo que es instaurado de forma ritualizada (Belalcázar, Botero, Giraldo, Zárate y Nieto, 2017).

El uso de la memoria

Para resaltar la concepción de la memoria se debe remitir a los usos que aparecen en el sujeto. Según menciona Todorov (2013) y como se representa en la siguiente figura:

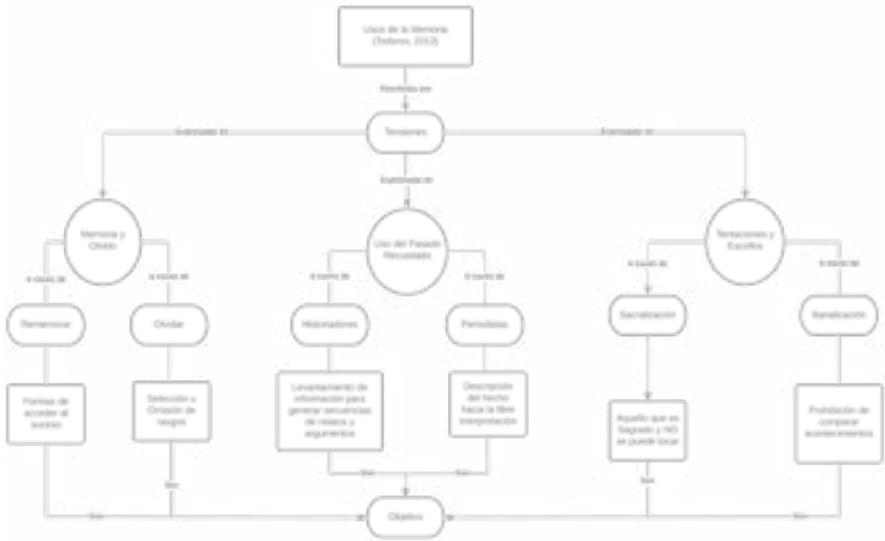


Figura 1. Usos de la memoria.

Fuente: elaboración propia a partir de Todorov (2013).

A través de Todorov (2013), la figura anterior permite entender tres apartados importantes: la memoria y olvido, expresando cómo el sujeto configura los acontecimientos que transita desde su juicio (Todorov, 2013, p. 19); el uso del pasado resucitado, para obtener unos criterios que permitan primar unos hechos por encima de otros y otorgarles un uso (p. 26); y las tentaciones y escollos, que expone los riesgos y precauciones del uso de la memoria (p. 30). A partir de estas concepciones, el sujeto llegará a un objetivo en cuanto la memoria que realice. Sin embargo, la visión de Todorov de la memoria permite ver lo complejo que es realizar trabajos sobre ella, por los múltiples discursos que se instalan alrededor de los hechos, haciendo compleja su interpretación y la misma noción de “verdad” frente a los hechos.

La construcción de memoria, hacia la memoria colectiva

Al retomar el fenómeno de construcción, este remite a una estrecha relación entre la memoria y la historia, debido a su relación con la historia cultural, la historia de la memoria y la experiencia colectiva (Ibarra, 2007). Al trabajar sobre estos, se retoman elementos como los monumentos, los personajes

y las fechas que tienen importancia al momento de hablar de tradiciones y costumbres derivando en música hasta tradiciones culinarias (Pollak, 2006).

Cuando se habla de la memoria colectiva, esta se relaciona con la memoria individual pero no se fusionan, de modo que algunos recuerdos individuales logran posicionarse en la colectiva y a veces la memoria colectiva se infiltra en la individualidad. Esto debido a que para recordar su propia historia los hombres se apoyan en el recuerdo de los demás. La memoria individual es posible gracias a las palabras e ideas que están en su entorno (Halbwachs como se citó en Ramírez, 2005).

A lo largo de la historia, múltiples autores han propuesto diversas maneras de concebir este fenómeno. La tradición durkheimiana, por un lado, enfatiza su duración, estabilidad y continuidad desde lo institucional de la memoria colectiva, mientras que Halbwachs (1968) habla acerca de la adhesión afectiva a un grupo para conceptualizar en “comunidad afectiva” y de la negociación entre las memorias colectivas e individuales. Las distintas miradas, aunado a los fenómenos que lo rodean, han sentado un interés que ha retomado métodos de disciplinas como la antropología, la lingüística o el psicoanálisis abriendo el panorama para algunos historiadores (Ibarra, 2007). En cuanto a la memoria como fenómeno social, donde los enfoques sociológicos centran el estudio en lo intersubjetivo, se puede observar el relato que se forma de una foto familiar, construyendo una visión que es compartida y consensuada de experiencias individuales (Bangarter como se citó en Erll, 2012).

Memoria, pueblos e identidades

Entre los entramados que más influyen la constitución de un pueblo como Trujillo está la identidad, dado que es un factor relevante para la construcción de la concepción “del mismo”. Los tejidos sociales están permeados por esta identidad que hace que un pueblo logre diferenciarse de otro gracias a aspectos como la cultura, las prácticas artísticas o educativas, entre otras. Es por esto, que se toma el concepto de identidad, más específicamente la identidad de los pueblos (Villoro, 1994). Esta se caracteriza porque habla de la identidad como “singularización”, cuya búsqueda es la de una diferenciación de otros nodos sociales. Cada uno cuenta con sus particularidades y componentes que permiten crear y construir tejido social, generando que exista un “sí mismo” o intersubjetividad colectiva, donde cada uno de los actores permite crear la realidad social del pueblo.

La identidad de un pueblo se correlaciona con la identidad individual, debido que el sujeto se apropia de una intersubjetividad a partir de sus experiencias e ingresa a un contexto social con realidades compartidas. Esto da lugar a nuevas categorías emergentes como la memoria colectiva, el tejido social y el espacio vital (Taylor, 1996; Belalcázar et. al. 2017).

No obstante, una vez que se golpea el tejido social es posible lograr una reconstrucción. Villa e Insuasty (2016), a través de una investigación en el municipio de San Carlos (Antioquia), lograron comprobar que este proceso se debe a la resistencia, dignidad y luchas sociales de la comunidad en beneficio de la recuperación de la vida social, política y económica. Asimismo, argumentan que a partir de este proceso se pueden construir relaciones y planes de vida que aporten al tejido social (Henaó y Suárez como se citaron en Belalcázar et. al., 2017). Las personas, situaciones y lugares que constituyen la identidad encontrada en el recuerdo compartido son un acervo de intangibles (tradiciones y cultura). Esto nos constituye como sujetos de deseo, saber y poder. Entre los sujetos también se incluyen grupos familiares, amigos, seres queridos.

Metodología

El presente trabajo se ubica en el paradigma cualitativo, el cual busca profundizar en los significados y la interpretación que se pueda generar. Su diseño es fenomenológico desde el enfoque hermenéutico, ya que su propósito principal es comprender e interpretar, siguiendo las actividades de indagación, a saber: definir un fenómeno; después estudiarlo y reflexionarlo; seguido a esto, descubrir las categorías y temas centrales, para después describirlo y finalizar con su interpretación, de acuerdo con lo aportado por los participantes (Hernández, Fernández, y Baptista, 2014).

Como instrumentos de recolección de información se utilizó la entrevista semiestructurada debido a que su flexibilidad permite no seguir un orden rígido de la guía de preguntas (Díaz, Torruco, Martínez y Varela, 2013). Se realizaron cinco entrevistas, que corresponden a tres grupos desglosados de la siguiente manera: dos personas que hacen parte de la fundación AFAVIT, una persona oriunda y residente del municipio de Trujillo, además de dos personas oriundas, pero no residentes del mismo. Se resume esta información mediante la siguiente tabla:

Tabla 1.
Entrevistas realizadas.

Entrevista	
Grupo de Participantes	Alias de Participante
Perteneientes a la Fundación AFAVIT	“L”
	“S”
Oriundo(a) / Residente	“E”
Oriundo(a) / No Residente	“B”
	“H”

Fuente: elaboración propia.

Adicionalmente, se realizó una revisión documental y audiovisual no sistemática, donde se resalta los artículos más representativos del municipio de los años 1995 a 2015, además de periódicos de la época e investigaciones referentes a la historia de Trujillo.

Tabla 2.
Fuentes audiovisuales y periodísticas.

REVISIÓN FUENTES AUDIOVISUALES Y PERIODÍSTICAS			
Autor(es):	Año	Nombre del Producto:	Tipo del Producto / Duración:
Redacción El Tiempo	1995	Artículo de El Tiempo: Actores y sucesos de las violencias en Trujillo	Nota periodística
Freddy Cusguen Perilla (Director)	2008	Documental memoria de Trujillo: “Una gota de esperanza en un mar de impunidad”	Documental (50 Minutos)
Grupo de Memoria Histórica	2008	Grupo de Memoria Histórica. Trujillo, una tragedia que no cesa.	Libro
Grupo de Memoria Histórica	2013	Informe ¡Basta Ya!	Informe
Habitantes de Trujillo (Valle)	2015	¡Tiberio vive hoy! Testimonios de la vida de un mártir. Tiberio Fernández Mafla	Libro

Fuente: elaboración propia.

Se hace uso de la herramienta ATLAS TI, versión 8; fundamental para hacer un análisis a profundidad de la información que se logre recopilar. Lo anterior se realizó por medio de unas categorías que permitieron sistematizar los discursos de los entrevistados y de las demás fuentes de información. Las categorías empleadas fueron: Identidad de pueblo, Sentido de pueblo y Tejido social, donde se grafica una red discursiva que funciona como artefacto

información testimonial que aporta a la construcción de memoria colectiva. De estos relatos surgen tres categorías:

1. Identidad de pueblo.
2. Sentido de pueblo.
3. Tejido social.

Cuando dos de las categorías se unen en el discurso, se leerá con una (n) que significa Intersección y da cuenta de la relación entre dos factores que inciden en la construcción del discurso. Las intersecciones están coloreadas al lado de cada esquina del diagrama y están representadas por:

IP n SP: Identidad de pueblo intersección Sentido de pueblo.

SP n TS: Sentido de pueblo intersección Tejido social.

TS n IP Tejido social intersección Identidad de pueblo.

Para hacer el resto de las relaciones de la red discursiva, se utilizaron las siguientes líneas de conexión:

->->->Elemento relacionado con los Usos de la memoria

->->-> Elemento relacionado con Tensiones

->->-> Elemento relacionado con el uso del pasado resucitado.



Figura 3. Red discursiva. Nota. Recuperado del Software Lucidchart. Fuente: elaboración propia.

De acuerdo con las transcripciones y a los fragmentos revisados en las entrevistas y los diferentes documentos relacionados al municipio de Trujillo, se observa una relación entre el tejido de pueblo, el sentido de pueblo y la identidad. La historia del municipio se ha tejido a través de ciertas narrativas construidas a partir de las diferentes experiencias vivenciadas por los habitantes. Estos pobladores le han dado sentido a estas narrativas que, a lo largo del tiempo, han contribuido a la construcción de identidad. Muchos pobladores de otros municipios también afectados por el narcotráfico comparten estas narrativas, lo que demuestra que hacen parte de la realidad nacional. A su vez, en estos espacios emerge un actor social (desde el rol principal o protagónico que se le confiere) cuyas características están mediadas por la violencia, la autoridad y la toma de decisiones sobre aspectos relevantes en la comunidad, por ejemplo sobre el decidir quién vive o quién muere. En este caso, las figuras recurrentes en el discurso son: Leonardo Espinoza o paramilitares como alias el “Alacrán”.

Por su parte, figuras como el padre Tiberio Fernández entran en conflicto con estos elementos característicos identitarios, toda vez que este tipo de figuras tejen otras visiones ligadas a la paz, el emprendimiento, al evangelio bíblico, etc. Pese a los elementos descritos arraigados por la violencia, y que de algún modo han sido interpuestos en la identidad del pueblo, es claro que la vida y muerte de este actor social bastó para vislumbrar un sentido diverso y ofrecer una visión identitaria diferente. Asimismo, esta identidad fue expresada en el parque monumento y en el libro ¡Tiberio vive hoy!, el cual recompila diferentes relatos de los habitantes que develan cómo este sacerdote influyó fuertemente en quienes compartieron con él. Esto facilita el entendimiento sobre estas obras como un intento de darle vida a sus enseñanzas y memoria desde lo simbólico, a fin de reunificar lo que el representó y significó para ellos (Habitantes de Trujillo, 2015).

En cuanto a la construcción de memoria, es vital resaltar que sus usos son mediados por una serie de tensiones donde se interpreta una serie de hechos y, a partir de ello, se instaura el discurso de los entrevistados por medio del pasado resucitado (del aquí y del ahora). No es una memoria de recuerdo, sino del recuerdo vivo en el presente con la misma intensidad de cuando se vivió. Esto se enmarca, por ejemplo, en las representaciones dentro del parque como en el mausoleo. De otro lado, a partir del componente sobre recordar y olvidar, se sitúa en un paralelo el deber de contarle y el derecho al olvido, el acto de recordar yace a partir de la reflexión, por medio de exteriorizar el dolor. Asimismo, se llega a la sublimación y resignificación de la memoria a través de la materialización.

Actores y usos de la memoria

En los discursos y testimonios de los entrevistados, así como en los reportes periodísticos, se resaltan los actores más representativos. Cabe aclarar que de los dos actores fundamentales que intervienen en la gestación y la utilización de la memoria: testigo, historiador / periodista, este apartado se centrará en el actor representativo de conmemoración, el cual nutre la divulgación de la memoria colectiva y está alimentado por los testimonios, recursos escritos y fílmicos.



Figura 4 Actores y usos de la memoria. Nota. Software de codificación ATLAS.TI 8.

Fuente: elaboración propia.

De esta manera, la conmemoración termina influyendo en los testigos que vivieron los hechos y en las compilaciones retomadas por los recursos históricos, fílmicos y periodísticos. La memoria colectiva se configura en función de aquellos hechos que significan valores e ideas relevantes para el grupo y son merecedores de ser conmemorados.

Tabla 3.*Actores representativos en los recursos filmicos y periodísticos.*

ACTORES	¿QUIÉN ERA?	¿QUÉ HIZO?
Padre Tiberio de Jesús Fernández Mafla	Nacido en una vereda conocida como La Vigorosa perteneciente a río frío, fue el sacerdote en el municipio de Trujillo hasta su asesinato.	Hizo muchas obras sociales, por ejemplo: ayudó a abrir 20 cooperativas en el Municipio con el fin de mejorar la situación, así como de empoderar a la gente para que reclamaran sus derechos.
Henry Loaiza Ceballos (Alias "El Alacrán")	Era un campesino analfabeto, viajó hasta Putumayo en un Todoterreno y regresó con mucho dinero y la ambición de ser el patriarca de la zona.	Él y Diego Montoya (Don Diego) cometieron crímenes de lesa humanidad contra la población de Trujillo entre el periodo de 1988 a 1994, dejando alrededor de 362 víctimas entre asesinados y desaparecidos. Esto se llevó a cabo en compañía de integrantes de la fuerza pública.
Leonardo Espinoza	Era un gamonal del municipio de Trujillo. En un principio se mostró como un benefactor para el municipio debido a que tenía mucho dinero, luego se volvió un hombre violento en su lucha por el poder.	Hizo muchas obras en Trujillo, entre ellas la construcción de vías Trujillo-Dosquebradas- Cristales y Naranjal, pero también cometió muchos asesinatos.

Fuente: elaboración propia.

Los paramilitares, guerrilla e implicados del Estado

Respecto a los actores, estos son representados como los mayores opositores del terrorismo y el conflicto armado (visualizados desde la revisión histórica y periodística, desde el parque monumento y las personas externas del Municipio). Estos grupos se destacan en los relatos de las personas que son oriundas del municipio, pero que actualmente residen en la ciudad de Palmira. Esto podría ser, en parte, porque uno de ellos salió justo antes del inicio de este período de violencia. Por este motivo, esta historia se conoce desde las voces del otro (voces familiares, del periódico, de la radio) que, generalmente, destacaban lo negativo de los sucesos que sucedían. De igual forma, la imagen de Trujillo podría estar influenciada por la identidad nacional, en la cual es común ver cómo grupos armados (donde se encuentran estos actores), se toman los pueblos y territorios que por algunas razones (condiciones geográficas o corrupción) han sido abandonados por el Estado.

Grupos criminales y narcotraficantes

Estos grupos generalmente están representados por los disputantes del poder dentro del Municipio y sus alrededores, a quienes se les atribuyen actos de diversa índole. Entre estos actores están: los Rodríguez, los Giraldo, Alias “El Alacrán”, Alias “Don Diego” y Leonardo Espinoza. Igualmente, lo más nombrados por las personas que viven en Palmira son: Leonardo Espinoza y Henry Loaiza alias “El Alacrán”. Sobre Leonardo Espinoza alias “Don Leonardo”, como era conocido, se supo que al llegar a Trujillo encontró la suerte enterrada, o mejor, toda su riqueza. Esto lo llevó a ser la personas más poderosa de Trujillo y a tener contacto con altos funcionarios del Estado (Álzate, 2020). Por su parte, sobre “el Alacrán” se publicó que no encontró su fortuna enterrada, pero sí que de la noche a la mañana apareció “con los bolsillos inundados de dinero y dispuesto a convertirse en el patriarca de la zona”. Tal como lo menciona el título periodístico “Actores y sucesos de las violencias en Trujillo” (Redacción El Tiempo, 1995), dado su bajo perfil, no fue sino hasta el final que se dieron cuenta que era un narcotraficante y que estaba relacionado con los asesinatos del municipio. La forma como se desarrolló la historia de estos dos personajes es lo que pudo llevar a que se conocieran como personas importantes en la “biografía” de Trujillo y, por lo tanto, necesarios para reconocer la identidad de este pueblo.

Los actos y la significación de vida y muerte del padre Tiberio Fernández

El padre Tiberio Hernández representa progreso para el Municipio. Es reconocido como símbolo de resistencia, búsqueda de justicia y perdón (visualizado principalmente desde el Parque Monumento, personas de AFAVIT y, parcialmente, por otras personas del municipio). En el relato de dos entrevistados se puede apreciar la importancia que tuvo este sacerdote originario de la vereda La Vigorosa (Riofrío) en el pueblo de Trujillo. Asimismo, en el documental “Trujillo: Una gota de esperanza, en un mar de impunidad” (Cusguen, 2008), se muestra que allí todavía es recordado no solo por la forma como murió sino también por el impacto social que tenía y sus acciones. A partir de este suceso, los habitantes del Municipio empezaron a exigir justicia, por lo que también aportó a acabar con el pacto de silencio que beneficiada a los victimarios. Por esta razón, el Parque Monumento es, en gran medida, una representación de su memoria. No obstante, para las personas que no hacen parte de AFAVIT y que no conocen el Parque Monumento, es solo el sacerdote del pueblo que hizo mucho por él mismo y que estuvo antes del padre Giraldo.

Conclusiones

Para empezar, las perspectivas que se consolidan desde el papel de la memoria de un colectivo reflejan mayoritariamente las intenciones y actos consecuentes a la significación. Cuando se menciona la memoria como una representación, esta es transmitida hacia los demás como un objetivo de discusión, encontrándose ya sea aceptación o rechazo frente a las opiniones que surjan. Esto permite entender que, bajo el contexto de violencia de Trujillo, la memoria puede tornarse bajo distintos puntos de vista, que, al unirse, pueden generar controversia a la hora de unificar los hechos para un consenso colectivo, bajo este mismo proceso de construcción de memoria (Bonilla y Herrera, 2016).

Y es que, bajo los mismos resultados, se observa que, de acuerdo con la unidad entre los distintos dispositivos documentales y fílmicos y el actor retomado dependerá la memoria o la reconstrucción de los hechos y la interpretación, con base en un solo implicado o en un grupo de responsables. Dado que cada dimensión está conformada por una parte de estos hechos, se hace necesario, por ejemplo, la presencia de lugares físicos que representen la memoria como el Centro de Memoria Histórica en el Parque Monumento de Trujillo.

Según los diferentes orígenes de la memoria, provenientes ya sea de notas periodísticas o los mismos relatos de los pobladores y las familias afectadas, las formas de memoria se replican en actos de significado como formas visibles de resistencia, constituyendo un “puente material” entre el pasado y el presente de la comunidad que trae a colación la rememoración y el duelo por los afectados. La memoria es también el conversor y unificador que permitiría trazar una ruta para la no repetición de estos hechos, albergando el conocimiento que permita reconocer estos hechos violentos, desde las distintas perspectivas e historias de las víctimas y generar ciertos consensos, tanto a nivel individual como colectivo.

Teniendo en cuenta que podría encontrarse una limitación frente al número de recursos utilizados en el artículo, pero sustancial para reconocer a los distintos grupos y actores implicados en el contexto violento del municipio, se espera que el presente texto pueda utilizarse de apoyo para futuras investigaciones relacionadas en la materia, ya sea desde distintos campos de estudio o tópicos imprescindibles como las relaciones de poder, los tejidos sociales, las perspectivas sociopolíticas derivadas del acontecimiento de Trujillo, o de los mismos efectos psicosociales que causan los hechos violentos en diferentes comunidades nacionales.

Finalmente, dado que la identidad que se teje en Murillo subyace en parte en la memoria histórica que se construye de manera similar en otros municipios azotados por el fenómeno del narcotráfico; asimismo, algunas veces está permeada por producciones audiovisuales y periodísticas que confieren en sus relatos un rol principal a un actor social autoritario que toma decisiones mediadas por la violencia, en contra de la vida de los habitantes. En ese sentido, es importante reconocer los discursos y expresiones de otros pobladores que movilizan a la comunidad a una resignificación de su identidad a partir del derecho a construir una memoria colectiva en torno a visiones identitarias distintas, a partir de la valoración de la vida y de las acciones éticas de otros habitantes. Estos relatos deben adquirir mayor relevancia en las producciones visuales, dado que estas tienen el potencial de ser socializadas de manera masiva en diferentes medios de comunicación.

Referencias

- Amezcuca, M. y Gálvez-Toro, A. (2002). Los modos de análisis en investigación cualitativa en salud: perspectiva crítica y reflexiones en voz alta. *Revista Española de salud pública*, 76, 423-436. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=17076505>
- Álzate, C. (10 de Noviembre de 2020). Trujillo, vestigios y verdades de una masacre que escaló el conflicto en el Valle del Cauca. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia2020/justicia/verdad/trujillo-vestigios-y-verdades-de-una-masacre-que-escalo-el-conflicto-en-el-valle-del-cauca/>
- Belalcázar, G., Botero, Y., Giraldo, R., Leudo, G. y Nieto, E. (2017). *Unas víctimas anónimas del conflicto armado en Colombia*. Universidad Libre, seccional Cali. <https://doi.org/10.18041/978-958-5545-09-0>
- Blanco, C. y Castro, K. (2013). Memoria, didáctica y resiliencia. Un estudio cualitativo en la población Nueva Venecia, departamento del Magdalena al norte de Colombia (2009 – 2011). *Debates Latinoamericanos*, 3, (8). <https://revistas.rlcu.org.ar/index.php/Debates/article/view/198>
- Bonilla-Euse, Y. M. & Herrera-Suárez, E. A. (2016). *Trujillo: memorias de una masacre en la impunidad. Análisis sistemático de literatura desde el año 1992 al año 2016*. <http://hdl.handle.net/20.500.12494/12316>.

- Chinchilla, P. (2014). Las "formas discursivas": Una propuesta metodológica. *Historia y grafía*, (43), 15-40. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-09272014000200002&script=sci_arttext
- CIDH. (2016). *Informe No. 68/16. Caso 11.007. Solución Amistosa. Masacre de Trujillo, Colombia. 30 de noviembre de 2016*. <https://www.oas.org/es/cidh/decisiones/2016/COSA11007ES.pdf>
- CNRR, Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. (2008). *Trujillo, una tragedia que no cesa*. http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2008/informe_trujillo.pdf
- Cusguen F. (director). (2008). *Trujillo: Una gota de esperanza en un mar de impunidad. [Documental]*. Colombia: Canal Institucional. <https://vimeo.com/13735991>
- Erl, A. (2012). *Memoria colectiva y culturas del recuerdo: estudio introductorio*. Ediciones Uniandes-Universidad de los Andes. <http://dx.doi.org/10.7440/2012.61>
- GMH. (2013). ¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Imprenta Nacional. <http://dx.doi.org/10.15446/achsc.v41n2.48792>
- GMH. (2011). *La masacre de Trujillo: Una tragedia que no cesa*. Imprenta Nacional. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/trujillo-una-tragedia-que-no-cesa/>
- Díaz-Bravo, L., Torruco-García, U., Martínez-Hernández, M. y Varela-Ruiz, M. (2013). La entrevista, recurso flexible y dinámico. *Investigación en educación médica*, 2 (7), 162-167. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S2007-50572013000300009&script=sci_arttext
- Habitantes de Trujillo (Trujillo - Valle, Colombia). (2015). *Tiberio vive hoy: testimonios de la vida de un mártir*. Imprenta Nacional de Colombia.
- Hernández, C. (2019). *Violencia de género en el marco del conflicto armado* [Tesis de doctorado, Universidad Santiago de Cali]. <https://repository.usc.edu.co/handle/20.500.12421/3052>.
- Hernández-Sampieri, R., Fernández-Collado, C. y Baptista-Lucio, P. (2010). *Metodología de la investigación*. McGraw-Hill.
- Ibarra, A. C. (2007). *Entre la historia y la memoria. Memoria colectiva, identidad y experiencia: discusiones recientes*. Universidad Nacional Autónoma de México

- Krause, M. (1995). La investigación cualitativa: un campo de posibilidades y desafíos. *Revista temas de educación*, 7(7), 19-40.
- Pericás, J. M. V. (2005). El uso de la teoría de redes sociales en la representación y análisis de textos: De las redes semánticas al análisis de redes textuales. *Empiria: Revista de metodología de ciencias sociales*, (10), 129-150. <https://doi.org/10.5944/empiria.10.2005.1046>
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio: la producción social de identidades frente a situaciones límite*. Ediciones Al Margen.
- Ramírez, V. H. (2005). M. Halbwachs." La memoria colectiva". *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 1(7). <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v1n7.207>
- Redacción El Tiempo. (16 de diciembre de 1995). Actores y sucesos de las violencias en Trujillo. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-488606>.
- Smith, D. (2000). *Tendencias y causas del conflicto armado*. Berghof Research. Center for Constructive Conflict Management. www.bivipas.unal.edu.co/handle/10720/643.
- Silva, P. (2010). Uno se muere cuando lo olvidan. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/arte/articulo/uno-muere-cuando-olvidan/21213>
- Taylor, C. (1996). Identidad y reconocimiento. *Revista de investigaciones Filosóficas y Políticas*, 7, 10-19. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2704736>
- Todorov, T. (2013). *Los usos de la memoria. Museo de la Memoria y los Derechos Humanos*. Recuperado de https://ww3.museodelamemoria.cl/wp-content/files_mf/1541602168SIGNOS_TODOROV.pdf
- Villoro, L. (1998). *Sobre la identidad de los pueblos. Estado plural, pluralidad de culturas*. Recuperado de http://envia3.xoc.uam.mx/sitio/lecturas_TID/unidad2/Villoro_identidad.pdf
- Villa, J. D. y Insuasty, A. (2016). Entre la participación y la resistencia: reconstrucción del tejido social desde abajo, más allá de la lógica de reparación estatal. *El Ágora*, USB, 16 (2), 359 – 678 <https://doi.org/10.21500/16578031.2442>.

Cartografías poéticas de la Violencia desde María Mercedes Carranza⁴⁰

Yeisi Julieth Niño / Universidad de Santiago de Chile

Introducción

María Mercedes Carranza representa una de las líricas más sobresalientes en la historia de Colombia. *El canto de las moscas* (*versión de los acontecimientos*) es un poemario que narra de manera testimonial los hechos ocurridos durante los años 80 y 90 en el país. La poesía de la autora ha sido calificada como una escritura crítica porque cuestiona el sistema político de la nación colombiana. La obra es un homenaje póstumo al senador Liberal Luis Carlos Galán, asesinado el 18 de agosto de 1989 durante su candidatura presidencial. Esta memorable fecha ha sido calificada como el inicio de la Violencia con mayúscula⁴¹.

El canto de las moscas escrito en 1994 es un libro profundamente social que busca dar una versión de los acontecimientos, situándonos como lectores en un paisaje natural lleno de selvas, manglares y paramos que se extiende por toda la obra. La relación entre título y texto hace de esta obra un brillante estudio etimológico que hace memoria a las zonas más afectadas por la violencia armada en Colombia. Trabajaremos aquí los poemas titulados: Necoclí, Ituango, Dabeiba, Segovia, Encimadas y Amaime, pertenecientes a los departamentos de Antioquia, Caldas y Valle del Cauca.

El objetivo de esta investigación es proponer una lectura cartográfica de la región del Eje Cafetero desde el estudio lírico que nos ofrece la obra poética *El canto de las moscas*, apelando a la idea que los mapas no son construcciones determinadas, sino cartografías que se encuentran en constante (re) invención (Cerrutti et al., 2009). En este sentido, la cartografía no se pensará exclusivamente como una representación visual, sino como un proceso de producción de conocimiento para ubicar un fenómeno específico con características culturales,

⁴⁰ El presente artículo hace parte del proyecto FONDECYT regular (Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico de Chile) N°1180001 "Tortura: Concepto y Experiencia".

⁴¹ La Violencia con mayúscula se distingue de la violencia de los años 50 que "en un principio es bipartidista y que interpeló la capacidad del sistema político para ampliarse, gestando unos años más un nuevo escenario conflictivo: el insurreccional, donde los actores protagonista, es decir, las fuerzas insurgentes campesinas, replazaron la perspectiva de incorporación al poder por una perspectiva de sustitución del poder, interpellando así la capacidad del sistema político ya no para ampliarse, sino para transformarse" (Cartagena, 2016, p.66). En este periodo se inician las organizaciones guerrilleras y posteriormente el paramilitarismo.

geográficas y políticas preexistentes. Este ejercicio de mapeo nos llevará desde una dimensión analítica del espacio como materia (objetivo) hacia una participativa (subjetiva), donde el lector/a logra relacionar la palabra con el territorio. Es así que, el espacio físico en estas poéticas empezará a cobrar “otros” sentidos o significados, convirtiendo los territorios en lugares cargados de experiencias personales y colectivas donde el testimonio, la denuncia y la naturaleza se inscribirán como protagonistas.

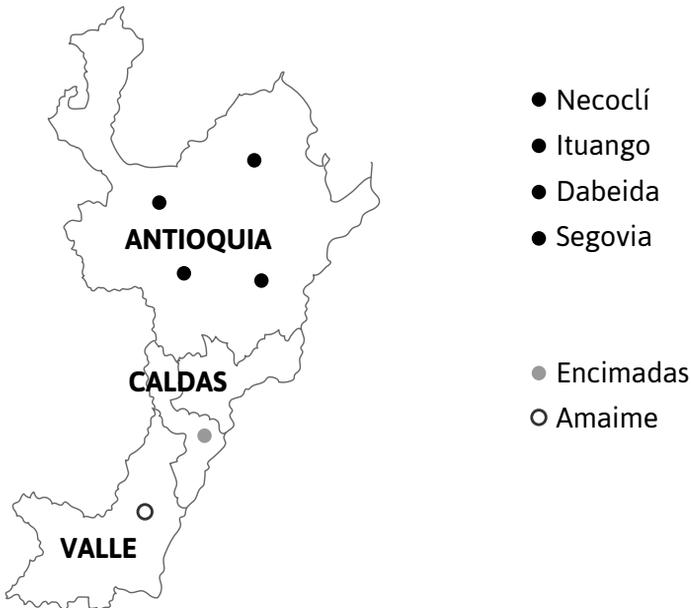


Figura 1. Mapa de la región del Eje Cafetero con tres de sus principales departamentos⁴²
Fuente: elaboración propia

Los mapas han sido, desde la historia de la cartografía, elementos para registrar información. Son iconos semánticos que representan un sinnúmero de significados. Los mapas pueden llegar a tener vida propia, ya que son vehículos de comunicación que abren puertas a la experiencia humana y dibujan realidades plasmadas en la visualidad misma del texto y del territorio. Como lo argumenta Karl Offen (2009),

⁴² En este mapa se han ubicado el título de los seis poemas de *El Canto de las moscas* en la región que le pertenece.

Un mapa es un objeto político porque da forma y a la vez refleja la realidad misma que se supone representa de manera trasparente. Un mapa es una herramienta didáctica que demuestra la realidad no tal cual es, sino como la quiere ver quien levanta el mapa. Los mapas son testimonios tejidos a punta de signos y símbolos que, en conjunto, constituyen una visión del mundo específica, es decir una política geográfica. (p. 167)

En este sentido, *El canto de las moscas* es un levantamiento cartográfico que refleja la crisis política y cultural del pueblo colombiano. Es un mapa didáctico que puede construirse a partir de líricas testimoniales que ofrece la autora a lo largo de su obra. M. M. Carranza busca siempre “otras” formas de contar los acontecimientos y para lograrlo dibuja en cada poema la silueta imborrable de un paisaje en el que, a lo largo y ancho, solo se oye el zumbido de las moscas. Es así que desde un lenguaje poético la escritora nos sitúa en una cartografía de la Violencia colombiana.

El canto de las moscas (versión de los acontecimientos): cartografías de la Violencia

Colombia es un país que registra conexiones entre la violencia armada, desplazamientos forzados y explotación ambiental desde hace más de 50 años. La región del Eje Cafetero, rica en recursos naturales, ha debido soportar una larga historia de conflicto social y político que cruzan sus territorios. Observemos a continuación CANTO 1 NECOCLÍ

Quizás
 el próximo instante
 de noche tarde o mañana
 en Necoclí
 se oirá nada más
 el canto de las moscas. (Carranza, 1998, p.5)

Los dos primeros versos “Quizás/ el próximo instante” figuran una tensión del tiempo donde el “Quizás” es una indeterminación, pero también es un hecho que se espera que llegue y se instale en la cotidianidad de la “noche, tarde o mañana”, porque en “Necoclí” pronto se escuchará nada más que el “canto de las moscas”. Este verso se posiciona en una tensión política, ya que el municipio de Necoclí fue uno de los puntos donde tanto guerrillas como paramilitares llevaron a cabo en los años 90 el exterminio del partido político llamado Unión Patriótica (UP). Este partido buscaba por vías legales salir del conflicto

armado; esto nos lleva a pensar libremente que el “CANTO 1” es un epitafio que se ha marcado en la tumba de todos los pertenecientes de la UP.

Uno de los hechos más graves para la historia del conflicto en Colombia es el exterminio que sufrió el partido Unión Patriótica según la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Entre 1985 y 1993 fueron asesinados 1.163 integrantes y desaparecidos otros 123, la mayoría eran hombres (...) Todas las masacres contra la Unión Patriótica, incluida la de Unguía, están totalmente relacionadas con la dinámica electoral del país. (Gonzalo et al., 2013, p. 36)

Los cantos “1 NECOCLÍ”, “4 DABEIBA”, “9 SEGOVIA” y “20 ITUANGO” pertenecen al departamento de Antioquia. Esta región está ubicada al noroccidente de Colombia. Su capital, Medellín, es la segunda más poblada del país. Limita al norte con el Océano Atlántico, al este con los departamentos de Santander y Boyacá, al sur con Caldas y Risaralda y al oeste con el Choco. Su organización territorial comprende 125 municipios y debido a su posición geográfica su clima puede variar entre los 40°C al norte y los 18°C al sur.

El departamento de Antioquia fue seriamente afectado por el conflicto armado entre los años 1997-2010. En este periodo se incrementaron las acciones violentas por el control de la zona, registrándose acciones como torturas, secuestros, limpieza social, desaparición forzada, ataques a infraestructura y cultivos ilícitos (Tabora, Muñeton, y Harbath, 2018). Durante estos años la mayoría de los habitantes sufrieron evidentes problemas económicos quedando incluso en la pobreza extrema debido a las restricciones para transitar alimentos, bloqueo en las carreteras y las permanentes prohibiciones de salida o entrada de personas de los municipios. Esto desató una fuerte crisis social y cultural en la región, quebrantando los lazos entre las comunidades, reemplazando la solidaridad y el compañerismo por el miedo y la desconfianza. En el siguiente mapa se grafica las zonas de control por los grupos ilegales en el departamento de Antioquia entre 1997 y 2010.

El “Canto 20” titulado “ITUANGO” recoge en cinco versos el sangriento suceso que marcó la vida de sus habitantes. El poema está centrado en la página con alineación de izquierda a derecha creando la sensación visual de corrientes de aire que circulan entre los espacios en blanco y van moviendo de un lado a otro las líneas del verso. Se resaltan sustantivos como: risa, mandíbulas, cadáver. El sujeto hablante es “El viento” que “ríe en las mandíbulas/ de los muertos/”. Otra de las características que podemos percibir es el tono fúnebre del poema que los románticos franceses llamarán “lenguaje del sufrimiento” (Baudelaire, 1996, p. 13). “ITUANGO” relata una época oscura de infelicidad

donde las mandíbulas de los muertos silban en la inmensidad del silencio.

El viento
 ríe en las mandíbulas
 de los muertos.
 En Ituango,
 el cadáver de la risa. (p.24)



Figura 2. Mapa de la región de Antioquia.

Fuente: Verdad Abierta (VA) (2016).

En Ituango la naturaleza ha quedado oculta, no hay rastros de ella; no se nombra, no se escucha, ni se ve. El lugar ha extraviado su esplendor convirtiéndose en una geografía despoblada de vida humana y vegetal. El poema advierte una historia propia enraizada en un pasado y un tiempo determinado, el 22 de octubre de 1997, donde las voces de los sobrevivientes continúan circulando por entre las calles de este lugar. Dirijamos nuestra mirada al relato de nos ofrece Miladis Restrepo, habitante de la región:

Todo empezó desde el domingo anterior. Había zozobra, miedo, porque llamaban por teléfono y decían que ya iban los paramilitares, que ya estaban cerca de El Aro, que se prepararan. Los que nos avisaban era gente de la capital, personas que tenían familia en el pueblo, y llamaban desde Medellín. Nos decían

que los paramilitares iban para Ituango y que iban a acabar con todo. El lunes, que fue el día en que ellos empezaron a subir de Puerto Valdivia hacia El Aro, ya empezaron matando gente. Era terrible, porque uno no se podía mover del pueblo, ellos estaban por todas partes. Fue una semana tortuosa, yo trabajaba en la central del teléfono y escuchaba todos los reportes. El sábado empezó mucha balacera, se escuchaba bala por todas partes. (Consejo de redacción, 2020)

La tensión entre centro-periferia que se registra en el testimonio que acabamos de leer puede notarse a lo largo de la obra lírica de la colombiana, pues detrás de cada poema hay un relato histórico que va recorriendo de manera no lineal, las masacres de las zonas rurales. La obra de Carranza es una escritura que denuncia el desamparo y horror que vive la periferia. *El canto de las moscas* abre caminos para que el lector/a recorra los lugares limítrofes de Colombia acompañado de una naturaleza que guarda la nostalgia involuntaria de los recuerdos. Cabe señalar que la violencia desatada en Ituango tuvo como objetivo la construcción de la hidroeléctrica más grande en el país. El proyecto de Hidroituango fue una verdadera locura, pues su construcción suponía cortar la columna vertebral de uno de los ríos más importantes, el río Cauca. Después de la toma del 1997 se iniciaron las expropiaciones de lotes para la construcción de la hidroeléctrica, el proyecto tenía como fecha de apertura el 2018, pero hasta la fecha (2021), el proyecto solo ha dejado desplazamientos masivos, problemas ambientales y vergonzosos escándalos de corrupción.



Figura 3. Municipios afectados por Hidroituango.

Fuente: Kavilando.org (2018).

El megaproyecto más grande del país ha tomado más de 3.800 hectáreas en los últimos 10 años destinadas para el embalse de agua de la hidroeléctrica, amenazando seriamente el bosque seco tropical de la región y el ecosistema del río cauca (Portilla, 2019). La zona del Eje Cafetero debido a su alta producción

de recursos naturales se ha convertido en una región donde se registran graves confrontaciones entre grupos armados por el control de las tierras, sembrando temor en la población y grandes migraciones de campo a la ciudad. Leamos el “CANTO 4”.

DABEIBA

El río es dulce aquí
 en Dabeiba
 y lleva rosas rojas
 esparcidas en las aguas
 No son rosas,
 es la sangre
 que toma otros caminos. (p. 8)

Dabeiba es un municipio ubicado al occidente del departamento de Antioquia, cuenta con 117 veredas y con una extensa riqueza de minerales. Según los datos de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), en el 2020 se registraron más de 600 personas desaparecidas en la región por cuenta del conflicto armado. El primer verso del poema nos remite rápidamente al río como punto de referencia, el agua dulce que viaja por las corrientes de este río tiene la particularidad de llevar consigo “rosas rojas/ esparcidas en las aguas”. El uso de la imagen del río cargadas de flores rojas crea un escenario aparentemente bello donde sustantivos como: *dulce, rosas, rojas*, transmiten una sonoridad que adorna el paisaje natural de Dabeiba. Sin embargo, el punto aparte que tiene el cuarto verso nos evoca una pausa, un silencio casi fúnebre, que desdibuja la belleza del lugar.

La negación “No son rosas”, despierta un notable sentido de tragedia que transita por el río dulce de Dabeiba; asimismo, el poema realiza una metamorfosis de la imagen convirtiendo las rosas rojas en ríos de sangre, que nos recuerda que la naturaleza guarda silenciosamente los lamentos de nuestros muertos. Aquí el río cambia de color, de rumbo, abre caminos, lleva muertos en vez de peces y marca en el fluir de las olas la memoria de la guerra. Es así que la poesía permite conservar los recuerdos, pues como lo afirma Halbwachs (1968) “el único medio para salvar la memoria es fijarlos por escrito en una narrativa ordenada ya que, si las palabras y los pensamientos mueren, los escritos permanecen”. De aquí el grandioso trabajo que realiza M.M. Carranza con *El canto de las moscas*, pues ella vuelve a reconstruir los acontecimientos logrando desterrar la historia de la violencia armada para acercarnos nuevamente a los testimonios de las víctimas.

Del 23 al 27 de noviembre, paramilitares de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (Accu) llegaron a Dabeiba donde asesinaron a 14 campesinos y desaparecieron a tres más, entre los cuales había dos menores de edad. Tras los asesinatos, quemaron más de 30 viviendas del municipio y destruyeron, saquearon y robaron bienes indispensables para la supervivencia de la población. 300 personas tuvieron que desplazarse forzosamente. La masacre estaba anunciada. El 20 de julio anterior, un grupo de paramilitares había llegado al caserío, dijeron que la población era 'alcahueta de la guerrilla' y amenazaron a los habitantes del lugar. Para los paramilitares no era sólo un objetivo contrainsurgente, sino que también codiciaban los terrenos alejados para la siembra de coca y el corredor estratégico entre los océanos Atlántico y Pacífico para sacar droga e ingresar armas. (Rutas del conflicto, 2019)

El conflicto que por muchos años asechó a la región del Eje Cafetero logra plasmarse en los 6 poemas que la autora dedica en su obra. Estos versos pueden ser leídos como escrituras testimoniales y de denuncia, pero también como letanías en las que cada poema es un salto al recuerdo. Para Niall Binns (2004), estas líricas son un canto a la tierra, a esa tierra que aparentemente sigue sus procesos de vida a pesar de los horrores que ha dejado la guerra. La naturaleza se convierte protagonista en estos versos que nos ubica en un lugar y fecha determinada.

CANTO 5 ENCIMADAS

Bajo la tierra de Encimadas
el terror fulgura aún
en los ojos florecidos
sobre la tierra de Encimadas. (p. 9)

La lectura de este poema nos lleva a preguntarnos ¿qué es lo que hay bajo la tierra de Encimadas?, y ¿de quién son los ojos florecidos?, en este municipio perteneciente al departamento de Caldas. La constante tensión entre grupos guerrilleros y paramilitares fue permanente durante los años 90 en esta zona del país, algunos testimonios de habitantes pertenecientes a este lugar narran que

Uno podía llegar a cualquier cantina, ver a los guerrilleros jugar pool, mientras los paramilitares jugaban carambola, ambos sabiendo que eran de bandos contrarios, ambos limitándose a una tensa convivencia en un lugar que por alguna razón estaba vetado para una violencia directa. (Ochoa, 2018, p. 93)

Las incesantes disputas entre estos dos grupos armados hizo de Encimadas un lugar en donde los ojos de sus habitantes florecen sobre la tierra la arrida. Bajo la superficie de Encimadas la memoria continua latente inmersa

en un profundo horror que se quiebra y se deslumbra en las grietas que se va trazando en la superficie de la tierra. Es así que este municipio ha dejado su belleza para transformarse en un lugar habitado por cadáveres florecidos. El *Canto de las moscas* es una invocación al recuerdo de aquellos territorios marcados por la violencia; en este sentido, trabajar esta obra es volver a reconstruir la historia de los acontecimientos, pues en cada verso encontramos un lugar determinado con características culturales y sociales que nos invitan a recorrer estos territorios aparentemente olvidados por el pasar del tiempo.

En nuestro último poema CANTO 10 AMAIME: “Los sueños se cubren/ de tierra como/ si fueran podredumbre” (p. 14). Los habitantes de este sector del norte de Valle han debido soportar los constantes desplazamientos forzados por años, tanto así que en Amaime ya no hay lugar ni siquiera para los sueños, la tierra ha quedado despoblada de tanta guerra y la naturaleza cubre la imagen de los cuerpos que alguna vez ocuparon este territorio. El 1 de septiembre de 1999 se registró uno de los enfrentamientos más sangrientos en la región, un grupo de guerrilleros del frente 6 de las Frac se tomó el municipio, lo que causó fuertes confrontaciones con los grupos paramilitares y cocaleros. Según el portal web “Rutas del conflicto (LF)”:

El Frente 6 del Comando Conjunto Occidental se creó en la década de 1970, cuando las Farc estaban afianzando su poder en el país. En 1999 tenían el control de buena parte del departamento de Valle del Cauca y en ese año se intensificó la violencia con la llegada de paramilitares del Bloque Calima de las AUC a petición de narcotraficantes y empresarios de la zona. Cientos de civiles inocentes murieron en medio del fuego cruzado. En 2011, el Comando Conjunto Occidental tomó el nombre de Bloque Alfonso Cano. (LF, 2019)

Amaime perdura aún en la fragilidad de la poesía y en los testimonios de quienes sobrevivieron a los horrores de la violencia. *El canto de las moscas* recorre de norte a sur la barbarie del conflicto armado colombiano. La región del Eje Cafetero, particularmente, ha sido una de las zonas de confrontaciones más sangrientas que registra la historia de la nación. Es por este motivo que M.M. Carranza dedica parte de su obra a recuperar los nombres de estos lugares, todos ellos trazados por la explotación de los recursos naturales y el desplazamiento forzado. Esta obra puede pensarse como la palabra que permanece después de lo sucedido, es como la brisa que recorre las calles solitarias de la muerte y la desolación. A pesar de los años, estas líricas siguen identificando los conflictos sociales, políticos y ecológicos del país, es así que acercarnos a estas poéticas es un intento por recuperar la memoria histórica de los territorios, pero también es una posibilidad de volver a habitar nuevamente las zonas de conflicto.

A modo de conclusión

Las escrituras de M.M. Carranza despliegan una serie de reclamos que busca rescatar la conciencia por el lugar. La obra de esta mujer pone en marcha un conjunto de imaginarios preexistentes que se tejen alrededor de los contextos histórico-políticos que permiten pensar en mecanismos de lectura que (re) dibujan los territorios en un viaje cartográfico por la geografía de colombiana. Debido a la precisión rítmica estos cortos poemas se le puede llegar a comparar con el *Haikú*, pero también podemos pensar en ellos como epitafios dada la la desolación que carga cada verso, por su mensaje final, por las frases cortas que describe el horror de la muerte. La obra de Carranza es una escritura dotada de un claro contenido contestatario que denuncia el horror de la guerra civil colombiana, especialmente la región del Eje Cafetero.

Cada página del poemario dibuja un panorama de la devastación ambiental: ríos rojos, rosas de sangre, paramos sin flores, tierra arrida, calles de aire, cadáveres sobre pavimento. En este relato el espacio físico empieza a tomar protagonismo dejando ver la notoria soledad en la que se encuentran los lugares donde la naturaleza se convierte en protagonista de los acontecimientos. En este sentido, se ha intentado, desde un enfoque cartográfico, analizar la poesía de la colombiana desplegando importantes temas como: la violencia armada, la territorialización y la crisis ambiental. Esta escritura ha desafiado por largos años los silencios, las discriminaciones, los secuestros, las dictaduras y hasta la misma muerte. La poesía de María Mercedes Carranza es un accionar radicalmente revolucionario en el que el cuerpo y la vida entera se involucran y se arriesgan para volver a (re) construir la historia de la nación.

Referencias

- Binns, N. (2004). *¿Callejón sin salida? La crisis ecológica en la poesía hispanoamericana*. Prensa Universitarias de Zaragoza.
- Carranza, M. (1991). *Obra incompleta*. Leiva Duran editores
- Carranza, M. (1998). *El canto de las moscas*. Arango Editores.
- Cartagena, C. (2016). Estudios de la violencia en Colombia antes de la violentología. *Diálogos Revista electrónica de historia*, 17 (1), 63-88.

- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2018). *Unión Patriótica*. CNMH. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/tag/union-patriotica/>.
- Cerutti (2009). *Cartografías de nuestras realidades*. Centro de Investigación de América Latina y el Caribe.
- Consejo de redacción. (2020). *El Aro: la historia de la masacre*. <https://consejo-dereleccion.org/sello-cdr/investigacion/el-aro-la-historia-detras-de-la-masacre>.
- Emilio, M. (2014). *El secuestro en el conflicto armado colombiano*. Centro de Memoria Histórica.
- Eagleton, T. (1998). *Una introducción a la teoría literaria*. Fondo de Cultura Económica.
- Con miedo Segovia sepulto a sus muertos. (1988, 14 de febrero). *El Colombiano*, 3-4.
- Gonzalo. (2013). *Una sociedad secuestrada*. Imprenta Nacional.
- Hall. (1996). *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu editores S.A.
- Hernández, A. (2007). *La muerte: un diálogo entre María Mercedes Carranza y Martín Heidegger* [Tesis pregrado].
- Kavilando. (2018). *Sala de Crisis Social y delegación de Colombia Humana, en visita a municipios afectados por Hidroituango*.
- Leff, E. (1994). *Ecológica y Capital: racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*. Siglo XXI editores.
- Leff, E. (1995). ¿De quién es la naturaleza? Sobre la reapropiación social de los recursos naturales. *Gaceta Ecológica*, 37, 28-35.
- Molano, A. (2014). *Fragments de la historia del conflicto armado (1920-2010)*. Editorial Espacio crítico.
- Noguera, A. (2004). *El reencantamiento del mundo*. Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Nussbaum, M. (1995). *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*. Editorial Andres Bello.

- Ochoa, D. (2018). *El café y la violencia en Caldas: una aproximación Antropológica*. [tesis pregrado].
- Offen, K. (2009). O mapeas o te mapean: Mapeo indígena y negro en América Latina. *Revista Tabula Rasa*, 10, 163-189
- Prada, O. (2015). *Historia de la fundación de Barrancabermeja y el papel del Petróleo*. Editorial Corporación Universitaria de Ciencia y Desarrollo UNICIENCIAS.
- Portilla, M. (2019). *Hidroituango: ¿Qué paso, porqué paso, qué está pasando y qué podría pasar?* Universidad Nacional de Colombia.
- Restrepo. (2015). Homenaje sin precedentes. María Mercedes Carranza. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 88.
- Rutas del Conflicto y la Liga contra el Silencio (s.f). *situación de guerra en la región*. <http://rutasdelconflicto.com/convenios-fuerza-justicia/node/389>.
- Samper, D. (2003). *La despedida de María Mercedes Carranza*. El Tiempo.
- Sisson, M. (2008). *María Mercedes en inglés: perspectivas de un traductor*. Ohio University.
- Taborda . (2018). *Conflicto armado y pobreza en Antioquia Colombia*. *Revistas apuntes de CENES*, 37, 213- 246.
- Valenzuela, P. (1998). María Mercedes Carranza: balance inicial. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 35, 3-23.
- Vanegas, B. (2008). El canto de las moscas y la predicción sobre la violencia oculta. *Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, 37, 34.60
- Verdad abierta. (2014). *El sabor agridulce que deja la desmovilización en Antioquia*. <https://verdadabierta.com/el-sabor-agridulce-que-deja-la-desmovilizacion-en-antioquia/>
- Yepes, E. (2012). Regiones en vías de extinción: El Canto de las moscas de María Mercedes Carranza. *Revista Lingüística Literaria*, 61, 107-127.
- Zambrano, G. (2008). *Cartografías Literarias*. Universidad y Pensamiento.

Conflicto armado y reconfiguración histórica territorial: Magdalena Centro

Norby Margot Andrade Álvarez / Docente Universidad de Caldas

El Magdalena Centro

El 29 de marzo de 1984, Juan Pablo II a través de la promulgación de la *Bula Pontificia Quod iure* erigió la Diócesis de la Dorada-Guaduas, integrada por 17 municipios pertenecientes a los departamentos de Caldas, Cundinamarca, Antioquia y Boyacá. Esto fue comandado bajo la idea de que al interior de la iglesia católica toda configuración administrativa debe hacerse con base en los principios esenciales del evangelio: la paz, la reconciliación, la justicia y el desarrollo integral de los pueblos (PDPMC, 2014). En consecuencia, la Diócesis de la Dorada-Guaduas surge en tierras que comprenden el antiguo Magdalena Medio, territorio marcado por el conflicto armado en el cual la Diócesis busca transformarse en alternativa de evangelización gracias a la construcción de un ideario de paz

Se trata entonces de convertir un pedazo del Magdalena Medio en tierras de paz bajo la denominación de Magdalena Centro. En efecto, durante el año de 2004 el presbítero diocesano Adolfo Galindo, apoyado por el Centro de Investigación y Educación Popular-Cinep a través de un diagnóstico participativo y prospectivo del Magdalena Medio, creó en parte de este territorio el primer Programa Estructurado de Desarrollo para la Paz, llamado Programa de Paz de Magdalena Centro o PDPMC. Dicho programa comprende los municipios de Pensilvania, Samaná, Victoria, La Dorada, Marquetalia, Manzanares, Norcasia, Marulanda (corregimiento de Montebonito), Puerto Salgar, Guaduas, Capparrapí, Chaguaní, La Palma, Yacopí, Puerto Boyacá, Puerto Triunfo y Sonsón (corregimiento de La Danta y San Miguel), pertenecientes a los territorios de los departamentos del Suroriente Antioqueño, el occidente del departamento de Boyacá, al alto y bajo oriente del departamento de Caldas y al noroccidente de Cundinamarca, territorios denominados en su conjunto como el Magdalena Centro y que presentamos a continuación en la Tabla 1 y, el Mapa 1.

Tabla 1.

Departamentos y municipios que conforman el territorio del Magdalena Centro.

Departamento	Municipio	Fundación	
		Año	Siglo
Suroriente antioqueño	Puerto Triunfo	1944	XX
	Bajo Sonsón	Sf	
Occidente de Boyacá	Puerto Boyacá	1957	XX
Alto oriente de Caldas	Samaná	1885	XIX
	Marquetalia	1924	XX
	Pensilvania	1871	XIX
	Manzanares	1864	XIX
	Marulanda	1885	XIX
Bajo oriente de Caldas	La Dorada	1923	XX
	Puerto Salgar	1935	XX
	Norcasia	1996	XX
	Victoria	1887	XIX
Noroccidente de Cundinamarca	Yacopí	1890	XIX
	Caparrapí	1675	XVII
	La Palma	1561	XVI
Cundinamarca	Guaduas	1644	XVII
	Chaguaní	1770	XVIII

Fuente: Zabala-Castañeda (2006, p. 30).

En 2013, el PDPMC bajo el lema: “Porque creer en la Región del Magdalena Centro es creer en nosotros mismos” (PDPMC, 2014, p.112), se transforma en el principal gestor de lo que será la nueva región del Magdalena Centro con la ayuda de la sociedad civil y en comunicación con la institucionalidad pública y privada. Asimismo, está comprometida con el propósito de asumir las diversas identidades regionales y con la idea de buscar desarrollo por medio de la construcción de paz. De esta manera, Magdalena Centro es el fruto de una idea, es decir, de una especie de imaginario social dado que jurídicamente no existe como territorio integrado al ordenamiento territorial del país y, peor aún, está muy lejos de que la Ley de Ordenamiento Territorial de 2011 lo considere como tal. Esta ley dispone que los territorios que deseen convertirse en entidades territoriales deben transitar por una etapa previa de regiones administrativas y de planificación, proceso que aún no comienza de manera oficial en el Magdalena (Centro Ministerio del Interior y de Justicia, 2011).

geográficamente se puede decir que en el norte de Magdalena Medio se encuentran las tierras del petróleo con Barrancabermeja como epicentro urbano, la cual escribe un capítulo de la historia de la industria nacional y energética de Colombia. Al este de esta región, se encuentra el altiplano Cundi-Boyacense que constituye la fértil tierra donde floreció la República y donde, además, se concentra el poder político y económico de Colombia por ser asiento de su capital. Al sur del Magdalena Medio se encuentra el Gran-Tolima sobre el valle alto del Magdalena, una de las regiones más fértiles de la Patria y sede de la “Ciudad Musical” de Colombia y de San Agustín. Al noreste del Magdalena Medio están las Montañas Antioqueñas, epicentro de la cultura paisa y de donde partió la colonización antioqueña, uno de los fenómenos sociales más importantes del país dado que marcó los procesos de poblamiento en el centro-occidente del país. Finalmente, al oeste y suroeste del Magdalena Medio está el Eje Cafetero que constituye la conurbación que articula el eje Cali-Medellín, y potencialmente el surgimiento de una ciudad región sin precedentes en el Pacífico Latinoamericano (Duque Escobar, 2012, p. 14). Igualmente, el Magdalena Medio es un espacio que además unifica a varias capitales del país a través de vías terrestres y fluviales, entre las cuales se cuentan las carreteras entre Bogotá y Medellín, Bogotá y la Costa Atlántica. Gracias a la presencia del río Magdalena, el Magdalena Medio comunica también zonas trascendentales para la explotación y distribución nacional e internacional de recursos naturales, tal y como puede en el Mapa N02, como representación geográfico-territorial del espacio del Magdalena Medio.

Sin embargo, Magdalena Medio es ante todo un espacio sin ningún tipo de jurisdicción administrativo-departamental, ya que aparece como un territorio determinado por razones de tipo estrategias orientadas a la consolidación de una zona de defensa, protección de recursos minerales, de latifundio, de ganadería y, de empresas privadas, debido a la presencia e impacto histórico de actividades ilícitas como el narcotráfico y la acción de grupos insurgentes.



Figura 2. Representación Territorial de Magdalena Medio.

Fuente: adaptado de Diseño Territorio de Magdalena Medio en Colombia (2014).

En su momento, Orlando Fals Borda como constituyente, coordinador de la Comisión de Ordenamiento Territorial y estudioso de esta región colombiana hizo la propuesta de crear el departamento del Magdalena Medio. Esta propuesta tuvo acogida entre algunos líderes locales, pero su realización fue imposible debido a los diferentes intereses de los departamentos a los que esta región está asociada, dado que no estaban dispuestos a ceder tanto por su posición geoestratégica como por las riquezas naturales que poseen. Por consiguiente, el Magdalena Medio es un espacio que a pesar de consolidarse como un centro de desarrollo económico por sus riquezas, no refleja esta condición en la superación de la pobreza y la miseria de sus habitantes rurales y urbanos. La participación de guerrillas, paramilitares, narcotráfico, así como la ausencia del Estado, los enfrentamientos con la fuerza pública, los desplazamientos y los bombardeos no solo fortalecen más el conflicto armado sino que también incrementan la inequidad de la región.

El conflicto armado y la idea de Magdalena Centro

Después de 1940, el espacio del Magdalena Medio fue el escenario de varios movimientos armados que aparecieron como fruto de la violencia política tales como el paramilitarismo y la guerrilla. Asimismo, en el año 1995 nació el

Ejército de Liberación Nacional – ELN, quien controló el norte del territorio hasta la década de los años 80. Por su parte, Las FARC se localizaron en sur del Magdalena Medio a través de varios frentes de guerra y, después de 1990, controlaron las antiguas zonas de influencia del ELN. El Ejército Popular de Liberación – EPL se localizó en Norte de Santander a través del Frente Ramón Gilberto Barbosa Zambrano hasta 1991, año en que suscribió el pacto de paz con el Gobierno colombiano. Tiempo después se armó una nueva disidencia del ELN denominada Ejército Revolucionario del Pueblo – ERP, que actuó hasta 20017 en la parte alta del sur de Bolívar y Sucre (Santos-Peñuela, 2014, pp. 43-46).

De igual manera, a partir de 1980 surgieron nuevos grupos armados que constituyeron el paramilitarismo. Entre estos grupos se encuentran: Muertes a Secuestradores – MAS y las Autodefensas de Puerto Boyacá, este último grupo se transformó finalmente en las Autodefensas Campesinas del Magdalena – ACMM. A su vez, el Magdalena Medio se transformó en el escenario de la consolidación de un proyecto narco paramilitar integrado por miembros de la sociedad civil tales como: grandes empresarios, ganaderos y hacendados como la Asociación Campesina de Ganaderos y Agricultores del Magdalena Medio- AC-DEGAM, quienes intimidados por la presión de las guerrillas a través del cobro de extorsiones y el avance de las asociaciones campesinas que propendían por la recuperación de la tierra, apoyaron a los paramilitares. Este proyecto narco paramilitar también fue soportado por algunos miembros de la fuerza pública a través de la Brigada XIV del Batallón Bárbara de Puerto Boyacá del Ejército, quienes desde Cimitarra y Puerto Berrío coordinaron acciones conjuntas y proporcionaron armas a los paramilitares como respuesta al accionar guerrillero (Santos-Peñuela, 2014, pp.43-55).

En Magdalena Medio los paramilitares a través de las AUC buscaban controlar los latifundios, el negocio de la minería, la explotación de recursos y las rutas del narcotráfico, con el propósito de expandirse por medio del narcotráfico. Es decir, el aparato paramilitar se puso al servicio del narcotráfico con el fin de consolidar el control de rutas, de propiedades adquiridas y usurpadas a campesinos mediante el despojo de tierras estratégicas y de gran productividad. Es así como nace el proyecto paramilitar, dirigido a la confrontación con las guerrillas y, en especial, al ataque de la base social campesina. Esto conllevó al debilitamiento de los procesos de organización social campesina que habían tomado fuerza con la creación en toda Colombia de movimientos campesinos entre los cuales Asociación Nacional de Usuarios Campesinos ANUC

Los ataques en contra de los movimientos campesinos conllevaron a la confrontación con el Estado colombiano. El aumento de la represión policial y

la propia actuación paramilitar contra campesinos y la población civil en general causaron un proceso sangriero de “guerra sucia”. Dado el posicionado de las AUC en el Magdalena Medio, este grupo logró controlar vías de comunicación y desestabilizar guerrillas en comunidades donde su accionar violento generó descontento social. Esto coincidió con la premisa paramilitar de estigmatizar a los movimientos sociales que defendían los derechos humanos y exigían equidad social y participación política como “guerrilleros” o “izquierdistas” (Comisión Andina de Juristas, 1993, pp. 87-98).

Indiscutiblemente, es imposible separar la historia del Magdalena Medio del conflicto armado, dadas las graves consecuencias de dejó: desplazamiento forzado; migración agrícola de campesinos que sin infraestructura y mercados adecuadas para la comercialización de sus productos optaron por la roturación de baldíos, vendidos a bajos precios a latifundistas-ganaderos que no requieren de mayor fuerza de trabajo. Esto causó enormes desigualdades sociales que agudizaron el conflicto armado y atrajo aún más la presencia de las FARC.

La tabla 2 sobre desplazamiento y las representaciones graficas A y B que se muestran a continuación ilustran la situación del desplazamiento campesino durante los años de 1999-2005, especialmente en algunos de los municipios que conforman el Magdalena Medio y que el PDPCM denomina como Magdalena Centro. Esto se presenta como resultado del impacto del conflicto armado, particularmente del enfrentamiento entre grupos guerrilleros armados en confrontación bélica directa con grupos irregulares paramilitares durante los primeros años del siglo XXI.

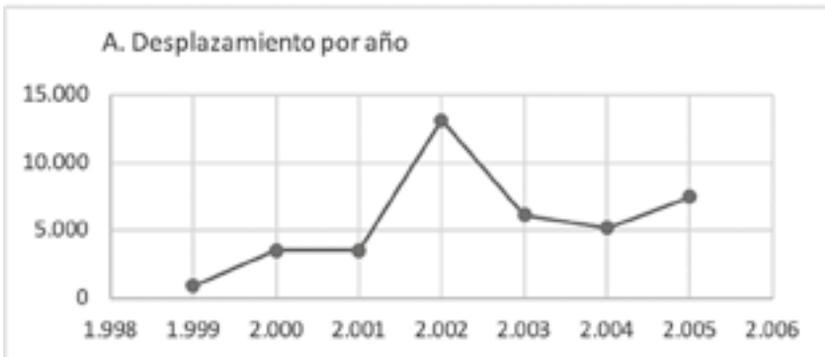
Tabla 2.

Desplazamiento en los Territorios del Magdalena Centro 1999-2005.

Territorio	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	Total
Samaná	55	223	219	2.923	4.453	3.626	7.027	18.526
La Palma	183	1.680	1.048	2.979	121	100	5	6.116
Marquetalia	0	0	15	3.000	24	161	14	3.214
La Dorada	250	297	197	1.440	106	104	50	2.444
Pensilvania	45	39	11	1.284	77	652	42	2.150
Sonsón	0	80	192	342	1.030	215	108	1.967
Puerto Triunfo	39	0	897	178	182	125	57	1.478
Yacopí	158	540	265	31	0	19	15	1.028
Caparrapí	0	485	314	56	24	5	28	912
Puerto Boyacá	69	0	36	184	99	112	84	584
Norcasia	50	0	0	360	0	8	5	423

Territorio	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	Total
Puerto Salgar	0	123	104	79	29	9	52	396
Guaduas	20	0	156	122	19	30	42	389
Manzanares	0	38	95	74	6	26	34	273
Marulanda	0	30	0	28	6	7	8	79
Chaguani	50	0	0	1	7	0	8	66
Victoria	0	0	0	59	5	0	0	64
Total Anual	919	3.535	3.549	13.140	6.188	5.199	7.579	40.109

Fuente: Zabala-Castañeda (2006).



Gráficas A y B. Desplazamiento en los territorios del Magdalena Centro 1999-2005.

Fuente: adaptadas de Zabala-Castañeda (2006).

Es importante mencionar que este desplazamiento obedece en gran parte al abandono estatal del Estado colombiano. La presencia estatal en el

Magdalena Medio, especialmente hacia el sur, está direccionada hacia una acción policial que no alcanza un orden público estable. Por consiguiente, se deja la resolución de los conflictos a quienes se enfrentan por medio de la violencia en búsqueda de conseguir sus propios intereses. Entre este grupo de personas están principalmente los terratenientes-ganaderos - beneficiados por la falta de Estado (De Rementería, 2009, pp. 339-353). No obstante, la presencia estatal más importante en este territorio ha sido la base militar de Palanquero.

En este territorio en particular la crisis de la economía de café, por demás grave en el Eje Cafetero, aumentó el flujo de migración agrícola ligada a la mafia interesada en invertir sus capitales provenientes de la plantación y comercialización de coca en la actividad pecuaria. Sin autoridad estatal que represente un poder político, guerrilleros, mafiosos, paramilitares pasaron a considerarse un contrapoder legítimo y autoridad política regional que manifiesta la consolidación de su dominio sobre el territorio y la población cuando se atribuyen el poder jurisdiccional, la administración y la justicia.

Como resultado, la violencia se convierte en la expresión de los conflictos sociales de la región, agudizándolos. La única víctima de este suceso es la sociedad que se reclama actor principal del nuevo territorio y que busca por sí misma y con ayuda de la iglesia (concretamente a través del primer programa estructurado de desarrollo para la paz “Programa de Paz de Magdalena Centro o PDPMC”) poner fin al conflicto e imponer la paz. Es evidente que, en el Magdalena Medio los diferentes grupos armados y el proyecto paramilitar han generado con su accionar la sensación de que el conflicto armado es dominante, al punto de que esta es la visión que se impone cuando se habla del Magdalena Medio y se asume como si pareciera algo natural.

De hecho, la denominación Magdalena Medio trae consigo una fuerte estigmatización cargada de prejuicios asociados a la pobreza, la violencia, el narcotráfico y el paramilitarismo. No obstante, es cierto que no se puede desconocer que estos factores han generado también movimientos de resistencia que, desde el trabajo cotidiano, construyen una visión conjunta de región y proponen imaginarios de paz de reconciliación como el propuesto a través de PDPMC. Esta idea comenzó a ser reconocida por medio de premios nacionales de paz tales como el recibido por el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Centro por su labor a favor de la paz y el desarrollo de equidad social en zonas afectadas por el conflicto armado (PDPMC, 2014). Reconocimiento que, en cierta manera, contribuye a visualizar la idea de construcción de la región de Magdalena Centro.

La reconfiguración territorial de Magdalena Centro: una constante histórica

Cuando se hace un análisis histórico del Magdalena Centro es posible constatar que su deseo por convertirse en territorio constituye una constante, acorde con su carácter de territorio en construcción permanente. De hecho, después del Siglo XVI cuando este territorio adquiere existencia jurídica, institucional o estatal frente a las autoridades españolas, aparece como un *territorio de todos* porque

desde un punto de vista geoestratégico en él confluyen los Ríos *la Miel*, *Buenavista* y *Magdalena* que, como epicentro de un puerto, dio origen a un poblado no solo de descendientes de culturas precolombinas convertidos en *bogas* de las embarcaciones de gente y del comercio de la época, sino también de negros y esclavos descendientes que huyen de la esclavitud para convertir su territorio en *palenques* (Angulo-Mira, 2013, pp. 14-17).

El Río Magdalena más que la principal arteria fluvial de la época colonial era un espacio de vida y sobrevivencia para indios, negros, mestizos y sus descendientes. A partir de entonces, este territorio se convierte no solo en un crisol de culturas diversas, sino también en un *territorio sin fronteras geográficas*, un territorio extraviado entre Honda en el hoy llamado departamento del Tolima y Mariquita en Cundinamarca. A su vez, esta zona se convirtió rápidamente en tierra de colonización de gentes provenientes de gran parte del territorio colombiano, ya que después de la Independencia fue el espacio fluvial más importante del país. Allí circularon desde 1887 los barcos procedentes de Europa cargados con mercancías inglesas, así como los barcos cargados de oro, quina y tabaco. Igualmente, este territorio fue el territorio de los desarraigados de la época: *bogas*, *braceros* o *cargadores de mercancías*, *comerciantes* y *pescadores*.

Tiempo después se convirtió en la principal estación de ferrocarril, dado que a la par con los barcos del Magdalena Centro también empezaron a circular los primeros ferrocarriles cargados de mercancías. Por este motivo, este territorio fue nombrado de diferentes formas, tales como *Leñateo del Conejo*, *Buenavista*, *las Yeguas*, *La Victoria* y *La Dorada*. Este último fue considerado parte del Magdalena sin serlo. De manera similar, después de 1886 se convirtió en el epicentro de inmigración más importante de desertores liberales de la Guerra de los Mil Días (Alcaldía de la Dorada, 2013, p. 48). Es posible afirmar que este territorio no quedó inmune a las consencuencias de esta guerra.

En 1905 en la política territorial de Rafael Reyes, el gran desarticulador federalista, La Dorada se instituyó como epicentro del territorio del Magdalena Centro en el nuevo departamento del Gran Caldas. Esta vez las fronteras geográficas se disiparon no solamente entre Tolima, Cundinamarca sino también Caldas. De esta manera, el Magdalena Centro de Antonio Acosta quien en 1882 había llegado a este territorio con la misión de instalar redes telegráficas y quien sin proponerselo fundó el municipio de La Dorada o La María. Este territorio se transformó, a su vez, en un nuevo territorio de la colonización del Gran Caldas; no obstante, estaba ligado económicamente a Honda. A partir de entonces un nuevo proceso histórico comenzó, con nueva colonización que si bien estaba relacionada a la producción de café, también lo estuvo al transporte y comercio.

En 1922, el general *Pompilio Gutiérrez*, antiguo excombatiente de la Guerra de los Mil Días, exsenador y ex ministro de Estado, en su condición de Gobernador del Gran Caldas creó oficialmente el municipio de La Dorada, desligándolo de lo que había sido Victoria, en ese entonces epicentro del Magdalena Centro. A partir de ese momento, se creó una nueva historia en la que este territorio fue la principal vía arterial del comercio del café de Colombia con Estados Unidos y Europa. Los tiempos de *la historia del vapor* ligada a la presencia del Rio Grande de la Magdalena y su puerto dieron paso a los tiempos de *la historia del vagón férreo*. El café esencia de la *economía de la Colombia del café de los años veinte*, principal motor del incipiente desarrollo industria del país, transitaba por el cable aéreo entre las ciudades de Manizales y Mariquita. Las cargas se montaban en los vagones del ferrocarril rumbo a La Dorada. Esto fue así hasta que se dio la construcción de los ferrocarriles de Cundinamarca y Caldas que poco a poco fueron suplantando los ferrocarriles de La Dorada (Alcaldía de la Dorada, 2013, p.48).

Sin embargo, los tiempos del vagón férreo dejaron enormes huellas, *braceros* y *bultiadores* aparecieron entonces con los iniciadores de los *movimientos sociales de brazos*. El uso de brazos para cargue y descargue de barcos y trenes dio origen a una de las primeras instituciones obreras llamada “Sindicato de braceros portuarios General Santander de La Dorada, en 1953. Muchos de estos braceros, antiguos descendientes de la masacre de las bananeras, aparecieron entonces como sus integrantes, bastantes experimentados en las luchas sindicales gracias a las lecciones del Partido Socialista Revolucionario o Comunista y, al legado de la flor del trabajo, María Cano (Alcaldía de la Dorada, 2013, p. 50).

En los años 60 y 70 se dio la disolución del Gran Caldas que dio pie a la crisis de la economía del café. El Magdalena Centro dejó de ser epicentro de los embarques de café por las vías férreas. Incluso el ferrocarril de la Dorada se

extingue, hecho que tuvo repercusiones políticas y económicas y que dio origen a una nueva reconfiguración histórica del territorio. La economía del vapor, del vagón férreo y, del transporte del café dio paso a una actividad agrícola importante en un valle plano circundado de tierras fértiles, donde las plantaciones de arroz, algodón, maíz y sorgo estaban acompañadas de una actividad ganadera importante (Angulo-Mira, 2013, p. 140).

No obstante, la nueva economía agrícola vino también acompañada de enormes flagelos, como la economía de cultivos ilícitos y la presencia de fuerzas ligadas a la subversión y grupos paramilitares. Asimismo, la presencia de las élites tradicionales cuyo cacicazgo político ligado al partido liberado comienza a diluirse. El senador Renan Barco, símbolo del cacicazgo ancestral liberal, termina confundido en medio de las nuevas fuerzas subversivas e irregulares. Finalmente, en este nuevo territorio se configura el nombre de Magdalena Centro y no Magdalena Medio, como se llamó durante décadas en el Siglo XX.

Magdalena Centro una oportunidad para la historia y los historiadores del conflicto armado en Colombia

La cuestión que se impone cuando se trata de analizar históricamente la situación de Magdalena Centro es cómo explicarla. En general, los historiadores consideran que la historia puede explicar todo porque está en busca de salvar el pasado para colocarlo al servicio del presente y el futuro. Asimismo, porque la construcción y la deconstrucción de las explicaciones históricas son posibles gracias a su carácter discursivo, cambiante, desmesurado y sin límites (Lacapra, 2006, p. 57). En referencia al tema que nos ocupa, es evidente que explicar lo que hoy significa Magdalena Centro pasa por identificar su historia en fusión con la del Magdalena Medio, pero sin anular las diferencias, las cuales pueden definirse como lo que permanece, lo que queda en el pasado, lo que identifica u otorga identidad.

Ahora que el concepto de identidad se entiende como diferencia, es posible a su vez plantear el problema de la memoria que la historia define como pasado recordado o como fuente de la historia. Por este motivo, la memoria es un tema de interés para los historiadores, dado que genera impacto en la esfera social. Así entendida, la memoria va ligada a la manera como la sociedad se relaciona con el pasado (Lacapra, 2006, p. 97). Es por este motivo que la sociedad puede reconocer o no su historia. Tal es el caso de una parte del territorio de la Región del Magdalena Medio que actualmente se autoproclama como Magdalena Centro con el fin de pasar de una historia relacionada al conflicto armado

y construir una nueva desde la paz. En otras palabras, se imagina como “tierra de paz” dentro de las “tierras de guerra”.

Tal parece que en el Magdalena Centro la memoria dejó de ser una fuente o herramienta para hacer historia y se transformó en objeto de historia. Por lo tanto, el deber y la responsabilidad con el pasado han logrado que la memoria se convierta en valor. La memoria aparece como un deber que, si bien es cierto nadie puede negar, también está ligado al propósito de reivindicar la identidad. El deber de la memoria no es transformarse en militancia dado que la memoria no es sagrada. Detrás de ella también pueden esconderse otros intereses. Por tal motivo, en lugar de promover un deber de memoria, en el Magdalena Centro como parte del Magdalena Medio debe promoverse un deber de historia que parta de la memoria, se nutra de ella, al tiempo que sepa distanciarse de la misma.

Si por el contrario la historia es crítica frente a la memoria, se dará paso a que esta última pueda reecontrarse con un pasado útil al presente. De ahí la importancia de comenzar a escribir cualquier pedazo de historia de cualquier región en relación al conflicto armado colombiano. Sabemos que no hay memoria sin historia, como tampoco hay historia sin memoria. Historia y memoria son indisolubles, una vez que en las sociedades se impone una responsabilidad moral y política en relación con el pasado. Esta responsabilidad está presente en la sociedad. Por lo tanto, al explicar históricamente la reconfiguración histórica de la región del Magdalena Centro se requiere pensar los conceptos de historia, identidad y memoria colectiva (Rambour, 2006), dado que el individuo no recuerda solo y, el conjunto de recuerdos así constituidos permite la cohesión del grupo con el cual el individuo se relaciona.

La memoria colectiva que está en constante cambio, que aparece como un fenómeno actual, como un lazo vivido con un presente eterno es la que encarna la vida. No obstante, no puede confundirse con la historia. La esencia de la historia es el análisis crítico en busca de la realidad; por lo tanto, la historia es una reconstrucción problemática, inconclusa de eso que no es en el presente, tal y como la afirma Le Goff (2007). Memoria, historia e identidad son elementos problemáticos dado que están inmersos en el pasado, a veces doloroso y continuo, pero siempre presente. Pasado con el que muchas veces se busca romper. Esto es precisamente lo que actualmente pasa en el Magdalena Centro, en donde sus habitantes no quieren ser estigmatizados, así como tampoco quieren que se siga pensando el territorio como zona de conflicto armado y tierra de sangre. Como lo explica Le Goff (2007) en relación a la identidad, si bien es cierto esta representa un concepto central e ineludible para la historia,

en el presente este concepto tiende a significar demasiado cuando se le atribuye un sentido preciso; o bien tiende a significar poco cuando, por el contrario, se le concede un sentido impreciso o incluso debido a su ambigüedad. Por lo tanto, algunos historiadores piensan que es mejor utilizar otros conceptos, unos menos ambiguos y desprovistos de connotaciones reificantes.

Si bien es cierto que para algunos historiadores el concepto de identidad es sugestivo y en ciertos contextos práctico, a pesar de ello también resulta ambiguo y dividido entre significaciones precisas e imprecisas, connotaciones esencialistas y calificaciones constructivistas. Por lo tanto, su uso se dificulta al momento de realizar un análisis de la realidad social, especialmente en el campo histórico dado que muchos historiadores pueden considerar que la historia no es más que un largo camino de crímenes contra la humanidad. La historia no puede confundirse con la memoria de historiadores casados con sus fuentes de información e insensibles a la historia verdadera.

Confundir la historia con la memoria, y a su vez esta con la identidad, puede tener problemas cuando su uso se deriva de la memoria perversa de algunos historiadores. La historia no pertenece a ninguna persona, y no consiste en hacer del pasado un negocio para todos. La historia es la memoria registrada en las páginas de historia; no obstante, es importante tener en cuenta que la memoria puede negar las diferencias y las transformaciones. Asimismo, la memoria suprime los cambios y las condiciones de esos cambios, ya que no se trata de conocer solo el pasado. Con frecuencia se corre el riesgo de conocer un pasado petrificado por la violencia y de guerras, abandonado al horror. En ese sentido, la historia puede transformarse en la guardiana de una mala conciencia antes que en una guía de la Humanidad (Pierre, 2008). Finalmente, en el presente caso se entiende la historia como una herramienta para comprender el significado del conflicto armado, dado que permite dilucidar cómo, por qué, y a partir de cuándo se interfiere en la realidad colombiana.

Referencias

- Alcaldía de la Dorada. (2013). *90 años de Vida Municipal. La Dorada Capital Multimodal de Colombia*. Impresión Capital Graphic.
- Angulo-Mira, G. (2013). *Ciudad de Caldas. La Dorada 120 años. Su Historia y Proyección*. Impresión Capital Graphic, Segunda Edición.

- Corporación Programa Desarrollo para la Paz del Magdalena Centro [CPDPMC]. (2014). *Informe de gestión 2013*. Blanecolor.
- Comisión Andina de Juristas. (1993). *Nordeste Antioqueño y Magdalena Medio, Serie Informes Regionales de Derechos Humanos*. Códice Editorial Limitada.
- De Rementería, I. (2009). Hipótesis sobre la violencia reciente en el Magdalena Medio. En R. Sánchez-Gonzalo. y R. Peñaranda. (Eds), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. La Carreta Histórica Editores.
- Delacroix, F. y Dosse, P. (2007). *Les courants historiques en France. XIX-XX Siècles*. Éditions Armand Colin.
- Diseño Territorio de Magdalena Medio en Colombia. (9 de diciembre de 2014). *Wikipedia, La enciclopedia libre*. https://es.wikipedia.org/wiki/Magdalena_Medio#/media/Archivo:Mapa_del_Magdalena_Medio.svg
- Duque-Escobar, G. (2012). *El territorio como sujeto en el contexto del Magdalena Centro*. <http://www.bdigital.unal.edu.co/5705/1/gonzaloduqueescobar.20123.pdf>
- Lacapra, D. (2006). *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Fondo de Cultura Económico.
- Ministerio del Interior y de Justicia - República de Colombia. (2011). *Ley orgánica de Ordenamiento Territorial*. Imprenta Nacional de Colombia.
- Nora, P. (2008). *Malaise dans l'Identité historique. En Liberté pour l'Histoire*. CNRS Editions.
- Maestría en Ciencias Sociales-Universidad de Caldas. (2016). *Proyecto Crisis cafetera y conflictos: construcción de identidad y dinámicas del desarrollo en las subregiones Norte de Caldas y Magdalena*. Vicerrectoría de Investigaciones.
- Rambour, M. (2006). *Histoire, mémoire et identité nationale. Mémoire et Histoire*, 5.
- Santos-Peñuela, A. (2014). DDR EN NORORIENTE Y MAGDALENA MEDIO: rupturas y continuidades del fenómeno paramilitar. En *Centro Nacional de memoria Histórica Nororienté y Magdalena Medio, llanos orientales, Sur Occidente*

y Bogotá DC, *Nuevos Escenarios de Conflicto Armado y Violencia Panorama Pos acuerdo con AUC* (pp. 37-154). Centro Nacional de Memoria Histórica.

Zabala-Castañeda, S. N. (2006). Centro de Investigación y Educación Popular-CINEP. *Diagnóstico Participativo y Prospectivo de la Región del Magdalena Centro-Informe Final- Corporación Programa Desarrollo para la Paz del Magdalena Centro*. Bogotá.

Este libro se terminó de
imprimir en 2022 en
Image Printing Ltda. – Colombia

En el Eje Cafetero hablar de "conflicto" implica una generalización, un proceso de abstracción que, si bien es necesario en las ciencias sociales, a veces se diluye la multifacética expresión de las tensiones en un plano local. El haber buceado en el mundo circunscrito de la región enriquece y valora las particularidades, cuyo examen es necesario y termina nutriendo la idea mayor, abstracta. Esta "localización de las diversas narrativas" contribuye a iluminar los temas ya mencionados sobre el origen del conflicto.

Humberto de la Calle Lombana

Es lícito que la escritura invite a los lectores a participar en el ejercicio metafórico de la memoria, de las memorias, y que la aceptemos como una de las múltiples formas de la verdad y, por qué no, de la reconciliación.

Octavio Escobar Giraldo

La memoria de los pueblos no puede dejar escapar las alternativas para la vida que emergen como respuestas a los problemas y que acontecen en los mismos escenarios donde se desatan las violencias.

Mario Hernán López Becerra



El conocimiento
es de todos

Minciencias



Editorial
UNIVERSIDAD DE CALDAS

ISBN: 978-958-759-332-7



9 789587 593327